



UNIVERSIDAD DE MURCIA

ESCUELA INTERNACIONAL DE DOCTORADO

Experiencia y adaptación: la actitud cognoscitiva
en la obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio

D. Pablo Romero Mulero
2022



UNIVERSIDAD DE MURCIA

Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad de Murcia
Programa de Doctorado en Educación

TESIS DOCTORAL

*Experiencia y adaptación: la actitud cognoscitiva
en la obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio*

Doctorando:

Pablo Romero Mulero

Directores:

Dr. Juan Sáez Carreras

Dr. Xavier Baró Queralt

Tutora:

M^a de los Ángeles Hernández Prados

AGRADECIMIENTOS

La amistad y el consejo de Carlos Feliu, prolongados en el tiempo, están en el origen de esta tesis. Su profundo conocimiento de la obra de Sánchez Ferlosio y, especialmente, la acertadísima interpretación de los textos ferlosianos, han sido un estímulo permanente durante el tiempo de estudio y escritura de este trabajo. Sin su apoyo e insistencia, no siempre exento de dificultades, y la voluntad férrea de mi querida Ana López Lamadrid, este volumen nunca hubiese visto la luz.

Agradezco la paciencia, el cuidado y la guía de mis directores, Juan Sáez y Xavier Baró, sin cuya inestimable ayuda esta tesis no hubiese sido posible; asimismo, tengo con José Moreno y José Sánchez Tortosa una deuda de gratitud por lo atinado de sus comentarios durante este largo tiempo de trabajo. A Francesc Badrines debo su hospitalidad en los meses de investigación que pasé fuera de España, además de los consejos que me permitieron centrar el asunto de la tesis y darle el enfoque adecuado.

A Laura Martínez y a David Lorenzo les agradezco la revisión constante del texto y la guía investigadora que ha supuesto su consejo; del mismo modo debo agradecer a Diana Suárez y a José Manuel Cruz la ayuda prestada para poner orden en el cúmulo abigarrado de fragmentos que en su día fue este trabajo: su labor ha sido inestimable. Igualmente, debo mencionar a mi añorado Enrique Lynch, responsable de algunas de las mejores ideas que esta tesis pretende mostrar.

Agradezco en grado sumo la disponibilidad y amistad de Tomás Pollán, sin cuya mediación yo no habría podido entrevistarme con Rafael Sánchez Ferlosio, y con su mujer Demetria Chamorro, en dos ocasiones: la primera en diciembre de 2014 y la segunda en febrero de 2015. El recuerdo que guardo de ellas, personal e intelectual, constituye la prueba del inmenso valor que la figura de Ferlosio tiene en el panorama español del último siglo. Sirva este trabajo como humilde homenaje.

Por último, agradezco a mi familia su apoyo y estima incondicionales en los momentos de dificultad, e igualmente a mis amigos en las largas sobremesas que me permitían vislumbrar el sentido de este trabajo más allá del cometido formal de la tesis, y que me han ayudado a trascender las contrariedades del proceso a través de su cariño y estima.

ÍNDICE

Introducción	Error! Bookmark not defined.
Resumen.....	22
I. Una primera aproximación: la actitud cognoscitiva	24
II. La virtud cognoscitiva	41
Resumen.....	58
III. La disposición cognoscitiva	60
i. Una distancia, una palabra.	68
ii. Un tiempo.	73
iii. Un sujeto.	85
iv. Un movimiento.	89
Resumen.....	96
IV. La doble villanía cognoscitiva	98
Resumen.....	117
V. La manipulación cognoscitiva	119
Resumen.....	145
VI. Las atrofas cognoscitivas	148
i. La obsesión centrípeta.....	158
ii. Poner el mundo en casa.....	172
iii. Sabemos cada vez más de cada vez menos	181
Resumen.....	186
VII. Una ideología educativa	193
Resumen.....	236
VIII. Hacia una visión global	241
Resumen.....	262
IX. Educación. La actitud cognoscitiva en Ferlosio y el desarrollo de su teoría pedagógica	269
1. Naturaleza humana y relación con el lenguaje.....	271

- 2. Definición de conocimiento como adaptación y crítica de los lenguajes adaptados. Relación entre adaptación e inmanencia. Modo en que la adaptación impide el verdadero conocimiento.....280
- 3. Relación entre educación e instrucción pública.....291
- 4. Relación entre educación y la dualidad juego/deporte (concepción deportiva, o más bien competitiva, de la vida, basada en el principio moderno de individuación).299

BibliografíaError! Bookmark not defined.

- 1. De Rafael Sánchez Ferlosio:.....**Error! Bookmark not defined.**
- 2. Bibliografía complementaria:.....317

Introducción

Esta introducción pretende dar razón de cuatro cuestiones fundamentales que han vertebrado la confección de este trabajo de investigación, y dar luz acerca del actual estado de la cuestión; esto es: el autor escogido, el tema, el objetivo y la metodología. Mencionaremos igualmente algunos hechos esenciales en la vida del autor y de la recopilación y publicación de sus obras. Rafael Sánchez Ferlosio (1927-2019) es uno de los intelectuales más relevantes del pensamiento contemporáneo español, «un pensador cuya agudeza crítica y capacidad de discernimiento lo alinean con los más grandes polemistas y ensayistas de la modernidad tardía, ya se lo contemple en el marco de la cultura hispánica —donde cuesta encontrar figuras equivalentes a la suya—, ya en el marco más concurrido de la cultura occidental», en palabras de los prologuistas de *Carácter y destino* (2011: 11). Y si bien sigue siendo conocido principalmente por su obra literaria, especialmente por *El Jarama* y por *Industrias y andanzas de Alfanhuí* —casi podría decirse que como una maldición, tanto y durante tantos años abjuró su autor de ellas, al menos de la primera—, lo cierto es que su producción teórica (filosofía, ensayo, periodismo, lingüística...) no solo fue muchísimo más extensa que la literaria, desproporcionadamente exigua para lo larga que fue su sombra, sino incuestionablemente más importante.

Su labor fue, con todo, sobradamente reconocida con los principales galardones de la cultura española, como el Premio Cervantes (2004), el Nacional de las Letras Españolas (2009) o la Medalla de Oro al mérito en las Bellas Artes (2015), queremos creer que atendiendo principalmente a los méritos de su prosa ensayística. Tal vez así estaríamos haciendo más justicia a los deseos más íntimos de nuestro escritor, a tenor de lo expresado en este pecio:

(Anti-Goethe.) A nadie podría yo sentir más ajeno y más contrario que al que dijo: «Gris, mi querido amigo, es toda teoría; / verde, en verdad, el árbol dorado de la vida». Siempre me ha parecido a mí, por el contrario, ser la vida lo gris, y aun lo lóbrego, lo siniestro, polvoriento y reseca momia de sí misma. Verde, tan solo he visto, justamente, *el árbol ideal de la teoría*; dorada, sólo la imaginaria flor de la utopía, que brilla entre sus ramas, como una bombilla

temblorosa e impávida, desafiando la ominosa noche, en la ciudad bajo los bombarderos (1993: 33).

Es obligado hacer aquí la siguiente consideración: si damos por acertada la alta estimación sobre la obra ensayística de Sánchez Ferlosio que acabamos de transcribir, y consideramos que fue un hombre longevo cuyo período productivo fue asimismo largo (su novela *Alfanhuí* la publicó a los veintitrés años y su primer ensayo a los treinta y ocho), hay que reparar en que su dedicación al ensayo abarcó desde 1966 hasta más o menos 2010 (aunque siguiera publicando ocasionalmente en los siguientes nueve años que aún vivió),¹ es decir, si consideramos que su abundante y muy visible producción ensayística (casi toda aparecida en diarios de gran tirada — *El País*, *Abc*, *Diario16*...— antes de ser recogida en libro) se prolongó, así pues, a lo largo de cuarenta y cinco años, es imposible no considerar llamativa la escasez de los estudios que se le han dedicado, tanto más si se los compara con los abundantísimos que se han ocupado de su muy exigua producción literaria, es decir, que los críticos seguían ocupándose de unas novelas que las décadas iban alejando, al tiempo que ignoraban lo que ese mismo escritor iba produciendo a ojos vista.²

En rigor, para calificar esta escasez de anómala deberíamos al menos compararla con el monto de los estudios dedicados a otros ensayistas españoles más o menos coetáneos a él y, en la medida que sea, semejantes a él, es decir, a alguno de sus iguales, si es que los ha tenido. No haremos, lógicamente, tal ejercicio, entre otras cosas porque cae lejos del objeto de esta tesis

¹ «Había empezado a principios del 98, pero la oscuridad y la tristeza me cortaron en seco sin acabar el año. Escribí otras muchas cosas, pero la incertidumbre y el escepticismo crecientes que son propios de todo envejecer no me dejaron volver a aquello hasta cumplir los ochenta años» (Sánchez Ferlosio 2008: contracubierta). «...hay que prestar mucha atención a con qué pensamientos se jubila uno a los setenta y cinco años, porque ésa va a ser su renta hasta el fin de sus días» (Sánchez Ferlosio 2015:18).

² «Mucho antes de esa fecha, el prolongado silencio en que Ferlosio se sumió después de *El Jarama* se vio interrumpido en 1966 con la publicación, en *Revista de Occidente*, de “Personas y animales en una fiesta de bautizo”, un extenso ensayo en el que apuntan ya algunas de sus obsesiones principales. En 1972, prologó una edición del *Pinocho*, de Collodi, y ese mismo año empezaron a sucederse, con timidez pero con frecuencia creciente, artículos suyos en la prensa diaria. En 1973 apareció el que Ferlosio estima como su “mejor producto”: los voluminosos “Comentarios” con que acompañó su traducción tanto del estudio de Lucien Malson *Los niños selváticos*, como de los dos textos de Jean Itard que lo acompañaban, *Memoria* e *Informe sobre Victor de l’Averyron*. Apenas un año después, aparecieron, en dos volúmenes, las dos primeras entregas de *Las semanas del jardín* (1974), un extenso y deslumbrante ensayo sobre cuestiones de lenguaje y narratología, que había de completarse con una tercera entrega jamás aparecida». (Sánchez Ferlosio 2011:14).

(aunque puede consultarse la bibliografía que reseña D'Ors 1995:161 y ss), pero sí señalaremos lo que es posible afirmar: que la desventaja comparativa entre la gran cantidad de estudios dedicados a la obra literaria ferlosiana frente a los escasos, aunque crecientes, que, por contraste, se han ocupado de sus ensayos dice al menos dos cosas: de los usos culturales dominantes en España en estos últimos cincuenta y cinco años, y de la anomalía —ésta sí— de su pensamiento crítico en ese medio y de la extrañeza y dificultades que necesariamente producen su comprensión y recepción.³

Esta peculiar autoridad intimidatoria que ha rodeado a Ferlosio ha sido señalada, entre otros, por Hidalgo Bayal en «La condición singular de Ferlosio» (*Archipiélago* 1997:13-19). A este respecto merece la pena reproducir la semblanza intelectual y cuasi moral que pergeñaron los editores Carlos Feliu e Ignacio Echevarría en un muy reseñable (y olvidado) volumen de ensayos y artículos aparecido en Chile allá por 2011. La cita es larga pero imprescindible:

Es por virtud del asombroso dominio alcanzado por él sobre este «complejo y refinado sistema» [el del lenguaje] que Ferlosio ha adquirido una extraordinaria capacidad «discriminante, especificadora, circunstanciadora, explicitante y, en fin, intelectual y comunicativa» que le permite enfocar, con aterradoras precisión y riqueza de matices, las cuestiones de que se ocupa.

³ «Desde entonces, y hasta el presente Sánchez Ferlosio estuvo cerca de un cuarto de siglo publicando principalmente artículos de prensa y ensayos, que sumados alcanzan un volumen muy considerable, y que en cualquier caso configuran el grueso de su obra conocida. En sus aledaños deben contemplarse los *pecios*, elocuente modo con que Ferlosio nombra lo que para muchos pasan por aforismos pero que constituyen, más propiamente, o condensados o embriones de ensayos, pasajes y flecos ensayísticos que, sabiendo que difícilmente han de alcanzar una forma acabada, su autor se ha resuelto ocasionalmente a publicar en estado bruto o fragmentario, esmaltados a veces por intensos destellos líricos o narrativos, y dejando siempre constancia de que se trata de los vestigios de una frondosísima producción de pensamiento crítico que se almacena en decenas de cuadernos manuscritos con una cuidadosa caligrafía. Esos cuadernos, minuciosamente titulados y ordenados por el autor, constituyen el magma vastísimo de su producción ... El ideal de estudioso al que Ferlosio se suscribió muy tempranamente remite a un asunto cardinal: el de sus saberes. Ferlosio, como en una ocasión declaró de pasada, no ha trabajado nunca; es decir, es lo que más cabalmente puede entenderse por un hombre de libros.» (Sánchez Ferlosio 2011:15) En 1992 escribí respondiendo a una entrevista: «Hace dos veranos, paseando por unos jarales, al pie de La Maliciosa, creí descubrir de pronto, melancólicamente, que yo era, tal como apunté en una libretita, “un animal sin instinto y un hombre sin experiencia” ... He oído hablar a muchos de “experiencia”, de “experiencias”, de “experiencia vivida”, de “experiencias de la vida”, de “lo que les ha enseñado el mundo”, o de “lo que han aprendido en la calle”; pues bien, yo me sentía por los cuatro costados tan indigente de todo eso —sea lo que fuere lo que quiere decir— que ni siquiera podía localizar en mí nada que me permitiese precisar empíricamente lo que pueda encerrarse tras de tales expresiones. Entonces vi o creí ver que si yo tenía algo que pudiese llamarse “adquirido” en el alma y en la mente, todo podía remitirlo tan sólo a la información escrita, a la lectura, cosa que nadie incluye ni en el instinto ni en la experiencia. Por eso, a mi vez, no puedo sino estimar la escritura como única forma posible de relación con el mundo, los hombres y las cosas». (*El País, Babelia*, n.º 32 (23 de mayo de 1992), pp. 16-17. En R. Sánchez Ferlosio 2019:174).

Con esta pasión enunciativa se corresponde y alinea un exacerbado prurito de propiedad que mueve a Ferlosio a intervenir en determinados debates con ánimo exclusivo de corregir errores de procedimiento. Lo que le importa, en estos casos, fuera de cualquier toma de partido, «es que una vez puesta en querrela una cuestión los argumentos que se esgrimen sean pertinentes, ciertos y plausibles». Y aquí invoca Ferlosio el testimonio de quien tiene por «el más inteligente de los españoles», el ignoto autor de un *Arte de tocar las castañuelas*, quien —«acertando a la vez a iluminar la ética y la estética con un mismo y único resplandor de luz»— empezaba el prólogo de su tratado con esta declaración «absolutamente ejemplar y memorable».

(...) El mismo Ferlosio lo apunta: la exigencia de rectitud, de pertinencia, se proyecta indistintamente tanto en el plano de la ética como en el de la estética. Aseguraba Pessoa detestar la mentira porque es una inexactitud. La pasión «discriminante, especificadora, circunstanciadora, explicitante» de Ferlosio obedece a una aprensión de la misma naturaleza; de orden, por así decirlo, más técnico que moral.

En cuanto a esa pasión (...) conviene enfatizar aquí algo que a menudo queda desatendido bajo tanta advertencia de rigor: la fruición con que se manifiesta, y el placer que procura. Karl Bühler (otro de los maestros tutelares de Ferlosio) denominó «placer funcional» al disfrute que se experimenta en la contemplación del desempeño de una destreza en el empleo de cualquier clase de herramienta o instrumento (como, por no ir más lejos, las castañuelas). Un placer de esta naturaleza es el que obtiene el lector en situación de admirar la destreza con que Ferlosio maneja el «complejo y refinado sistema gramatical» del castellano en su intento de atrapar con la mayor precisión y riqueza de matices posibles el concepto que persigue.

La «pasión de la teoría (envidia de los dioses)» aparece en Ferlosio mordida por un recalcitrante hedonismo, y es la mutua violencia con que una y otro conviven lo que otorga a su prosa su más particular vibración, produciendo esos chispazos unas veces humorísticos y otras resueltamente líricos con que tan a menudo estalla en sus escritos la tensión acumulada en una minuciosa argumentación.

No hay que dejarse despistar por los ademanes huraños de Ferlosio: sus eventuales profesiones de antipatía deben ser entendidas como «resistencia y repugnancia a simular y escenificar —abyectamente— un mundo que no existe». He aquí otro ingrediente que sazona la obra de Ferlosio: su vena elegíaca, que se alimenta de tantos y tantos indicios que

él percibe «de que ha habido, de que ha podido haber, o por lo menos ha querido haber, alguna vez, un mundo». ⁴

Con respecto al tema, conviene señalar que uno de los asuntos principales de la obra ferlosiana, quizá el nuclear, es el conocimiento, pero no sólo. La actitud epistemológica en la obra de Ferlosio es el vértice en que confluyen (o se despliegan) asuntos diversos que han sido objeto de análisis por parte del autor, en especial lo que podríamos llamar, en sentido amplio, el estudio de las manifestaciones culturales del mundo contemporáneo, entre las que destaca el interés por elaborar una especie de filosofía educativa. Puede afirmarse que el interés por ese tema, de una manera más o menos implícita, atraviesa y al mismo tiempo permea todo el trabajo intelectual de nuestro autor. Para él, el conocimiento es un hecho fundamental y vertebrador de la existencia humana. El conocimiento —la *experiencia cognoscitiva*— condiciona de manera radical la relación del individuo con la realidad. Del modo según el cual se conciba el conocimiento va a depender la relación que el ser humano establezca con el mundo, y en virtud de esa específica relación que el hombre tenga con las cosas construirá una teoría pedagógica concreta. Resulta inconcebible, pues, una reflexión acerca de la posibilidad de transmisión del conocimiento (educación) sin una previa gnoseología.

No hay, sin embargo, estudios que aborden de manera exclusiva y específica el proceso y las implicaciones de la *experiencia cognoscitiva* en la obra de Sánchez Ferlosio, y por consiguiente el modo en que aplicó sus concepciones sobre ello a los diversos ámbitos de la cultura contemporánea, de forma especial a la educación, pero también a otros, como la política, los medios de comunicación, la publicidad o el deporte. Ciertamente, la crítica sobre su obra ensayística y periodística ha tenido en cuenta siempre el peso que el conocimiento —como tema y como realidad— tiene en la obra de nuestro autor, pero no tenemos conocimiento de que haya trabajos previos que se centren en ese asunto. Pensamos de hecho que un concepto o clave interpretativa y exegética de toda su obra puede ser precisamente este de *experiencia cognoscitiva* y su corolario en la teoría pedagógica. Afirmación esta, plenamente consciente de que los principales estudiosos de la obra de Ferlosio, como puedan ser Tomás Pollán, José Luis Pardo, Gonzalo Hidalgo Bayal o José Ángel González Sainz, han hecho valiosísimas aportaciones al estudio de su

⁴ R. Sánchez Ferlosio 2011:15-20.

producción ensayística, como esperamos ir mostrando a lo largo de este trabajo. Conviene destacar, desde una perspectiva más ceñidamente filosófica, la gran obra de Juan A. Ruescas, *El pensamiento crítico de Rafael Sánchez Ferlosio*, en su origen una tesis doctoral llevada luego a las prensas, y de la que cabe afirmar que es el único estudio, hasta la fecha, aplicado a trazar un panorama de todo el pensamiento filosófico de nuestro autor a lo largo de toda su obra.⁵

Como afirma Ruescas, el de Ferlosio es un pensamiento que «no se formula sistemáticamente, en el que no hay un proyecto filosófico definido, pero en el que, sin embargo, se pueden encontrar unas constantes, unas preocupaciones recurrentes relativas a algunos de los aspectos más importantes de la experiencia humana».⁶ Y una de esas constantes importantes es el conocimiento. De modo que el objetivo de esta tesis es exponer las características y analizar el fundamento y las implicaciones de la *experiencia cognoscitiva* tal como Ferlosio la concibe y la aplica a lo largo de su obra. Para cumplir dicho objetivo, la metodología que se va a seguir es el análisis crítico-filosófico de la obra ensayística de nuestro autor; la bibliografía fundamental que constituye el objeto de análisis de esta investigación es todo el conjunto de sus ensayos publicados (tanto en vida como póstumamente). Es importante mencionar en este punto que hemos incluido en la bibliografía dos artículos no recogidos hasta la fecha en ninguna de las antologías que se han hecho de la obra ferlosiana;⁷ no se trata de dos artículos *inéditos*, toda vez que ambos fueron publicados en la revista *Triunfo* en los años 60 y 70. La importancia de ambos artículos, especialmente del primero, es enorme.⁸

A la vez, ese análisis crítico y directo de las obras de Ferlosio va a apoyarse, por una parte, en otras fuentes literarias y filosóficas que ayudan a situar y enmarcar la reflexión y los asuntos que trata el autor, y por otra, en las investigaciones de otros estudiosos dedicadas específicamente a su obra ensayística, los ya citados Pollán, Pardo, Hidalgo Bayal... Estas fuentes constituyen la bibliografía secundaria o de consulta de esta investigación.

⁵ J.A. Ruescas 2016.

⁶ J.A. Ruescas 2014:8.

⁷ La más reciente y ambiciosa es la llevada a cabo por la editorial Debate en cuatro volúmenes (R. Sánchez Ferlosio 2015², 2016, 2016² y 2017), cuya edición, cuidadísima e inmejorable, corrió a cargo de Ignacio Echevarría; la anterior apareció bajo el sello Destino en 1992 en dos voluminosos libros, igualmente valiosa aunque no incluye, lógicamente, lo publicado con posterioridad a esa fecha.

⁸ R. Sánchez Ferlosio 1968 y 1974.

El proceso o el camino que debemos recorrer para cumplir el objetivo de este trabajo está jalonado por el tratamiento de una serie de temas o conceptos que son fundamentales para comprender la *experiencia cognoscitiva* ferlosiana y su aplicación pedagógica. Tales conceptos estructuran las distintas partes de este trabajo y son los siguientes: definición y caracterización de la actitud cognoscitiva, la virtud cognoscitiva, la disposición cognoscitiva, las villanías cognoscitivas, la manipulación cognoscitiva, las atrofas cognoscitivas y la teoría o ideología educativa que subyace en la obra ferlosiana, una pulsión pedagógica que recorre finalmente su obra entera.

Para dar un somero apunte sobre la vida de Rafael Sánchez Ferlosio podríamos revisar, por ejemplo, el que aparece en el *Diccionario Biográfico* de la Real Academia de la Historia:

Nació en Roma, fue el segundo hijo del escritor Rafael Sánchez Mazas y de Liliana Ferlosio Vitali. El padre era corresponsal del diario *ABC* y agregado cultural de la embajada de España en Roma, pero una vez cesado en la legación, el 1 de mayo de 1929, la familia regresó a España y se instaló en la capital. Comprometido con Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS), Sánchez Mazas fue detenido en 1936. Liliana Ferlosio logró salir de España con sus cuatro hijos y vivió con sus padres en Roma. Rafael asistió al Ginnasio-Liceo Ennio Quirino Visconti, antiguo Collegio Romano. Finalizada la contienda y toda la familia en Madrid, Franco nombraba a Sánchez Mazas ministro sin cartera. El año 1940 fue crucial para la estirpe: nació un nuevo hijo, Franco cesó a Sánchez Mazas y éste heredó una cuantiosa fortuna en Coria (Cáceres); entre los bienes estaba el palacio del duque de Alba, lugar que se convirtió en segunda residencia de la familia. En 1942 su hijo Rafael entraba en el internado de pago de la Compañía de Jesús, el colegio San José de Villafranca de los Barros (Badajoz). En 1946 se preparaba para entrar en la escuela superior de Arquitectura, pero abandonó sus pretensiones y en 1948 comenzaba Filosofía y Letras, con intención de cursar Filología Semítica. Desanimado del estado de la Universidad, decidió renunciar a los estudios en segundo curso. Interesado por el cine y muy influido por el neorrealismo italiano, ingresó en la especialidad de Realización Artística en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, con resultado infructuoso. En 1951 publicó *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, una insólita novela dedicada a su novia, Carmen Martín Gaité. El mismo año se incorporaba al servicio militar con destino en Marruecos. En 1953, con Alfonso Sastre e Ignacio Aldecoa dirigía *Revista Española*, «publicación bimestral de creación y crítica», rezaba el subtítulo, y contrajo

matrimonio con Carmen Martín Gaité. Un año después la pareja tuvo su primer hijo, Miguel, que falleció a los seis meses.

El 6 de enero se fallaba el premio Eugenio Nadal y Rafael Sánchez Ferlosio logró con la novela *El Jarama* todos los votos del jurado, lo que ocurría por primera vez en la historia del certamen. También nació su hija Marta. En 1957 lograba el Premio Nacional de la Crítica. El éxito de *El Jarama* le llevó al encierro, al consumo de anfetaminas, al estudio de la gramática y a la grafomanía. Detestaba el «grotesco papelón del literato» y abandonó la narrativa. A final de 1960 se hizo socio del Ateneo de Madrid, un hervidero de estudiantes de letras y opositores de toda laya. En 1970 Rafael y Carmen se separaban, y él mantenía una relación amorosa con la joven ateneísta Demetria Chamorro Corbacho.

En 1973 se publicó Lucien Malson: *Los niños selváticos*; Jean Itard: *Memoria sobre Victor de L'Aveyron*; Rafael Sánchez Ferlosio: *Comentarios*, traducido al castellano y anotado por Ferlosio, cuyas notas abarcan la mitad de las cuatrocientas páginas del libro, por lo que, a petición de Malson, hubo que retirar la edición. Un año después vieron la luz *Las semanas del jardín. Semana primera: Liber scriptus proferetur* y *Las semanas del jardín. Semana Segunda: Splendet dum frangitur*.

En 1991 la Comunidad de Madrid le premió en reconocimiento a «toda una vida dedicada al arte». Quien tenía como máximo título académico el de bachiller, en 1992 fue nombrado doctor honoris causa, “por sus altos méritos culturales” por la Università degli Studio La Sapienza de Roma. También se publicaban dos volúmenes de *Ensayos y artículos*, donde se reúne la mayor parte de su obra ensayística. Un año después, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, en el que desarrolla la estética de lo que él llama «pecios» (aforismos). En 1994 recibió el premio Ciudad de Barcelona, publicó *Esas Yndias equivocadas y malditas. Comentarios a la historia* y logró el premio Nacional de Ensayo.

En 1997 Ferlosio publicaba «La forja de un plumífero» en la revista *Archipiélago*. Algo insólito en alguien tan reservado, pues se trata de un texto autobiográfico, aunque lo que más le interesaba era destacar sus etapas literarias. En 2000 aparecía en las librerías el ensayo *El alma y la vergüenza*. Dos años más tarde era nombrado doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid, publicaba *La hija de la guerra y la madre de la patria* y era galardonado con el premio de periodismo Mariano de Cavia. Le siguió el premio Francisco Valdés y, en 2004, la cumbre: el Premio Cervantes.

Pero su producción no cesó: *Glosas castellanas y otros ensayos (diversiones)*, *El geco. Cuentos y fragmentos* (2005), *Sobre la guerra* (2007), *God & Gun. Apuntes de polemología* (2008). Tras recibir el Premio Nacional de las Letras Españolas (2009), publicó el ensayo de semántica *Guapo y sus isótopos*. También obtuvo la medalla de oro al mérito de las Bellas Artes, el premio internacional Caballero Bonald, y diversas calles e instituciones llevan su nombre... El 1 de abril de 2019 Rafael Sánchez Ferlosio moría en Madrid a los noventa y un años. Dejó una obra inmortal. (...).⁹

Si tras la lectura del presente estudio volviéramos a examinar esa nota biográfica, echaríamos en falta dos cosas: la primera es un texto seminal en la trayectoria ensayística (y en el pensamiento) de Ferlosio, «Personas y animales en una fiesta de bautizo» (publicado en 1966 en el n.º 39 de *Revista de Occidente*), y la segunda es que, siendo ese pensamiento de una extraordinaria coherencia, el conjunto de artículos, ensayos y textos diversos de Ferlosio queda allí inevitablemente retratado como una amalgama informe de títulos sin conexión. Y ocurre, sin embargo, todo lo contrario, que ese conjunto es de una integridad y consecuencia extraordinarias entre sus partes.

Posiblemente uno de los motivos que dificultan la apreciación de la afirmación que acabo de hacer sea la dispersión de sus escritos, gran parte de ellos aparecidos como artículos periodísticos, principalmente en diarios pero también en revistas; no son, sin embargo, en modo alguno escritos ni inconclusos ni inconexos, por mucho que le gustara repetir que él sabía «hacer punto, pero no tejer jersys». Lo repitió —con su consiguiente enmienda— en una entrevista en la que puede apreciarse el rigor y la seriedad con que abordaba su tarea, aunque dicho sin una sombra de jactancia: «Siempre se escribe para los demás. Pero yo no escribo con la necesidad inmediata de publicar. Siempre digo que yo sé hacer punto, pero que lo que no sé es hacer jerséis (...) *No digo que a veces no salga un jersey*. Yo, a lo que he dedicado muchas horas, es a ese pensar escribiendo (...) Bueno, bueno, a veces hay cosas que me avergonzaría enseñar. Cuando publico, ese pensar escribiendo ya está muy madurado. Yo enmiendo mucho (...) le llamo a eso el género tesina» (subrayado mío).¹⁰ De modo que la mayoría de sus libros se compone de una compilación de artículos y ensayos previamente aparecidos en prensa, más alguna cosa

⁹ *Diccionario de Biografías*, Real Academia de la Historia. Edición online: <<http://dbe.rah.es/>>.

¹⁰ R. Sánchez Ferlosio 2019:295-296.

inédita; pero sí hay un hilo haciendo el punto, y hasta sorprende cómo sale uno de la lectura de uno de esos libros con el hilo entre los dedos y pudiendo tirar de él.¹¹

No cabe duda de que para el estudioso —y aquí es lo que se pretende—, la exhaustividad se va imponiendo crecientemente como una necesidad y un imperativo, de modo de conseguir esa visión de conjunto que permite apreciar esas constantes que guían las reflexiones de Sánchez Ferlosio, y que, repito, no se constituyen en un sistema filosófico ortodoxo completo sino en unas muy precisas formulaciones lógico conceptuales, de sólida base empírica, guiadas por lo que Hidalgo Bayal llamó con mucho acierto una «razón narrativa» (G. Hidalgo Bayal 1994). En uno de los escritos que menciona la biografía más arriba transcrita, el titulado «La forja de un plumífero», es donde mejor explica el autor sus particulares enfoques y metodología y las implicaciones de los mismos:

Dicen que hay dos maneras de experiencia: la primera consiste en multiplicar y acumular indefinidamente los objetos de atención y reflexión, de suerte que la experiencia tendría la figura de una vasta espiral siempre creciente que conocería el universo desde la gran variedad de aspectos que se contrastarían y relativizarían los unos a los otros, dando lugar a una experiencia tal vez en cierto modo escéptica respecto de cada cosa singular, indiferente, por ejemplo, ante una dualidad de formas culturales incluso mortalmente opuestas entre sí, y que puede acabar en una tolerante y omnicomprensiva universalidad que, como quitando el suelo bajo los pies del mundo, viene a convertirlo en una especie de tierra de nadie. La otra forma de experiencia consistiría, en cambio, en fijar de una vez por todas la atención en el pequeño grupo de los primeros objetos que han campeado ante sus ojos, como si estos objetos mismos se hubiesen apropiado, reservándose la exclusiva para

¹¹ «Uno de los rasgos que caracterizan a Ferlosio y que más prontamente reconoce el lector es el de la vastedad y profundidad de sus saberes, que, sobre algunos asuntos, dan la impresión de auténtica erudición. Desde luego, sus conocimientos históricos, gramaticales y lingüísticos, o los bíblicos y medievales, o los asombrosos de geografía, por lo demás concomitantes e imprescindibles para los históricos, o de botánica y zoología, son innegables, pero lo fundamental es la doble e interdependiente característica de la precisión con la que sabe lo que sabe, y el uso que hace de esos conocimientos como base empírica de sus opiniones y desarrollos argumentativos, junto a una extraordinaria capacidad para conceptualizar a partir de ellos. Por aquí se llega al otro rasgo por el que Ferlosio se hace más inmediatamente reconocible: su estilo. Éste se caracteriza muy notablemente por el formidable empleo que hace de un recurso para el cual la lengua castellana está especialmente dotada: la hipotaxis (término gramatical para designar las construcciones oracionales con subordinación). (...) Y es a continuación de estas palabras que, sustentándose en el escrutinio de abundante documentación de los siglos XV, XVI y XVII, sugiere eso de que “el enorme desarrollo de la hipotaxis en el castellano fue formándose especialmente a partir del lenguaje administrativo y sobre todo de la administración de las Indias”, que acabó dando lugar a “la gran prosa barroca”.» (R. Sánchez Ferlosio 2011:14).

sí, de todos los derechos del interés y la reflexión; de modo que el ejercicio de esta forma de experiencia consistiría en volver una y otra vez, de modo recurrente, la mirada y la concentración sobre ese limitado repertorio de cuestiones, como alguien que se moviese yendo y viniendo repitiendo indefinidamente sus visitas, sin salirse nunca, por un pequeño círculo de aldeas y campanarios; así, mientras que la primera manera de experiencia se adquiere por un constante descentramiento sin retorno, la segunda se adquiere, en cambio, mediante una reiterada e insistente reincidencia de concentración. El mero dato exterior de que, para lo que se acostumbra entre los de mi tiempo y condición, me encuentro entre los menos viajeros o viajados es claro indicio de que mi propensión se inclina hacia la segunda forma de experiencia. Las cuestiones por las que me intereso apenas pasarán de seis o siete, y como, con el paso de los años y de las recurrencias, algunas acaban abriendo tuberías de comunicación, no es raro que se vayan fundiendo y reduciendo».¹²

En el siguiente párrafo del mismo texto, Ferlosio ofrece varias claves de su metodología de razonamiento que, con posterioridad, veremos en muchos de sus artículos y de sus ensayos, con ese punto de partida de un hecho (solo aparentemente) anecdótico para irlo trascendiendo hasta alcanzar una conclusión clara, precisa y contundente sobre la realidad y los mecanismos que la conforman. Este pasaje gira, además, en torno a una cuestión predilecta para él, toda vez que su discurso tras recibir el Premio Cervantes se tituló, precisamente, «Carácter y destino»:

Entre las más antiguas [cuestiones por las que me intereso] —dejando a un lado las abandonadas— se cuenta la que ahora se designa como «Carácter y destino». La primera vislumbre me la dio mi hija, cuando tenía tres años: paseando por El Retiro, en los alrededores del quiosco de la música oí de pronto, por entre los árboles, las bien caracterizadas voces de un teatro de títeres. Ella no había asistido todavía jamás a ninguna clase de espectáculo, y, tras una pequeña vacilación, decidí que fuéramos; eran títeres de guante, y la obra —una pieza de reír— debía de ir ya, más o menos, como por la mitad. Pues bien, para mi enorme sorpresa, ella entró instantáneamente en la función, como si se tratase de algo sobradamente conocido desde su nacimiento, riéndose ya con la primera frase; y, para mayor sorpresa todavía, vi cómo no me preguntó absolutamente nada. Y yo pensaba: «¿Pero cómo?, hemos llegado con la función ya empezada y avanzada, y a esta

¹² R. Sánchez Ferlosio 2017:574.

niña no se le pasa por las mientes tan siquiera tratar de recabar de mí alguna posible información sobre lo que pueda haber pasado antes o cuál me parece que sea la relación entre uno y otro de los diversos personajes». ¡Nada! Totalmente feliz, sin apartar ni un instante la mirada y la atención del escenario, se reía a cada frase, entendiendo completamente todo lo que ella estimaba que había que entender. De pronto descubrí que no sabía lo que era un «argumento», que no tenía ni noción de que una obra de teatro, aunque fuese una comedia, se suponía que era una serie de hechos enlazados —al menos «hechos verbales»— que se sucedían en el tiempo. Para ella no existía tal sucesión; cada instante era puro y pleno presente, sustentado en sí mismo, completamente dueño de su propio ahora, ajeno a cualquier antes y después, acabado y entero de por sí. Comprendí que lo que ella estaba viendo no era nada que pasara u ocurriera en el tiempo, ni siquiera el mero suceder verbal de las interlocuciones enlazadas, como un proceso o un devenir que se moviera entre un antes y un después, sino un puro manifestarse en el ahora, un ahora que tal vez se repetía quieto en el mismo lugar, si es que este «repetirse» no es una interpretación necesaria y obligada para los que, inmersos en la temporalidad, no concebimos dos o más ahoras más que alineados en una sucesión. Era el manifestarse cada vez autóctono y entero de unos personajes que, a su vez, no consistían más que en su propia manifestación. Por eso la primera referencia en que se plasmó para mí la dualidad de destino y carácter fue la de «personajes de existencia» y «personajes de manifestación»; estos segundos eran inmóviles, constantes, no tenían acontecer, y ella logró alcanzarlos, aceptarlos y celebrarlos en su ahora, porque ella no veía razón alguna para que tuviese que haber un «argumento», si es que tenía tan siquiera alguna vaga idea de lo que tal cosa podría ser (al menos ¡no en el teatro, por favor!). Entonces vi que los personajes de manifestación ni morían ni hacían nada, ni buscaban nada, ni les pasaba nada. Sí, mejor dicho, algo les pasaba: la historieta cotidiana, siempre idéntica en todas sus variantes, que les permitía confirmarse en su invariable manifestación: los personajes de tebeo, Charlot, los bufones o personajes «especiales» que pintó Velázquez (...). De esta cuestión hay anticipaciones sucesivas en diversos textos míos, pero fue sumamente importante para ella la lectura del ensayo «Destino y carácter» de Walter Benjamin. Tan decisiva era la confirmación, que mi «personaje de existencia» trocó su nombre por el de «personaje de destino», y mi «personaje de manifestación» cambió el suyo por el de «personaje de carácter». Benjamin me corroboraba aún más con una cita de Nietzsche: «El que tiene carácter tiene una experiencia que siempre vuelve».¹³

¹³ R. Sánchez Ferlosio 2017:575-576.

Ahí están ya algunas de las cuestiones principales de nuestro autor, tales como la «actitud categorial» frente a la «actitud pragmática», el «tiempo consuntivo» frente al «tiempo adquisitivo», los «bienes» frente a los «valores», la búsqueda del «sentido de la Historia», las «binariedades», términos que, conforme se avance en la lectura de este estudio, resultarán cercanos y familiares.

Lo sorprendente de las líneas que acabamos de leer es que, de forma fluida y sencilla, y casi sin pretenderlo, toda una constelación de conceptos vaya aflorando de una anécdota mínima y entre los mismos se establezca una fuerte y sugerente armonía que, además, sea todo un ejemplo de hondura y perspicacia analíticas. Podemos observar, asimismo, que el propio Ferlosio parece no ser consciente del poder de su bisturí reflexivo, de la capacidad de su análisis para crear una estructura conceptual tan bien articulada a partir de la ya mencionada estricta disciplina de razonamiento. El hecho de que Ferlosio no haga mención de ello en *La forja de un plumífero* ni en ningún otro texto y, posiblemente, ello sea otro motivo para que una lectura dispersa e inconexa de sus ensayos y artículos no permita al lector vislumbrar ese espíritu unitario que todos ellos albergan. Pero, en el momento en que contemplamos todo este material literario con una mirada amplia y global, es fácil percibir que su pensamiento tiene toda una serie de dimensiones estructurantes que no nacen de la vocación de que sean un puerto de destino sino de la intención de que sean ruta de sujeción, método al cual atenerse de manera tenaz e insobornable.

Ferlosio abordó temas muy dispares aunque en apariencia inconexos (la semántica de forma constante y a veces obsesiva, lo que denominaba «derecho narrativo» —el modo como se configuran las estructuras de los relatos); con una honda preocupación, los relacionados con el sistema educativo y los medios de comunicación; y otros como el origen de la violencia, el terrorismo, los conflictos bélicos e, incluso, la disputa sobre cuándo empezó realmente el siglo XXI y el nuevo milenio), pero hay un elemento central que sirve de eje al tratamiento de todas estas cuestiones: la condición y naturaleza de la «experiencia cognoscitiva».

Para Ferlosio, el hecho de conocer tiene una importancia fundamental y, por ello, no deja de pensar sobre cómo se puede alcanzar un conocimiento cabal, cómo se articula

ese conocimiento, cómo se relaciona ese conocimiento con la realidad, cómo es posible que el conocer se vea intoxicado, distorsionado, pervertido, degenerado, convertido en un instrumento muy distinto al que por su relevancia debería ser, cómo lograr que ese conocimiento permita al ser humano alcanzar todo su potencial sin obstáculos ni limitaciones artificiales. La importancia de estudiar qué ideas ofrece Ferlosio a través de su obra ensayística es que aporta una lección de gran importancia que es de gran valor para toda persona que quiera pensar, razonar y reflexionar. No se trataría de llegar a construir un sistema cerrado y consolidado (inmediatamente, lo vamos a exponer en el primer apartado de este estudio) sino de mantener una disciplina a la hora de ejercer esas capacidades. El valor de razonamiento no sería alcanzar una «conclusión» que *concluye* porque ese desenlace sería una ficción estéril. Se trataría de alcanzar «conclusiones» que no agoten o clausuren, sino que dejen abierto el camino para continuar colocando nuevas baldosas en el mismo y avanzar de modo que no nos despeguemos de la realidad, de la condición intrínseca de las cosas, que no nos sirva para llegar a manejarnos con una realidad paralela, construida con el lenguaje, pero que estuviera desconectada de la auténtica realidad.

El pensamiento de Ferlosio es igualmente valioso porque se fundamenta en la idea de que alcanzar ese conocimiento cabal es posible y, además, aporta el medio por el cual se puede lograr, asumiendo, simultáneamente, que no se trata de llegar a un conjunto de proposiciones que no quepa ya revisar de nuevo, sino que la recapitulación permanente es la condición inevitable para que las mismas puedan llegar a considerarse válidas. De este modo, a la «experiencia cognoscitiva» se le reconoce el papel que debe y puede asumir, arrebatándole las funciones (por ejemplo, lo anticipamos, el buscar un «sentido a la Historia») que no le corresponden y que solo asume como consecuencia de una actitud equivocada por parte del «sujeto cognoscitivo». El análisis de la obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio, por ello, no cumple solo una función de «autopsia», por así llamarla, de un autor del pasado, sino que conserva toda su vigencia toda vez que su método reflexivo y de análisis es un ejemplo de cómo llegar a un conocimiento válido y legítimo, que puede ser seguido por cualquiera preocupado porque el pensar, su pensar, no se desvíe por vericuetos apartados de la auténtica naturaleza del mundo, de la realidad y del ser humano.

En nuestro enfoque de estudio, nos vamos a centrar en la visión de Ferlosio sobre la «experiencia cognoscitiva» abordándola desde una de esas binariedades o dicotomías que constituyen una seña de identidad del pensamiento ferlosiano y es la que se refiere a la dicotomía entre «experiencia» y «adaptación». En este momento, conviene tan solo apuntar y esbozar que el «sujeto cognoscitivo» puede vivir una «experiencia cognoscitiva» auténtica en la que, verdaderamente, entra en contacto con la realidad, o una experiencia de «adaptación» por la que lo que hace es trasladar la realidad a lo ya conocido, de forma que no llega a entrar en contacto con la auténtica realidad sino con una versión falseada de la misma. Las razones de estas dos posiciones y el proceso por el cual se hacen efectivas serán las cuestiones que trataremos en profundidad en los próximos apartados, con la minuciosidad y exhaustividad que el pensamiento de Ferlosio se merece en virtud de la minuciosidad y exhaustividad que el propio autor dedicó y mostró en su empeño.

Resumen

Si revisáramos cualquier relato de la vida de Rafael Sánchez Ferlosio, (por ejemplo, el que aparece en el Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia), nos llamarían la atención dos puntos esenciales:

- El primero es que el ensayo seminal de todo el pensamiento desplegado en la obra ensayística de Ferlosio, *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, publicado en 1966 en el n.º 39 de *Revista de Occidente*, no suele aparecer mencionado.
- El segundo es que, siendo ese pensamiento de una extraordinaria armonía y coherencia, el conjunto de artículos, ensayos y textos diversos de Ferlosio quede retratado como una amalgama algo caótica de títulos sin conexión unos con otros. Es todo lo contrario: ese conjunto es de una integridad y consecuencia tal entre sus elementos que, en cualquier resumen de la obra del escritor, merecería ser destacado como un valor indudable de su creación literaria e intelectual.

Posiblemente, la gran dificultad para llegar a esta última conclusión es que el pensamiento ferlosiano se halla disperso entre multitud de escritos, publicados de muy diferentes modos (artículos periodísticos, ensayos, “pecios”, obras inconclusas) que vendrían a ser como piezas de un rompecabezas o teselas de un mosaico que hay que reunir para adquirir una visión global lo suficientemente precisa y fiel al desarrollo de sus líneas de razonamiento. Solo teniendo en perspectiva todo el conjunto de textos es como se pueden apreciar con absoluta nitidez las constantes que guían las reflexiones de Rafael Sánchez Ferlosio, que se basan no en la constitución de un sistema completo sino en el ejercicio de una férrea disciplina intelectual que implicaba diseccionar exhaustivamente cada razonamiento antes de iniciar el que, a continuación, se encadenaba con el que había sido puesto a prueba hasta la extenuación. De este modo, los diversos temas que Ferlosio abordó en sus escritos ensayísticos quedaban conectados unos con otros y guardaban entre sí una estricta unidad. Ferlosio recorre territorios muy variados (de manera intensa el lenguaje; de forma también vehemente lo que denominó “derecho narrativo”, el modo como se configuran las estructuras y los mecanismos de relatos y narraciones; asimismo los

asuntos relacionados con el sistema educativo y los medios de comunicación; y otros como el origen de la violencia, el terrorismo, los conflictos bélicos e, incluso, la disputa sobre cuándo empezó realmente el siglo XXI y el nuevo milenio), pero hay un elemento central que sirve de eje al tratamiento de todas estas cuestiones: la condición y naturaleza de la “experiencia cognoscitiva”. Para Ferlosio, el hecho mismo de conocer tiene una importancia fundamental y, por ello, no deja de pensar sobre cómo se puede alcanzar un conocimiento cabal, cómo se articula ese conocimiento, cómo se relaciona ese conocimiento con la realidad, cómo es posible que el conocer se vea intoxicado, distorsionado, pervertido, degenerado, convertido en un instrumento muy distinto del que por su relevancia debería ser. El problema es lograr que ese conocimiento permita al ser humano alcanzar todo su potencial sin obstáculos ni limitaciones artificiales.

Nos vamos a centrar aquí en la visión de Ferlosio sobre la “experiencia cognoscitiva” abordándola desde una de las “binariedades” que constituyen una seña de identidad del pensamiento ferlosiano y es la que se refiere a la dicotomía entre “experiencia” y “adaptación”. Esa binariedad constituye el andamiaje conceptual que nos permitirá desplegar posteriormente los conceptos esenciales de la teoría pedagógica del autor, elemento nuclear en su obra. En este momento conviene tan solo apuntar que el “sujeto cognoscitivo” puede vivir una “experiencia cognoscitiva” auténtica en la que, verdaderamente, entra en contacto con la realidad o una experiencia de “adaptación” por la que lo que hace es trasladar la realidad a lo ya conocido, de forma que no llega a entrar en contacto con la auténtica realidad sino con una versión falseada de la misma. Las razones de estas dos posiciones y el proceso por el cual se hacen efectivas las mismas serán las cuestiones que trataremos en profundidad en los próximos apartados

I. Una primera aproximación: la actitud cognoscitiva

i. Afluentes, categorías:

Es sabida y acogida —al menos en este trabajo— esa idea de que no hay una única llave que abra la interpretación de la obra de Rafael Sánchez Ferlosio: una cosa así sólo podría escribirse con tiza chirriante a los oídos de un hipersensible para la cuestión de la palabra como él mismo era. Pero sí podemos acudir a sus ensayos, como él mismo diría, con un “tal vez pequeño juego de ganzúas” y deseo de explorar aun cuando sea un solo asunto, que, por algunos motivos, no de intereses personales —que también—, sino del propio cantar del autor, ya desde el que se dice su más antiguo ensayo, inquieta y provoca, a saber: «Personas y animales en una fiesta de bautizo» (1962).

Así es como, en primer lugar, partiremos haciéndonos eco del planteamiento de Tomás Pollán, quien nos propone pensar la obra ensayística de Sánchez Ferlosio como una red fluvial, una “prolongación, desarrollo y modulación de la contraposición entre conocimiento (significación) y adaptación (asimilación)”,¹⁴ contraposición que sería algo así como el cauce principal de dicha red; en segundo lugar consideraremos también la perspectiva de Juan Antonio Ruescas, para quien podemos encontrar ya esos brotes de palabras que se irán robusteciendo y repitiendo y desplegando en diversos ensayos, idea que comparte con Pollán de que *Personas y animales...* es la matriz de las siguientes obras de Ferlosio; y en tercer lugar, del confluir de ambos autores evidenciado en la palabra de Ruescas que recoge y recuerda: “*aunque no haya en Ferlosio tales cosas [ni un sistema de pensamiento ni una Weltanschauung ni, todavía menos, una ideología] sí hay, según Pollán, una determinada “actitud cognoscitiva” (...) dicha actitud consiste, precisamente, en la vivencia y propuesta de una experiencia centrífuga*”.¹⁵

Iremos acometiendo el esfuerzo que ya nos es exigido —bajo la estela ferlosiana en la que estamos—: y es que para que un verdadero conocimiento pueda quizás tener lugar

¹⁴ Pollán 2005: 48.

¹⁵ Ruescas 2014: 402.

vamos a intentar, cuanto más podamos, suspender todo allanamiento, toda identificación, toda tendencia a la asociación, toda obsesión centrípeta, todas estas perniciosas manías del traer hacia lo propio, lo dado y lo ya sabido, eso posible y distinto que nos propone Ferlosio en este ensayo (y otros más) a propósito de conocer y las disposiciones en el proceso de conocimiento, aquello que Tomás Pollán llama una “actitud cognoscitiva”. Es decir, que vamos a echarnos de cabezas en él y con él, a la manera suya, intentándolo — porque es exigente—, ese movimiento centrífugo hacia las cosas, con algunas ganzúas que nos abran “nuevas e ignotas cerraduras” en sus ideas, o que nos abra las mismas otra vez, de otra manera.

Será con la palabra misma de Sánchez Ferlosio en el mencionado ensayo —y aventurando otros pasajes de otros textos que será inevitable no convocar— que vamos a comenzar a exponer lo concerniente al rasgo de su obra que nos interesa en este estudio: “la cognición”, la cual, en ese texto, hemos encontrado abierta para ser escuchada, paladeada, degustada, husmeada, catada, interrogada, analizada, descrita, perturbada, agitada, etc., desde virtudes, disposiciones, villanías, manipulaciones y atrofas “cognoscitivas”, mientras desplegamos las ideas o categorías claves de Ferlosio que sostendrán nuestros planteamientos sobre su pensamiento. Por eso, lo haremos siguiendo las pistas que él mismo nos da en *Personas y animales...*, a saber:

- i. La “virtud cognoscitiva”, aquella que siendo potencia de “la significación”, el así llamado “don de la palabra” (sobre el cual versa y se detiene gustosa y demoradamente una buena parte del ensayo, en la exploración gramatical de lo que sucede —y ha sucedido— con los nombres propios y los artículos que los anteceden), tiene, como todo lo humano, su envés y revés según qué condiciones, disposiciones, modos y maneras se le impriman al despliegue de dicho poder de la palabra significativa: crear —y destruir— mundos en el mundo, pues, dice Ferlosio, “*el mundo está lleno de mundos*”.¹⁶

¹⁶ R. Sánchez Ferlosio 2015²: 7.

El mismo comienzo de *Personas y animales...* ya refleja esa preocupación de Ferlosio por el “don de la palabra” y por sus implicaciones, por la convicción de que las “palabras” no son “meras palabras” y que era estrictamente necesario profundizar en lo que la utilización de las mismas significaba desde una perspectiva lo más amplia posible:

Repara en el enojo tan fuera de medida que te producía esta tarde esa chica que se complacía en mentar una y otra vez por nombre propio al casi recién nacido niño de su amiga. ¿Se recreaba realmente en hacerlo muchas veces o te lo ha parecido a causa de que cada vez que lo hacía te producía la misma grima que el chirrido de la tiza seca en la pizarra? Te dirán que eres hipersensible para lo que gustan de llamar “mera cuestión de palabras”, con ese mágico empleo del “mero” o el “no es más que”, que es como un pase de pecho con el que uno puede sacarse de encima cualquier toro; pero tú no te cuides de darles ni quitarles la razón a tus humores: hazlos objeto de tus reflexiones¹⁷.

Desde este ensayo seminal ya está presente la inquietud que latirá en todas las obras que vamos a revisar y analizar en el presente estudio.

- ii. La “disposición cognoscitiva”, la cual nos es introducida a través del “respeto” hacia las cosas cuando este no es un mero formalismo cortés; cuando, guardando celosamente la distancia con las cosas, se procura “la experiencia” del mundo y de ellas mismas, esto es, la conservación, el enaltecimiento y la salvaguarda de su “alteridad incommovible” y su “soberanía irreductible” contando con que, efectivamente, haya un sujeto en dicha experiencia; el cual, abocándose a su conocimiento en una “actitud categorial” (en contraposición a una actitud pragmática) puede sostenerse (por asombro, sorpresa, inclinación) hacia la exterioridad de los objetos mismos, esto es: en un “movimiento centrífugo” respecto al mundo y respecto a las cosas.

¹⁷ Op.cit. p. 5.

Siguiendo con el ensayo *Personas y animales...*, nos encontramos casi inmediatamente con el siguiente paso conceptual a la decisión de analizar el “don de la palabra”:

¿Pero por qué no dice ‘el niño’, por qué no dice ‘el niño’?”, me repetía con rabia para mis adentros, y en ello me parecía erigirme *en defensor de los fueros más genuinos del recién nacido* que dormía en su cuna —¡y cuán profundamente! — en la habitación contigua. Dictaminar “mera cursilería” es darle un carpetazo a la cuestión, *carpetazo que servirá para clasificarla y archivarla, pero que no resuelve nada*. ¿No ha sido bautizado?, ¿no ha sido inscrito en el registro?, ¿no he compartido yo mismo esta tarde la tarta bautismal, para revolverme ahora contra la civil intención de concederle, desde hoy en adelante, estatuto de persona? Enhorabuena que se le considere persona de derecho; no era eso, sea de ello lo que fuere, lo que me sublevaba, sino que fuese ipso facto concebido como persona de hecho, como si el solo derecho se bastase para sacarnos de la naturaleza e introducirnos en la humanidad. Esto debía de ser lo que, en mi irritación, venía advirtiendo en la desenfadada, en la más que temeraria familiaridad de la mención con nombre propio, *que hería mis oídos como una falta de respeto*, como un allanamiento de morada, como una villanía¹⁸.

Con independencia de que deberemos volver pronto a otras dimensiones de la función cognoscitiva que ya afloran con claridad en este párrafo, en este punto interesa resaltar que Ferlosio considera como aspiración fundamental de la función cognoscitiva el esclarecimiento de la esencia genuina del objeto de reflexión (“erigirme en defensor de los fueros más genuinos del recién nacido”), esclarecimiento que, por un lado, está asociado al respeto debido a ese objeto (“la más que temeraria familiaridad de la mención con nombre propio, que hería mis oídos como una falta de respeto”) y que, por otro, nunca va a ser llegada a un punto estático sino que va a estar asociado a una consideración dinámica de las conclusiones alcanzadas (“dictaminar ‘mera cursilería’ es darle carpetazo a la cuestión, carpetazo que servirá para clasificarla y archivarla, pero que no resuelve nada”).

- iii. La doble “villanía cognoscitiva”, que tiene que ver, como ya se insinuó, con la doble cara de lo que podemos humanamente hacer y que, en buena medida (casi podría decirse que en toda medida) depende de qué

¹⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 5-6.

concepciones comandan la acción. Y es que el movimiento que emprende un sujeto en el proceso de conocer dependerá de qué concepciones de las cosas (la naturaleza, los objetos) y del ser humano (sí mismo y los otros) se tienen, y, entonces, del tipo de relación que se establezca entre ellos: bien de respeto, apertura, atracción e interés —pasión—; o bien de exorcismo, inmunidad o neutralización. Cuando las relaciones son del segundo tipo entonces las bajezas de las que habla Ferlosio, y que exploraremos, serán la mixtificación de la naturaleza, una humanidad mermada, disminuida e incluso un don de la palabra que puede pasar de ser “gracioso” a “peligroso”.

Volvemos al texto de *Personas y animales...* para mostrar cómo Rafael Sánchez Ferlosio abre el camino de esta dimensión de su pensamiento:

Así, una doble afrenta, una doble villanía cognoscitiva —y, por tanto, real, en la misma medida en que interfiere en nuestra relación con lo real— se perpetra, de un golpe, en el allanamiento del enorme hiato que separa a la naturaleza de la humanidad; allanamiento que redundará en una misma violencia para ambas y que remite a la obsesión centrípeta de una humanidad acobardada y capitidismínuida, que aborrece asomarse a la intemperie de cuanto la rebasa, que pugna sin descanso por echar sus tentáculos sobre cuanto amenaza desmandársele —ya natural, ya humano que ello sea—, para aherrojarlo en el cerco de lo propio. Y mixtifica a la naturaleza en cuanto quiere ella misma suplantarla, en cuanto quiere hacerse pasar por “natural”, o sea, por definitiva e inamovible; al par que, camuflando los límites en que se circunscribe, escamoteando el solar sobre el que se halla edificada, logra ignorarse y mixtificarse. Quien mienta, pues, por nombre propio a un niño que no habla no solo afrenta a la naturaleza, sino también y en igual grado a la propia humanidad, pues al considerar irrelevante, para hacerlo, que hable o que no hable, presupone una histórica y total continuidad entre el animal de hoy y el humano de mañana, estima que nada hay por decidir ni por crear en el anfibio y peregrino desarrollo que separa lo uno de lo otro, pensándolo sin más como un mero desarrollo, es decir, como una simple, expedita ejecución de algo ya prefigurado y programado sin residuo en el presente.¹⁹

¹⁹ Op.cit, 15.

Si antes hemos dicho que la “disposición cognoscitiva” no desemboca en un punto estático, del mismo modo la “villanía cognoscitiva” también va más allá de su naturaleza estricta para convertirse en un medio para alcanzar otros fines, tal como se revela en el párrafo anterior, relacionados con el control social. Es decir, el estudio de lo lingüístico acaba siendo estudio antropológico y sociológico.

- iv. La “manipulación cognoscitiva” que se desprende cuando ese movimiento del “conociendo” es despojado del gerundio a la velocidad en que un nombre, una palabra, deviene arnés, con los cuales un así armado “Yo” trae hacia sí las cosas, los objetos, el mundo; movimiento que en la obra de Ferlosio se conoce como la “forma centrípeta de la experiencia” y alcanza unas dimensiones tan nocivas como viles, tan sutiles y difíciles de evidenciar en tanto se sostienen en mecanismos de síntesis, superstición, pereza y cobardía que no reconoceremos —pero que con una sola vez que nos fuera posible la experiencia tensionante de la salida de sí, ese “auténtico choque perceptivo y epistemológico”, no tendríamos derecho a la normalidad y antes bien sería como un deber intentar convencer a otros de eso que hemos visto que hacemos— y en los cuales estamos como aposentados en las sala-cunas de lo dado y lo familiar. Es en el siguiente pasaje de *Personas y animales* donde se plantea el trasfondo y objetivos de esa “manipulación cognoscitiva”:

(...) la alteridad que se quiere violentar es la alteridad como mera resistencia, cualquiera que sea su signo en cada caso, la alteridad de lo que es como ello quiere, de lo que se rebela a recibir definitivamente un puesto en la llamada armonía universal; y cuando se habla de falta de respeto, de romper las distancias, se entiende la manipulación cognoscitiva del objeto, sea cual fuere el sentido de semejantes manipulaciones. En el caso del niño se tratará de negar la discontinuidad, con la indeterminación que ésta supone —y que aparejaría, a su vez, la posibilidad de humanidades diferentes—; en cuanto al chimpancé, es la semejanza lo que se trata de poner fuera de juego; la cuestión

es que todo, y en especial la humanidad, sea idéntico a sí mismo, que cada cual esté en su puesto, que no haya ambigüedad.²⁰

Es decir, a través de un hecho del lenguaje se revela una distorsión o perversión de la “función cognoscitiva”, que está indisolublemente unida a una actitud que busca favorecer una estructura ya dada que no se desea poner en cuestión (“*que cada cual esté en su puesto*”).

- v. Las “atrofias cognoscitivas”, las cuales vienen a ser algunas de las implicaciones de la “obsesión centrípeta” que ponemos en marcha aterrizados y amenazados por la extrañeza que nos producen un recién nacido, un niño o un camaleón: traerlos hacia lo propio, lo conocido (infantilizando al niño y antropomorfizando los animales y la naturaleza) y, al mismo tiempo, exorcizando todo aquello que nos recuerde lo muy otro(s) que somos (burlándonos, menospreciando y sometiendo todo lo “extraño próximo”), cumplimentando así la manipulación de manipulaciones: la “adaptación” a unívocas, singulares, diáfanas y nada ambiguas formas y la superposición de éstas como verdaderos rostros de las cosas, con las cuales se condiciona la percepción, se obnubila lo imaginario, se inmediateiza y funcionaliza la relación con las cosas y el trato con el mundo, se le quita vida a la vida, se despotencia lo humano (mientras se empodera el individuo cifrado y calculable) y finalmente se desvirtúa toda actividad cognoscitiva. Dos párrafos del ensayo que estamos citando del autor resumen a la perfección ese río donde deberemos sumergirnos posteriormente:

(...) se trata siempre de escamotear cuanto amenace hacernos caer en extrañeza, cuanto pueda mostrarse resistente a nuestros estatutos, y por ende invalidarnos o al menos socavarlos. La idea manipuladora por esencia, la manipulación de manipulaciones, la manipulación como sistema, es la idea de la Armonía Universal. Ese es el exorcismo Urbi et Orbi, el exorcismo solemne y general que termina con todos los demonios.²¹

²⁰ Op. cit, 19.

²¹ Op. cit, 19-20.

- vi. Y, por último, “una ideología educativa”, o teoría pedagógica en Ferloiso; área que en los tiempos actuales, más que atender a un conjunto de contenidos dogmáticos, se desenvolvería más bien mediante “una dogmática”, o filosofía, de variados procedimientos, en la que se cuecen las anteriores cuestiones de la cognición y lo cognoscible (de la inteligencia y de la sensibilidad, que todo ser humano posee y que debe ejercitar, como cualquier otra facultad). Orquestado todo por y para las infantiles mentes prefabricadas y ávidas de reproducirse, a las cuales adaptar el mundo, invitándolas “a por él” desde una “actitud pragmática y onfaloscópica”, aquietando cuerpos y mentes ante lo extraño y lo desconocido, cultivando una voz, un lenguaje y una sintaxis para pobres tontos, cercenando así (desde que en torno a la mismísima cuna la sociedad constituida sobrevuela como buitre atento a la carne fresca) toda atención y todo interés centrífugo, “verdaderos” ya desde niños, exorcizando precisamente la libertad que con cada recién nacido se abre: la posibilidad de renovar el mundo común, una nueva humanidad concretándose, otra vez. Casi inmediatamente a los dos pasajes de *Personas y animales...* que hemos transcrito con anterioridad, Ferlosio aborda la cuestión de la educación asociada a la cuestión lingüística y a la del ejercicio de la “función cognoscitiva”, pasaje en el que se incluyen algunas de las expresiones que hemos utilizado al abordar este afluyente del pensamiento del autor:

Como la naturaleza por sí misma, frente a la mirada —ingenua o cultivada— que sepa serle respetuosa y se sepa ser leal” [es decir, no sometida ni a “villanías”, “manipulaciones” ni “atrofias” “cognoscitivas”, decimos nosotros] confuta de rechazo la presunta armonía del mundo humano, será preciso manipular su imagen, condicionar y embotar esa mirada ya desde la infancia. Habiendo evolucionado, en este último siglo, el sistema de las ideologías desde la ideología que podríamos llamar dogmática o de contenido hacia procedimientos ideológicos que apuntan directamente a los procesos, a las formas del propio conocer, no es de extrañar que la ideología para la infancia,

antaño un mero apéndice de la confeccionada para adultos, se haya convertido hoy en objeto de una auténtica especialización.²²

Y, de este conjunto de aseveraciones, pasamos, de repente, en sorprendente giro, hacia un elemento concreto de la realidad del momento actual (del momento actual en el momento en que se escribió el ensayo y del momento actual en el momento en que lo estamos analizando en este estudio):

La historia natural, y en especial la zoología, es el terreno de elección para manipular las mentes infantiles. Walt Disney, con el dos veces doble frente de la fotografía y el dibujo, del argumento y el documental, nos ofrece de ello el paradigma más completo.²³

Es aquí donde se nos muestra el carácter dinámico, arbóreo o fluvial del pensamiento de Ferlosio. Porque, con esta referencia a la educación, a la vez que cierra el círculo de su razonamiento, llegando al origen y fuente de reproducción de la situación que ha servido de punto de partida a las reflexiones (la utilización inapropiada del lenguaje), vuelve a abrirlo al enfocar la luz hacia el entorno circundante y someterlo a su bisturí crítico.

Vamos a sumergirnos uno a uno en estos afluentes de la actitud cognoscitiva, como por entre la palabra de Ferlosio, con los cuales, como se ha dicho, se pueden sostener, reflexionar, intentar pensar las insistencias, latencias, reincidencias del autor a lo largo de su obra ensayística, y lo anterior será pues el itinerario que seguirá a continuación.

²² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 20.

²³ Op. cit, 20.

ii. Lo cognitivo y lo cognoscitivo

Pero como a la manera ya de primer salto (¿al vacío?) habríamos de decir alguna cosa sobre una de las primeras curiosidades que nos asaltaron en este estudio: ¿habría pues alguna diferencia entre “lo cognitivo” y “lo cognoscitivo”? ¿Cómo podríamos entender la elección de un término frente al otro? ¿Qué significa esa opción? ¿Qué implicará adjetivar con una y no con otra palabra cada uno de esos asuntos que analizaremos? Tanto en entrevistas como en conversaciones de quienes tuvieron la suerte de departir buenas horas con Rafael Sánchez Ferlosio, se reconoce el cuidado que ponía en cada palabra, en cada párrafo de sus escritos. Es por ello que no podemos dejar pasar esto que nos ha llamado la atención y que, tratándose de nuestro autor, nos sentimos con la necesidad también de hacer, aunque sea insuficiente rodeo, pero será interesante para lo que podemos pensar con él (ya no sólo a propósito de él) en materia de educación (y de instrucción, de estudio).

Tanto “lo cognitivo” como “lo cognoscitivo” comparten origen en el verbo latino *gnoscere* (conocer) y, aunque la primera provenga de *cognitio* y la segunda de *cognoscere*, ambas palabras comparten composición en su prefijo, su raíz y hasta el sufijo, y, aun así, el acento es inquietante, cuando, etimológicamente, lo encuentras descansando así: para lo cognitivo, en lo relativo “al conocimiento” y para lo cognoscitivo, en “que es capaz de conocer”; eso sí, ambas concernientes a la cognición como universo contextual, por decirlo así, ahí donde ellas, como palabras, han nacido. Habría, por lo menos, dos caminos por los cuales aventurarse en esta distinción que además parece que estarían estrechamente ligados con asuntos que estaremos abordando a lo largo de este estudio, y que tienen que ver, el primero, con la apertura filosófica posible cuando nos paramos a pensar en aquello que, siendo acto, es al mismo tiempo, todavía, una potencia, es decir, cuando un acto no agota una potencia; y el segundo, con la diferenciación antropológica que puede nacer de esta distinción, como una —entre otras— razón por la cual el animal humano se diferencia de otras especies entre los seres vivos que a su vez tienen capacidades cognitivas.

En primer lugar debemos decir que con *conocer*, como con *pensar*, sucede que tanto en la actividad (el conocimiento); en la posibilidad de que suceda (ser capaz de conocer y ser cognoscible); en el sujeto que la realiza (el que conoce, el conocedor, el *cognoscente*) y en el resultado de la misma (el conocimiento) se han fundido (y muchas veces confundido) en el uso (y abuso) de los términos, dando lugar a discusiones sin fin; y las más de las veces se ha despotenciado (literalmente) la significación de cada una de estas cuatro dimensiones de una misma (y a la vez distinta) acción. Se dice “conocer”, se dice “pensar”, así como se dice “conocimiento”, se dice “pensamiento”, y tanto podemos referirnos a la actividad (en el dándose), al acto (en el resultado o en la acción), a la potencia (en la posibilidad) y es en donde podemos intuir que optar por *cognoscitivo/a* para hablar de la actitud, la disposición, la villanía, las manipulaciones y las atrofas en la actividad del conocimiento, en el acto y la potencia del conocer, elegir esta forma (*cognoscitivo/va*) y no otra (*cognitivo/a*), cuyo acento se reconoce más en la potencia (la posibilidad, ser capaces de aquello que de por sí es una capacidad, pero que no se da por descontado que hagamos uso de ella) sin descuidar la realización, pero no olvidando la apertura que tendría que ser asumida (o al menos posible, así sea con ganzúas), esa elección pues, no se trata de una mera y simple cuestión de nombre o de palabras: veremos que, además, no es posible de considerar, tratándose de Ferlosio, que una cosa sea simplemente “cuestión de palabras no más”.

Y es que, quizás, lo más interesante de esta primera vía de la distinción sea la apertura a que se da lugar cuando, como se decía, un acto no agota una potencia. Es decir, conocer, poder dar cuenta (y darnos cuenta) de “algo” valiéndonos de la percepción (maneras de articular la mirada y la palabra), la inteligencia (facultad compartida con otros seres vivos), la sensibilidad, es actividad, es praxis, que puede permanecer en estado de “abierto” en tanto que proceso, en el cual se va y se viene entre el acto, la posibilidad, el dándose y el resultado (un corpus, si se quiere ocasional; por ello, Ferlosio dirá que no es ni tan siquiera provisional) una y otra vez, siempre de nuevo. Pero habremos de reconocer (y quizás esto subraye aun más la elección de nuestro autor), que en tiempos de la llamada “sociedad del conocimiento” y de “capitalismo cognitivo” galopante, una idea así no tiene asidero; consideramos, y lo veremos palpitando en las críticas y las rabietas y las reflexiones de Ferlosio, que precisamente es la potencia (el poder ser, siempre una vez

más, de nuevo) de una actividad, de una acción, de un ser, de una significación, lo que se ha obstruido sistemáticamente, con el debido rigor... Y es que ¿qué habría más inútil, más ocioso, menos eficiente?, y, sin embargo, ¿qué habría más diverso que lo mismo pero distinto, como cada amanecer, con cada salida del sol, de nuevo, una vez más?

Hay un pasaje de *Personas y animales...* que explicita con gran claridad esta visión de la función cognoscitiva como potencia:

(...) si, como ocurre en realidad, la significación no es el punto de llegada, sino el viaje mismo, o sea, el irreversible movimiento de la mente hacia las cosas (un movimiento, en cuanto tal, es siempre irreversible; solamente un camino —es decir, la objetivación de un movimiento— puede ser reversible), entonces no es posible poner a otros sujetos en relación con ellas más que haciéndose acompañar consubjetivamente en ese mismo movimiento centrífugo —lo que, a la postre, no quiere decir sino que todo proceso intelectual ha de ser, por esencia, actividad; no puede ser pasiva recepción.²⁴

Un segundo camino (que ni excluye el anterior ni se contrapone a él: el pensamiento es en eso más capaz que el cuerpo, pero es que además incluso, este camino se robustece con lo anteriormente expuesto) por el cual aventurar alguna idea de por qué elegir “lo cognoscitivo” en lugar de “lo cognitivo” hace parte del correlato antropológico que hay entrelíneas, también, en los planteamientos de Sánchez Ferlosio. La manera en que nos contamos qué nos hace específicamente humanos, qué es aquello que entre tantísimos seres vivos de especies tan sorprendentes, infinitas, nos caracteriza, puede echar a andar por los caminos de la cognición y esa manera de diferenciar al menos cuatro dimensiones de ella (actividad, potencia, acto o resultado o realización —podemos llamarlas, quizás, “derivas”, de derivaciones, del sujeto—). La cognición se encuentra definida como una facultad, precisamente la de conocer, y es acción o más bien acciones: procesar la información que llega a todo ser vivo a partir de una estructura (más o menos compleja) donde se ponen en juego la observación, el relacionar, la clasificación, la comparación, la identificación, en lo cual no ahondaremos porque tampoco por ahí transita la perspectiva ferlosiana; pero todo eso no es facultad única de la especie humana, por

²⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 24.

tanto, el conocer en tanto que facultad no le diferencia de otras. Lo que es propio y específico del ser humano respecto a esta capacidad que comparte con otras especies, es el poder dar cuenta de eso que conoce; también el poder, por ejemplo, suspender eso que ha “conocido” para volverlo a “conocer” otra vez (ya lo veremos con Ferlosio a propósito del sentido); es el que aquello que conoce se ubique en “un relato” (un sentido) que va variando, que es mutable, que es equívoco, que no tiene guión, que no está prescrito y que además se lo cuenta y lo cuenta a otros, con los que entreteje mundo y existencia; lo es también —propio de la especie humana— que haya creado una herramienta para ordenar de manera particular el conocimiento: las palabras con las que narra y con cuya “institución” —creamos algo muy mágico— se acompaña buenamente la imaginación: la capacidad de crear (y no sólo de recibir lo dado). Todo lo anterior es pura potencia (por lo alto y por lo bajo, con cintura o sin ella, de esto también hablaremos, de la significación y su allanamiento) y como ya vimos, está mucho más acentuada en “lo cognoscitivo” que en “lo cognitivo”, puesto que, al menos el debate está aún abierto, todo lo anterior —para algunos— no es mera cuestión de neuronas y de cerebro, lo cual sabemos que es ya el más bajo achatamiento de lo cognitivo, pero la comparación la estamos haciendo con intención, puesto que en Sánchez Ferlosio encontramos de otra manera expresada esta idea (de que hay algo a lo que le llaman conocimiento y no lo es: ¡conocimiento real ya!), en la contraposición que ya hemos mencionado entre conocimiento (significación) y adaptación (asimilación).

El siguiente fragmento de *Personas y animales...* ilustra esta segunda dimensión de la función cognoscitiva en el pensamiento de Sánchez Ferlosio:

La significación se entenebrece y muere, deja de ser significativa, en el instante mismo en que la palabra se detiene, en que deja de ser un movimiento, para cuajarse en cosa. Quien cree que puede adaptar las significaciones (usando “otro lenguaje más sencillo y asequible”, como si lo más simple fuese capaz de expresar lo más complejo y como si la significación permaneciese — al igual que una cosa— idéntica a sí misma, y toda diferencia de lenguaje no fuese sino adecuación a distintos receptores) se comporta con ellas como si fuesen cosas y a la vez las cosas a las que se refieren.²⁵

²⁵ Op. cit, 24.

Piénsese entonces, toda vez que se titule un apartado y es cosa que haremos juntos, cómo se modificarían las cuestiones que hemos planteado abordar si, teniendo en cuenta los caminos mencionados, en lugar de virtudes, disposiciones, villanías, manipulaciones y atrofas cognoscitivas se tratara de virtudes, disposiciones, villanías, manipulaciones y atrofas cognitivas; hubiese sido una auténtica villanía, dado el calibre de las críticas, los atrevimientos, las perlas, toda la lucidez que está presta a ser gozada en el pensamiento, en las ideas, en la palabra de Rafael Sánchez Ferlosio.

Resumen

En el presente estudio vamos mostrar cómo aborda Rafael Sánchez Ferlosio en su obra ensayística el asunto de la “actitud cognoscitiva” y sus implicaciones pedagógicas. Partiremos para ello de tres planteamientos confluyentes. El primero, el realizado por Tomás Pollán en su ensayo *La pasión del conocimiento*, en el cual concibe la obra ensayística de Ferlosio como una red fluvial, una “*prolongación, desarrollo y modulación de la contraposición entre conocimiento (significación) y adaptación (asimilación)*”. El segundo, el de Juan Antonio Ruescas en relación al ensayo de Rafael Sánchez Ferlosio *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), donde considera que ya podemos encontrar los brotes de palabras que se irán robusteciendo y repitiendo y desplegando en diversos ensayos, siendo, de esta forma, como la matriz de las siguientes obras de Ferlosio (idea que comparte con Pollán). El tercero, el compartido también tanto por Pollán como por Ruescas en el sentido de que, sin haber en Ferlosio ni un sistema de pensamiento, ni una *Weltanschauung*, ni una ideología, sí hay una determinada “actitud cognoscitiva” que consiste, en palabras de Ruescas, “*en la vivencia y propuesta de una experiencia centrífuga*”.

A partir de este triple planteamiento iniciaremos el estudio acerca de cómo aborda Sánchez Ferlosio la idea de “actitud cognoscitiva”, identificando seis dimensiones o, siguiendo la terminología de Pollán, afluentes:

- La “virtud cognoscitiva”, relacionada con lo que es la potencia de “la significación” y el “don de la palabra”.
- La “disposición cognoscitiva”, la cual nos es introducida a través del “respeto” hacia las cosas, cuando, guardando celosamente la distancia con ellas, en un “movimiento centrífugo” respecto al mundo y respecto a ellas, se procura “la experiencia” del mundo y de ellas mismas, conservando su “alteridad incommovible” y su “soberanía irreductible”.
- La “villanía cognoscitiva”. El movimiento que emprende un sujeto en el proceso de conocer dependerá de qué concepciones de las cosas y del ser humano se tienen, y, entonces, del tipo de relación que se establezca entre ellos: bien de respeto,

apertura, atracción e interés; o bien de exorcismo, inmunidad o neutralización. Cuando las relaciones son del segundo tipo, entonces las bajezas serán la mixtificación de la naturaleza, una humanidad mermada, disminuida e, incluso, un don de la palabra que puede pasar de ser “gracioso” a “peligroso”.

- La “manipulación cognoscitiva”, que se desprende cuando el “Yo” trae hacia sí las cosas, los objetos, el mundo, movimiento que en la obra de Ferlosio se conoce como la “forma centrípeta de la experiencia” y que alcanza unas dimensiones que se sostienen en mecanismos de síntesis, superstición, pereza y cobardía que no serán reconocidos.
- Las “atrofias cognoscitivas”, las cuales vienen a ser algunas de las implicaciones de la “obsesión centrípeta” que ponemos en marcha, exorcizando todo aquello que nos recuerde lo muy otro(s) que somos (burlándonos, menospreciando y sometiendo todo lo “extraño próximo”), cumplimentando así la manipulación de manipulaciones: la “adaptación” a unívocas, singulares, diáfanas y nada ambiguas formas y la superposición de éstas como verdaderos rostros de las cosas, despotenciándose lo humano y desvirtuando toda actividad cognoscitiva.
- “Una ideología educativa”. área que, en los tiempos actuales, más que atender a un conjunto de contenidos dogmáticos, se desenvolvería más bien mediante “una dogmática” de variados procedimientos y en la que se cuecen las anteriores cuestiones de la cognición y lo cognoscible.

Es de gran interés reflexionar sobre el motivo por el que Ferlosio, en vez de emplear el término “actitud cognitiva”, utiliza el de “actitud cognoscitiva”. Tratándose de un autor como Rafael Sánchez Ferlosio, ello no puede ser caprichoso ni arbitrario, de modo que se pueden hallar dos explicaciones a esta elección terminológica:

- La primera, está relacionada con la apertura filosófica posible cuando nos paramos a pensar en aquello que, siendo acto, es al mismo tiempo, todavía, una potencia, es decir, cuando un acto no agota una potencia. Es decir, se prefiere el término “cognoscitivo” frente al de “cognitivo” porque conocer, poder dar cuenta de “algo” valiéndonos de la percepción, la inteligencia y la sensibilidad, es actividad, es praxis, que puede permanecer en estado de “abierto” en tanto que proceso.

- La segunda se relaciona con la diferenciación antropológica que puede nacer de esta distinción, como una razón por la cual el animal humano se diferencia de otras especies entre los seres vivos que, a su vez, también tienen capacidades cognitivas.

II. La virtud cognoscitiva

Ya dijimos en el anterior apartado que la “virtud cognoscitiva”, en cuanto “potencia de la significación” está íntima (y tal vez indisolublemente) unida al “don de la palabra”, de modo que, explorando este afluyente del pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio en su obra ensayística, nos vamos a encontrar de forma sistemática que el punto de partida siempre va a ser la consideración del hecho lingüístico y el análisis exhaustivo e implacable de las implicaciones asociadas al mismo. Este punto de partida es expuesto por el propio autor en un pasaje de su único escrito autobiográfico, *La forja de un plumífero*, en el cual, además, se recoge el detonante de dicha vía de reflexión:

Tras escribir *El Jarama* —entre octubre de 1954 y marzo de 1955—, agarré la Teoría del lenguaje, de Karl Bühler, y me sumergí en la gramática y en la anfetamina. Cuando un clérigo da lugar a algún escándalo, la discretísima Iglesia católica, experta en tales trances, lo retira rápidamente de la circulación, y al que pregunta por él, tras haber advertido su ausencia, se le contesta indefectiblemente: “Oh, el padre Ramoneda se ha recogido para dedicarse a altos estudios eclesiásticos”; a mí no me hizo falta ningún obispo que me retirase, sino que me bastó con el inmenso genio de Karl Bühler y la irresistible sugestión teórica y expositiva de su obra (...) para retirarme de la circulación y consagrarme a “altos (o bajos) estudios gramaticales”.²⁶

Los estudios lingüísticos y filológicos de Rafael Sánchez Ferlosio, lejos de ceñirse a aspectos parciales o limitados, abarcan un amplio espectro que demuestra que su conocimiento y análisis, lejos de ser superficial o, considerado desde otra perspectiva, meramente instrumental, es preciso, profundo y ampliamente fructífero desde su forma de articulación y desarrollo. A modo de ejemplos, y siguiendo una línea (un curso fluvial, podríamos decir en razón del eje central del presente estudio) que empieza en lo más abstracto y alcanza lo más concreto y específico, podemos mencionar, en primer lugar, sus ideas sobre la esencia y naturaleza del lenguaje y de las palabras, de los significantes y de los significados y de la interacción entre ellos:

²⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La forja de un plumífero* (1998), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 562.

Semiólogos y lingüistas gustan de hablar de signos “motivados” y signos “arbitrarios”; conviene delimitar el campo de pertinencia de esta distinción, con el siguiente principio: allí donde como en las lenguas naturales, el signo se halle sujeto al principio de convencionalidad, el origen motivado o arbitrario de un signo dado se vuelve enteramente irrelevante en lo que se refiere a la praxis de su función semántica; o, dicho de otro modo, el principio de convencionalidad consiste en la norma según la cual el consenso de la convención se erige en único fundamento operante en la conexión entre significante y significado, en motivación necesaria y suficiente, que neutraliza cualesquiera otras circunstancias que hayan podido concurrir en el establecimiento de tal coordinación.²⁷

Podemos referirnos del mismo modo a cómo Ferlosio toma en consideración la formación de la tercera persona en el indoeuropeo moderno para explicar el funcionamiento de aquella en los diferentes esquemas narrativos, cuestión (la de los esquemas narrativos) a la que dedicará un, aunque incompleto, vastísimo análisis en su ensayo *Las semanas del jardín*:

Gramaticalmente, la tercera persona habría venido a formarse, en el indoeuropeo moderno, por una completa transposición de la primera (transposición representada, tal vez, primariamente, en la morfología, por la aparición del morfema *s* en el nominativo, cuyo valor originario habría sido más tarde oscurecido por la ulterior evolución, cuando tal nominativo, coordinado, en principio, y según una hipótesis gratuita a la que no podría aportarse corroboración histórica, únicamente a la voz media —voz eminentemente subjetiva y personal—, se hubiese hecho extensivo a la voz pasiva, ulteriormente formada, y desde ésta, por último, a la activa, convirtiendo en “sujeto” el primitivo “agente”), esto es, por una auténtica cesión del centro de coordenadas en que ésta se constituye y articula; se trataría, por tanto, de un préstamo a distancia, de un trasplante del sistema de referencias, en virtud del cual vendría a cuajarse como un ego vicario, que reclamase por delegación todas las atribuciones propias de la primera persona y soportase la misma capacidad referencial, con su propia autonomía de *hic et nunc*.²⁸

Si nos acercamos con detalle a un estudio que aborda un aspecto mucho más concreto del lenguaje, podemos ver cómo en *“Guapo” y sus isótopos* Ferlosio intenta hallar

²⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Las semanas del jardín. Semana segunda. “Splendet dum frangitur»* (1974), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, 195.

²⁸ Op. cit. p. 90.

una explicación “de la razón que rige la constitución de una determinada familia de palabras en nombre de una unidad de significación” y de por qué esa “familia es reconocida y aceptada en el público consenso y, al menos en sus términos centrales, sin vacilación alguna”.²⁹ En su estudio del campo de significación existente en torno a la palabra “guapo”, Ferlosio lo contrapone a las características del que forman parte los términos “transparente” y “opaco”, y, con relación a ello, podemos extraer dos pasajes significativos y relevantes:

La isotopía se concibe aquí, pues, como un vínculo de las palabras en el seno del acervo, y, por lo tanto, como una relación lingüística, y su nombre responde a la siguiente representación imaginaria de la situación que da lugar a las incompatibilidades: hay un solo lugar para un predicado que diga, por ejemplo, el comportamiento de un cuerpo frente al paso de la luz; ese lugar puede ser ocupado por dos implementos diferentes: transparente y opaco; si en una predicación o atribución aparece “transparente” se considera que el lugar está ya explícitamente saturado y no podremos añadir a continuación “y opaco”, porque ello equivaldría a abrirlo por dos veces en la misma predicación o atribución. (...) *Guapo, mono, lindo, bonito*, etcétera, son variantes de la manera de no ser feo; no son palabras constituidas por mutua contraposición, sino por contraposiciones unilaterales a feo; se diferencian las unas de las otras pero no se niegan las unas a las otras. Podría existir una sola de ellas, contrapuesta a *feo*, como lo prueba el que el abstracto de una de ellas, *belleza*, se pueda erigir en género de la oposición. (...) Cuando se dice “no es guapo, es mono” se pretende hacer una mera precisión, pero no una corrección como cuando se dice “no es rojo, es violeta”. Así pues, de la serie *guapo* etcétera, no se puede decir que formen un sistema, porque sólo hay sistema allí donde tenemos un juego de términos negativos.³⁰

O, del mismo modo, nuestro autor es capaz de extraer un amplio conjunto de conclusiones a partir del uso de una determinada expresión y trazar un preciso retrato social en el que ubicar el contexto para la utilización de la misma:

²⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. “*Guapo*» y sus isótopos (1969, publicado en 2009), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 317.

³⁰ Op.cit. pp. 343-344.

[Alfonso] Paso (...) tras sacar a colación la retirada por las autoridades de la revista *Super-In* (...) nos dice lo siguiente: “A mí me parece mucho más peligroso tomarle el pelo a un falangista³¹ y pretender que todos los aristócratas están locos que ver unas cuantas chicas en bikini, cosa muy sana y que a nadie destruye y (...) malforma, sino todo lo contrario”. Pero tampoco voy a ocuparme de lo bien o lo mal que haya obrado la superioridad al permitir unos excesos y prohibir los otros (...). Lo que ha de ocuparme, pues, es la otra cara de la citada frase del artículo de Alfonso Paso. Ya, por lo pronto, ese mismo “unas cuantas” del “unas cuantas en bikini”, tan generosamente indefinido, me ha evocado en el acto la marchosa y desenvuelta entrada del señorón magnificante y todopoderoso en los casinos o locales que suele frecuentar, y a cuya sola aparición se moviliza ipso facto la totalidad del obsequio[so] personal, rendido de admiración ante tanto señorío, mientras el sin duda afable, campechanísimo y largamente propinero señorón dice con voz segura y a la vez con señorial y anchurosa vaguedad: “Oye, sácanos unas cuantas docenas de ostras y unas cuantas botellas de champán”, porque un gran señor, un verdadero señor, no entiende de esas mezquinas distinciones pequeñoburguesas que permiten adentrarse en precisiones tan fútiles.³²

Profundizando en nuestro intento por reflejar cómo los estudios de Rafael Sánchez Ferlosio han abordado la cuestión lingüística desde distintos grados de amplitud y complejidad, no podemos dejar de detenernos en sus reflexiones sobre los “lenguajes adaptados” (las cuales nos servirán de punto de partida cuando tratemos de la “ideología educativa” que propone el autor):

Cuando los colonizadores dicen que los colonizados no están “maduros para la autodeterminación”, juzgan la cosa sobre el canon de sus propias maneras de existencia; pero, aun dando por bueno ese criterio y suponiendo que respecto de él sea cierto el veredicto, no hay que perder de vista hasta qué punto éste se ha dictado desde el hecho de la propia colonización y a la luz de las relaciones por ella establecidas. Como con los animales domésticos, se juzga la inteligencia del colonizado principalmente por su capacidad para entender al colonizador, para comunicarse con él. Pero ya que la lengua es el medio en cuyo seno tiene que

³¹ El detonante de este artículo es un chiste sobre un falangista en una película que Ferlosio no menciona, el cual provocó un comentario en el diario *Pueblo* y el artículo de Alfonso Paso en el diario *El Alcázar* (11-V-1974). Por la fecha de dicho artículo, es fácil colegir que el chiste en cuestión pertenece a la película *La prima Angélica* (1974) de Carlos Saura, la cual se estrenó el 29 de abril de 1974. El chiste se refiere a que el actor Fernando Delgado interpreta a un falangista que resulta herido en el brazo durante la Guerra Civil y se lo escayolan de tal modo que el mismo queda en alto haciendo el típico saludo fascista. En el siguiente enlace, se puede ver ficha completa de la película: <https://www.imdb.com/title/tt0072030/>.

³² Sánchez Ferlosio, Rafael. “Entre la liberación y el sultanato (Defensa del pudor)”, artículo publicado en la revista *Triunfo*, n.º 614, 6 de julio de 1974, p. 33.

medirse tal capacidad, hay que ver en primer lugar qué es lo que pasa con la lengua que corre entre uno y otro; y lo que pasa es que el propio colonizador empieza por fijar esa lengua —que es la suya— en un estadio de aprendizaje absolutamente grosero y elemental, pues, en efecto, en lugar de decirle al colonizado “Si fuera usted tan amable de conducirme a Bulawayo, estaría dispuesto a pagarle hasta diez libras rodesianas”, lo que le dice es “Mtombo llevar hombre blanco Bulawayo y hombre blanco dar dinero Mtombo”.³³

Igualmente, hay que situar en este contexto el rasgo estilístico de Rafael Sánchez Ferlosio de utilizar profusamente las hipotaxis, esas largas frases subordinadas que tanto le ocuparon y le preocuparon. El origen de esta seña de identidad de su estilo, lo explica Ferlosio en el texto titulado *Sobre la hipotaxis y el aliento de la lectura*:

La única vez que en toda mi vida he trabajado fue para la compañía del célebre y excéntrico ingeniero de caminos don José Torán, del que Benet escribió aquella memorable necrológica, durante un tiempo, si no recuerdo mal, como de un año y medio, al principio a cincuenta y después a sesenta pesetas la hora. Pues bien, a Torán se le antojó hacer un concurso de biografías de ingenieros célebres, con un único premio de quinientas pesetas, entre los estudiantes de la Escuela de Caminos. El personaje cuya biografía tenían que hacer en cada convocatoria, que no recuerdo si tenía una recurrencia mensual o quincenal, lo elegía el propio Torán, y por jurados fuimos designados dos viejos ingenieros ilustrados y yo. Por entonces — esto era en los primeros sesenta— estaba yo en todo el *fogo* de mis “altos estudios eclesiásticos”, *scilicet* gramaticales, y al ver hasta qué punto los ingenieros redactaban su textos con la más pobre y perezosa sintaxis paratáctica me decidí a preparar una circular en la que, junto a otras recomendaciones, se encarecía especialmente que, dado que el castellano ofrecía en su sintaxis una riqueza, una finura y una complejidad extraordinarias en cuanto a posibilidades constructivas, era bien triste que se contentasen con navegar en barquitas de una sola vela, pudiendo armar galeones o navíos de línea de poderoso casco, múltiple arboladura y complicado aparato de volumen.³⁴

Ignacio Echevarría, en el preámbulo a las *Obras completas* de Ferlosio, explica de forma clara y convincente el trasfondo conceptual de esta elección:

³³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el Pinocho de Collodi* (1972), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p.35.

³⁴ Sánchez Ferlosio, R., “Sobre la hipotaxis y el aliento de lectura” (1997), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. XXV-XXVI.

Tanto en su caso como en el de su amigo Víctor Sánchez de Zavala, (Ferlosio) dice: “se trata fundamentalmente de lo que podría llamarse ‘construir la frase y el período en tres dimensiones’, como ya la gramática oral nos permite construir sus partes; es decir, de no resignarse a poner —forzados por la linealidad del discurso común— en sucesión las relaciones en las que las exigencias del concepto piden una articulación lateral”. Por el tiempo en que escribe estas palabras, y a pesar del escepticismo que (...) manifiesta respecto a sus logros, Ferlosio llevaba ya un tiempo experimentando con la herramienta que iba a permitirle practicar por su parte ese estilo “tridimensional” al que hace referencia: la hipotaxis³⁵.

Como culminación de este fructífero afluyente contemplamos cómo Ferlosio, a partir del curioso detonante que supone su rememoración de la película *Revuelta en Haití*³⁶, emprende, en *Las semanas del jardín*³⁷, un exhaustivo recorrido no solo en busca de la estructura de los esquemas narrativos (es decir, de una de las aplicaciones más sofisticadas del lenguaje y de la palabra) sino también de la naturaleza y motivos de atracción de diversos eventos y espectáculos (deportes, circo, corridas de toros, teatro, cine) y de su vínculo (en forma de semejanzas y diferencias) con el hecho narrativo *stricto sensu*, con el fin de llegar a comprender por qué un lector o espectador puede leer/contemplar reiteradamente obras que repiten esquemas narrativos consabidos que se repiten sistemáticamente y dejan escaso margen para la sorpresa. Aun más, se puede afirmar que lo que el lector/espectador desea es que no se produzcan sorpresas de ningún tipo y que el consabido esquema preexistente vuelva a hacerse presente en la obra que está leyendo/contemplando. Desde un punto de vista convencional, *Las semanas del jardín* es

³⁵ Echevarría, I., *Introducción a Rafael Sánchez Ferlosio*. En *Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. XI.

³⁶ *Revuelta en Haití*, cuyo título original es *Lydia Bailey*, es una película estadounidense del año 1952, dirigida por Jean Negulesco y con guion de Michael Blankfort y Philip Dunne, adaptando una novela de Kenneth Roberts. Sus principales protagonistas son Dale Robertson, Anne Francis y Charles Korvin. Se puede ver la ficha completa del film en <https://www.imdb.com/title/tt0044861/>.

³⁷ En la introducción al primer volumen de la obra ensayística completa de Rafael Sánchez Ferlosio publicada por la editorial Debate en 2015, Ignacio Echevarría explica la génesis de este ensayo: *Contemporánea a la redacción de Guapo* y sus isótopos fue la de *Las semanas del jardín, un inclasificable tratado de narratología imbricado con todo tipo de consideraciones y dividido en ‘semanas’, término genérico que Ferlosio ideó para la ocasión, recordando el título de una obra que Cervantes anunció pero nunca llegó a escribir. En ‘La forja de un plumífero’ dice Ferlosio que tenía acabada la primera semana en 1968, y que la segunda la concluyó a comienzos de los setenta, empezando enseguida la tercera, que dejó inconclusa y que, según sus palabras, ‘ya debe de estar seca o podrida en no sé qué cajón’ a pesar de los anticipos que se hacen de ella en las precedentes. Las dos primeras ‘semanas’ se publicaron por separado en dos volúmenes sucesivos de la editorial Nostromo, en marzo y diciembre de 1974, respectivamente, y en los textos de cubierta procuraba el autor —bien que de una manera muy metafórica y algo críptica— algunas claves sobre su método expositivo, del que esta obra inclasificable e inacabada constituye todo un paradigma”. Echevarría, Ignacio. *Introducción a Rafael Sánchez Ferlosio*. En *Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. XV.*

un ensayo inacabado. Desde el punto de vista de la concepción de Ferlosio de que lo más importante del hecho cognoscitivo es el viaje hacia él y no la llegada misma a un pensamiento ya cerrado y dado por definitivo, habría que matizar aquella afirmación, sobre todo cuando leemos el apéndice a la segunda semana del ensayo sobre la historia bíblica de José y contemplamos cómo el autor nos proporciona algunas claves no solo de dicha historia sino del placer que puede generar una narración con un esquema sabido y prefijado, dando prácticamente respuesta (de forma poco convencional) a la inquietud que motivó la investigación desarrollada en *Las semanas del jardín*. En estos dos pasajes quedan claramente expresadas las conclusiones de Ferlosio:

(...) si es cierto que en las lenguas pueden llegar a entrar términos artificiales o de jerga (vigentes, en un principio, solamente en el habla), la manipulación deliberada no puede, afortunadamente, rebasar unos límites superficiales; por el contrario, en la invención literaria cabe un grado muchísimo más grande de manipulación. Volviendo, pues, al reconocimiento de José con sus hermanos, habíamos quedado en que la pregunta era por qué se monta allí un espectáculo tan aparatoso, por qué llega a armar José un tinglado semejante, una tal fabulación. No es difícil que con respecto a ella se nos ocurra al instante la idea de una genuina ceremonia. El componente del banquete —característica institución ceremonial— vendría ya por sí mismo a reforzar una interpretación así. Cabe, además, perfectamente, hallar una justificación plausible a la necesidad de ceremonia: la propia magnitud del acontecimiento podría coartar en el alma de José todo impulso a despacharlo con la sobria, modesta e improvisada cotidianidad en que las azarosas circunstancias han venido a proponerlo. Por otra parte, ¿cómo podía interpretar el hecho de no ser reconocido por ninguno de sus diez hermanos, sino como que Dios, además de concederle la ventura de recobrar a su padre y sus hermanos, le confiaba sólo a él la llave para acceder a ella? Pues si un reconocimiento comporta comúnmente un papel digamos activo y otro pasivo —reconocer y ser reconocido—, he aquí que a José se le concedía el privilegio de retener en su mano como activo y voluntario también el segundo movimiento, convirtiendo ese ser reconocido en un darse a conocer.³⁸

Hemos mostrado cómo estudió Sánchez Ferlosio el hecho lingüístico en diferentes ámbitos y grados de complejidad, y, a pesar de que el autor consideraba, como hemos dicho con anterioridad, que era más importante el propio proceso de adquisición de

³⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Las semanas del jardín. Semana segunda. "Splendet dum frangitur". Apéndice I. El caso José (1974)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos (2015)*, Ed. Debate, pp. 251-252.

conocimiento, el viaje hasta llegar al mismo, que la llegada a un punto de final definitivamente cerrado, cristalizado y consolidado, hay que tener igualmente claro (y a eso es a lo que nos dirigimos a continuación) que no se le puede achacar un problema de dispersión o falta de coherencia en sus reflexiones. Hay un texto que José Luis Pardo considera “como una (sólo por sus dimensiones) pequeña obra maestra entre las reflexiones de Rafael Sánchez Ferlosio sobre el lenguaje que, como es sabido, contienen auténticos tesoros”;³⁹ y es un texto que forma parte de un conjunto de comentarios que el mismo Ferlosio reconocía con suma benevolencia: “Aún estimo aquellas notas como mi mejor producto”.⁴⁰ Se trata de los comentarios que hiciera a la par que realizaba la traducción de *Les enfants sauvages* de Lucien Malson, apuntes y anotaciones, que según nos cuenta Ferlosio, terminaron por constituir la mitad del libro, lo cual molestó tanto al autor como al editor, obligando a la retirada de la edición.⁴¹ Con un cuento que aparece en el comentario n.º 17, queremos introducir este apartado dedicado a lo que Pardo propone concebir como un “acechar el brillo de los númenes”⁴² de la lengua, que es lo que puede entenderse también —según este autor— como la tarea de la filosofía, y para efectos de este estudio, como la posibilidad, la capacidad, la potencia de conocer. Cuenta Ferlosio:

Una niña de tres años puso en juego la siguiente construcción: “lo para clavar”, “lo para serrar”, etcétera. El animal se vale de auxiliares, sin instituirlos jamás en instrumentos; el hombre usa sus objetos idóneos, y los destina a una función, al par que es siempre capaz de habilitar para ella ocasionalmente cualquier sustituto. En las cocinas de mi infancia se veía a menudo un hermoso canto rodado; no era ya una piedra, sino la piedra de macerar la carne (o “lo para macerar la carne”); un simple traslado al despacho lo habría convertido en pisapapeles (o “lo para que no se vuelen los papeles”) para todo el que lo viese; en la cómoda del dormitorio

³⁹ Pardo, José Luis. *El concepto vivo o ¿dónde están las llaves?*, Ed. Archipiélago, Cuadernos de Crítica de la Cultura (1997), p. 42.

⁴⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La forja de un plumífero* (1998), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 564.

⁴¹ El libro se puede leer publicado por Alianza Editorial en 1973, donde se encuentran todas las notas y comentarios del traductor (el propio Rafael Sánchez Ferlosio) después del texto de Lucien Malson, *Los niños selváticos*, y los de Jean Itard, *Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806-*. Además, el comentario n.º 95 del texto original (que es el n.º 20 en la edición de las obras ensayísticas completas preparada por Ignacio Echevarría, que es la que nos sirve de referencia en el presente estudio) fue publicado como un artículo aparte en el libro Sánchez Ferlosio, Rafael, *Ensayos y artículos* de la editorial Destino (1992), con el nombre *Sobre la transposición*, que es, de manera más puntual, el texto al que se refiere Pardo.

⁴² Pardo, José Luis. *El concepto vivo o ¿dónde están las llaves?*, Ed. Archipiélago, Cuadernos de Crítica de la Cultura (1997), p. 48.

habría pasado a ser interpretado como el souvenir de una excursión gratamente recordada y en la vitrina del salón nos habría invitado inmediatamente a buscar en él alguna condición mineralógica que lo hiciese especialmente interesante; en fin, la imaginación podría seguir haciendo rodar, como el río que la redondeó, a esta inocente piedra por los más peregrinos papeles de la comedia humana, cambiándole a cada paso la aureola metonímica, sin alterar un punto su naturaleza descriptiva. Cada lugar donde se la pone le confiere, por tanto, una distinta aureola metonímica; la piedra no es vista, sino leída en el seno de un contexto⁴³.

Hay tantísimos elementos curiosos con los cuales Rafael Sánchez Ferlosio intenta decirnos, de una manera que parece sencilla, cómo es que para él aquello que nos hace específicamente humanos, por así decirlo, no es otra que la bendita realidad de la palabra: la palabra como medio, como instrumento, que media en la manera que tenemos (los humanos) de ser y estar en el mundo. Dotados como estamos, con poderosas capacidades que tienen que ver con la mirada y con la palabra, parece que cuando *vemos* una cosa, vemos no sólo “la cosa”, sino todo un contexto que la envuelve porque *así* —o más bien *ahí*— la aprehendimos. Por ejemplo, al ver un martillo, vemos al mismo tiempo la madera, el clavo ¡y hasta al carpintero! Y lo que sucede es que al mismo tiempo que se desarrolla ese poder de *ver* lo que vemos, las palabras van desplegando paralelamente un movimiento expansivo, porque tienen ese poder:

La palabra es (...) [lo] que hace, por así decirlo, semánticos a los objetos mismos, la que les hace significar en reposo su contexto y su función, la que los dota de una carga que remite a lo ausente. La palabra está, pues, en las entrañas mismas de la acción específicamente humana: sale al encuentro de esa acción. La palabra dice “tú serás martillo” y el objeto ya puede caer en el reposo y en el olvido sin perder ya jamás la aureola metonímica que le permite volver a ser llamado a su oficio cada vez que se lo requiera.⁴⁴

De este modo nos muestra Ferlosio en qué consiste *el análisis* (una de esas *potentes* capacidades nuestras: la abstracción) que nos permite intuir el todo en cada una de las partes de algo (otra cosa sería *la síntesis*: lograr un todo sintético, en este caso un todo

⁴³Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 691-692.

⁴⁴ Op. cit. p. 691.

significante, que es tarea de los poetas, o los más arriesgados con el lenguaje: ¡los niños!). También podemos ir recogiendo elementos de lo que Ferlosio llama “aureola metonímica”, la cual comporta todo un movimiento tensionado que permite cosas contrarias y complejas a la vez: por un lado, permite que una parte remita a un todo, que la función “martillo” nos lleve a *ver* el clavo y la madera, que seamos capaces de remontarnos incluso a lo ausente, y por otro —pero al mismo tiempo—, permite que según el contexto donde esté el objeto situado, o donde la palabra sea instrumento, la aureola metonímica cambie (y con ella el todo, como vimos en el cuento que abre el apartado), con lo cual, el objeto y la palabra que media entre él y el humano, en ese juego de tensión entre lo instituido y la creación, hacen que sea posible no solo *ver* sino también *mirar*⁴⁵, esto es: interpretar, leer el mundo, y no solamente estar como sumergidos en él, según parece que están los animales. De ahí que el martillo, si está en un consultorio, sea para medir cómo están los reflejos o, si está en un libro de historia al lado de una hoz, nos remita a los proletarios del mundo unidos, etcétera.

Este movimiento, la “tensión metonímica”, dice Ferlosio que está también en el fundamento mismo de la configuración de universales, es decir, en la constitución, mejor dicho, en *la institución* de “lo común”, que respecto de las palabras vendría siendo, evidentemente, motivo del poder de expresar, representar, entender y comunicar, y, además, poder hacerlo “entre nosotros”. Podemos leer también, en estos comentarios que estamos siguiendo, que el animal no instituye y que el ser humano sí lo hace, destina nombres y funciones a los objetos —y lo hace con la palabra—, y en este instituir, en este como “cuajar” algo, se consigue que algo quede como fijado, que se inmovilice (así sea provisional, ocasionalmente, el acontecer), que se detenga la “desordenada” multitud de cosas que se presentan ante nosotros y comparezcan con un cierto orden (un cierto mundo, según nos dice Ferlosio como desde una postura filosófica respecto al lenguaje: “*el mundo está lleno de mundos*”⁴⁶); todo esto anterior quiere decir que la palabra detiene (y se detiene), fija (fijándose ella), y es como un sino que ella carga porque tiene esa posibilidad, la potencia de dar(nos) sentido (detenido, fijado, cuajado en la palabra). Es

⁴⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, “Ver y mirar”, Editorial Destino (1993), pp. 1-2

⁴⁶Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíasticos* (2015), Ed. Debate, p. 7.

esta posibilidad precisamente la que resguarda en su seno la virtud cognoscitiva del ser humano: dando sentido es la manera en que humanamente conocemos, he ahí la fuerza de la actividad cognoscente nuestra en tanto que experiencia.

Ya en *Personas y animales...* había introducido también (después de dejarnos claro con mucha generosidad y habiendo reflexionado su hipersensibilidad a la palabra, cuán significativo puede llegar a ser “un simple”, “un mero” artículo antecediendo un nombre) el enorme poder cognoscitivo que tiene la significación. Hay una expresión de Ferlosio bastante citada y comentada: “... *la significación no es el punto de llegada, sino el viaje mismo, o sea el irreversible movimiento de la mente hacia las cosas...*”,⁴⁷ que, por lo que la antecede y por lo que le sigue (que es una condición), se entiende que acompañe (nosotros también lo haremos más adelante en dos apartados: la “disposición y la “doble villanía” cognoscitivas) las reflexiones en torno a la dirección de ese movimiento, de ese dándose, de ese tejemaneje que llevan la mente y las cosas en ese *pas de deux*, como una danza, que se ejercita en torno a la palabra. Pero, por ahora, nos concentraremos en la manera en que nos queda quizás claro que lo que estamos explorando (conocer, el conocer como proceso, el conocer como posibilidad, las actitudes y disposiciones del conocer), todo ello tiene que ver con la distancia, el tiempo, la forma y las maneras que tenemos de relacionarnos con las cosas, con la experiencia y el trato con el mundo y que, entonces, todo este detenernos en el don de la palabra, y el empleo significante de ella como ya vimos, no ha sido una ociosidad, puesto que la palabra es el medio por excelencia —y una herramienta no como otra cualquiera— con el cual establecemos dicha relación, trato y experiencia con el mundo y con las cosas y, en consecuencia, con el cual también constituimos las bases del conocer, y “*de ahí que el respeto a las palabras, el saber conocerlas como tales, coincida exactamente con el respeto hacia las cosas, a las que por principio no cabe tributarles (...) más que un respeto abstracto, es decir, tramitado a través de las palabras*”.⁴⁸

De todos modos, una cosa es que “el lenguaje sea la casa del ser”, que es otro modo de decir que el don de la palabra es eso que nos hace específicamente humanos, fundamento de la teoría ferlosiana acerca de la naturaleza del hombre, (y que

⁴⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 24.

⁴⁸ Op. cit, p. 25.

desarrollaremos en el capítulo IX, dedicado específicamente a la educación), y que no más —y no es nada menor— que de palabras esté hecho el mundo, y otra muy distinta es que pretendamos “poner el mundo en casa”, en la casa de “nuestras palabras”, y que además a las palabras las creamos propiedad como si hubieran firmado algún contrato exclusivo (ya veremos más abajo cómo lo dice Ferlosio). Entendemos, pues, por ahora, que el autor nos está hablando de esa función de clasificación del lenguaje (que, por lo demás, comporta cosas tan bonitas como convocar, dibujar, separar⁴⁹), aunque con él mismo vayamos, en sentido contrario, a sumergirnos en eso otro que hacemos a la significación: *allanarla* (una tremenda villanía se acomete a tan graciosas virtudes).

El sino de esa posibilidad de la palabra nos comienza ya a introducir en la fuerte crítica que, en el pensamiento de nuestro autor, cobra un lugar preponderante la materia del nombrar y del don de palabra (y luego se abrirá hacia otras categorías como irrigándolas), y tiene que ver con cómo ella puede pasar de ser un don gracioso a ser motor de la más apática y cínica impotencia humana, como una tremenda fuerza inmovilizadora: “el don de un nombre propio —que no anuncia, a la postre, sino el don de la palabra— deja de ser ipso facto un don gracioso y sale ya gravado de antemano con la expresa restricción que lo desnuda de cuanto no revierta en el estrecho interés de la donante”,⁵⁰ es decir, de quien lo/la pronuncia. Es así también, sosteniéndonos en los *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron —1801—* e *Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron —1806—* de Jean Itard, como Ferlosio nos describe la exacerbación de semejante potencia (recuérdese: crear mundos, darnos sentidos) y advierte cómo caemos presas de lo que llama “un furor hermenéutico”:

“Pero fuera de él [del contexto, del lugar donde está la cosa] la aureola metonímica hace que las cosas presentes estén más allá de sí mismas, que se trasciendan permanentemente, desplegando un haz de rayos prensiles, como los rayos con manos del sol de Amenofis. Sobre todo cuanto cae bajo sus ojos desata el hombre el furor hermenéutico que lo

⁴⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806-* (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 697.

⁵⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 16.

domina, unas veces, para su mal, de modo egocéntrico y hasta mágico, otras, para su bien, de manera exocéntrica; pero siempre como en un acto de ‘lectura’”.⁵¹

Al parecer, es en dicha agitación y violencia, en dicho furor, con los cuales nos movemos a “instituir” a la manera de sellar pactos como de sangre, contratos de exclusividad, lo que Ferlosio también describirá en otro de estos comentarios que estamos siguiendo⁵² como “vinculaciones especializadas de predicados”, “las convencionales vigencias de uso de un acervo semántico”, o lo que en *Personas y animales...* llamará “la red de predicados” o le llevará referir a los nombres propios como arneses. No habría que dejar pasar como desapercibido, en lo que acabamos de referenciar, ese detalle de “*cuanto cae bajo sus ojos*”, puesto que ahí donde la palabra funge como nombre propio de una cosa, apela a ella, busca incidir en ella, en la cosa, y, entonces, la ubica, la devela, la ordena, la clasifica, la orienta, la adapta, nos advierte Ferlosio en *Personas y animales...* y, además, nos dice que es en el espesor de la palabra donde enturbiamos nuestra mirada⁵³, mientras que en *Comentarios...* ya sentencia: “La propia aureola metonímica puede y hasta suele también consolidarse en prejuicio obstructor”.⁵⁴

De todas maneras, la cuestión no se zanja (porque no tiene “zanjadera”) en la medida en que además nos ha sido presentada como una tensión: si alguna de estas dos fuerzas, de estas dos inclinaciones (crear y fijar), se impusiera, desaparecería la tensión; por tanto, la cuestión queda abierta, tanto tenemos “lo uno” como “lo otro” en cuanto a la palabra, y en la tensión está su fuerza y su potencia. En *Comentarios...*, esto está enunciado con la bella expresión adverbial —de lugar— “junto a” (la condición de “lo uno como lo

⁵¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 692. Notar en este comentario cómo se expresan, de otra manera, las que serán las categorías claves de Ferlosio a efectos del tema que estamos explorando: el movimiento centrífugo de la mente hacia las cosas (esto es, la experiencia real y auténtica) y la forma centrípeta de la experiencia (que nos aleja del mundo).

⁵² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, 700.

⁵³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 13.

⁵⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, 692.

otro” también podría estar enunciada con una expresión adverbial de tiempo: “al mismo tiempo”, “simultáneamente”...) y, de este modo, Ferlosio dice: “Pero junto a la capacidad de dar sentido resplandece a su vez la de suspenderlo para poder darle otro nuevo. Lo primero lleva anejo lo segundo”,⁵⁵ donde lo segundo, quizás por ir como añadidura, es lo que suele ser más exigente: extrañarnos de lo familiar, la exigencia de la crítica. Con lo cual, vislumbramos el poder cognoscitivo de la significación y el dar(nos) sentido con su correlato subsiguiente, que podría llevarnos a un auténtico *cul de sac* (una vez dado es como para siempre, y hasta que la muerte los separe —cosa y nombre—), cabría también entonces convocar el cierre de Ferlosio en el comentario n.º 17:

La suspensión del sentido es una de las facultades más especiales y productivas de la mente humana (...) la bacía está instituida y destinada para tal oficio, y el hombre es capaz de reconocerle en permanencia, o sea fuera del uso, este destino, pero no ha de afectarle tanto a la bacía esta aureola metonímica, esta carga de sentido, este carisma de su nombre, que no pueda, en un momento de necesidad, capricho o chifladura, despojarse de sus ropas cotidianas para transfigurarse en el propio yelmo de Mambrino.⁵⁶

De esta forma, las cosas están todavía en libertad cuando están ahí, cuando comparecen, las hayamos convocado como las hayamos convocado, y todavía más cuando somos capaces, el sujeto, de suspender ese movimiento de ir como “a por ellas” desde lo ya conocido (nuestra casa), para inclinarse, moverse en un ir “hacia ellas” respetando su autonomía y su libertad (sobre lo cual hablaremos en un siguiente apartado): ese movimiento centrífugo que es la experiencia.

Se podría convocar, para terminar este apartado, otro cuento un poco más extenso con el cual Ferlosio logra hacernos no sólo “oír” sino también “escuchar” (cada vez que lo leamos, que es como escucharlo) cómo las palabras se resisten a ser fijadas, reducidas, aclaradas: las palabras, como las cosas, son opacidades que no tienen por qué palidecer en el uso y abuso de lo dado; lo opaco no es pálido por principio, de donde también resulta un misterio eso de que la inclinación sea a instituir, a proyectar, a clasificar, a nombrar, en

⁵⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 692.

⁵⁶ Op.cit., pp. 692-693.

torno a “ideales regularidades”. Es un cuento donde quizás la misma niña, pero ya con cinco años, vuelve a sorprender a Ferlosio al usar, libre de toda funcionalidad e intención, de metáfora alguna, las palabras *afluente* y *tubería* como conceptos vivos, como “palabras generales” aún libres de esa especie de contrato en exclusiva que parece que hemos hecho con las así llamadas “palabras especializadas”; dos palabras que resplandecen en el uso (porque no olvidemos que son instrumentos) que la pequeña les da; es como si se agitaran para volver a ser palabras “verdaderas” —que tienen sabor a ella, a la pequeña—, y todo ahí sucediendo, un día cualquiera, para encanto y goce de quien así sabe apreciar, en tan cotidiana vivencia, la gran potencia imaginaria que el lenguaje implica, es decir, para un hipersensible a la palabra:

A una niña de cinco años le oí en cierta ocasión emplear la palabra *afluente* —que se le había enseñado exclusivamente en relación con el asunto de los ríos— para aplicarla a una idea de relación de bocacalle, concretamente la frase “no sabía que esta calle era afluente de la calle tal” (...) por aquella misma época, pelando yo para ella una manzana y como nos hubiésemos planteado la cuestión de si tendría o no gusano, volvió a sorprenderme con la siguiente frase: “Si tuviese gusano tendría que verse alguna tubería” (...) El vivo numen del lenguaje se me representó resplandeciente en toda su fecunda libertad. Soberanamente abstraíble de su asunto de origen —de su contexto-situación de aprendizaje— se me mostraron aquellas dos palabras (*afluente* y *tubería*) para aplicarse del modo más afortunado a la aprehensión y expresión —no literaria, lúdica, sino rigurosamente funcional— de dos contenidos extraños a la esfera material en que habían sido aprendidas, confirmándome la autonomía y la firmeza de la figura ideal que habían conseguido convocar, dibujar y separar.⁵⁷

Y todavía más emoción se expresa en este testigo de “lo abierto”, digámoslo así, con un permiso que queremos darnos:

Aquí no hay metáfora, sino una acción directa, inmediata, autóctona, del concepto vivo, aún no sujeto a una manufactura deliberada, reflexiva, electiva y secundaria de un ingenio lingüístico

⁵⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 696-697.

personal, sino una obra espontánea y natural de la palabra misma; no hay un producto individual del hablante, sino un impersonal y anónimo producto de la lengua.⁵⁸

Este cuento abre el comentario n.º 20 (que fue el publicado por separado con el título *Sobre la transposición*) y, si hemos estado hablando del gran poder cognoscitivo que tiene la significación, ahora quisiéramos tan solo destacar el que también Ferlosio acentúa en lo que llama así: “transposición” (que, como veremos más adelante cuando hablemos de atrofias cognoscitivas, podría formar una de esas binariedades, que tanto le acompañasen, con “superposición”). Decimos solo destacar puesto que compartimos con José Luis Pardo la idea de que todo esto bien podría merecer un estudio más juicioso tratándose de lo que podría llamarse, según este autor, una “teoría de las transposiciones”⁵⁹. Apenas formulada como desde una intuición, podríamos decir, a partir del cuento citado, que la transposición —como la significación, pero en ésta con un mayor énfasis— guarda y vela y cuida y subraya y recuerda cómo hemos podido crear un artilugio tan poderoso, tan encantador, como es la palabra; el concepto aun instituido está vivo y, en ello insistirá Ferlosio, es cosa que tiene su misterio y es como de dioses, de inspiraciones, y de puro arte (el poder de crear del que hemos hablado un poco ya), de poetas, de artistas... Y por eso (cuidado con llamarse a engaño), es cosa de niños, como la pequeña con sus afluentes y sus tuberías.

Pensar en la virtud cognoscitiva que mora en “la transposición” implica entender, con Ferlosio, que “el contexto de aprendizaje —sin excluir de ello lo inexpresso de la situación o asunto concreto respecto del cual se oye por primera vez aplicar una palabra— no compromete necesariamente al concepto allí configurado, en el sentido de restringir la pertinencia de su aplicación a la materia de que se trate, sino que, por el contrario, la vocación primaria del concepto sería la de sustraerse inmediatamente a un monopolio semejante y librarse abstractivamente a un grado de generalidad respecto del cual el contexto de aprendizaje no sería sino un ejemplo, el caso particular accidentalmente

⁵⁸ Op.cit., p. 697.

⁵⁹ «Lo que merecería llamarse “la teoría de la transposición” de Rafael Sánchez Ferlosio representa, a mi modo de ver, una posibilidad lúcida y fructífera de reformular las relaciones entre concepto y metáfora (...). Pardo, José Luis, «El concepto vivo o ¿dónde están las llaves?», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n.º 31 (1997), pp. 40-49.

constituido en modelo originario”.⁶⁰ Es decir: no solamente no hay tales contratos exclusivos entre las palabras y las cosas, no hay tal mundo cerrado y significado de una vez y para siempre, el mundo interpretado no se aguanta quieto, inmóvil (ya decía Rilke que “hasta los animales notan cómo estamos de incómodos en él”⁶¹) y de la mano de esto es que puede comprenderse también que la significación no sea el “propio rostro, revelado y fijado para siempre”⁶² de las cosas y los objetos, mediando una palabra (mágica en el mal sentido, sagrada) que viaja de regreso del mundo al sujeto ya enturbiada su mirada en una palabra así maltratada.

Porque lo más interesante de esta propuesta de Ferlosio quizás sea que, aun cuando el sujeto está en el centro de la significación (es por eso que hablamos de la experiencia del conocer), este poder de la transposición es casi todo de la palabra (“el vivo numen del lenguaje”) y casi nada del sujeto, nada de su voluntad ni conciencia aunque sea, en este caso, una niña (no cualquier sujeto pues —como veremos— es capaz de ese brillo). La misma niña le permitió a Ferlosio y a nosotros, con una sencillez preciosa de pura infancia, llamar *gato* a un tigre, entender “la vitalidad, la carga predicativa del concepto, su capacidad de atracción y de anexión y, aunque a primera vista parezca lo contrario, la fuerza de discernimiento de que goza en la mente de esos niños la figura secreta vinculada a la palabra *gato*”.⁶³ Respecto del papel de la metáfora y de la filiación del concepto de transposición en la obra de Karl Bühler⁶⁴, ha escrito S. Santana:

Estas «transposiciones» posibilitadas por el lenguaje resultan fundamentales en la *Teoría del lenguaje* de Bühler ya que le permiten transitar al receptor entre una *demonstratio ad oculos*, esto es, la mostración directa de lo que está «delante de los ojos». (...) Bühler,

⁶⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 699.

⁶¹ Rilke, Rainer Maria. *Elegías de Duino*. Traducción y edición bilingüe de José María Valverde en Editorial Lumen, (1980, 1ª ed.).

⁶² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 23.

⁶³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 716.

⁶⁴ Karl Bühler, *Teoría del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1979.

haciéndose cargo de elementos de la lingüística clásica, si bien registrando sus consecuencias para el ámbito de la psicología lingüística, dedica un extenso espacio en su obra a explicar el fenómeno de la *deixis*. Este término, acuñado por los estoicos y procedente de la expresión griega que significa «señalar» o «indicar», designa la referencia, por medio de unidades gramaticales de la lengua, a elementos del contexto de la comunicación y son, por tanto, dependientes de este. Así, denomina Bühler «Zeigwörter» (mostrativos) a los demostrativos, a los pronombres personales (yo, él, ella, etc.), y a los adverbios de tiempo y lugar (aquí, allí, mañana, ayer, etc.).⁶⁵

Los cuentos mencionados en este apartado también llamaron la atención de José Luis Pardo y nos van permitiendo, apurando un poco, vislumbrar ya las relaciones de la “virtud cognoscitiva” de la “significación” y la “transposición” con asuntos que serán centrales en el pensamiento de Ferlosio, y que nosotros pretendemos anudar a estas concepciones respecto de la palabra en tanto que medio por excelencia de la actividad cognoscente del ser humano, que es lo que estamos estudiando en la obra de Sánchez Ferlosio, asuntos como una “actitud categorial” o una “actitud pragmática”, el movimiento “centrífugo” y el movimiento “centrípeto” hacia las cosas, la “significación” y la “adaptación”, el “tiempo consuntivo” y el “tiempo adquisitivo”, entre algunos otros que iremos explorando en los apartados que vienen.

Resumen

La “virtud cognoscitiva”, en cuanto “potencia de la significación”, está íntima y, posiblemente, indisolublemente, unida al “don de la palabra”, de modo que, explorando este terreno del pensamiento de Ferlosio en su obra ensayística nos vamos a encontrar de forma sistemática que el punto de partida siempre va a ser la consideración del hecho lingüístico como elemento epistemológico y el análisis exhaustivo e implacable de las implicaciones asociadas al mismo, entre ellas la teoría pedagógica que se desprende.

En dicho análisis, Ferlosio estudia el hecho lingüístico en diversos ámbitos, abordando tanto la naturaleza intrínseca del lenguaje y sus mecanismos, la evolución histórica de su desarrollo y articulación, el análisis semántico de palabras y expresiones o explorando casos concretos de

⁶⁵ Sandra Santana, “Los viajes de Mahoma y la montaña: el concepto de transposición en Karl Bühler y Rafael Sánchez Ferlosio”, en *Revista de Filosofía*, Ediciones Complutense, Madrid, 2017, p. 97.

lingüística aplicada como son la vertiente de los “lenguajes adaptados” y la narratología. Esta amplitud de análisis estuvo asociada a una coherencia de sus diferentes reflexiones a partir de la consideración de la “aureola” o “tensión metonímica” de las palabras. Dotados como estamos, con poderosas capacidades que tienen que ver con la mirada y con la palabra, parece que cuando *vemos* una cosa, vemos no sólo “la cosa”, sino todo un contexto que la envuelve porque *así* —o más bien *ahí*— la aprehendimos: al mismo tiempo que se desarrolla ese poder de *ver* lo que vemos, las palabras van desplegando paralelamente todo un movimiento expansivo. El animal no instituye y el ser humano sí lo hace, destina nombres y funciones a los objetos —y lo hace con la palabra—, y en este instituir, en este como “cuajar” algo, se consigue que algo quede como fijado, que se inmovilice, que se detenga la “desordenada” multitud de cosas que se presentan ante nosotros y comparezcan con un cierto orden; la palabra detiene y fija y es como un sino que ella carga porque tiene esa posibilidad, la potencia de darnos sentido (detenido, fijado, cuajado en la palabra). Es esta posibilidad precisamente la que resguarda en su seno la virtud cognoscitiva del ser humano: dando sentido es la manera en que conocemos, he ahí la fuerza de la actividad cognoscente en tanto que experiencia. Pero una cosa es que “el lenguaje sea la casa del ser” (que es como otra manera de decir que el don de la palabra sea eso que nos hace específicamente humanos), y que no más —y no es nada menor— que de palabras esté hecho el mundo, y otra muy distinta es que pretendamos “poner el mundo en casa”, en la casa de “nuestras palabras”, y que además a las palabras las creamos propiedad como si hubieran firmado algún contrato exclusivo. Es decir, que a esa función de clasificación del lenguaje (que, por lo demás, comporta cosas tan hermosas como convocar, dibujar, separar), va asociada otra que, en sentido contrario, lo que hace es allanar la significación.

El sino de esa posibilidad de la palabra nos comienza ya a introducir en la crítica que, en el pensamiento de nuestro autor, cobra un lugar preponderante la materia del nombrar y del don de palabra, y tiene que ver con cómo pasa de ser un don gracioso a ser motor de la más apática y cínica impotencia humana, como una tremenda fuerza inmovilizadora. La cuestión no se zanja en la medida en que además nos ha sido presentada como una tensión: si alguna de estas dos fuerzas, de estas dos inclinaciones (crear y fijar), se impusiera, desaparecería la tensión; por tanto, la cuestión queda abierta, tanto tenemos “lo uno” como “lo otro” en cuanto a la palabra, y en la tensión está su fuerza y su potencia. De esta forma, las cosas están todavía en libertad cuando están ahí, cuando comparecen, las hayamos convocado como las hayamos convocado, y todavía más cuando somos capaces, el sujeto, de suspender ese movimiento de ir como “a por ellas” desde lo ya conocido (nuestra casa), para inclinarse, moverse en un ir “hacia ellas” respetando su autonomía y su libertad: ese movimiento centrífugo que es la experiencia.

III. La disposición cognoscitiva

¿Qué es una “disposición” y qué tiene que ver con la “actitud cognoscitiva” que estamos explorando? Como mencionamos en la introducción, Tomás Pollán, en su texto *La pasión del conocimiento* (texto que forma parte de un libro dedicado íntegramente al Ferlosio escritor), reconoce que la “actitud cognoscitiva” es, tal vez, lo que da una cierta sensación de unidad en la obra ensayística de Ferlosio⁶⁶, y de dicho texto podemos colegir algunos entendimientos al respecto; por ejemplo, que la actitud cognoscitiva tiene que ver con la distancia que guardamos con las cosas, con el mundo, ante él o en él; tiene que ver con el tiempo que nos permitimos para estar junto a las cosas; tiene que ver con una modalidad de la experiencia, de concentración —egocéntrica— o descentramiento —exocéntrica— en el proceso de conocer; y tiene que ver con las formas en que tratamos las cosas del mundo según las consideramos y concebimos, incluido el ser humano mismo.

Pues, justamente, la disposición tiene que ver con la posición, y las coordenadas primeras que acuden quizás al pensamiento para hablar de una posición son las espacio-temporales: el “dónde” y el “cuándo”, dos elementos cruciales en el pensamiento de Ferlosio, en su manera de concebir la actividad cognoscente. Reiteramos: la distancia (respecto de la cosa) y el tiempo (junto a ella). Pues justamente esto será lo que estaremos estudiando en este apartado, lo cual hará que concentremos nuestra atención en algunas de las categorías más potentes de Ferlosio como son la experiencia (el “movimiento centrífugo hacia los objetos”), el tiempo (“adquisitivo” y “consuntivo”), la actitud (“categorial” o “pragmática”) con la palabra y el sujeto (del “principio de identidad”, “onfaloscópico”).

El propio Ferlosio en *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, texto del cual hemos partido para la ordenación de estas ideas, habla de una “disposición cognoscitiva” indefectiblemente unida al respeto hacia las cosas, los objetos (finalmente, o más bien, en

⁶⁶ Pollán, T. (Coord.), “La pasión del conocimiento”, en *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 46.

principio, hacia la palabra). El cuento que viene echándonos en este texto tiene que ver con una vivencia que el autor tuvo y que lo obligó, en consonancia y con-secuencia de asumirse críticamente en el mundo, a hacer de ella motivo de reflexión: una rabia quizás o aparentemente desmesurada ante la situación de ver llamar a un recién nacido con un nombre ya propio. Y es así como se pregunta, a propósito de su irritación ante eso que es tan evidente y dado (tanto que él mismo se ha aprestado a celebrarlo comiendo tarta) como es el conceder estatuto de persona al recién nacido mediante un nombre: “¿Pero por qué no dice el niño?, ¿por qué no dice el *niño*?, me repetía con rabia para mis adentros (...) ¿No ha sido bautizado?, ¿no ha sido inscrito en el registro? (...) como si el solo derecho se bastase para sacarnos de la naturaleza e introducirnos en la humanidad. Esto debía de ser lo que, en mi irritación, venía advirtiéndome en la desenfadada, en la más que temeraria familiaridad de la mención con nombre propio, que hería mis oídos como una falta de respeto, como un allanamiento de morada, como una villanía. ¿Villanía en denotar a una criatura por el nombre propio, que le concede rango de persona, y respeto en mentarla por medio del común, que la mantiene en la fungible impersonalidad de lo animal? Pues sí, así mismo lo sentía”⁶⁷.

Dos disposiciones se mencionan en esta referencia: de villanía o de respeto, y son dos maneras y posturas que denotan en primer lugar el cómo de nuestra relación con las cosas del mundo, y también, y sobre todo, como hemos explorado en otro apartado, de nuestra relación con las palabras (con las cuales denotamos y mentamos). Y la pregunta que podemos hacernos sería la siguiente: ¿tendrán entonces algo que ver esa villanía y ese respeto, en tanto que disposiciones, con la distancia y el tiempo con que nos relacionamos con las cosas y con las palabras?

En otro apartado nos detendremos mucho más al respecto de lo que Ferlosio reconoce como una “doble villanía cognoscitiva” (allanar toda distancia y, al mismo tiempo, exorcizar toda cercanía) y que deviene en “manipulaciones” y “atrofias” (afluentes que ampliaremos después), pero por ahora aprovecharemos para detenernos un poco en el respeto (¿entre quiénes o qué?) y en sí (¿a qué se refiere?). Intentaremos escudriñar un poco más en la disposición en la cual, precisamente, se echa a faltar el respeto y qué podemos decir de dicha inclinación a posicionarnos, con miedos tremendos, ante lo otro, lo

⁶⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 5-6.

extraño. Siguiendo el hilo del texto que venimos comentando, *Personas y animales...*, y una vez narrada la irritación y el inevitable abandono de la celebración, habiendo reconocido nuestro autor que lanzar cual impropio un juicio de valor ante la desvergonzada mujer (“*es una cursi*”) no sería de ayuda alguna, y disponiéndose más bien a la reflexión sobre su indisposición, nos dice:

El respeto no tiene que entenderse, cualesquiera que sean las circunstancias, y conforme a prejuicios hartamente difundidos, como un ocioso protocolo cortesano sin consecuencias en la realidad; vendrá a tener, por el contrario, tantas consecuencias cuantas pueda tener nuestra disposición cognoscitiva, que tan estrechamente depende del respeto: guardar celosamente las distancias con las cosas, reconocer su inmovible alteridad, es la primera condición de todo conocer⁶⁸.

Examinemos, antes de ir a otras categorías, el respeto a “la palabra”, asunto para el que Ferlosio es extremadamente sensible. Ya hemos visto cómo tiene la palabra la posibilidad de un doble movimiento en la actividad cognoscente del animal humano: estar dando sentido pero, también, fijarlo; y en este caso de la fiesta de bautizo, esa palabra, un nombre propio, no sólo es problemático para Ferlosio porque denote o clasifique, si se quiere, ya dentro de un orden establecido al recién llegado (que será problemático, pero así mismo necesario, son también funciones del lenguaje), sino sobre todo *la velocidad* en que incurrimos al hacerlo (nombrar y, entonces, clasificar, ubicar, distinguir), incluso, las más de las veces, de manera tan automática e irreflexiva y por completo irresponsable de las implicaciones que una relación así —automática— con las palabras, con los nombres, comporta e irriga a nuestra relación con las cosas y el mundo.

La velocidad, como se sabe, es aquella magnitud física con que se ponen en relación justamente la distancia y el tiempo: “el espacio recorrido en una unidad de tiempo”, y esto es interesantísimo si pensamos, siguiendo a nuestro autor, cuán pronto intentamos llevar esa proporción a la cifra lo más elevada posible, casi al infinito, esto es, lograr prácticamente la instantaneidad en el modo en que las palabras fijan las cosas: no porque no se destine un tiempo y se precise una distancia para estar junto a una cosa, un objeto,

⁶⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 15.

una palabra, sino que cada vez nos permitimos un durar menor, soportamos menos lo lejos de nosotros que está aquello que nos es extraño y tampoco resistimos que esté cerca siendo tan otro, tan desconocido, recordándonos quizás lo(s) otro(s) que nosotros — también— somos.

Es así como también se puede pasar de reconocer el acto mágico que hay (que podría haber) en el nombrar (en el empalabrar la carne y encarnar la palabra), la magia de **darnos** sentido y significación (crear mundos, nombrar) al conjuro, a la superstición (cuando se cosifica dicha magia y, así mismo, la significación) desplegando esa acción pronta de situarnos y de fijarnos en un único sentido (por siempre y para siempre), en un mundo ya dado y como si estuviese ya cerrado; y ello a la velocidad de un rayo, borrando de un plumazo la alteridad de las cosas, de los objetos, mediante una palabra así, mágica, de la cual dice Ferlosio: “la actitud mágica se encuentra permanentemente agazapada en cualquier palabra y dispuesta a impregnar y oscurecer la transparencia de su empleo significativo, hemos de precavernos contra ella también en el manejo de esos mismos predicados”⁶⁹, puesto que, en esa actitud de pretender abarcarlo (que también acabarlo), reducir así a un único sentido de manera que quepa todo en un sólo significado, “toda palabra nubla y pierde su significación, desde el momento en que se queda sola, en que se absolutiza e hipostasía en la opacidad de un guarismo irreductible, eso es, exactamente, una palabra mágica”.⁷⁰

Y es que, como si de un conjuro se tratara (sobre el cual profundizaremos cuando hablemos de las villanías y las manipulaciones), traemos lo extraño, lo radicalmente otro, lo soberanamente otro, a lo ya conocido, a lo común, a lo que nos es familiar, irrespetando así su propia auto-nomía, y permitiéndonos poco tiempo con la cosa así, desconocida, interpeladora, asombrosa quizás. Así mismo, en un tintineo, ¡clink!, transitamos de ser naturaleza a ser humanidad, con un nombre: esto también, hay que reconocerlo, es motivo mayúsculo de la irritación en la nada dichosa fiesta de bautizo.

⁶⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 16.

⁷⁰ Op. cit., p. 13.

Intentando indagar un poco más acerca de qué podría ser motivo de tal velocidad, nos encontramos con que esa pretendida inmediatez viene viciada de origen:

Como a la vista del peligro el avestruz esconde la mirada en la arena del desierto, así el hombre la enturbia en el espesor de la palabra. No era, a mi entender, sino el oculto miedo a tener que reconocer como naturaleza al que, sumido en impenetrable alteridad, dormía en aquella cuna, el miedo a aventurar, para alcanzarlo, la mirada más allá de los límites de lo inmediatamente comprensible, del mundo estatuido y familiar, lo que impulsaba a la joven casadera a echarle encima el arnés de un nombre propio, para ahogar la inquietud de lo apenas vislumbrado en el profundo ensimismamiento de su sueño. Lo vislumbrado era la naturaleza perteneciéndose a sí misma en su absoluta alteridad, en su extrañeza, en su soberanía irreductible.⁷¹

Debemos llamar la atención hacia la presencia, otra vez, de la mirada: es la mirada la que enturbiamos con la palabra los seres humanos y ello parece que lo hacemos tan raudos, tan prestos, movilizadas por tan poderosas fuerzas como el temor y el miedo, lo cual nos da qué pensar siguiendo el “caso” que tenemos entre manos con Ferlosio: ¿miedo, temor de un recién nacido⁷²? Pues es justamente la necesidad de ahogar la inquietud (porque qué hay tan misterioso y tan inabordable, tan inquietante... como la naturaleza), lo que Ferlosio señala como “la mala fe” de toda superstición, aquello que perdura del acto mágico del nombrar cuando se cosifica, cuando se cree que nombrar es como algo sistemático, que opera como una ley, o también como una tarea ya cumplida una vez realizada: “la voluntad de autoobnubilación, la sistemática obstrucción de la experiencia”⁷³ (se podría pensar que, incluso, de la experiencia del lenguaje). Todo lo anterior, además, parecen ser inclinaciones harto y desgraciadamente frecuentes entre nosotros —los humanos, ¿quiénes?— y que están como en la base de la pereza y de la inercia existencial con que vivimos, de las que además ni tan siquiera nos damos cuenta o, lo que es peor para el autor, vivimos como revolviéndonos, tras ahuyentar el miedo, en una olímpica jactancia, sonrientes y desenvueltos, afectados y desplegando la más repugnante forma de la ignorancia, esta es, la más pura llanura de pantomimas y mixtificaciones con las que creemos estar en conocimiento del mundo y la naturaleza.

⁷¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 13.

⁷² Sobre esos “extraños próximos” que son los niños y los chimpancés hablaremos en detalle más adelante.

⁷³ Op. cit., p. 17.

En el ensayo *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, Ferlosio nos advierte de varios (d)efectos de estas inclinaciones que se deben, se pronuncian o se subrayan, en el miedo. Si lo pensamos un poco mejor “las inclinaciones” están estrechamente ligadas a la disposición, siendo como son, posturas: el “propender” o “tender hacia”, y así hacemos cuando, por poner no cualquier ejemplo, por miedo, desplegamos todo artilugio a nuestro alcance para, por ejemplo, no tener que dar la cara, no comparecer ante el dolor y el sufrimiento: “Todas las trampas, todas las rebeliones, todos los cinismos, todas las hipocresías, todas las neurosis, todos los disimulos, todas las supersticiones, todos los dogmatismos, todos los rencores, se originan en esta universal mala conciencia y en el denodado empeño por rehuir el trance de mirar cara a cara el espantoso rostro del dolor”.⁷⁴

Así hacemos, frágiles y vulnerables, los todo-poderosos seres humanos i-lustrados. Y es precisamente este ser humano, cobarde y capitidismuido⁷⁵, según la manera en que nos contamos las cosas y cómo concebimos (las categorías con que pensamos), el tipo de sujetos que vamos siendo desde que el relato se cuenta en clave de Modernidad, así presentado por Ferlosio: “Un modelo ideológico de hombre histórica, social y hasta geográficamente muy determinado: el ideal del europeo burgués aparecido con la revolución industrial del siglo XVIII (...) un *homo universalis* que ya en la caverna misma daba muestras de ese carácter indomable que mañana tal vez ponga en sus manos el dominio del universo”.⁷⁶ El mismo que situándose en un nivel ontológico superior respecto de los demás seres vivos y no vivos sin que se sepa muy bien por qué, sale a la aventura del conocimiento muerto de miedo ante lo extraño y desconocido, ante todo aquello que no pertenezca o se ajuste a su red de explicaciones entretejida con saberes muy racionales y muy disciplinados (ciencias y disciplinas sociales y humanas, entiéndase) y que procede de la manera como ha descrito tan crudamente Ferlosio: con buena conciencia, si es que además, “cuanto más miserable y más ramplón es el libreto, más grandiosa y solemne

⁷⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), epígrafe XXXVI, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 56.

⁷⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 15.

⁷⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), epígrafe XV, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 21.

parece querer ser la partitura”.⁷⁷ No solamente se aparta y atenta contra lo que es dolor (como veremos más adelante: neutralizándolo), —aunque el dolor y la muerte es de lo que más cuesta—, sino de todo aquello que no esté “en punto”, en el momento “exacto”, en “lo prefijado”; todo aquello que aparezca a contrariar el curso de lo dado, los principios establecidos (como la aparición de un león en Düsseldorf, dice) y son precisamente la naturaleza, los animales, y los niños los que vienen a representarle al ser humano la mayor de las amenazas; y por ampliar el espectro de efectos que tiene la manera como nos posicionamos en la actividad de conocer, así también diremos que las *stories* —esas hegelianas y polibianas meras moléculas o avatares anecdóticos, piezas de rompecabezas, carentes de sentido en sí mismas que dirá Ferlosio⁷⁸— lo hacen (amenazan y amedrentan) a la *History*.

El asunto está lúcidamente expuesto en un artículo de Ignacio Echevarría titulado *Niños y animales*, íntegramente dedicado al correlato antropológico que es fundamento en la obra de Sánchez Ferlosio (desde una profunda crítica), y que tiene que ver con la manera como el ser humano se sitúa entre (más bien por encima) o ante todo lo demás viviente, y también frente al mundo; y que explora, sobre todo, los textos en que Ferlosio dedicó su atención, en su mirada y su palabra, a los niños y los animales, aquellos que al parecer están íntimamente conectados y que podríamos decir que dicha conexión tiene que ver con “lo abierto”, en dicho artículo habla Echevarría sobre la atención que presta Ferlosio al mundo animal, sobre la forma tan respetuosa que tiene de observarlo y dice que de esa forma se desprende un entendimiento de con qué tiene que ver el respeto: atención, consideración, cuidado, eso que ya hemos dicho, “guardar la distancia con las cosas y reconocer su inmovible alteridad”. Dice Ignacio Echevarría: “En *Personas y animales en una fiesta de bautizo* salen a colación gatos, gallinas, perros, bueyes, caballos, avestruces y monos, entre otras especies, y lo hacen para dejar clara la necesidad de reconocerlos en su “impenetrable alteridad”, aparcando el temor que la humanidad, en general, ha sentido

⁷⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), epígrafe XV, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 21.

⁷⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en “Corolario primero”, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 61.

siempre ante el espectáculo de la naturaleza”.⁷⁹ Entonces, si algo va quedando asentado, es que no podremos de ninguna manera escurrirnos o desentendernos del “quién” que se dispone a la actividad cognoscitiva en tanto que experiencia, y experiencia en tanto que actividad, el “quién” que realiza ese movimiento de la mente hacia las cosas que es, como veremos más adelante, la significación. Esto lo advierte también Ruescas en su trabajo al afirmar que “Ferlosio sostuvo que cierta forma de egocentrismo es condición necesaria de “lo que quiera guardar o simular el carácter de experiencia” (...) en realidad Ferlosio habla de “centralización”, y lo que defiende es que en la experiencia no puede faltar un sujeto.⁸⁰

Puede bien presentirse la pregunta abierta, la discusión y el debate que este asunto comporta, y en la obra de Ruescas hay un cierto tono aclaratorio, como si hubiese que defender dónde y cómo se ubican sujeto y objeto en el proceso de conocer (con relación a un interés como el nuestro por la disposición y la postura, esto resulta, más que interesante, crucial) y, máxime si como en el caso de Ferlosio, se está de la mano de la lingüística, en una época en que esta cuestión de la relación del lenguaje y la naturaleza humana, dirá este autor, estaba candente. Adaptación, manipulación, son palabras que en una cierta concepción o en un cierto tipo antropológico del sujeto es como si las trajera consigo, ahí como pegadas de la espalda, o tal vez colgando al frente como un collar que lo anuncia tonto, débil, disminuido, ya sin pronunciarse. Por eso, aclara Ruescas: “Dicha centralización (...) no implica que la experiencia sea una adulteración de la realidad que lo reduzca a lo ya conocido por el sujeto”, y cierra así su comentario: “En fin: la experiencia ha de partir de un sujeto, y con referencia a tal centro de coordenadas será narrada, pero, si ha de haber experiencia, nada puede ahorrarle al sujeto ese movimiento de partida”⁸¹.

Decir que nada puede ahorrarle al sujeto ese movimiento se abre a la posibilidad de que es al sujeto al que las cosas le pasan, pero es imprescindible no dejar de lado que la disposición es la de salir, no la de regresar con el mundo a casa, el movimiento del conocer no es el de traer el mundo a las coordenadas del Yo (a todo esto nos referiremos más adelante).

⁷⁹ Echevarría, Ignacio, *Niños y animales*, en la revista *Claves de la razón práctica*, n.º 265, julio/agosto 2019, pp. 18-19.

⁸⁰ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (2014), p. 400.

⁸¹ Op. cit., 400.

De este modo, el sujeto es centro de la experiencia de encuentro con la alteridad (que ya veremos cuán difícil es que esto sea posible: que sea una experiencia); y si de lo que estamos hablando —al menos por ahora en este apartado— es de una experiencia sea la disposición de respeto con que nos *animamos* en la actividad cognoscente, entonces ello exigiría ubicarse y mantener una distancia no cualquiera con los objetos; cultivar y cuidar una palabra que se acuna en una “actitud categorial”; velar por un tiempo que Ferlosio llama “consuntivo”; y por ende, un sujeto que no es el Yo del “principio de identidad”, “onfaloscópico”, sino aquel que, saliendo de sí, deja sin embargo un rastro, una estela, que dibuja la trayectoria (borrosa o como de brocha gorda) de un “movimiento centrífugo” hacia las cosas, esto es, el de “la experiencia de conocer”. A continuación vamos a detenernos en cada una de estas particularidades de la disposición cognoscitiva de respeto que estamos con Ferlosio analizando.

i. Una distancia, una palabra.

Hemos hablado ya de esa actitud de respeto “con”, “desde”, “a” “las palabras”, pero no importará si volvemos a remarcarla porque, además de ellas (actitud y palabra), se derivan las coordenadas distancia y tiempo, y, por tanto, también la velocidad con que acometemos el conocer; además, la palabra, el lenguaje, la lingüística (¿o la gramática?) resulta ser una cuestión central en Sánchez Ferlosio. Mencionamos el asunto de la dual posibilidad de la palabra para abrir y, al mismo tiempo, fijar sentidos, y también de la velocidad con que ella bien se apresta para lo uno o para lo otro, eso sí, según nosotros queramos o podamos, queramos y podamos. Por eso, no sobra recordar estas bellas advertencias que Agustín García Calvo sitúa como epigrama, como para que suba el telón, al abrir su texto *Lalia*, incluso guardando esa inquietante diferencia que se percibe entonces entre la esencia profana (de la que habla Ferlosio) o la esencia benigna e incorruptible de las palabras:

Las palabras, pues, camarada, cojámoslas y vayamos descuartizándolas una a una con amor, eso sí, ya que tenemos nombre de “amigos-de-la-palabra”;

*pues ellas no tienen por cierto parte alguna en los males en que penamos día
tras día, y luego por las noches nos revolvemos en sueños,
sino que son los hombres, malamente hombres, los que, esclavizados
a las cosas o dinero, también como esclavas tienen en uso a las palabras.
Pero ellas, con todo, incorruptas y benignas: sí, es cierto que por ellas
este orden o cosmos está tejido, engaños variopintos todo él;
pero si, analizándolas y soltándolas, las deja uno obrar como libres alguna vez,
en sentido inverso van destejendo sus propios engaños ellas,
tal como Penélope por el día apacentaba a los señores
con esperanzas, pero a su vez de noche se tomaba hacia lo verdadero.⁸²*

Las palabras “mágicas” y/o “sagradas”, dice Ferlosio, están en nuestras cabezas como “una muletilla, como comodín, como algo en lo que ya, de tan aceptado y recibido, ni se detiene siquiera el pensamiento”, tanto es así que nos cuenta, seguidamente, cómo hasta al Papa se le escuchó una vez, a propósito de las muertes en una fábrica de India que fueron “víctimas de la tragedia que a veces acompaña los esfuerzos del progreso humano”, no tanto porque estuviera siquiera mostrando apoyo alguno a la multinacional en cuestión (que hoy podría ser cualquiera de tantísimas), sino porque “así, en el instante mismo en el que la moneda deje de presentarse por su anverso y se deje mínimamente entrever por el reverso, la palabra “progreso” tiene ya tan indelebles connotaciones de coartada, apesta tanto a justificación, que aun de labios del Papa a los católicos indios de Goa no pudo sonarles sino a mala parte, como quien les dijese son “gajes del oficio”⁸³. Aún hoy, en tiempos de debate transhumanista, seguimos sin poder ubicar dónde y cuándo la evolución, el bienestar y todo aquello que connota la palabra “progreso” (si es tecnocientífico, tanto mejor) de manera aparentemente incuestionable, encontraron sede en dicha palabra, Ferlosio dirá que es imposible rastrear hasta qué punto la noción misma de progreso, por ejemplo, nació (o no) como coartada del furor del lucro, como justificación del sacrificio; a este respecto incluso dice que quienes protestaron por el 'desliz' del Papa justamente fueron unos estudiantes de una asociación progresista, y recalca que, por lo visto, hay “progresos” y “progresos”: “Es curiosa la contradictoria multivocidad que puede

⁸² García Calvo, Agustín, *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad* (1973), Siglo XXI de España Editores, pag. x.

⁸³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), epígrafe XXIII, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 31.

llegar a tener una palabra cuando las vicisitudes de su empleo ideológico han sido lo bastante habilidosas como para conseguir que tenga siempre y en todas partes buena prensa”⁸⁴.

Lo descrito anteriormente, que solamente es a guisa de no cualquier ejemplo (sobre la idea de Progreso en Ferlosio aún habría mucho más que decir y ya lo haremos en su momento) de lo que sucede con algunas palabras, o quizás mejor decir, lo que le hacemos a veces a las palabras, nos interesa ir desgranando de qué se trata aquello que Ferlosio llama una “actitud categorial”, en contraposición a una “actitud pragmática”, que pone enteramente en juego a la mirada y a las cosas, y a ese momento tan supremamente veloz en que la distancia entre la mirada y el objeto busca reducirse prácticamente a cero, cubriendo esa distancia llevada a su mínima expresión con nada más y nada menos que “una palabra”. Pero todavía aun alguna distancia puede ser conservada parece, si esta palabra nace, brota, respira, a la manera de “una categoría” y no tanto de “un concepto”, y, si entonces, nombramos, convocamos, llamamos, decimos, enunciamos desde una palabra que aún esté, por así decirlo, “abierta”, o como dirá Ferlosio, sea “leal”⁸⁵, frente a la alternativa de que se trate ya de una palabra que “funcione” para la “comunicación”, que pueda “expresar” lo que conviene, que “sirva” para alguna cosa, por ejemplo, para educar o al menos para “entendernos”, la cual vendría siendo una palabra pragmática, práctica, útil, y por tanto ya no propiamente significante, significativa, verdadera, la cual, no hay que dejar de decirlo, también se presta para comunicar, para educar, para expresar, no solo como finalidad, sino también como con-secuencia, como efecto, e incluso, como señalaría Ferlosio, como ese predicado más inalienable, como núcleo interno del concepto, pero no por ello adjudicándose un monopolio de sus aplicaciones⁸⁶, y por tanto no estableciendo contratos exclusivos; como si entonces las palabras fueran esas llaves que abren lo propio, lo que se ha apropiado, lo que se ha hecho exclusivo.

⁸⁴ Op. cit., p. 32.

⁸⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el Pinocho de Collodi* (1972) en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p.36.

⁸⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 720.

Es Tomás Pollán quien afirma que Sánchez Ferlosio contrapone la “actitud pragmática” a la “actitud categorial”, ambas relacionadas con la significación, solo que, en la primera, las cosas, los objetos, el mundo, son reducidos y adaptados a un receptor y, en la segunda, las cosas no se hacen propias ni se traen a casa, a lo familiar y lo dado, se respeta la distancia que con ellas guardamos, en tanto alteridades y exterioridades, y, por tanto, es una actitud —la categorial— que vela y cuida y le permite durar a lo extraño, lo nuevo y lo distinto.⁸⁷ Para nosotros, esto está íntimamente ligado a la palabra, al concepto, a la metáfora, a la categoría, la cuestión no es nada sencilla y todo el artículo de José Luis Pardo que hemos estado citando está dedicado a este asunto⁸⁸, por ahora vamos a las palabras de Ferlosio que además traen a cuento también la virtud cognoscitiva:

(...) la metáfora de los adultos podría ser, en tal sentido, como una luz retrospectiva sobre la situación y la naturaleza primaria del concepto y también sobre la índole de su capacidad cognoscitiva (...): cualquier constelación de conceptos realmente fecunda para el conocimiento no habrá de ser como una colección de llaves para otras tantas puertas predeterminadas, por numerosas que sean, sino como un tal vez pequeño juego de ganzúas capaz de abrir siempre nuevas e ignotas cerraduras.⁸⁹

Una palabra verdadera, una palabra entonada y animada cuando nos expresamos, una palabra presta a contar “lo que cuenta en el pasar de las cosas que pasan”, es decir, lo que nos pasa (pero ya veremos de qué manera posicionados como sujetos y qué movimiento dibujando), incluso la palabra que comunica (pretendiendo resonar, percutir, hacer mella en tanto que compromete, y eso porque no se esté hablando por hablar, o por pura charlatanería con el otro), va acompañada del imperativo de consubjetividad:

la lealtad a la palabra se expresa como imperativo de consubjetividad. La “rotura” de la consubjetividad consiste en que la palabra deja de pasar franca y llanamente al receptor,

⁸⁷ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p.48.

⁸⁸ Pardo, José Luis. *El concepto vivo o ¿dónde están las llaves? Ensayo sobre la falta de contextos*, publicado en la Revista Archipiélago, n.º 31, 1997, en la cual toda la sección “Carpeta» está dedicada a Rafael Sánchez Ferlosio.

⁸⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 720.

que ya no es tratado como sujeto, sino que se trata de “incidir sobre él como una herramienta actúa sobre un objeto”. Este fenómeno se puede observar en el lenguaje político y también en la publicidad, pues ambos son ejemplos de comunicación que oculta el propio interés.⁹⁰

Éste es un imperativo que también resalta Tomás Pollán, con altísimas repercusiones para la “experiencia de conocer” posible en la escuela, según podremos comprobar más adelante:

una comunicación verdadera, no vacía o pervertida, con otros sujetos sólo se puede establecer comprometiéndolos consubjetivamente en el irreversible viaje de ida de la significación hacia los objetos. Y la significación, como el conocimiento, es por esencia, actividad, y no recepción pasiva por parte de otro sujeto.⁹¹

Y, acto seguido, descansa en dicho imperativo (pues es el que guardaría celosamente en una relación educativa el respeto y la lealtad para con las cosas en el trato con el mundo y con los otros) la pasión del conocimiento:

“Si he dado por título a estas páginas *La pasión del conocimiento* es porque la palabra “pasión” señala a la vez el componente activo del movimiento hacia la cosa y el componente pasivo de la atracción y del interés suscitado por ella, en cuanto buscada y pretendida (*hos herómenos*), es el verdadero motor de la significación”⁹².

En estas dos referencias ya van resonando algunas de las ideas que vienen a continuación y que son centrales en las posturas de Sánchez Ferlosio respecto de la significación, el conocimiento y lo que preferirá llamar “instrucción pública”.

⁹⁰ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 393.

⁹¹ Pollán, Tomás (Coord.), “La pasión del conocimiento”, en *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 48.

⁹² Op. cit., p.49.

ii. Un tiempo.

Si con anterioridad nos hemos referido a la velocidad (relación entre distancia y tiempo) a la cual nos acercamos a las cosas con el fin de conocerlas y de articular y expresar el conocimiento alcanzado a través de las palabras y, una vez que hemos abordado la dimensión del respeto que debemos tener a ambas (a las cosas y a las palabras) a partir de una forma centrífuga de la experiencia que permita preservar la soberanía y alteridad del objeto que estamos estudiando, ahora debemos abordar la segunda dimensión indicada, el tiempo, y, para ello, vamos a comenzar a describir y analizar una de las categorías más bellas y potentes de Ferlosio, el “tiempo consuntivo”, que, como veremos, se engarza con otras de manera tal que vamos a intentar presentarla aquí precisamente como si hubiésemos hecho --tal que si fuesen posibles-- unos cortes extraños y abruptos, tanto para lograr una descripción de esta categoría en sí misma, como queriendo también que nos hable del asunto que tenemos entre manos. Más adelante veremos la relación que estos conceptos tienen con otra de las binariedades mencionadas: actitud categorial y actitud pragmática:

La categoría de “tiempo consuntivo” se contrapone en el pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio a la de “tiempo adquisitivo”, que Ferlosio define con precisión la distinción entre ambas y que conduce a su inclusión en un contexto mucho más amplio y abierto:

El gusto del cuerpo en el patinaje y aún más en el tobogán o en el esquí viene de la ventaja con que sus medios —rampas pulidas, hielo— y/o instrumentos —esquís, trineos, patines de ruedas— permiten privilegiar altamente el rendimiento cinético sobre el esfuerzo corporal, enormemente disminuido en el patinaje y prácticamente suprimido en el pasamano de escalera o en el tobogán. Así pues (...) son (...) deportes *sin sentido*, dado que en ellos no se trata de conseguir nada al final, sino de sacar gusto *en cada momento* durante el ejercicio. En esta clase de gusto (...) cada instante está en sí mismo, se pertenece a sí mismo, ya que no está en función del anterior ni del posterior ni, menos aún, de un final, de un logro. A tal aspecto psíquico del fluir temporal le he dado, en un viejo texto, el

nombre de “tiempo consuntivo”, en contraposición al “tiempo adquisitivo”. El “tiempo adquisitivo” es un tiempo tenso, porque cada instante está en función del anterior y el posterior; es un tiempo con sentido, porque en él *se cumplen los valores*, se persigue una meta; su trecho corre, en consecuencia, por un “todavía-no” y se corona en un “ya”. Inversamente, el “tiempo consuntivo” es *distenso*, ya que en él cada instante está en sí mismo —no en función de otros—; es un tiempo sin sentido, ya que en su seno *se gozan los bienes*, no se persigue fin alguno; y, finalmente, su trecho corre por un “todavía” y cesa o fenece en un “ya-no”. Si ahora le sacamos punta a la certera distinción de Hegel cuando dice que la Historia no es tierra propicia para *la felicidad*, sino que lo puede darse en ella es *la satisfacción*, miraremos el tiempo consuntivo como el tiempo de la felicidad, cuyo contenido propio será gozar los bienes; y al tiempo adquisitivo como el tiempo de la satisfacción, y el contenido propio de ésta será entonces cumplir los valores.⁹³

El viejo texto al que se refiere Rafael Sánchez Ferlosio en esta cita es el ya comentado cuyo título es *Las semanas del jardín*, y en él habla del “tiempo adquisitivo” al explorar la naturaleza de la tauromaquia (en contraposición a la de las competiciones deportivas), realizando una exposición más amplia de la que hemos visto en el pasaje inmediatamente anterior:

En la competición deportiva no hay más que reglas limitativas, (...) no hay “reglas de arte”: el rendimiento instrumental es el único criterio de valor, y hasta la belleza de las jugadas se deja descifrar como una aureola de expresividad teleológica. Así como la funcionalidad no deja objetos, la figura, por su parte, no puede dejar ningún “haber”: en la corrida no podría haber efectos jurídicos, porque tampoco tiene ni victoria ni derrota —no es un juego—, para lo que sería preciso el antagonismo, el cual exige, a su vez, como ya he dicho, la complicidad de los adversarios en la convención lúdica. Sería un error alegar algo en la corrida como equiparable al gol y al tanto; el gol es el designio, el acto y el hecho interno esencial de la competición; el tanto es el sentido mismo de la cosa, aquello de lo que se trata, el punto de partida de su definición y explicación. Las orejas que se conceden en la corrida son trofeos —o sea, señales— que permanecen enteramente extrínsecos a la cosa, que en modo alguno se integran en su decurso ni en su contenido; serán, en todo caso, la señal de que “ha pasado algo”, pero el tanteo de las competiciones deportivas es

⁹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Juegos y deportes (El país, 9 de agosto de 1992)* en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 243-244.

precisamente “lo que ha pasado”, el saldo intrínseco del acontecimiento. (...) De manera que ahora aquel “hacer productor”, propio de lo que tiene vigencia de acontecimiento, y que más atrás he contrapuesto a un “hacer demostrativo”, propio de lo que tiene vigencia de texto, se me desdobra, a su vez, en dos vertientes: un hacer productor de objetos y un hacer productor de “haber”, cuya mutua irreductibilidad tiene que resultar, a poco que se repare, congruentemente necesaria. (...)

Bifurquémonos, pues, separémonos, despartámonos, desapartémonos, digámonos ya adiós en el arranque de estos dos caminos que nunca más se encontrarán: el del objeto y el del “haber”, el de los bienes y el de los valores: los bienes son fugaces, los valores duraderos; éstos ascienden hacia el porvenir, aquéllos van decayendo hacia el pasado. He aquí que el carácter de acontecimiento se modula en dos claves adversas, en dos temporalidades de contrapuesto sesgo, de fibras disconformes, de contraria tensión. Consumirse o crecer. Los bienes no admiten constituirse en sumandos y restandos, hurtan su cuerpo a la adscripción; los valores se renuevan permanentemente en la proyección del tiempo adquisitivo. (...)

La presencialidad actual, el pertenecerse y permanecer en sí de todos los momentos que se experimenta en la particular modulación temporal de la corrida, se corresponde con la ausencia de proyección a un término, de propensión liminar, con la falta de un sentido como vinculación funcional ascendente de los momentos sucesivos; (...) la “faena” no asciende hacia un futuro, no es un impulso que se lleva hacia delante, sino un ademán que se va dejando atrás; parece configurarse y cuajarse como un gesto siempre último sobre el propio semblante visible del presente, para irse dejando despintar y desvaír trazo a trazo, en el puro oro vivo de la tarde de oro, irreversiblemente, hacia el pasado. La corrida carece de futuro, porque no tiene contenido alguno que se encuentre al final de su decurso (...). El contenido de la corrida está en su propio centro, en el diáfano seno del presente: aquí, y no allí al final, es donde se la verá surgir, resplandecer y desgranarse. Su tiempo no se conmensura como tiempo adquisitivo, sino como tiempo consuntivo⁹⁴.

Avanzando por este sugestivo afluyente del pensamiento ferlosiano, es inevitable detenerse en su reflexión sobre las *Coplas a la muerte de mi padre* de Jorge Manrique, importante tanto por la reflexión en sí como porque abre caminos a horizontes más amplios que no son el objeto primordial de este trabajo. En su análisis de dicha

⁹⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Las semanas del jardín. Semana segunda*. “Splendet dum frangitur». (1974), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 181-185.

composición poética, nuestro autor aprecia una contradicción esencial entre su propósito de ser una obra de carácter moral y religioso que ensalza la vida eterna después de la muerte y el hecho de que los momentos de mayor intensidad lírica alcanzados cuando el poeta retrata los momentos de gloria y esplendor efímeros:

Así como una bola de billar impulsada por fuerza hacia delante, pero llevando oculto en sí un efecto de rotación contrario —en relación con el plano de la mesa— al del sentido de su traslación, avanza patinando por el paño, mas no bien choca con la roja esfera del mingo contra el que ha sido impulsada, agotando del todo contra ella ese obligado impulso, libera espectacularmente ante los ojos la oculta y no extinguida rotación y desde el punto muerto del encuentro recelera de pronto en vivo retroceso en el sentido exactamente inverso al que avanzara, así también la palabra de Manrique, que predica esforzadamente la estima del futuro, tratando de arrastrar los corazones en el sentido del tiempo adquisitivo, al ir a dar contra el mingo del ayer cercano, el rojo mingo de un recuerdo vivo (...) deja prevalecer de pronto la persistente rotación interna del deseo inextinguido y retrocede irresistiblemente en el sentido del tiempo consuntivo, al reencuentro, al abrazo de ese mismo ayer tan contra corazón negado y abjurado. (...)

La música del tiempo consuntivo rompe a sonar precisamente en las palabras que lo niegan, brota de las entrañas mismas de una enfática y admonitoria afirmación del tiempo adquisitivo; es justamente la fricción producida por la forzada intención del doctrinal, que violenta el recuerdo a contrarrueda, como argumento a su favor, lo que hace que el ayer se arrebate y se inflame como llanta de carro a la fricción del freno y se levante ante los ojos en un puro incendio. ¿Qué importa ya la innegable pobreza de la letra, que casi se limita a enumerar? La llama viva del ayer lo abrasa todo, lo ilumina todo⁹⁵.

Este bucear en la sustancia de la composición poética manriqueña nos lleva, inevitablemente, a tener que aplicar las categorías de “tiempo consuntivo” y “tiempo adquisitivo” a la concepción del pasado y de la Historia en el pensamiento de Ferlosio, algo que se insinúa ya en la referencia a Hegel que apareció en el artículo titulado *Juegos y deportes* y que hemos transcrito más arriba. La entrada en la reflexión de las categorías del

⁹⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Las semanas del jardín. Semana segunda. “Splendet dum frangitur»*. Apéndice I. *El caso Manrique*, (1974), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 299-300.

“tiempo consuntivo” y “tiempo adquisitivo” nos empuja a plantear si los acontecimientos del pasado pueden ser contemplados por sí mismos, independientemente de los acontecimientos anteriores y posteriores, y, por tanto, podríamos decir que sería contemplar los hechos desde la perspectiva del “tiempo consuntivo”, o si dichos acontecimientos habría que considerarlos conectados y vinculados de algún modo a los anteriores y posteriores, como formando un hilo o relato, es decir contemplarlos desde la perspectiva del “tiempo adquisitivo” y, en consecuencia, esto sería plantearse si cabría hablar de un “sentido de la Historia”. Hay en esa expresión, “sentido de la historia”, una palabra que todo lo complica, que es bastante pesada, que es quizás una de esas palabras-trenza que cuelgan de la cabeza y del entendimiento, el “sentido”, la cual le permite a Ruescas hablar de “el violento viento del sentido”⁹⁶, una formulación de esas que con locura acechan y ante las cuales nos comportamos con la “buena conciencia” de arrastrarlas con nosotros, de no dejarlas perder ni uno solo de sus gramos de peso histórico que tanta autoridad les brinda, pues, el “sentido” podría tomarse por una de estas trenzas primordiales para sostener el movimiento “centrípeto” hacia las cosas. La crítica de Ferlosio al “sentido de la Historia” tiene suficiente relevancia en su obra como para que en su discurso tras recibir el Premio Cervantes el 23 de abril de 2005, titulado *Carácter y destino*, la cuestión ocupara un lugar central y privilegiado:

Desde luego hoy en día no hace falta ser muy malicioso para sospechar en el afán de eso que llaman “positividad”, en la demanda de “sentido”, de imágenes de congruencia y consecuencia, como una especie de sedante estético, de “ansiolítico”, como diría Arcadi Espada, frente al estridente, rayante, chirriante, incomprensible zumbido y frenesí de un mundo malo. Así tal vez Aristóteles, hijo de médico, recetaba la medicina de la racionalidad de una forma que no era más que un placebo frente a un mundo que seguía imperando como pura sinrazón. Siguen, pues, tal doctrina aristotélica los autores que dicen que la ficción revela mejor que la crónica la naturaleza de los hechos. Hasta un político ideólogo que dice “hay que ser consecuentes” puede estar apañándose un arreglo estético para no tener que arredrarse ante una canallada. La tan estimada y a menudo exigida “consecuencia” suele ser una pura vanidad ideológica que busca en la estética una forma de legitimación.

⁹⁶ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), pp. 80 y 150.

Pero Aristóteles supo dejar la Historia en su lugar, no se le pasó por las mientes la temeridad de intentar reconducirla a una organización argumental, sacrificando la particularidad y la contingencia, que es literalmente igual que dejarla vacía de vivientes. El método de los que tuvieron la pretensión de racionalizar la Historia, pensando hacerla inteligible, fue, naturalmente, esforzarse por descifrar en ella un argumento, pues la trabazón causal, consecuente, de los hechos o acciones que aporta propiamente un argumento tiene el carácter o el aspecto lógico de una explicación.

De los que inventaron y difundieron este método, que fueron los dos creadores de la Historia universal: Polibio y dos mil años más tarde Hegel, el predominio de lo argumental —que se presenta en ambos, aunque con las enormes diferencias que se pueden suponer— se ofrece de un modo mucho más inmediato, llano y hasta candoroso en el aqueo Polibio [cuyo] (...) discurso (...) se concentra hasta tal punto sobre la trabazón de los hechos, que, al cabo, la fisonomía de éstos, inmersos en sus lugares en el seno de la ininterrumpida sucesión, se nos queda reducida al papel funcional de sustentáculos de la trabazón. (...) el concurso de las trabazones, de los nexos consecuentes, viene del modo más llano y sin esfuerzo aparente a concentrarse desde la divergente multiplicidad y dispersión de las historias particulares, para acabar cumpliéndose y revelándose en la Historia universal, como única portadora y dadora de sentido. Cuando la trabazón general y superior de la Historia universal sustituye la trabazón interna de los hechos de las particulares y la trabazón de éstas entre sí, los meros hechos, opacos en su particularidad y contingencia, forzados a trabarse y a verse recorridos por corrientes de cada vez más alto voltaje, van perdiendo toda resistencia y consistencia, atravesados y vaciados por la función de conductores, transmisores del sentido. Las olas parecen masas de agua que se mueven, pero el mar todo es una sola masa inmóvil recorrida por la transmisión de un movimiento permanente. Ese movimiento es el Sentido.⁹⁷

Consideremos también, si lo anterior no es ya suficiente y más que sobrada prueba, que, si un estudioso de Ferlosio como es Juan Antonio Ruescas dedica un excursus en su tesis a este asunto⁹⁸, no será tampoco casualidad, siendo además un apartado que abre — más allá del pensamiento de Ferlosio mismo— las complejidades en “la historia de esta palabra”. De todas maneras, hay que apuntar con Ruescas que, a su vez, “el sentido” en el discurso de Ferlosio está indiscutiblemente atado a su crítica a la concepción proyectiva de

⁹⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Carácter y destino*. Discurso pronunciado durante la entrega del Premio Cervantes el 23 de abril de 2005.

⁹⁸ Ruescas (2014), pp. 140-144

la Historia que acabamos de comentar más arriba, lo que también, puestos a hablar de tiempo como vamos a hacerlo ahora, hace comprensible que estemos rozando ese “paso del paso del tiempo” o “el pasar de las cosas que pasan”, como podría decirse de la Historia, pero veremos que la cuestión se abre a más meandros.

Así pues, el “tiempo consuntivo”, dirá Ferlosio en *God & Gun: apuntes de polemología* (2008), que, como hemos visto en una cita anterior, cuarenta años antes así llamó, así nombró el autor, ese “*tiempo cuyo ahora*”, como ya hemos dejado recogido más arriba, “*se desliza por un todavía y cesa en un ya no*”⁹⁹; bien podríamos atrevernos a decir que la erigió, esta expresión, como categoría y, entonces, tendríamos que convenir en que también al “tiempo consuntivo” le fue pasando como a “sentido”, como a esas palabras que se van volviendo densas y pesadas, aunque ello no quiera decir necesariamente fijas, paralizadas o estancadas en un único significado (según la diferencia que pueda considerarse entre una categoría y un concepto). Justamente, pareciera como si cada vez que, a largo de esos cuarenta años, se topó el autor con una vivencia del tiempo particular (bien fuera hablando sobre el deporte, o sobre el juego, o sobre la danza, o sobre la narración y sus personajes) era como si se topara con una concreción diferente de esa misma expresión que había creado, siendo así como se fue tallando como categoría (si por categoría quisiéramos entender un concepto vivo, en movimiento) y la razón de encontrarla aquí y allá en la obra del autor.

No vamos a hacer este recorrido aquí, toda vez que no es el asunto central de este trabajo, pero iremos avanzando avanzar en la perspectiva que nos ocupa, la cual es explorar —siempre en la estela del pensamiento de Ferlosio— el “tiempo consuntivo” con respecto a la disposición que favorece una cognición donde, ante todo, se respetan las cosas y los objetos; es decir, en la educación. Y, en primer lugar, habría que resaltar que esta disposición de respeto se encuentra latente ya desde la palabra elegida para llamar a esta forma del tiempo, puesto que “consuntivo”, “consunción”, es, precisamente, aquello que tiene por virtud el “consumir”, que por acción o efecto de “consumir” se podría incluso llegar hasta la extenuación, el enflaquecimiento, y podríamos jugar ociosamente un rato

⁹⁹ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 102.

con las imágenes que esto propone. Ni el sujeto cognoscente ni el objeto de conocimiento resultan “con kilos de más” en una relación bajo esta forma del tiempo; y ello porque la atención y el cuidado que se ponen en el estudio de la cosa —para conocerla— así, ni deriva a un “apropiársela” (que engordaría al sujeto), ni la arropa con uniformes todos venidos del exterior como sentidos, funciones, utilidades, fines (que engordarían a la cosa, haciéndola cargar con lo que, de antemano, no lleva por peso suyo, sino tan sólo del sujeto). El respeto, como puede ya intuirse, radicaría en que celosamente se acata lo que Ferlosio denomina “la inmovible alteridad” de las cosas, esa condición de suprema autonomía que les es propia y según las cuales (alteridad y autonomía), las cosas, los objetos por ellos mismos, abrigarían un interés hacia el cual volcarse, incluso llegando al olvido de sí mismo, como si en ese consumirse el tiempo en sí mismo, se consumara, en cada ocasión de dicha actividad, la cognición, sin obediencia alguna a otro fin que no sea ella misma.

En esta forma del tiempo y, por tanto, en una disposición para conocer de respeto según venimos explorando, “las cosas no necesiten ser integradas en una totalidad ni en una finalidad determinada”, y cada momento “no está ensartado en un vector de sentido”, en “un sentido trascendente a dichos momentos” que orienta las acciones en función como de un designio exterior a ellas. “Mientras dura, vida y dulzura”, parece rezar el tiempo consuntivo, proponiéndose como forma que “no desprecia lo percedero”.¹⁰⁰ En palabras de Ferlosio (directamente, porque todas las anteriores de alguna manera también lo son), éste es un tiempo “en el que en su propio presente se cumple y se consume”, y entonces, en esa medida, solo puede conocer la cosa en cuanto tal, y no como hemos malamente aprendido cuando ya las tenemos participando en el desfile de lo dado, lo familiar, lo propio, lo que conviene saber, etcétera. Únicamente en el tiempo que se vive de esta forma es posible ese acatamiento, ese respeto por cada momento, por cada cosa, incluso por cada sujeto (en la comunicación, por ejemplo) y la celebración de los instantes es, sin duda, otra vivencia del paso del tiempo.

¹⁰⁰ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), pp. 139 y ss.

Podríamos afirmar, así, que el tiempo adquisitivo es un “tiempo para”, frente al tiempo consuntivo, que sería un “tiempo por”. Como ya hemos explicado con anterioridad, para Ferlosio los alumnos en la escuela, en la medida en que es partidario de que en ella no se impongan modelos previos y preconcebidos, deben acudir a ella sin un Futuro prefijado. Sería estar en un tiempo fuera de esquemas que se ajustaría a lo que denominó tiempo consuntivo, al “tiempo por”. Lejos de ser una preocupación aislada nacida en un ámbito ceñido exclusivamente al campo de la filosofía especulativa, la concepción del tiempo en el seno de la escuela ha sido una preocupación importante de la pedagogía contemporánea. El concepto clásico de *contemplación*, acerca del cual han teorizado autores de amplio recorrido pedagógico como Larrosa o Alvira¹⁰¹, deviene el eje de interpretación de la relación entre tiempo y acción en el mundo industrial moderno. Uno de los pensadores alemanes de más calado, Josef Pieper, coincide con Ferlosio al definir la relación entre ocio, trabajo y tiempo:

El culto tiene con respecto al tiempo un sentido semejante al que tiene el templo con relación al espacio. Templo quiere decir (como lo indica la significación lingüística primitiva de las palabras correspondientes) que una determinada superficie se separa, acotándola, cercándola, deslindándola del resto del suelo que se utiliza para el cultivo y la colonización, y que esta superficie cercada se transfiere, por decirlo así, a los dioses en propiedad, no se la habita ni cultiva, se la sustrae al aprovechamiento. Mediante el culto y gracias a él se separa también del tiempo aprovechado en la labor diaria un período determinado, un espacio de tiempo limitado, y este tiempo, lo mismo que la superficie del recinto del templo y del lugar de los sacrificios, no se «utiliza», queda sustraído al «provecho». Este período de tiempo es el séptimo día. Es el espacio de tiempo dedicado a la fiesta, que surge así y no de otro modo. En el mundo laboral totalitario no puede darse un espacio inutilizado, ni una superficie del suelo que no se utilice, ni un período de tiempo que no se aproveche; no puede haber, pues, lugar para el culto ni para la fiesta, pues el principio de la utilización racional es la base exclusiva donde se apoya el mundo del trabajador. La «Fiesta» en el

¹⁰¹ “La contemplación (...) no es juego y, por ello, no es estrictamente hablando divertida. Pensar no es divertido, contemplar una obra de arte tampoco. Pero la contemplación, con no ser estrictamente hablando divertida, tampoco es productiva. La contemplación no es trabajo stricto sensu. Los antiguos dijeron que la contemplación era la actividad más propia del ocio, y consideraban que el ocio (*otium*) era precisamente lo contrario del negocio (*nec-otium*). El negocio y, sobre todo, los trabajos manuales, se tenían por impropios del hombre libre, especialmente en Grecia. (...) Se anhelaba el poder abandonar el «trabajo» para alcanzar la soñada libertad. Lo propio del señor, del que es libre y no esclavo, es que puede darse al ocio”. Alvira, *¿Qué es la libertad?*, Madrid, 1976, pp. 14-15

mundo laboral totalitario es o pausa en el trabajo (y, por tanto, existe por y para el trabajo), o es, en las fiestas del trabajo, exaltada celebración de los principios mismos del trabajo (y, por tanto, otra vez implicación en el mundo laboral)”¹⁰².

Es decir, ese tiempo consuntivo, o *tiempo lleno* en la terminología de Gadamer, (contrapuesto al tiempo vacío que debe ser llenado con algo para que adquiera sentido)¹⁰³ tiene como característica esencial ser rescatado de la actividad diaria, enfocada utilitariamente al sentido de la productividad o rédito, para ser *ofrendado* a aquellas actividades que de algún modo guardan relación natural con la concepción gratuita de la vida. Del mismo modo que el culto se sustrae a la lógica de la productividad, el tiempo consuntivo se aleja del fin utilitario; es, así, un tiempo valioso en virtud del “placer producido por la propia actividad”, no por el resultado o provecho que se obtiene de ella. De este modo, la finalidad no queda separada, u ofrecida de forma extrínseca, del ejercicio mismo al que se vincula la acción, y en ningún caso se subordina al resultado o provecho obtenido. Ese tiempo lleno, alejado de la moral de la facticidad, coincide con la definición que hace Gadamer del tiempo *lleno*:

Por otro lado, existe otra experiencia del tiempo del todo diferente, y que me parece ser profundamente afín tanto a la fiesta como al arte. Frente al tiempo vacío, que debe ser “llenado”, yo lo llamaría tiempo lleno, o también, tiempo propio. Todo el mundo sabe que, cuando hay fiesta, ese momento, ese rato, están llenos de ella. Ello no sucede porque alguien tuviera que llenar un tiempo vacío, sino a la inversa: al llenar el tiempo de la fiesta, el tiempo se ha vuelto festivo, y con ello está inmediatamente conectado el carácter de celebración de la fiesta. En ella, por así decirlo, se paraliza el carácter calculador con el que normalmente dispone uno de su tiempo. Esto es lo que puede llamarse tiempo propio, y lo

¹⁰² Pieper, Josef, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, 1998, pp. 56-69

¹⁰³ “Parece que aquí se trata de dos experiencias fundamentales del tiempo. La experiencia práctica, normal, del tiempo, es la del “tiempo para algo”; es decir, el tiempo del que se dispone, que se divide, el tiempo que se tiene o no se tiene, o que se cree no tener. Es, por su estructura, un tiempo vacío; algo que hay que tener para llenarlo con algo. El caso extremo de esta experiencia de la vaciedad del tiempo es el aburrimiento. En él, en su repetitivo ritmo sin rostro, se experimenta, en cierta medida, el tiempo como una presencia atormentadora. Y frente a la vaciedad del aburrimiento está la vaciedad del ajeteo, esto es, del no tener nunca tiempo, tener siempre algo previsto para hacer. Tener un plan aparece aquí como el modo en que el tiempo se experimenta como lo necesario para cumplir un plan, o en el que hay que esperar el momento oportuno. Los casos extremos del aburrimiento y el trajín enfocan el tiempo del mismo modo: como algo “empleado”, “llenado” con nada o con alguna cosa. El tiempo se experimenta entonces como algo que se tiene que “pasar” o que ha pasado. El tiempo no se experimenta como tiempo.”. H. G. Gadamer, *La actualidad de lo bello*, Anagrama (1991), pp. 103-105.

que todos conocemos por nuestra propia experiencia vital. Formas fundamentales del tiempo propio son la infancia, la juventud, la madurez, la vejez y la muerte. Esto no se puede computar ni juntar pedazo a pedazo en una lenta serie de momentos vacíos hasta formar un tiempo total¹⁰⁴.

Hay en estos fragmentos que van caracterizando esta forma del tiempo pinceladas de algunas otras categorías que abordaremos en apartados posteriores, y quizá merezca la pena mostrar al menos el entrecerse de alguna de ellas, puesto que enriquecen los elementos que hemos presentado. Por ejemplo, si tomamos la relación del tiempo consuntivo y la narración, podríamos encontrar que hay formas del narrar en las cuales se guarda una actitud que podría situarse junto al respeto, y podemos denominar como aprecio:

aprecio por cada uno de los momentos de la narración frente a su sentido final; aprecio por cada uno de los momentos vividos frente a la afirmación de un Yo trascendente, frente al fetiche de la univocidad de la persona; aprecio por cada uno de los cantares de los sujetos anónimos frente al autor hipostasiado (...) en fin, aprecio por cada instante del tiempo consuntivo.¹⁰⁵

Por tanto, se trataría de una narración de “personajes de carácter” que “se da” al tiempo de las figuras: efímeras, gratuitas, sin porvenir y sin sentido, como los bienes mismos¹⁰⁶ y que sería más propicia en “una mentalidad” que viva sin desprecio, y antes bien en obediencia, a una cosa muy distinta y que parece justamente lo contrario a “lo productivo” y a “lo proyectado”.

Igualmente, en *Mientras no cambien los dioses...* encontramos entreverado el “tiempo consuntivo” con la muerte, con la felicidad y también con un tipo específico de sujeto donde se anudan las características que hemos destacado, y justamente las inclinaciones que encontramos con relación a dicho sujeto tienen que ver con plantarle

¹⁰⁴ H. G. Gadamer, *Actualidad de lo bello*, Anagrama, 1991, pp. 103-105

¹⁰⁵ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 398.

¹⁰⁶ Op. cit., p. 86.

cara al dolor, con ser consecuentes en la asunción de la gratuidad y el sin sentido de lo que pasa (y aun así nos pasa) y con reconocer que hubo formas de organización de los seres humanos (aunque, justamente por ello, costó vidas humanas que fueran así reconocidos) en épocas que no estaban hipotecadas a la proyección ni a la adquisición, es decir, a las actitudes a las cuales corresponde, precisamente, esa otra forma del tiempo —que acompañaría al consuntivo, formando una de las binariedades ferlosianas—, el “tiempo adquisitivo” o “tiempo proyectivo”: “El “tiempo adquisitivo” es un tiempo tenso, porque cada instante está en función del anterior y el posterior; es un tiempo con sentido, porque en él se cumplen los valores, se persigue una meta; su trecho corre, en consecuencia, por un “todavía-no” y se corona en un “ya”¹⁰⁷, sobre el cual profundizaremos más adelante en los apartados de las “manipulaciones”, las “atrofias” y las “villanías” cognoscitivas.

Así pues, en el “Corolario primero” del ensayo *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* a propósito de la muerte y el consuelo que buscamos —malamente— darnos, dice Ferlosio aludiendo incluso explícitamente al respeto de la muerte (y por tanto de la vida) en un dar cuenta de ellas (saber de ellas, decir de ellas) donde permanezcan inalteradas en su pura extrañeza, en la siempre abierta herida que es la muerte, por la cual adentrarnos una y otra vez a explorar con asombro lo absurda y lo terriblemente bella que es la vida:

El consuelo de una muerte —que la mentalidad del tiempo adquisitivo busca en haber servido la muerte misma para algo, que es lo que entiende por “tener sentido”— la mentalidad del tiempo consuntivo lo buscará en la generosidad con que a esa vida aquí acabada le haya sido respetado el derecho a no haber servido para nada o, dicho de otro modo, le haya sido guardado el privilegio de ser fin en sí misma, lo que es, precisamente, “no tener sentido”.¹⁰⁸

Y justo más adelante, en la misma página, se refiere a la felicidad (y es que no acaba de explicarse por qué nos empeñamos en dar sentido a unas cosas y a otras no):

¹⁰⁷ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 102.

¹⁰⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 63.

En lo que atañe a la felicidad, ni nadie se ha puesto a buscarle algún sentido que constituya el fundamento de su índole de felicidad, ni nadie la ha exigido jamás tener sentido, porque a ella, como hija del presente, como flor del tiempo consuntivo, le pertenece por esencia el no tenerlo, el ser fin en sí misma.¹⁰⁹

Tal vez, pero es una conjetura en la que no profundizaremos, tenga que ver con el miedo y el temor que mencionamos anteriormente, que interviene en nuestras posiciones, disposiciones e inclinaciones, siendo que al parecer no nos da pavor el sentirnos inmensa, estúpida, inexplicable e inconteniblemente felices...

iii. Un sujeto.

Es también en este mismo ensayo, *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, y ya para comenzar a referirnos al sujeto de esta forma del tiempo, en donde Ferlosio se refiere a “los hijos del presente” —como vimos, es para él la felicidad—, a esa maravillosa subjetividad “*aplatanada y taína*” que anduviera sobre tierra americana en tiempos de conquistas y colonias (quizás, todavía perduren algunos especímenes de estos por allí y por acá), aquel indio que “*renunciara a ser él mismo*”, que no quería “*ser ese sujeto consciente de sí mismo*”, y en consecuencia “*un sujeto para el deseo de riqueza o la ambición de medro personal*”; aquel ser enfermo, desviado, deficiente, anormal y degradado que vivía en un tiempo distenso y sin futuro; aquel indio que obstruía así “*la tensión proyectiva del alma hacia el mañana, la enajenación del hoy*”, y que les permitía, por ello, “*auto-pertenecerse en su presente, permanecer quedos en sí, presentes a sí mismos*”.¹¹⁰ Y vamos a partir de ella, y de otras figuras que comparecen en este ensayo, para describir y comentar el tipo de sujeto que probablemente podría encarnar la disposición cognoscitiva donde ese ser específicamente humano que se propone como centro de la experiencia del conocer se posiciona no de cualquier manera respecto de sí mismo y de lo otro.

¹⁰⁹ Op. cit., p. 63.

¹¹⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 42.

Perseguir la idea de sujeto y de individuo en Ferlosio puede ser una labor harto interesante y abundarían los textos en los cuales concentrarse, pero todavía habría cómo detenerse sólo en uno y encontrar divertimentos para el pensamiento al respecto de esta materia, siendo como es este autor de una generosidad suprema para dibujar sólo mediante la palabra, la idea que está exponiendo de manera tal que “casi casi” pareciera tener en frente al “personaje”. Es así como permaneciendo en el ensayo en que estamos, y en la cuestión en que estamos, asoman sus cabezas “el sabio distraído” (que nada tiene que ver con el sujeto “*I did it!*”) y dos especímenes más que podríamos llamar el “hombre con minúscula” (en contraposición al *homo universalis* que presentamos al comienzo de este apartado) y “el tipo Bacon” (contrario al “*monigote modelado en miga de pan de sobremesa*”).

- Muy al comienzo del ensayo, Ferlosio trae a cuento dos rasgos que están estrechamente unidos al respeto: “*La sencillez y la modestia propias de la ciencia son mucho más baratas. La modestia es un rasgo propio de la ciencia, no ya porque el científico se la proponga, deontológicamente, como una virtud, sino porque, siendo lo más característico de su condición y su actitud el mantenerse volcado totalmente hacia el interés por el objeto, tiende a sumirse, de manera espontánea en mayor o menor olvido de sí mismo*”.¹¹¹ Con estas dos disposiciones anda el “sabio distraído”, el de la genuina actitud científica, honesta y desinteresada, que, podríamos decir, cautivado, enamorado, flechado, hechizado, prendido por las cosas, por los objetos en sí mismos y movilizado todo hacia afuera en una especie de “*amor hacia la realidad que le da vida a los objetos*” —como dijese Zambrano—, trasciende y rebasa sus propios límites, y cual si fuese un aplanado, renuncia a ese principio de identidad que hemos sintetizado con una fuerza casi como natural y del cual se ocupa Ferlosio con amplitud en *Cuando la flecha está en el arco, tiene que partir*. El principio de identidad “*Ser Yo*”, esa “*imperiosa ley, identidad que nos damos, a la cual, por necesidad (no por libertad) nos consagramos. El implacable imperativo de permanecer encadenado a su propia identidad*”¹¹² es también esa componente subjetiva que —muchas veces sin ni tan siquiera darnos cuenta—

¹¹¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 8.

¹¹² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Cuando la flecha está en el arco, tiene que partir* (1987-1988), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 3. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, p. 284.

trunca el conocer abarrotando las cosas, trayéndolas al zaguán cómodo de lo conocido, cargándolas con el peso de lo propio (más adelante veremos cómo esto no es otra cosa que neutralizarlas por extrañas y ajenas, o, simplemente, por ser otra cosa que el “Yo mismo”), en suma: irrespetándolas.

- Justamente, ese principio que asegura al Yo permanecer idéntico a sí mismo, es imposible para “el hombre con minúscula” y para “el tipo Bacon” y al igual que “el sabio distraído”, estos también se despojan de una idea de “sí mismos”. El primero, “el hombre con minúscula”, nos va a permitir entender, a la contra (bendita minúscula), aquello que Ferlosio llama “el individuo de la identidad diacrónica”. La identidad diacrónica la describe como aquella que va generando universalizaciones para las cuales requiere proyectar, como desparramando de manera que sea sucedánea en el tiempo, una única y unívoca idea de ser humano, y va haciendo ajustes donde sea necesario para que no cese ya tal dependencia que será generacional o de época si se quiere; por ejemplo, esos “*casos en los que el hombre de cada época alza sus propios rasgos históricos particulares por modelo de un hombre pan-histórico universal*”, y que gusta de ser recogido en la palabra Humanidad (no como un apelmazamiento, que aún podría ser diverso, sino como fruto de un amoldamiento previo). Tal ha sido el caso del individuo del Progreso, hoy presunto modelo de Hombre Universal, madurado del todo con la Revolución Industrial del siglo XVIII, y que además se concibe de manera proyectiva simultáneamente a la de una así proyectiva Historia¹¹³. Se puede ir avizorando cómo a este pobre “hombre con minúscula” le quedan inmensamente grandes — ¡por fortuna! (también en minúscula)— ese par de mayúsculas, puesto que, para él, el pasar de las cosas que pasan, así como para un no iniciado, un taíno, un aplanado, “*uno que no ha llegado a tener intimidad alguna con la sangrienta Clío*”, la historia es vivida como “*una sucesión abierta y contingente de escarmientos y rectificaciones, ya que no de obcecadas reincidencias, siempre sujeta a la probabilidad y a la fortuna y, por lo tanto, imponderable y conflictiva*”.¹¹⁴ Y es así

¹¹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), epígrafe XXXIV, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 49.

¹¹⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La mentalidad expiatoria* (1982, publicado en 1986 como apéndice a *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p.77.

como, entregado a la difícil sencillez de la celebración de los instantes, es también habitante del mundo en la forma del “tiempo consuntivo”, quizás un narrador de figuras efímeras, en todo caso, un hombre de carne y hueso, no un Hombre en abstracto, protagonista de “*un mundo nunca sido, de un ayer no venido, o la desesperada renovación de su promesa*”¹¹⁵; “*esos sujetos diacrónicos “fantasmagóricos”, que hacen posible que el sufrimiento de unos reporte después derechos a otros*”¹¹⁶ tan necesarios para “la mentalidad expiatoria”.

Cuando sucedió la conmutación o conjuntura de la especie y la comunidad humanas, de donde como por arte de magia las personas que componían (y componen) una comunidad dieron (y dan) la medida para que se cumplimentara la especie, y también de donde también esa pluralidad aunque finita de una comunidad tendió cada vez más a una única variación (que no variedad) de lo mismo (como los cinco motivos de *selfies* que inundan por millones las redes hoy, todas “tan auténticas”), ahí podemos ubicar una expresión del allanamiento de la concepción de la condición humana que ya no ha encontrado freno, y... ¡a dónde hemos llegado!, a lo cual nos referiremos en otro apartado.

- Del "hombre Bacon" diremos que es preciso imaginarlo como caracterizado por el tener vidas, pero no aventuras (en tanto no es tampoco fiel a sí mismo en una única versión, y todavía menos en lo que hoy dicen: “tu mejor versión”); no es protagonista de ninguna Aventura por Humana que ésta se proponga; no se toma ni es tomado como único y absoluto punto cero de todas las coordenadas de tiempo y lugar en las acciones en que participa y en las que “el monigote modelado en miga de pan de sobremesa” crecería y crecería en su “enyosamiento” y cuyo encuentro con el mundo y con el otro no tiene sino sabor a competencia, cuando no realmente a retos o desafíos ensimismados y de autocumplimientos de Yo con Yo, eso sí a través de otros, y a veces hasta de un nosotros; por el contrario, es justamente el hombre de vidas no fingidas, y por tanto, aquel cuyo campo de acción es multívoco y multilateral. En suma: *un tipo roto*.

¹¹⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Ediciones Destino (2005), p. 95

¹¹⁶ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 113.

iv. Un movimiento.

Quizás convenga realizar un movimiento de regreso al ensayo de Ferlosio que ha sido como el delta del cual han partido, y al cual terminan también arribando estas cuestiones de la “disposición cognoscitiva”, y más ampliamente en nuestra perspectiva de análisis (la “actitud cognoscitiva”), pues ha sido del mismo de donde han sido tomadas las expresiones e, incluso, los términos. Y es que en *Personas y animales en una fiesta de bautizo* encontramos reunidas todas las particularidades de la “disposición cognoscitiva” que pueden tener que ver con una inclinación a tratar con respeto las cosas y los objetos, y no es casualidad, puesto que están complicadas, porque ya anunciamos que las mostraríamos como fragmentadas cuando, en realidad, son interdependientes, y porque todas ellas solo pueden encontrar condiciones de posibilidad en el marco de una — asumiendo el riesgo de esta palabra— auténtica experiencia, que es de lo que hablaremos en este último subapartado.

Así es como Sánchez Ferlosio nos habla, en un párrafo potentísimo (como todos los de este ensayo) de la “experiencia crucial y temerosa, rara vez alcanzada, de que el cosmos se muestre de pronto de verdad como el dueño de sí mismo, de que, como a la luz de un relámpago, se nos descubra por un instante otro de su imagen, de esa tupida red de predicados en la que en la que, como un tapiz *ad usum Delphinis*, lo pretendíamos ya tener bordado para siempre”;¹¹⁷ experiencia pues, al parecer, donde la así llamada palabra mágica podría destronarse, y ¡qué curioso!, por tercera vez tendríamos que llamar la atención sobre la mirada, en esta ocasión acompañada de la figura del relámpago (e inevitable es que nos haga pensar en esa velocidad de rayo con que la palabra sagrada nubla la mirada, se impone por sobre las cosas, achata el entendimiento) que, con su luz, quizás nos dejaría ver (no solo porque nosotros miremos, sino también porque la cosa resplandece, y ¡jojo!, la dirección del movimiento no es anodina) una imagen diferente del mundo, otra distinta de la que ya tenemos, siendo que la misma figura del rayo y el relámpago no sólo alude pues a la celeridad y la presteza con que mirada y palabra ponen

¹¹⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 19.

en juego la distancia y el tiempo junto a las cosas, pues aún nos quedarían el trueno y la descarga eléctrica que se producen también en torno a toda esta imagen. A este respecto podríamos decir que “la verdadera experiencia no es un anodino trato de lo igual con lo igual, no es una identificación con lo ya conocido, sino un encuentro con un afuera, con la alteridad”¹¹⁸ y es por ello que, para Ferlosio, son los niños (los más vacíos, las mentes con más sitio —que diría Canetti— y por lo tanto más livianas para emprender ese viaje de ida hacia las cosas) el lugar fundamental donde se cuajan y se perfilan las primeras llamadas de un interés centrífugo, de una experiencia de lo Otro¹¹⁹.

Y continúa: “Esta experiencia de desidentificación —auténtico choque perceptivo y epistemológico— es la naturaleza la que puede ofrecerla especialmente. No he de ser yo, ciertamente, quien reniegue de la legítima y fecunda pretensión cognoscitiva de tales predicados en su ademán intencional hacia su objeto; sí en cambio, de su eco en nuestro oído, de su reflejo en nuestros ojos”¹²⁰, en lo cual encontramos, además de la autonomía y la irreductible alteridad de la naturaleza, al sujeto que “sale de sí” en esa necesaria y difícil desidentificación, única manera en que no se imponga a las cosas haciendo como que las conoce, como que ya las sabe, cuando se está en el supuesto de estar conociéndolas, una y otra vez, siempre de nuevo, puesto que ni las cosas se agotan, ni se apropian, ni se van “matando” como dicen de asuntos o tareas pendientes; o tal vez sí, pero no en la mentalidad del “tiempo consuntivo”, ni en la “disposición cognoscitiva” de respeto, ni en la “actitud categorial” con las palabras, que es de lo que estamos hablando, y que Ferlosio en esta idea sitúa como de una altísima exigencia cuando la describe como un “auténtico choque” perceptivo y epistemológico, lo cual es también una expresión de su pensamiento crítico, en tanto que nos advierte, nos llama la atención, de cómo ese movimiento no de salir hacia las cosas sino de traerlas hacia sí, además de ser una falta de respeto y una villanía, quiere hacerse pasar, tan orondo, como acto de conocer. Es así que cobra sentido la tan citada expresión de que “poner el mundo en casa es la manera de lograr que jamás

¹¹⁸ Ruescas, J. (2014), p. 100.

¹¹⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 19.

¹²⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 19.

se acceda a él”¹²¹ (en lo cual profundizaremos en el apartado de las manipulaciones y la adaptación), puesto que tanto la percepción como la cognición quedarían como encerradas en esa forma contractual de una palabra unívoca. Ferlosio es todavía más duro: dirá que es una manera que tenemos de blindarnos contra toda experiencia, de defendernos del conocimiento.

Disolver esa *doxa*, ese *sentido común* aparente, esa creencia, esa mixtificación que hemos configurado de lo que bien podría ser una auténtica pasión por el conocimiento — tomando las palabras con que Tomás Pollán titula tan precioso texto sobre Ferlosio—, hacer eso es una movida de alto calibre, y él mismo sabe la inmensa dificultad que significa batallar con esa poderosísima institución que es el Yo —que pareciera ser donde se produce el eco en el oído y el reflejo en los ojos de los cuales sí puede y quiere renegar—, anteponiendo a la asimilación/adaptación centrípeta de lo exterior, de lo no-igual a uno mismo, una forma de experiencia que sea un “movimiento centrífugo” hacia las cosas. Así, seguido de lo que hemos citado, reconoce que es poner el listón muy alto pero, al mismo tiempo, nos da un respiro: “Tampoco es necesario ni sería resistible, vivir constantemente en la tensión de esa experiencia, pero es acaso indispensable haberla tenido alguna vez, para fundamentar en su recuerdo el abstracto respeto que la substituye, como un lugar teniente, y le sabe guardar fidelidad y nos aparte de manipulaciones”¹²².

Pero, ¿cuál experiencia es ésta de la que nos está hablando, por qué comporta una tensión y cómo se podría describir? Se trata pues de la experiencia centrífuga, aquella en la cual se puede aún sostener una admiración, una contemplación, un arrobamiento, un éxtasis ante el mundo, que no suprime la alteridad reduciéndola, atrayéndola hacia lo familiar, lo dado (que sería lo más propio de la centrípeta inmediatez) que se despreocupa de todo aquello que inclina al sujeto hacia la acumulación o los méritos, aquella donde, según dice Ferlosio en *Personas y animales...*, los objetos y las cosas, los animales y los niños, no tienen de antemano ningún papel ni ninguna función (asignado obviamente por el sujeto

¹²¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 25.

¹²² Op. cit. p. 19.

cognoscente), por tanto donde la atención en el objeto se mantiene por sí mismo, donde el interés centrífugo puede ser cuidado, acunado, en la ya mencionada “actitud categorial”¹²³. Esta experiencia, pensada como anudada a la exposición que hicimos en el apartado de las virtudes, no es otra —y no es cualquiera en el pensamiento de Ferlosio— que la significación y la tensión que comporta es la metonímica (entre fijar y crear, de lo cual también hablamos en aquel apartado). Retomando la famosa cita que convocamos a medias, la llamamos ahora completa, y dice así: “si, como ocurre en realidad, la significación no es el punto de llegada, sino el viaje mismo, o sea, el irreversible movimiento de la mente hacia las cosas (un movimiento, en cuanto tal, es siempre irreversible; solamente un camino —es decir la objetivación de un movimiento- puede ser reversible), entonces no es posible poner a otros sujetos en relación con ellas más que haciéndose acompañar consubjetivamente en ese mismo movimiento centrífugo- lo que, a la postre, no quiere decir, sino que todo proceso intelectual ha de ser, por esencia, actividad; no puede ser pasiva recepción”¹²⁴. Y tal como se puede leer ya en estas palabras de Ferlosio, el movimiento centrífugo hacia las cosas, la significación, una relación así con la palabra, con las cosas, un trato así con el mundo: esto y no otra cosa, es la actitud cognoscitiva que sostiene toda humana actividad y acción de conocer y estaremos, por ello, volviendo una y otra vez a esta referencia, porque además ella misma ya abre senderos hacia la instrucción, la educación, la formación.

No habría que perder de vista el apunte que al respecto hace Ruescas de la redundancia que es referirse a la “experiencia centrífuga”¹²⁵, puesto que, conservando la potencia de la palabra “experiencia” (aquello de que las cosas pasan y nos pasan) puesto que sostiene precisamente esa tensión que se hace visible en que tanto sea **centrífuga** o **centrípeto**, lo que sí que tiene que haber es “un centri-“, un centro, es decir, ese sujeto cognoscente que, según sea la disposición, la postura que adopte en el movimiento del conocer, permita verlo saliendo hacia las cosas o atrayéndolas hacia sí, siendo lo primero propiamente la experiencia (puesto que conserva la primera parte de la premisa: que las

¹²³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiósticos* (2015), Ed. Debate, p. 25.

¹²⁴ Op. cit., p. 24.

¹²⁵ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 400.

cosas pasan) y al mismo tiempo conserva el “dar sentido” no como un imperativo (del “*I did it*” meritocrático y autocomplaciente, “onfaloscópico”), sino como la fascinante virtualidad significativa que el ser humano posee, y que lo hace un espécimen específicamente humano, como ya vimos: el don de la palabra.

En *Mientras no cambien los dioses...*, también alude Ferlosio a cómo “la creciente deportivización de las motivaciones que hoy dominan en todo empeño humano, o sea la reversión sobre el interés por el sujeto de muchas cosas en que antaño pudo predominar el interés por el objeto, se manifiesta en el habla cotidiana con el auge que han tomado en los últimos decenios las palabras *reto* o *desafío*”,¹²⁶ y aunque nos quede la pregunta de por qué pasa que no parece que los objetos y las cosas en sí mismas no tengan ya un interés, sí se puede reconocer que en ello esté parapetado todo el modelo motivacional y de recompensa donde el único interés que cuenta “despertar” es el del alumno por su propio ombligo, y el cual se ha puesto en marcha —y va sin freno, siendo además, como el del Progreso y el de la Tecnología, uno de esos trenes que por ningún motivo podemos perder¹²⁷— en la “ideología educativa”, tema¹²⁷ que abordaremos más adelante.

A fin de concluir este apartado, debemos ofrecer, una vez que hemos tratado con amplitud el tema de la “disposición cognoscitiva”, una visión global de las “binariedades” en las que se suele articular el pensamiento ferlosiano y de la que hemos visto numerosos ejemplos hasta el momento: “actitud categorial/actitud pragmática”, “tiempo consuntivo/tiempo adquisitivo”, “movimiento centrífugo/movimiento centrípeto”, “bienes/valores”... De hecho, una y otra cuestión están íntimamente vinculadas, ya que podemos considerar que la “disposición cognoscitiva” adoptada por el sujeto dependerá de por qué lado de esas “binariedades” incline su actitud. El conjunto de dicotomías planteadas no plantea un juego de combinaciones entre ellas sino que la “disposición cognoscitiva” orientada hacia una “experiencia cognoscitiva” auténtica implicará un lado de esas dicotomías mientras que la orientada a una “experiencia cognoscitiva” falseada conllevará el lado contrario.

¹²⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 9.

¹²⁷ Op.cit. p. 18.

Es decir, en el primer caso (la “experiencia cognoscitiva” auténtica), estaríamos hablando de que los términos escogidos de cada binomio serían:

- “actitud categorial”:
- preferencia por el “tiempo consuntivo”;
- “movimiento centrífugo” hacia las cosas:
- respeto hacia la “alteridad” de las cosas;
- preferencia por los “bienes”.

Por el contrario, si incurrimos en alcanzar una “experiencia cognoscitiva” falseada, los términos que habríamos elegido habrán sido los siguientes:

- “actitud pragmática”:
- preferencia por el “tiempo adquisitivo”;
- “movimiento centrípeto” hacia las cosas:
- falta de respeto hacia la “alteridad” de las cosas;
- preferencia por los “valores”.

No obstante, habría que matizar qué tipo de elección es situarse en un lado u otro de los binomios que Ferlosio plantea, cuál es la naturaleza de la elección a realizar. En cierto modo, podríamos traer a colación la famosa frase con la que empieza la novela *Ana Karenina* de Lev Tolstói para comprender la misma. De igual forma que, según el escritor ruso, “*todas las familias felices se parecen; cada familia desdichada lo es a su manera*”,¹²⁸ podríamos decir que todas las “experiencias cognoscitivas” auténticas son similares entre sí mientras que las falseadas lo son cada una a su modo. Es decir, no nos estaríamos moviendo en dos campos de elección de extensión similar, sino que uno de ellos se ciñe a un territorio muy estricto mientras que el otro tiene un amplio ámbito en el cual desenvolverse. *Ancha es Castilla* para la “experiencia cognoscitiva” falseada, podríamos decir. Mientras que, para la auténtica, es aplicable la frase de que “el buen perfume se vende en frasco pequeño”. Hay un amplio margen para las “experiencias cognoscitivas” no cabales porque la falta de respeto hacia la “alteridad” de las cosas puede ser mayor o menor, la distancia inadecuada hacia la realidad admite todo tipo de intervalos y, por tanto, el alcance del necesario “movimiento centrífugo” puede estar más o menos limitado

¹²⁸ Tolstói, Lev, *Ana Karenina*. Traducción de Irene y Laura Andresco, Ediciones Orbis (1997), p. 9.

y ser, en consecuencia, más o menos “centrípeto” según cuál sea la disposición del “sujeto cognoscitivo”. En cambio, la “experiencia cognoscitiva” no tiene apenas margen para seguir conservando su condición. De ahí que sea crucial una estricta disciplina reflexiva para no caer en el pernicioso terreno exterior del contacto con realidades falseadas. La minuciosidad de los razonamientos de Ferlosio no es un capricho estilístico o expositivo, es el imperativo derivado de la toma de conciencia de dos polos asimétricos, uno de ellos poderoso y expansivo y otro tan férreamente circunscrito que, al más mínimo despiste o relajación, el “sujeto cognoscitivo” escaparía de su precario campo de gravedad para ser capturado por el que posee, por desgracia, mayor fuerza y capacidad de atracción. Y ello porque no es territorio de un único “dios”. Bien claro lo dice el título del ensayo del autor: *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*. El territorio de la “experiencia cognoscitiva” falseada no es de una divinidad única, sino de un amplio conjunto de divinidades, de mayor o menor rango, siempre pugnando por arrastrar en su favor el curso de los razonamientos o reflexiones, siempre dispuestas a lograr para sí la justificación de la realización de todo tipo de “sacrificios” destinados a rendirles tributo y pleitesía. Divinidades que no aparecen como tales, sino como causas aparentemente nobles denominadas con los términos de Progreso, Modernidad, Tecnología, Civilización, entidades aparentemente (solo aparentemente) laicas para las que no encontramos apenas obstáculos para convertirlas en hilos conductores de la Historia y salvoconductos tranquilizadores para muertes y tragedias.

Por todo ello, todas las “binariedades” expuestas son, en realidad, la búsqueda por encontrar el campo de elección adecuado (estricto y limitado) para alcanzar la “experiencia cognoscitiva” auténtica, de modo que es una derivación imprescindible de cara a que el proceso de conocimiento cumpla con unas condiciones esenciales de rigor, corrección y precisión.

Resumen

Tomás Pollán, en su texto *La pasión del conocimiento*, reconoce que la “actitud cognoscitiva” es, tal vez, lo que da una cierta sensación de unidad en la obra ensayística de Ferlosio, y de dicho texto podemos colegir que la actitud cognoscitiva tiene que ver con la distancia que guardamos con las cosas, con el mundo, ante él o en él; tiene que ver con el tiempo que nos permitimos para estar junto a las cosas; tiene que ver con una modalidad de la experiencia, de concentración —egocéntrica— o descentramiento —exocéntrica— en el proceso de conocer; y tiene que ver con las formas en que tratamos las cosas del mundo según las consideramos y concebimos, incluido el ser humano mismo. La disposición tiene que ver con la posición, y las coordenadas primeras que acuden al pensamiento para hablar de una posición, son las espacio-temporales: el “dónde” (la distancia respecto de la cosa) y el “cuándo” (el tiempo junto a ella), dos elementos cruciales en el pensamiento de Ferlosio, en su manera de concebir la actividad cognoscente. Ello nos llevará a concentrar nuestra atención en algunas de las categorías más potentes de Ferlosio como son la experiencia (el “movimiento centrífugo hacia los objetos”), el tiempo (“adquisitivo” y “consuntivo”), la actitud (“categorial” o “pragmática”) con la palabra y el sujeto (del “principio de identidad”, “onfaloscópico”). El propio Ferlosio habla de una “disposición cognoscitiva” indefectiblemente unida al respeto hacia las cosas, los objetos (finalmente, o más bien, en principio, hacia la palabra) frente a una posición de “doble villanía cognoscitiva” (consistente en allanar toda distancia y, al mismo tiempo, exorcizar toda cercanía) y que deviene en “manipulaciones” y “atrofias”.

La palabra tiene la posibilidad de un doble movimiento en la actividad cognoscente del animal humano: estar dando sentido pero, también, fijarlo; pero no solo es relevante que una palabra denote o clasifique dentro de un orden establecido sino, sobre todo, la velocidad en que incurrimos al hacerlo, incluso, las más de las veces, de manera tan automática e irreflexiva y por completo irresponsable de las implicaciones que una relación así —automática— con las palabras, con los nombres, comporta e irriga a nuestra relación con las cosas y el mundo. Buscamos, prácticamente, la instantaneidad en el modo en que

las palabras fijan las cosas: no porque no se destine un tiempo y se precise —sí o sí— una distancia para estar junto a una cosa, un objeto, una palabra, sino que cada vez nos permitimos un durar menor, soportamos menos lo lejos de nosotros que está aquello que nos es extraño y tampoco resistimos que esté cerca siendo tan otro, tan desconocido, recordándonos quizás lo(s) otro(s) que nosotros —también— somos.

El sujeto es centro de la experiencia de encuentro con la alteridad (ya veremos cuán difícil es que esto sea posible: que sea una experiencia); y si de lo que estamos hablando es de una experiencia que sea la disposición de respeto con que nos *animamos* en la actividad cognoscente, entonces ello exigiría ubicarse y mantener una distancia no cualquiera con los objetos sino con aquella que permita que la palabra con que explicamos las cosas nazca, brote, respire, a la manera de “una categoría” y no tanto de “un concepto”, y que, entonces, nombremos, convoquemos, llamemos, digamos, enunciemos desde una palabra que aún esté, por así decirlo, “abierta” y que sea “leal” a la “alteridad” y “soberanía” de las cosas; cultivar y cuidar una palabra que se acuna en una “actitud categorial” y no “pragmática”; velar por un tiempo que Ferlosio llama “consuntivo”, disfrutado y vivido por sí mismo y no en virtud del cumplimiento de una finalidad que dicho tiempo pudiera tener, en contraposición al “tiempo adquisitivo”; y por ende, un sujeto que no es el Yo del “principio de identidad”, “onfaloscópico”, sino aquel que, saliendo de sí, deja sin embargo un rastro, una estela, que dibuja la trayectoria de un “movimiento centrífugo” hacia las cosas, esto es, el de “la experiencia de conocer”.

IV. La doble villanía cognoscitiva

Hemos dedicado todo el apartado anterior a tan sólo un párrafo (con sus muchas aperturas, claro) del ensayo de Ferlosio que viene siendo el vertebrador del estudio que tenemos entre manos, a saber, de nuevo, *Personas y animales en una fiesta de bautizo*. Bastó (y nunca acabará de ser bastante) esa idea de que el respeto es de lo cual depende la “disposición cognoscitiva” para darnos qué pensar y de qué sorprendernos al poder establecer la estrechísima relación que tiene con el “tiempo consuntivo”, la “actitud categorial”, un particular tipo de sujeto y el “movimiento centrífugo” de la “experiencia del conocer” que, para decirlo sin ambages, echamos muchísimo de menos; tal vez, por eso podemos gozar con fruición “los cuentos” cotidianos con que Ferlosio nos deja sentir concreciones de esta experiencia, al tiempo que son, precisamente, objeto de reflexión por parte del autor y, para nosotros, invitaciones a pensar con él.

Ferlosio expresa con gran transparencia en un párrafo de su artículo *El castellano y la Constitución* su preocupación por mantener una “disposición cognoscitiva” que logre articular las reflexiones de forma lógica y coherente. El artículo en cuestión analiza el artículo tercero de la Constitución española, el cual establece que el castellano es la lengua oficial del Estado (según Ferlosio, el texto debía estar escrito de la siguiente manera: “*La lengua oficial del Estado será el castellano*”¹²⁹) y, en un momento de su argumentación, nuestro autor afirma lo siguiente:

Confesaré, finalmente, que tampoco es que a mí me importe ni poco ni mucho el nombre que se le dé a esta o a aquella lengua, que se la llame con su nombre natural o con otro artificioso y obligado o, por decirlo vulgarmente, metido con calzador, aunque bien es verdad que mi oído, seguramente endurecido por los años, se aviene a aceptar menos que al castellano se le designe con esa especie de mote pueblerino de “español”. Pero lo que sí me importa, en cambio, es que una vez puesta en querella una cuestión, ya se trate de esta

¹²⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael., en *Rafael Sánchez Ferlosio. El castellano y la Constitución* (1996-1999). *Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 409.

la denominación del castellano, ya de cualquier otra cuestión disputada, los argumentos que se esgriman sean pertinentes, ciertos y plausibles¹³⁰.

Queda claro que, para Ferlosio, una vez que se inicia una disputa intelectual, con independencia de la magnitud y relevancia que podamos conceder a la misma, la pertinencia, veracidad y plausibilidad de los argumentos tienen un peso medular y decisivo. ¿Y de qué dependería que el proceso de cognición se atuviera a dicho estricto e irrenunciable condicionante? ¿Cuál sería el factor o factores que determinarían que el sujeto cognitivo se atuviese a argumentos de dicha naturaleza y condición? Fundamentalmente, el respeto hacia las palabras y las cosas. Por ello, hay que volver al poderoso párrafo de *Personas y animales...*, porque aún cuesta subrayar tan radical y soterrada afirmación: si no hay respeto, no hay potencia alguna en la capacidad de conocer, puesto que dependen estrechamente la una del otro. No hay esa disposición que hace posible la experiencia que conjunta, como vimos, tiempo, palabra y distancia propicias para una verdadera cognición, si no hay respeto. Pero, como le han llamado “conocer”, le han llamado “experiencia” a procederes tan diversos, precisamente nos dice Ferlosio que algunos serían obstáculos para lo que dicen ser, aun así todavía se podría pensar —y así sucede— que otras formas del tiempo, otras maneras, otras distancias serían quizás una “otra disposición” —diríamos más bien una (in)disposición—, una “otra postura” en el momento del trato y la relación con el mundo y las cosas. Es por esto que, en los tres apartados que seguirán, nos dedicaremos a la cuestión de si podría entonces llamarse conocimiento, experiencia, etcétera, a lo que sea que en esas acciones y con esas posturas otras se realizan —explorando a fondo qué es lo que hacemos en los marcos de un “tiempo adquisitivo”, un “sujeto onfaloscópico” y de una “centrípetas relación” con las cosas y el mundo—, sin que dejemos de reconocer desde ya que Sánchez Ferlosio en eso no da tregua: lo que se puede decir que hay en estas acciones es “villanía”, “manipulación” y “atrofias”, de lo cual casi podríamos intuir que —aunque se le llame de la misma manera— no hay conocer, no hay significación, no hay experiencia, y por supuesto, no hay pensamiento, sino tan solo “pretensiones cognoscitivas”.

¹³⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael., en *Rafael Sánchez Ferlosio. El castellano y la Constitución (1996-1999). Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 432.

Recordemos también que, más o menos, hemos asistido, por la palabra misma de Ferlosio, a la progresiva irritación del autor, por una hipersensible reacción ante el reiterado conjuro que veía suceder en torno a la cuna del recién bautizado y el consecuente abandono de la fiesta en que estaba, luego también hemos podido saber de la subsiguiente reflexión tras la partida y la “rabieta” y casi que avizoramos un imposible consuelo. (Podría uno imaginarlo abandonando, de nuevo, la fiesta, salvo que fuera en un lugar de habla germánica que aprovecharse a buen término las potencialidades de su lengua: "Un ejemplo admirable de cultura en el empleo del neutro para el niño, uso que, lejos de resultar reificador, viene a constituir, por contraste con lo nuestro, el más sabio y delicado acto de respeto hacia su indeterminación sexual".¹³¹)

Siguiendo las líneas del ensayo en cuestión, justo luego de que nos introduce al respeto y la disposición cognoscitiva, viene a describirnos con sumo detalle lo que nosotros iremos recorriendo con calma y detenimiento, pues ya hemos visto cómo se abre una palabra, una frase, un párrafo. Dice Ferlosio, pues, que le va pareciendo una falta de respeto eso de apelar al chiquillo con un nombre propio, cuando él todavía no puede ser un interlocutor (no puede corresponder a un llamado), es decir, que le va pareciendo que no se guarda celosamente la distancia con el pequeño y que no se le reconoce su inmovible “alteridad” (lo cual, pues, sucede toda vez que se llama con un nombre propio a un perro, o toda vez que se le atribuyen a la naturaleza rasgos humanos a la manera de Disney —como estaremos detallando en otro apartado—):

Así, una doble afrenta, una doble villanía cognoscitiva —y, por tanto, real, en la misma medida en que interfiere en nuestra relación con lo real— se perpetra, de un golpe, en el allanamiento del enorme hiato que separa a la naturaleza de la humanidad; allanamiento que redundo en una misma violencia para ambas y que remite a la obsesión centrípeta de una humanidad acobardada y capitidismínuida, que aborrece asomarse a la intemperie de cuanto la rebasa, que pugna sin descanso por echar sus tentáculos sobre cuanto amenaza

¹³¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 14.

desmadrársele —ya natural, ya humano que ello sea—, para aherrojarlo en el cerco de lo propio.¹³²

Es alrededor de esta idea (son varias, como se ve) a las que daremos un poco de vueltas a continuación. Y del mismo modo en que ya no sabemos si las cosas le hablan a uno, o es uno el que las hace hablar, y, además, hacerles decir lo que dicen, este párrafo no podemos leerlo sino como dirigido a quien esté interesado en actitudes, disposiciones, modos y maneras: es decir, nosotros. Porque cada elemento de este párrafo induce a pensar en distancias, tiempos, velocidades, en acciones, en movimientos que hacemos los seres humanos puestos en relación con las cosas, los objetos, el mundo, ya no en una relación de respeto, sino en una “doble villanía”: “violencias”, “allanamientos”, “obsesiones”, “dominaciones” y “sujeciones”, y de entrada, ya especifica Ferlosio que son movidas por partida doble, porque no solamente así nos disponemos a lo otro, sino que también a nosotros mismos dirigimos esos actos, y todavía más: violentar las cosas y los objetos es, al mismo tiempo, achatar también la inconmensurable potencia y belleza de lo humano; así, se inclina nuestra actitud, nuestra disposición, sea natural o humana la fuente de amenaza, de extrañeza, de alteridad que tengamos en frente y por eso, nos dice, esta manera de hacer con lo otro, interfiere en nuestro trato con las cosas.

Comencemos por el mencionado “allanamiento”, puesto que tanto amerita intentar entender propiamente qué es lo que sucede y sobre qué es que recae este aplanamiento, este hacer expedito y transitable el camino, este facilitar la cosa, este rellenar hasta quedar a nivel, este “pacificar”, “aquietar”, “sujetar” —dice la RAE que ya está en desuso, pero es de las más potentes acepciones para el contexto en que estamos—. De momento, sabemos que es en él donde reside el indecoro, la falta de respeto y que lo que se allana, de un solo golpe, es el “*enorme hiato que separa naturaleza y humanidad*”¹³³, en lo que también cabe detenerse antes de poder describir un poco ese “allanar el hiato tal”, porque este asunto, como comentábamos a propósito de la “virtud cognoscitiva”, es crucial en Ferlosio: aquello que separa en, efectivamente, un enorme hiato a la humanidad de la naturaleza (de los animales, las plantas, los demás seres vivos). Al mentarlo como “hiato”, podríamos decir

¹³² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiósticos* (2015), Ed. Debate, p. 15.

¹³³ Op. cit. p.15.

que asume una postura que acentúa la condición biológica, orgánica, la base material de la especie humana, porque echar mano de “una interrupción en el tiempo y en el espacio” es también una manera de expresar que esa distancia, ese hueco que hay entre uno y otro, esa diferencia claramente ontológica (aquí, una cosa —la naturaleza—; allí, otra —la humanidad—), se da en medio de “una envoltura” más amplia y más ancha y más profunda: los seres vivos. Y, además, están en una relación como de secuencia de partes [vocales] de un todo [palabra] que tienen pronunciamientos en distintos niveles [sílabas] de ese todo. Con todo y lo cual, una interrupción de tiempo y espacio por causa de una palabra no es tampoco cualquier cosa: recordaremos quizás cómo Pedro el Rojo, con un “simple”, un “mero” *hola*, así como de un solo golpe también, supo ganarse su condición de humanidad, según nos cuenta en *Informe para una academia*.¹³⁴

Como expresión de la particular manera de ser y estar del animal específicamente humano tenemos que establecer relaciones de tal o cual tipo, organizar nuestros amores, nuestra economía, nuestra justicia (por mencionar tres tipos de relaciones que toda “tribu” —sociedad— humana se ha ocupado de ordenar) y cuidar las bases materiales de la existencia de una manera o de otra (depende de la forma en que razonemos), que, a su vez, deriva del modo en que concebimos (las categorías con que pensamos, que no es lo mismo que teorizar), las cuales, en última instancia, no son otra cosa que la manera en que se articulan la mirada y la sensibilidad (la percepción y la cognición), la mirada y la palabra. Pues justamente —y ya lo hemos comenzado a tocar en los apartados anteriores— la palabra es la que está allanada y, con ella, la mirada (según decía Ferlosio que es en la palabra donde empañamos la mirada: “Como a la vista del peligro el avestruz esconde la mirada en la arena del desierto, así el hombre la enturbia en el espesor de la palabra”¹³⁵), y muestra de ello es que contamos con dos concepciones, la de la naturaleza y la de lo humano, desde las cuales miramos el mundo, lo que pasa y lo que nos pasa, con “el listón por lo bajo”; al parecer, esto es lo que hacemos en esta forma ruin de informarnos a la que hoy llaman “conocer” y que, quizás, convendría comenzar a establecer como distinción, si

¹³⁴ Kafka, Franz. *Bestiario*. Editorial Anagrama, 1990..

¹³⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, 13.

damos crédito a que la información, hoy en día y ya desde ayer, es la forma mercantil del conocimiento.

Hay un pasaje muy relevante con relación a lo que acabamos de decir en el ensayo *El castellano y la Constitución*, relevante no solo porque indaga en las raíces de la “villanía cognoscitiva” sino porque remonta los orígenes de la misma a la consideración del hecho lingüístico (algo que, como hemos visto en anteriores apartados, es esencial en el pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio) y, al mismo tiempo, extrae del objeto de análisis consecuencias de carácter social, económico y político de gran enjundia con respecto al entorno histórico inmediato:

El inglés Guillermo de Occam, fraile franciscano, que fue la máxima y más radical autoridad de la facción nominalista, por mucho que filosofase todavía en latín (...) bien pudo ser influido por su lengua materna al afeitar con su navaja (...) entre otras muchas distinciones, también, expresamente, la que media entre la *suppositio materialis* y la *suppositio simplex*, asunto decisivo en la secular —y aún hoy, cosa que nadie se atreve a confesar, cobardemente sobreseída pero no resuelta— querrela entre realistas y nominalistas. Occam sirvió en franciscana escudilla de madera, que al cabo resultaría ser bandeja de oro, al positivismo y al individualismo liberal precisamente la filosofía que necesitaban, hasta la extrema indigencia mental de una presunta sociología que dice: “¿La sociedad?, ¿dónde está eso¹³⁶? Yo no veo más que individuos”.¹³⁷

Es así como nos encontramos, tal como el párrafo transcrito muestra con contundencia, con que la “villanía cognoscitiva” comienza ya desde las concepciones mismas con que nos abrimos al mundo y pretendemos que el mundo se abra a nosotros, no ya que las cosas sean, lo cual en sí comporta un allanamiento del precioso don de la

¹³⁶ La frase a la que hace referencia Rafael Sánchez Ferlosio sobre la inexistencia de la sociedad fue pronunciada por Margaret Thatcher en una entrevista concedida a la revista *Woman's Own* y publicada el 23 de septiembre de 1987. Las palabras textuales de la entonces primera ministra británica fueron: “*I think we have gone through a period when too many children and people have been given to understand ‘I have a problem, it is the Government's job to cope with it!’ or ‘I have a problem, I will go and get a grant to cope with it!’, ‘I am homeless, the Government must house me!’, and so they are casting their problems on society and who is society? There is no such thing! There are individual men and women and there are families and no government can do anything except through people and people look to themselves first*”. Se puede leer entrevista completa en: <https://www.margaretthatcher.org/document/106689>.

¹³⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael., en *Rafael Sánchez Ferlosio. El castellano y la Constitución* (1996-1999). *Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 413.

palabra, de la significación. Un poco más adelante en el mismo ensayo, Sánchez Ferlosio habla de cómo “la significación se entenebrece y muere, deja de ser significativa, en el instante mismo en que la palabra se detiene, en que deja de ser un movimiento, para cuajarse en cosa”¹³⁸ y esto precisamente no haría de las palabras posibilitadoras de un movimiento hacia las cosas, como vimos en el apartado anterior, sino de las cosas “reveladas y fijadas para siempre” precisamente en ellas (recordemos: palabras mágicas), según lo cual estaríamos ante un movimiento de retorno (contrario al de fuga, y ya veremos cómo esto y no otra cosa es “adaptar”) desde las cosas hacia el sujeto donde la palabra hace de viajera (y ya no de viaje mismo) mediante las cuales se apropian las cosas, se traen hacia sí, adaptadas según la forma del sujeto, cual suele ser la de lo propio, lo familiar. La significación entonces se cosifica y nos comportamos con ella como si fuera una alameda por la cual pasearse de aquí para allá (“Al proceder con la significación como si fuese una especie de alameda por la que uno pudiese pasearse para delante y para atrás, la adaptación la desnaturaliza y desvirtúa de todo su poder cognoscitivo, y muy a menudo en nombre de una comunicación a ultranza, que no repara en destruir su propio contenido — la referencia hacia las cosas— ni en traicionar, del mismo golpe, su propia condición fundamental”¹³⁹), como si fuera, al mismo tiempo, “cosa” y “la cosa” a que se refiere y como si las palabras fueran una cosa de llevar y traer entre “meras formas”, complejas o sencillas, asequibles, adecuándose, adaptándose a los receptores sin que por ello se modifique un pelo la significación. Una allanadora concepción de la significación es, por tanto *“la actitud que viene a interpretarlos [el eco y el reflejo sobre el hombre de la red de predicados que éste lanza sobre el cosmos] como ‘la respuesta de las cosas’ —una respuesta, por cierto, que se recibe como unívoca, que se absolutiza respecto de cualquier pregunta— y, por lo tanto, como el rostro de las cosas mismas”*.¹⁴⁰

En el texto *Niños y animales*, Ignacio Echevarría ya lo deja también expresado cuando nos dice que *“el lenguaje, con su inevitable carga ideológica, predetermina así la relación del hombre con la naturaleza, de la que dice Ferlosio que ha terminado siendo ‘una superchería ontológica, resultante de una proyección sobre el cosmos de las ideales regularidades de las*

¹³⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 24.

¹³⁹ Op. cit. p. 24.

¹⁴⁰ Op. cit. p. 23.

instituciones humanas”,¹⁴¹ donde también se puede ya decir sin más rodeos que, allanando la significación, no sólo se empobrece el don más bonito del animal humano, sino que es la humanidad como forma (como dijimos, maneras en que establece relaciones para ciertos asuntos) la que también resulta empobrecida, mermada (la palabra de Ferlosio es “capitidismínuida”) cuando la enorme maravilla y potencia imaginaria del lenguaje (crear, dar sentido, instituir, fundar) deviene llanamente en una cosa de usar y de comer, con la cual además termina llevándose de paso a la naturaleza ante la cual se ha situado como mirándola desde arriba, desde un escalafón superior y con la intención (como un tren imparable, ya veremos) de apropiársela, dominarla, y con el agravante además de creer que tiene dominio también de sí. Una relación pues del hombre con la naturaleza sostenida en un mito del que algo ya hemos hablado con Ferlosio: aquel *homo universalis* del relato en clave de Modernidad.

Es esto probablemente a lo que se refiere Ferlosio cuando, en el párrafo que vamos lentamente desgranando, nos dice que la “villanía” es real porque interfiere en nuestra relación con lo real. Porque, como hemos insinuado, según concebimos así nos organizamos, y esas concepciones nuestras están sostenidas en las mutuas afectaciones y codependencias de la mirada y la palabra. Según sea la mente la que viaje hacia las cosas o el Yo el que las traiga hacia sí, entonces serán unas u otras las figuraciones (ficciones, mitos) y los cuentos que nos contamos para legitimar el orden que seamos capaces de darnos, y en algunos de ellos nos detendremos en el próximo apartado. Pero ahora que se menciona un Yo que trae las cosas hacia sí como expresión de deslealtad con las cosas, se hace entonces necesario, como lo hemos venido haciendo, ir robusteciendo cada vez esa idea de “sujeto en tanto que identidad” que sostiene muchísimas de las cuestiones que hemos expuesto.

En el ensayo *Cuando la flecha está en el arco, tiene que partir*, Ferlosio comienza a presentarnos minuciosa y detalladamente cómo es que producimos, como con una filigrana que da pavor, eso que hemos estado llamando como “lo dado”, cómo entretejemos —o lo hicimos una vez pero con qué fuerza— esas fatalidades sintéticas que

¹⁴¹ Echevarría, Ignacio, *Niños y animales*, en la revista *Claves de la razón práctica*, n.º 265, julio/agosto 2019, p. 17

podemos entender, en palabras del autor, como todos aquellos supuestos y expectativas en cuya constancia queremos y creemos poder descuidadamente confiar¹⁴²; son ese tipo de fatalidades que nosotros las producimos y, luego, las vivimos como si fuera la mismísima Fortuna o el mismísimo Destino; así como cuando un río que ha sido atropellado por años en su curso natural se desborda causando desastres nacionales y en el relato de lo sucedido se oye cómo es la despiadada de la naturaleza la que vuelve a atacar como la vez del terremoto de Lisboa, y que tienen por cometido adormecer quizás para siempre cualquier responsabilidad por el presente (bajo la fatalidad sintetizada de nombre Futuro, vil chantaje al que nos sometemos), por el instante ahora, por las consecuencias inmediatas de nuestras acciones, por las relaciones con el otro (el cuerpo del otro, el sufrimiento del otro, el dolor del otro), y evitarnos el vértigo que da el arrojamiento de todo gerundio, del “dándose”.

Pues es así como también podemos pensar que hemos urdido y estatuido —no en vano lleva el nombre de “principio”— una idea de lo que somos, pero ya no hablando de humanidad, sino en tanto que individuos según advierte Ferlosio, ya que “tratar la configuración antropológica del yo (...) no es lo mismo que decir [la] ‘del hombre’”¹⁴³, a la cual parece que tenemos que atenernos y que es del tipo “es lo que hay”; y cuando presenta el mecanismo de síntesis de la fatalidad que el “*tiene que partir*” del título evidencia, lo hace con una fuerza tal que no hay hueco ni discontinuidad posible, es implacable, y el gesto lo describe así: “Tensado el arco, la fuerza que dará impulso a la flecha ha dejado de estar en los brazos del arquero y está ya en el arco mismo. La fuerza se ha separado del sujeto y se ha objetivado en su instrumento (...) la fuerza de los brazos del arquero ha sido transmitida al arco tenso y ha pasado, en verdad, a ser fuerza del arco”.¹⁴⁴ La voluntad que ha regido el movimiento ha pasado a ser voluntad del arco. Pues, precisamente, podemos también pensar el principio de Identidad como aquel por el cual los seres humanos embargamos la fuerza, delegamos la voluntad y enajenamos la libertad, y, aunque en el ensayo no es tangencial este asunto, es verdad que pareciera estar concentrado en la guerra, la dominación y las armas, y, cuando nos habla del ser Yo,

¹⁴² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Cuando la flecha está en el arco, tiene que partir* (1987-1988), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 3. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, pp. 273-274.

¹⁴³ Op. cit. p. 283.

¹⁴⁴ Op. cit. p. 273.

Ferlosio no tiene piedad: “Yo somos un servidor y su soberbia”. El “Yo” (¡ay, las mayúsculas!) nos lo presenta como toda una señora institución con una fuerza que, de la misma manera que la tensión del arco, parece como si se hubiera independizado del “yo” dominándolo, subyugándolo, y actuara tal cual una fuerza de la naturaleza; es la identidad que nos damos (en lo cual no hay absolutamente ningún pero, puesto que dar(nos) sentido, como ya vimos es también potente) convertida en una imperiosa ley; el imponente principio que obliga al yo a identificarse consigo mismo¹⁴⁵.

Es así pues que esta subjetividad humana objetivada, que ha delegado su voluntad y ha enajenado su libertad, que ha embargado el tiempo, olvida que ha hecho eso y obedece ciegamente ahora a los viejos dioses con nuevos trajes: Futuro, Mercado, Yo, autoproduciendo identidades de apariencia muy diversa, puras cualidades que diferencian y singularizan, todas tan especiales y tan únicas, embarcadas —debería ser directamente embargadas— en la “Empresa de Sí Mismo” (con mayúsculas, como les gusta poner en todo momento). Todo esto resuena enormemente en lo que Ferlosio nos describe en el apartado número 5 de su ensayo *Borriquitos con chándal* en el cual nos cuenta sobre esa práctica mística, la “onfaloscopia”, que practicaban ciertas sectas religiosas y que consistía en “la contemplación del ombligo”: “Los piadosos practicantes se pasaban las horas y quizá hasta los días con la mirada fija y concentrada en su propio ombligo, esperando encontrar la perfección o alcanzar el conocimiento supremo en la arrobada observación de esa especie de centro de la superficie corporal”.¹⁴⁶ A una subjetividad ensimismada, no más que mirando su propio ombligo, le es imposible la virtud y la “disposición cognoscitiva” de la que hemos hablado: el “movimiento centrífugo”, el salir de sí, es absolutamente contrario a la obsesión centrípeta (de la cual hablaremos en el apartado de las “atrofias” con más detalle) que es la razón por la cual estamos poseídos por esa bendita tendencia de traer todo a casa, entiéndase, a lo ya conocido.

Este pequeño y aparente desvío por el “principio de identidad” y el “principio de individuación” que van con bombos y platillos, tan desmesurados, y cuyo ruido es

¹⁴⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Cuando la flecha está en el arco, tiene que partir*, (1987-1988), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 3. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, p. 281.

¹⁴⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 35

directamente proporcional al allanamiento del concepto mismo de individuo, convertido así en código de barras, dirá Ferlosio, no más que diferenciándose como producto por la cosmética con que se adorne; ese rodeo tiene que ver con que es precisamente ese encumbramiento del Yo —cuya figura podría ser como un gran ombligo, lisiado junto al puente—, el *homo universalis*, el fundamento de toda antropomorfización; un tremendo Yo, que dice conocer el mundo y al otro mirando no más que su ombligo, destinado a grandezas y proezas nunca jamás imaginadas, todas muy personales y muy propias (¡tremendas experiencias: ninguna de salida y, antes, todas de llegadas, de engorde!), a costa no solamente del prójimo (aquel que muere al lado suyo, aquel que sufre al lado suyo), sino también de todo “*extraño próximo*”¹⁴⁷.

Algo de ello indica Ignacio Echevarría tomando un apartado de *Comentarios a la traducción de Los niños selváticos de Lucien Malson* en el que Ferlosio se refiere al concepto de ley. Y es que, anteponiéndolo a naturaleza en la expresión “la ley de la naturaleza”, “*el concepto de 'naturaleza' queda gravado de antropomorfismo, en el sentido de concebir las regularidades del cosmos como obediencia a un código, o sea bajo la figura de un derecho; si las ciencias han renunciado a la idea de un demiurgo, de un legislador, deben también poner en cuestión las concepciones que lo demandaban (...) la idea de un demiurgo de la naturaleza no es causa sino consecuencia de la proyección sobre las regularidades del cosmos de la figura de la convención jurídica de la sociedad humana: la concepción de la naturaleza como 'objeto que obedece a algo' es un reflejo de la sociedad que obedece a unas leyes*”.¹⁴⁸

La antropomorfización de la naturaleza, nos cuenta Tomás Pollán en su texto *La pasión del conocimiento* —que es, en buena medida, el texto que ha llamado poderosísimamente la atención hacia la “actitud cognoscitiva” que estamos explorando—, es por donde Ferlosio “*comienza la crítica [de toda forma de manipulación cognoscitiva], poniendo de manifiesto el alcance y las nefastas y graves consecuencias cognoscitivas, prácticas y pedagógicas que comporta la inmunización contra el conocimiento de la*

¹⁴⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 18.

¹⁴⁸ Echevarría, Ignacio, *Niños y animales*, en la revista *Claves de la razón práctica*, n.º 265, julio/agosto 2019, p. 18

*alteridad*¹⁴⁹, manipulaciones de las que hablaremos en el próximo apartado. Y esta antropomorfización habría entonces que entenderla como una operación mediante la cual neutralizamos al otro, a lo otro (eso frente a lo cual necesariamente estamos a distancia) llenándonos de prótesis para acercarnos a él (por ejemplo, una manera de la palabra, una palabra-prótesis) o trasladamos al otro y reproducimos, en él, nuestras propias condiciones, generando todo el “ambiente” para una relación de tipo “nosotros” engañosa, en tanto que está toda orquestada en torno al “Yo”; es toda una manera, dirá Ferlosio, de ignorar y violentar así *“la alteridad como mera resistencia, cualquiera que sea su signo en cada caso, la alteridad de lo que es como ello quiere, de lo que se rebela a recibir definitivamente un puesto en la llamada armonía universal”*¹⁵⁰ o también podríamos decir de todo aquello que se resiste a sujetarse al “Principio de identidad del Yo”, sin que olvidemos por ello que no es un mero capricho (después de decir que nos da miedo, pavor, no es cualquier cosa), y por eso, tal vez con cierta ironía, Ferlosio hablará de la buena conciencia, puesto que tenemos que lidiar, por esa primordial indeterminación con que nacemos (sin guion prescrito aunque, al momento de nacer, ya caigan con todo su peso un sin fin de determinaciones), con la pregunta de quiénes o qué es lo que somos o venimos siendo a lo largo de toda nuestra vida, contamos con las capacidades cognitivas y reflexivas para hacerlo y hemos aprendido —con las mejores intenciones— precisamente con unas mañas y con unos vicios que en su momento no se han visto como dañinos, y suelen ser, en ocasiones, principios que parece que llegaran para quedarse, tales como *“pienso, luego existo”*, o *“¡I did it!”*, o *“la Marcha de la Humanidad hacia el Futuro”*, y así. Tal vez lo que no sea de ninguna forma justificable, aunque nos aterrorice lo muy otro —incluso lo otro y extraño que somos para nosotros mismos— es que sabemos, lo sabemos, que estamos y estaremos en ese intento siempre y que ninguna respuesta a que llegáramos debería satisfacernos, ni muchísimo menos instalarse como única, negando así la posibilidad de humanidades diferentes, de seres diferentes, en fin, de alteridades y otredades, que a fin de cuentas no dejan de latir, de pugnar, de insistir, persistir, resistir —repetimos por si hace falta: esto amplia y socialmente hablando, sí, pero incluso en la propia casa de cada ser— a toda dominación, homogenización y aniquilación de la ambigüedad, la opacidad, la

¹⁴⁹ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomas (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 46

¹⁵⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 19.

condición de abierto, el siempre movimiento del ser y estar de las cosas, de los seres y del mundo.

Volviendo a *Niños y animales*, encontramos que “el lobo es un buen ejemplo del tipo de proyecciones que el pensamiento humano vuelca sobre la naturaleza con el objeto de conjurar su extrañeza radical y el sentimiento de peligro que de ella se deriva. La misma palabra lobo confina al animal que nombra en prejuicio de su presunta maldad”¹⁵¹, conjuro y exorcismo con que abrimos un poco más ese conocido pecio de Ferlosio: “Lo llaman ‘perro’ o ‘rata’ para anticiparle encima la figura con la que un día podrán matarlo a palos”,¹⁵² avizorando ya esas nefastas consecuencias que analizaremos. Y también nos permite redondear dos asuntos:

- Uno ya mencionado, y es que es vía la palabra, en el dándose una "significación por lo bajo", como la cosa “lobo” queda clausurada en la palabra “lobo” connotada para siempre con el sello de la maldad.
- Y otro que todavía tenemos por explorar: ese aparente contradictorio movido, por un lado, por el impulso de “allanar toda distancia” de la alteridad trayéndola al terreno de lo propio, cuando no directamente apropiándose, y, por otro, el de “exorcizar toda cercanía”, precisamente de aquello que, siendo muy cercano (como un recién nacido, como un niño, como un mono), nos interpela de una manera tan insoportable —por inexplicable, por inabarcable, por inquietante— que hemos desarrollado cómo inmunizarnos ante eso tan extraño que es además, para colmo, tan parecido. Al respecto de esto, Ferlosio, en *Personas y animales...*, de manera muy explícita y muy clara, aunque con una jerga de la cual se disculpará —pero que tiene mucho que ver con el Principio de identidad— nos explica dónde reside el miedo, el pánico que nos lleva, por ejemplo, a poner en ridículo a los monos, en especial a los benignos chimpancés, y es que resultan ser “el extraño próximo, si se me admite la expresión, el testimonio fronterizo estratégicamente situado en el lugar preciso en que la naturaleza puede volvérsenos inquietante y agresiva; pues poco hay que temer mientras lo Otro pueda presentarse como definitiva y

¹⁵¹ Echevarría, Ignacio, *Niños y animales*, en la revista *Claves de la razón práctica*, n.º 265, julio/agosto 2019, p. 17

¹⁵² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Editorial Destino (1993), p. 111.

exclusivamente otro, lo malo es que comience a revelarse no tan otro, o dicho inversamente, que lo Uno (perdón por esta jerga) se descubra más otro de lo que se pensaba, menos uno de cuando desearía furiosamente ser”.¹⁵³

Ya nos habíamos preguntado a propósito de este miedo, pero en relación al recién nacido en la cuna, respecto al cual desplegamos la defensa ante tan sorprendente amenaza, con la tristísima consecuencia de traer, lo más pronto que se pueda, a los niños al mundo interpretado (“ingresarlos en la cultura” le llama a esto la buena de la conciencia, sí, porque 'no hay que dejar de hacerlo': es tanto una bendición como una superstición), al mundo de los adultos, arrojándoles “el salvavidas” de un nombre propio: “*así, el recién nacido, exorcizado en su naturaleza, venía a colocarse, no en la pasividad solamente relativa de un ser sin duda impotente para valerse por sí mismo, pero dotado, con todo, de la autóctona, incesante y progresiva actividad de un organismo vivo, sino en la inerte y total pasividad de una muñeca*”¹⁵⁴; pero, como ya empezamos a ver con anterioridad, también —dirá Ferlosio en su texto a propósito del *Pinocchio* de Collodi— a través de las jergas especializadas según el receptor, en este caso especialización que se da por lo bajo (en los marcos del allanamiento general y abrumador del que venimos hablando): los pretendidos “lenguaje para niños”, “lenguaje para mujeres”, en suma: “lenguaje para colonizados”¹⁵⁵, donde no tiene cabida una palabra leal, sino que se opera, tras ese juego de espejos, tras ese nosotros que es un Yo rechoncho de puro generoso e incluyente tal cual se presenta y está convencido de serlo, tras ese traer lo otro hacia lo propio, la más potente y apisonadora “villanía cognoscitiva”.

Hay varios textos de Ferlosio que son ilustrativos de este conjunto de aseveraciones críticas. Empecemos por este texto del ensayo *Músculo y veneno*, en el que el autor reflexiona sobre la preponderancia que, en función de la posición de dominio que ha tenido el género masculino, se le ha concedido a la fuerza física frente a las habilidades

¹⁵³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 18.

¹⁵⁴ OP. cit. p. 14.

¹⁵⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el Pinocho de Collodi* (1972), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 35.

intelectuales (como siempre ocurre en Ferlosio, este punto de partida siempre se ramifica hacia inesperados cauces):

Hay una idea moral y estética del juego limpio, de la competición leal, que universalmente se aplica a toda suerte de lides entre hermanos: esquema destilado del contexto propio de la fuerza bruta y que, abstraído de -lo específicamente muscular. (Hay sin duda algo más que lenguaje figurado —o un lenguaje algo más que figurado— cuando don Marcelino Menéndez y Pelayo, por ejemplo, se recrea tan recurrentemente en expresiones como “atletas de la escolástica”, “potencia intelectual”, “para asentar verdades como el puño”, “victoriosa, sin embargo, y contundente en casi todo lo que es filosofía pura y monumento de inmenso saber y de labor hercúlea”, “era su erudición la del claustro, encerrada casi en los cancelos de la filosofía escolástica; pero ¡cómo había templado sus nervios y vigorizado sus músculos esta dura gimnasia!”, “desde *La inquisición sin máscara* hasta *El diccionario crítico burlesco*, desde *El jansenismo y las angélicas fuentes* hasta *El juicio de El Solitario de Alicante*, todo lo recorrió y lo trituró, dejando dondequiera inequívocas muestras de la pujanza de su brazo”, “molió y trituró como cibera a los débiles partidarios que en Sevilla comenzaba a tener la nueva filosofía ecléctico-sensualista del Genovesi y de Verney”, “en cabeza suya asestó el padre Alvarado golpes certeros y terribles”: Historia de los heterodoxos españoles, VI-III-VII, VI-IV-I y VII-II-V. ¿Pensaba Antonio Machado en estilos como éste cuando hablaba de “cabezas que embisten”? Resulta, pues, que la idea misma de nobleza está cortada por el patrón del único atributo privativo del varón, la potencia muscular, y que toda otra fuerza es, en principio, apartada como vil; incluso en el mundo de los negocios, en las incruentas competencias financieras, se considera desleal cuanto no opere por la cara y de poder a poder.¹⁵⁶

Este pasaje al final prácticamente del ensayo actúa de corolario a un punto de partida en el que Ferlosio plantea cómo la palabra “víbora” ha quedado vinculada a la utilización de ciertas habilidades por parte del género femenino:

El análisis lingüístico más somero de la palabra víbora usada como insulto le habría hecho ver al autor [Frederik J. J. Buytendijk] que detrás de ella no se esconde ninguna caracterización sociológica de una “maldad propiamente femenina”, ninguna figura

¹⁵⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Músculo y veneno* (escrito en 1966 y publicado en 1992), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 34.

ontológica sustantiva en que se quisiese encarnar una forma de existencia degenerada, sino que, por el contrario, su constitución es enteramente práctica y alude adjetivamente a las artes de lucha determinadas por las circunstancias fisiológicas en que se encuentran las mujeres; en una palabra, que no es un insulto que se dirija a “la mujer”, sino a las mujeres en concreto y en particular: es un insulto empírico; no se refiere por contraposición a ninguna idea cultural de “la mujer”, sino que describe una situación experiencial. Buytendijk se ha acercado a ello al hablar de “las radicales comparaciones que dan su nota peculiar a la lucha entre hombre y mujer”, salvo que deben invertirse los términos: es la lucha entre hombre y mujer, tal y como empíricamente se produce, la que determinada semejante comparación. En tal lucha, en efecto, las mujeres llevarían todas las de perder si intentasen valerse de las manos; como, a pesar de esta aparente inferioridad, vencen, de hecho, muchas veces, o al menos hacen daño, es necesario explicar esta experiencia y caracterizar la fuerza peculiar de que se valen. No es una fuerza privativa de las mujeres — también es accesible a los varones— pero sí es característica de ellas, desde el momento en que es la única de que disponen y en la que cifran todo su poder. Víbora alude, pues, a la capacidad de usar las palabras como armas eficaces y quiere aquí decir exactamente ‘la de palabra dañina’; como esta fuerza es la que las mujeres contraponen con éxito a la fuerza bruta, o física, de la que los varones tienen la exclusiva, queda representada como una fuerza química.¹⁵⁷

Como vemos en este párrafo, se constata cómo Ferlosio busca retratar y profundizar en ese continuo trasiego que se produce en el pensamiento dominante con el fin de allanar toda “alteridad” que se presenta ante sus ojos, introduciendo en un mismo campo conceptual como si fueran iguales lo que es diferente, separando toda distancia entre lo que es diverso para englobar a la infancia, al género femenino, al mundo animal y a la naturaleza en un conjunto único de categorías que diluya diferencias y permita eludir el miedo respecto a “lo otro”. Además de recordar lo que el autor dice en relación a las películas de Walt Disney (que ya hemos transcrito con anterioridad), hay un pasaje bastante relevador en *Sobre el Pinocho de Collodi* que abunda en esa misma idea:

¹⁵⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Músculo y veneno* (escrito en 1966 y publicado en 1992), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 30.

Cuando yo era muchacho y tenía perros, en el ansia de hacerme comprender mejor por ellos, me echaba a cuatro patas y trataba, en la voz y en el movimiento, de perrificarme como Dios me daba a entender; pero mi madre, al sorprenderme una vez en semejante tesitura, me dijo con sorna:

—¿Sabes lo que estarán pensando ahora los perros?

—No. ¿Qué estarán pensando?

—Pues estarán pensando: “Pero, ¿qué es lo que hace este cretino?”.

Por desventura, no creo que aquellos bondadosos cachorrillos llegasen a concebir un pensamiento así, pero al punto reconocí que era precisamente lo que tendrían que haber pensado, y la lección tuvo un efecto radical. Desgraciadamente, tampoco los no menos tolerantes hijos de los hombres suelen llegar a pensar algo semejante de quienes creen que remendándoles el habla alcanzan una mayor y más honda comprensión, pero no dejaría de ser, del mismo modo, lo más justo que podrían pensar. El pretendido lenguaje infantil —en la medida en que esta expresión quiera sustantivarlo en vez de concebirlo tan sólo como una serie móvil de momentos adjetivos y transitorios en el proceso de aprendizaje de una lengua única— es una imitación de una imitación, producida y fijada por el mismo juego de espejos que hace cuajar las jergas coloniales.¹⁵⁸

Hemos descrito cómo se producen las simplificaciones más viles tanto de la concepción de la naturaleza, como la de la propia humanidad, concretándose así la sistemática inmunización contra el conocimiento de lo que nos es extraño, orquestada por el allanamiento de la significación, y así lo sentencia Ferlosio: *"No hay que dejarle al niño que sea naturaleza, es necesario conjurar su autonomía extrahumana, su indeterminación: se actuará suprimiendo la distancia —un suprimir que no es más que ignorar (...) es la palabra que resuena en el propio corazón de esa distancia, el conjuro que salta justamente sobre aquello que media entre humanidad y naturaleza: el don de la palabra."*¹⁵⁹ Pero todavía quedaría aún algo más que añadir intentando comprender las motivaciones de este trato con las cosas, con el mundo, puesto que es una advertencia del autor el que no haya que pensar que se trata de oscuras intenciones, o que sea porque a algo como “el poder” convenga, o cosas así, no, esto lo hacemos, esto de inmunizarnos contra lo extraño, de

¹⁵⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el Pinocho de Collodi* (1972), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 36-37.

¹⁵⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 13-14.

traer el mundo a casa, de llenarnos los huecos y agujeros que nos generan lo vacío y lo desconocido porque, dirá Ferlosio, *“se trata justamente de tendencias inerciales, automáticas, centrípetas, dimanantes de las propias circunstancias de lo dado, y pensar en designios sería hacerles demasiado honor; es lo que se conduce por sí mismo, lo que ya está apuntado y sugerido en la cadencia misma de las cosas, en su sistema de reproducción del que los propios agentes son pacientes”*¹⁶⁰, lo cual, dicho de otra manera, apunta a que somos nosotros mismos, a lo que tenemos en nuestras cabezas y entrañas: con nuestras concepciones, nuestra racionalidad, lo que hemos instituido, todo aquello a partir de lo cual las cosas y el mundo comparecen humildemente para acontecer, y lo que pretende ser dado por “natural”. Los seres humanos se inventan a sí mismos, ficcionan, figuran su propia identidad existencial y de ella dependen la ordenación del mundo (los objetos, las cosas, los otros, todo), de lo que se ve y lo que no, de lo que huele y lo que no, de lo que sabe y lo que no, de lo que cuenta, de lo que importa, será a eso quizás a lo que se refiere Ferlosio con “la cadencia” de las cosas, la cual viene a estar determinada de acuerdo a cómo tengamos ordenado “lo dado”, o, en palabras de Echevarría, a quien citábamos al comienzo de este apartado, a *“las ideales regularidades de las instituciones humanas”*.¹⁶¹

Decir que hay “algo” externo al sujeto, malvado, tras este proceder, es también para Ferlosio un mito exorcizador, una manera de no hacernos cargo ni responsables de lo que, por desgracia, cuesta tanto darnos cuenta que lo hacemos y reconocer que, precisamente, somos cada uno encarnando y actuando aquello que queremos hacer pasar por *“anónimas tendencias, de las que nadie es en verdad sujeto y que precisan, como del aire, justamente de nuestra inconsciencia (o, lo que es lo mismo, de nuestra buena conciencia, o sentimiento de imperfectibilidad) para poder sostenerse y perdurar: les urge la inocencia universal”*;¹⁶² es un conjuro con el cual pretendemos hacer como que no es cosa nuestra, pero es tan nuestro ese anónimo instinto general, de poner en marcha aquello que, en palabras de Ferlosio, sería una función bastarda del lenguaje, en la cual podríamos decir, con muchísimo desconcierto, que vemos morir aquel precioso numen del lenguaje

¹⁶⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 23.

¹⁶¹ Echevarría, Ignacio, *Niños y animales*, en la revista *Claves de la razón práctica*, n.º 265, julio/agosto 2019, p. 17.

¹⁶² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 23.

que él mismo pudiera atestiguar, y cada uno de nosotros podría también hacerlo, por la maravilla que es, del mismo modo que lo hace una niña de tres años que es capaz de tener una relación con las palabras y con el teatro alejada de toda tentación “centrípeta” (de lo cual ya hablamos en el apartado de la “virtud cognoscitiva”).

Y es que ahí donde los nombres, las palabras, salen disparadas como en automático para *“ahuyentar el desconcierto y la zozobra que la naturaleza puede producirnos, superar la inquietud frente a lo que podría poner en duda, y por ende en movimiento, la inerte convicción de lo inmediato”*¹⁶³ no solamente tiene como consecuencia garrafal que se mixtifica a la naturaleza queriendo así que “lo dado” (eso que tiene el innegable sello de ser pura mano humana) la suplante, queriendo pasar por “natural” la muy humana representación, o sea, por definitivo e inamovible, sino que también se obstruye lo que ya es tan difícil de cuidar, de velar, de sostener: la capacidad de crear —“lo imaginario”, que diría Castoriadis— del animal humano; o, en palabras de Ferlosio, la posibilidad de suspender el sentido, interrogándolo, desembargándose de él y disponiéndose así, también con el respeto que ya logra un sujeto que ha salido de su Yo, al conocer y por qué no, al pensar. Sin embargo, es cuando lo anterior sucede, cuando se neutraliza al otro, sea naturaleza o sea humano espécimen, que sin dudas sí comienza a oler a manipulación, y si estamos en la pretensión de conocerlo, será entonces una “manipulación cognoscitiva”.

¹⁶³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 17.

Resumen

Del respeto a la alteridad depende la “disposición cognoscitiva”; si no hay respeto, no hay potencia alguna en la capacidad de conocer y no se llega a una verdadera cognición. Sin embargo, se le ha llamado “conocer” o “experiencia” a procederes tan diversos, que, para Ferlosio, algunos serían auténticos obstáculos para lo que ellos dicen o pretender ser. Para nuestro autor, el origen de la falta de respeto hacia las cosas está relacionado con no guardar celosamente la distancia con las mismas y no reconocer su inmovible “alteridad”. En esta actitud, converge una “doble villanía cognoscitiva” que deriva de allanar el enorme hiato que separa a la naturaleza de la humanidad, allanamiento que remite a la obsesión centrípeta de *“una humanidad acobardada y capitidismínuida, que aborrece asomarse a la intemperie de cuanto la rebasa, que pugna sin descanso por echar sus tentáculos sobre cuanto amenaza desmadrarsele —ya natural, ya humano que ello sea—, para aherrojarlo en el cerco de lo propio”*. De este modo, violentamos las cosas y los objetos, lo cual, al mismo tiempo, también implica achatar la inconmensurable potencia y belleza de lo humano.

El mencionado “allanamiento” cubre el enorme hiato que separa naturaleza (animales, plantas, los demás seres vivos) y humanidad, hiato que supone “una interrupción en el tiempo y en el espacio”, interrupción que es una manera de expresar la diferencia claramente ontológica que existe entre naturaleza y humanidad. Ese “allanamiento” conllevaría que las palabras no pudieran posibilitar un movimiento hacia las cosas, sino que estas quedarían “reveladas y fijadas para siempre” adaptadas según la forma del sujeto, de lo propio, de lo familiar, estableciendo, en consecuencia, una relación del hombre con la naturaleza sostenida en el mito del *homo universalis* relatado en clave de Modernidad. Según sea la mente la que viaje hacia las cosas o el Yo el que las traiga hacia sí, entonces serán unas u otras las figuraciones (ficciones, mitos) y los cuentos que nos contamos para legitimar el orden que seamos capaces de darnos. Un Yo que trae las cosas hacia sí como expresión de deslealtad con las cosas lleva necesariamente a la idea de “sujeto en tanto que identidad” que sostiene muchísimas de las cuestiones que han sido expuestas.

Podemos considerar el principio de Identidad como aquel por el cual los seres humanos embargamos la fuerza, delegamos la voluntad y Ferlosio, cuando nos habla del ser Yo, no tiene piedad: nos lo presenta como toda una señora institución con una fuerza que parece como si se hubiera independizado del “yo” dominándolo, subyugándolo, y actuara tal cual una fuerza de la naturaleza; es la identidad que nos damos convertida en una imperiosa ley, el imponente principio que obliga al yo a identificarse consigo mismo. Es así pues que esta subjetividad humana objetivada, que ha delegado su voluntad y ha enajenado su libertad, que ha embargado el tiempo, olvida que ha hecho eso y obedece ciegamente ahora a los viejos dioses con nuevos trajes (Futuro, Mercado, Yo), autoproduciendo identidades de apariencia muy diversa, puras cualidades que diferencian y singularizan, todas tan especiales y tan únicas, embarcadas en la “Empresa de Sí Mismo”. A una subjetividad ensimismada, no más que mirando su propio ombligo (“onfaloscópica”), le es imposible la virtud y la “disposición cognoscitiva” que respete la distancia con las cosas y su “alteridad”: el “movimiento centrífugo”, el salir de sí, es absolutamente contrario a la obsesión centrípeta que es la razón por la cual estamos poseídos por esa tendencia de traer todo a casa, a lo ya conocido, lo cual se refleja, como ejemplos ilustrativos, en la “antropomorfización” de la naturaleza y en el mito exorcizador de decir que hay “algo” externo al sujeto, malvado, tras el proceder que rige esa desbocada subjetividad.

V. La manipulación cognoscitiva

Hemos podido ver cómo un apartado va muy entretelado con el siguiente y, además, se sostiene con lo que los anteriores han ido colocando sobre la mesa para la reflexión que estamos desarrollando. Por supuesto que estamos dando algún sentido ocasional —no impuesto— a algunas de las ideas de Sánchez Ferlosio, sin perjuicio de la advertencia de que tampoco podría pretenderse edificar un sistema de pensamiento, como a la manera de una estructura, en torno a la “actitud cognoscitiva” (ni en torno a ningún otro asunto) en la obra ensayística de este autor. Es así como, detenidos como estupefactos en un párrafo de su ensayo *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, pudimos explorar “villanías” y vilezas, violencias y sujeciones y nos permitimos dirigir nuestra atención al *quién* de dichas acciones, que fue en lo que estuvimos más concentrados en el apartado anterior: el sujeto que así se dispone, por qué lo hace, y qué es lo que hace incurriendo en una falta de respeto durante la “actividad cognoscitiva”. Ahora, tendremos ocasión de poner la atención ya no únicamente en el sujeto de esos “actos fraudulentos” del conocer sino en los objetos así agraviados, las cosas así irrespetadas, todo lo cual vislumbramos que tiene que ver no tanto con un genuino y apasionado conocimiento del mundo, sino tan solo con la pretensión de estarlo haciendo, y ello acunando y acunados en una seguidilla de manipulaciones (derivadas de las ya comentadas “villanías”) de los objetos y las cosas, que son las que vamos a describir e intentar analizar en este apartado.

No perdamos de vista, ya para comenzar, eso que acabamos de enunciar: aquello que manipulamos, que torcemos con maña y acomodo, son las cosas y los objetos (nosotros incluidos, por supuesto) bajo el supuesto de una cognición pretendida. Una de las “villanías” mencionadas tiene como punto de partida ese pánico desatado por el no saber qué hacer con aquello que no encuentra acomodo en la orquesta de lo dado, de lo propio y de lo familiar, y tiene como desarrollo “el ignorar la alteridad”, como vimos, de los así llamados “extraños próximos” que son los animales, la naturaleza toda y los niños. Tal y como hemos venido procediendo, traeremos las palabras de Ferlosio sobre las cuales

estaremos una y otra vez volviendo a lo largo de la reflexión, por ricas que son en elementos para darnos qué pensar de la mano de otros textos suyos o de otros que le han estudiado con juicio. Dice Ferlosio que “cuando se habla de falta de respeto, de romper las distancias, se entiende la **manipulación cognoscitiva del objeto**, sea cual fuere el sentido de semejantes manipulaciones... ”.¹⁶⁴

Y, acto seguido, especifica con más precisión cuáles pueden ser esas manipulaciones:

En el caso del niño se tratará de negar la discontinuidad, con la indeterminación que esta supone —y que aparejaría, a su vez, la posibilidad de humanidades diferentes—; en cuanto al chimpancé, es la semejanza lo que se trata de poner fuera de juego; la cuestión es que todo, y en especial la humanidad, sea idéntico a sí mismo, que cada cual se esté en su puesto, que no haya ambigüedad (...) Se trata siempre de escamotear cuanto amenace hacernos caer en extrañeza, cuanto pueda mostrarse resistente a nuestros estatutos, y por ende, invalidarlos o al menos socavarlos.¹⁶⁵

De nuevo encontramos en su palabra esa confitura de lo formalmente bien construido —nos dice Tomás Pollán que Ferlosio mismo lo reconocía a propósito de su novela *El Jarama*, pero nosotros podemos extenderlo, porque así nos parece, a otros escritos y sobre todo a este que, según Pollán, contiene las ideas a las que estaría dándole vueltas una y otra vez— y que obliga, a su vez, a sumergirnos en cada expresión, en cada palabra elegida por él como husmeando en ese campo más fecundo e idóneo para la cognición en que ellas puedan estar participando, porque vamos a necesitar un poco más de atención, tiempo y otra velocidad para comprender cómo las “manipulaciones cognoscitivas” están ya expresadas en ese “negar la diferencia” (la discontinuidad, la indeterminación) y “poner fuera de juego la semejanza” que habíamos comentado en otro apartado muy de la mano del miedo que embarga al sujeto y que lo impele a allanar las distancias y exorcizar las cercanías y, asimismo, para discernir dónde y cómo es que se escamotea, se invalida y se socava la alteridad. Para ello, nos vamos a apoyar también en el ensayo *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, puesto que encontraremos

¹⁶⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p.19.

¹⁶⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 19.

en él cómo enriquecer nuestra visión sobre el pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio en su obra ensayística.

Apenas comenzado el ensayo, Ferlosio nos explica con un cuento con poco de ficción y más bien mucho de superstición, cómo, por allá a mediados de los años ochenta, la carrera del espacio literalmente estalló de manera paralela al notorio decaimiento del interés del público (quizás a efectos de un “darse cuenta”) ante una evidencia que no acaba de percibir:

una verdad de Pero Grullo: la luna es inhumana, y los hombres pueden alcanzarla tan sólo en la medida en la que se mantengan apartados de ella. En efecto, el descomunal conjunto de las prótesis absolutamente indispensables —botas lastradas, trajes especialísimos, bombonas de oxígeno, escafandras, etc. —, neutralizando el medio lunar y trasladando o reproduciendo el terrestre, les permitían entrar en contacto con la Luna justamente a merced a su capacidad para mantenerlos apartados de ella. Si te pones un guante de goma y luego metes la mano en sosa cáustica, no puedes decir que has tocado sosa cáustica —no otra es la verdad de Pero Grullo a que me refería.¹⁶⁶

Haber “alcanzado la luna” ha sido una de esas villanías del nombrar, uno de esos usos fraudulentos de la palabra, y todo lo que vendrá a contarnos Ferlosio con suma paciencia y cuidado, poniendo lupa en no pocos titulares noticiosos de la época, no deja sino ese sinsabor residual de encararse con la función bastarda del lenguaje. Pero, de nuevo, como sucediera con la irritación en la fiesta de bautizo, lo que este ensayo nos propone es el movimiento reflexivo de ese sinsabor (como fuera hacerlo en los días que corren con cada titular y contenido noticioso...) y es cuando podemos también abrir los ojos y las orejas y hasta las narices —y cuánto más mejor— para asomarnos y husmear esa manera que tenemos no sólo de contarnos las cosas (subjetividad) sino de encontrarnos con la alteridad, porque, justo cuando vamos a acercarnos a ella, procedemos a neutralizarla, neutralización que desplegamos llenándonos de prótesis (que bien puede ser ‘meras’ palabras) a través de las cuales trasladamos y/o reproducimos las condiciones propias, las del yo, las del Yo, incluso bajo un “nosotros” que levanta sospechas, y con justa

¹⁶⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 7.

razón. Dicho sea no de paso: el problema no son las prótesis o la necesidad de ellas, lo ruin de la cuestión es que se anuncie dicho encuentro (como con la Luna) no como un “situarse junto a” sino como un “haber alcanzado” —como un abrazarlo “abarcándolo” todo que es como lo mismo que decir “acabándolo”—, detrás del cual ruge un algo “dominado”, “conquistado”, “apropiado”; allanada así la Luna, allanada así la palabra, lo que es un poco más difícil de ver, y quizás de digerir, es que, allanada, también así queda la humanidad: tan incapaz y débil ante lo otro, lo que no le cabe en la cabeza, que parece que no le queda otra que correr y traerlo hacia sí bajo el manto de una habilidosa maestría con ellas ejecutada con las palabras.

Otra vez la palabra se presenta como la primera en el reparto de la comedia humana así narrada en los medios, rimbombante y estrepitosa, y, en esta ocasión calamitosa, puesto que todo eso que nos describe Ferlosio a propósito del “alcanzar la luna”, él mismo lo ubica para la reflexión, de la mano de Juan de Mairena, en el terreno del lenguaje:

(...) el concepto en vacío puede por un momento ser “caldera al rojo”, como decía Mairena;¹⁶⁷ pero si la intuición tarda en llenarlo, se enfría y descubre su inconsistencia empírica.¹⁶⁸

De todas maneras, cuando acto seguido, un poco más adelante, en el texto se refiere a la “alta pirotecnia del lenguaje”, lo que va quedando claro es que no son las palabras las que se ‘calientan’ (como en algún momento se ha sugerido, por ejemplo cuando ellas, siendo categorías, pueden moverse de un contexto a otro y abrirse, expandirse, ensancharse, y aprestarse a crear sentidos y mundos diversos), sino que es el público el que a fuerza de “grandilocuencia” y “prosopopeya” se ‘calienta’ y ‘recalienta’, eso sí, al furor de la palabra. Un texto inédito de Ferlosio publicado por el diario *La Nueva*

¹⁶⁷ “Concepto mondo y lirondo / suele ser cáscara hueca; / puede ser caldera al rojo.” “El pensamiento barroco / pinta virutas de fuego, / hincha y complica el decoro.” Machado, Antonio. *Nuevas canciones*, Ed. Mundo Latino (1924). Poemas LXXX y LXXXVIII.

¹⁶⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 7-8.

España el 18 de noviembre de 2020¹⁶⁹ ayuda a consolidar y reforzar esa idea, texto, además, que parte de una obra del propio autor, la novela *Industrias y andanzas de Alfanhuí*:

Obligado, así pues, a escarbar sobre lo que me ha pasado con las letras, he encontrado muy pronto un esquema que no por claro y simple deja de parecerme fidedigno. Primero incurri en lo que llamaré "la bella prosa", después quise divertirme con el habla y, finalmente, tras muchos años de gramática, encontré la lengua. La "bella prosa" fue lo del Alfanhuí, donde hice lo que más tarde más he odiado: algo que estaba entre Azorín y [Gabriel] Miró. Mi padre [Rafael Sánchez Mazas], que decía que lo peor que puede ocurrirle a un escritor es convertirse en autor de "bellas páginas", bien podía haberme avisado, pero, como las invenciones eran a veces ingeniosas y graciosas, se distraía y se reía con mis lecturas, y no cayó en la cuenta del deleznable error. Para otros autores era muy sensible, pero con "el hijo que saca[ba] los defectos de su padre" (...) le cegaba el amor. De su sensibilidad para el kitch de la "bella prosa" puedo dar un ejemplo, aunque esté recargado por la especial antipatía que le tenía a Ortega y Gasset: un día —tendría yo como 19 o 20 años—, irrumpe en mi cuarto y sin más preámbulos me espeta: "Rafael, ¿tú crees que se puede escribir 'gémula iridiscente'?, ¡'gémula iridiscente'!". Era de Ortega. Muchísimos años después, leyendo la descripción de Ortega sobre Mommsen empezando su Historia de Roma, en la frase "la pluma succulenta descende sobre el papel..." he recordado también cómo mi padre solía decir de los autores de "bellas páginas" que "se chupan la pluma de gusto que

¹⁶⁹ En un artículo introductorio publicado por el periódico, el propio Tomás Pollán explica la génesis de este texto inédito: *"El escrito inédito que aquí se presenta es un fragmento del texto manuscrito de 81 páginas que Rafael Sánchez Ferlosio preparó entre los días 13 y 18 de junio de 1997 con vistas a la **entrevista de carácter autobiográfico que le hizo Félix de Azúa** a finales de ese mismo mes para el número 31 que la revista Archipiélago dedicó al escritor con ocasión de su setenta cumpleaños. Varias secciones del manuscrito preparatorio fueron después incorporadas al escrito '**La forja de un plumífero**', publicado inicialmente en el mismo número de la citada revista, pero otras muchas del mayor interés, como la que aquí ofrecemos, han permanecido inéditas hasta el presente. Sánchez Ferlosio prefirió que la revista Archipiélago publicase '**La forja de un plumífero**' en lugar de la entrevista de Félix de Azúa, que salió a la luz en el año 2019 en el libro de entrevistas Diálogos con Sánchez Ferlosio. En '**La forja de un plumífero**' el autor presenta un esclarecedor esquema de su relación con las letras y el pensamiento. Primero '**la detestable práctica de 'la bella prosa'**, después el entretenimiento con el habla y, finalmente, el descubrimiento de la lengua. Ferlosio hace, en el importante fragmento inédito que aquí se publica, una crítica implacable del cultivo de 'la bella prosa' en que incurrió en Alfanhuí, obra por la que, sin embargo, sentía una querencia especial". Se puede leer dicho artículo introductorio completo en el siguiente enlace: <https://www.lne.es/cultura/2020/11/18/detestable-practica-bella-prosa-23317310.html>.*

les da". Bueno, pues en esa detestable práctica de la "bella página", o sea de la "prosa", incurrí yo en el *Alfanhuí*.¹⁷⁰

Resulta muy difícil, en este punto, no traer a colación las palabras que forman parte del prólogo a la edición conjunta de *Ocnos y Variaciones sobre tema mexicano* de Luis Cernuda, prólogo escrito por el poeta Jaime Gil de Biedma y que, más allá de la consideración del pensamiento ferlosiano a un nivel abstracto, permiten situar a este, en función de su cercanía al enfoque que estamos tratando, en un contexto cultural e histórico altamente preciso y relevador. El siguiente pasaje del prólogo mencionado hace referencia al amplio desarrollo de la utilización de la prosa poética en la literatura española del siglo XX:

Si en cuanto forma literaria nuestro poema en prosa sólo episódicamente alcanza a rescatarse de la marginalidad, el uso de la prosa como un instrumento de virtualidades poéticas se convierte en [la] literatura española, a partir del fin de siglo [del siglo XIX], en algo así como un fenómeno pandémico. Ya no se trata de una intención perceptible en unas cuantas páginas acá y allá, en tal o cual autor, sino de una actitud creadora compartida por casi todos los grandes escritores de la época. Quizás abuse al generalizar la propia experiencia, pero la impresión que dejan lecturas que en principio uno hubiera sospechado ajenas por completo a la poesía —como *Cinco ensayos en torno al casticismo* y *Del testimonio trágico de la vida*, por citar sólo dos conspicuos ejemplos unamunesco—, creo que se parece al recuerdo de un poema más que a ninguna otra cosa: una peculiar atmósfera emocional, una deliberada intensidad expresiva, un puñado de palabras clave, unas cuantas imágenes memorables... La prosa española se infecta de intención poética, y el sobreabundante número de obras admirables que aquellos años nos han legado no sé si del todo compensa los daños de la infección. Porque la prosa, además de un medio de arte, es un bien utilitario, un instrumento social de comunicación y de precisión racionalizadora, y no se puede jugar con ella impunemente a la poesía, durante años y años, sin enrarecer aún más la cultura del país —una cultura sometida a graves tensiones, lastrada por el peso histórico de una casi invencible e inveterada insensatez— y sin que la vida intelectual y moral de sus clases ilustradas se deteriore. Si tal reflexión se le antoja al lector demasiado

¹⁷⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. "Autocrítica implacable acerca del *Alfanhuí*", artículo publicado en el diario *La Nueva España*, 18 de noviembre de 2020. Se puede leer el texto en el siguiente enlace: <https://www.lne.es/cultura/2020/11/18/autocritica-implacable-acerca-alfanhui-23317309.html>.

truculenta, piense un momento que de aquel universal diluvio de poesía en prosa, y de la requintada retórica novecentista de Ortega y Gasset, nacieron en los años treinta flores tan venenosas como las espléndidas crónicas de Eugenio Montes en ABC, de una toxicidad demagógica químicamente pura, y los escritos y discursos de José Antonio Primo de Rivera. En contra de lo que afirmaba éste, es más que aconsejable que a los pueblos no les muevan los poetas¹⁷¹.

Curiosamente, también en 1979 (año en que se publicó la edición conjunta de *Ocnos* y *Variaciones de tema mexicano* de cuyo prólogo hemos transcrito el anterior pasaje) hay una reseña de otra conocida obra, publicada en la revista literaria *La Nueva Estafeta*, donde se incide en esa misma crítica a esa prosa inflamada como posible vía portadora de ideas viciadas y distorsionadas. Dicha reseña (contundentemente negativa contra la obra reseñada) la firma Leopoldo Azancot, se titula *Fascismo y búsqueda de los orígenes* y la obra reseñada es *Gárgoris y Habidis* de Fernando Sánchez Dragó. Empieza Azancot realizando una dura exposición sobre lo que considera es el contenido implícito del libro que está valorando:

el autor declara que el propósito que lo animó a escribirlo fue aventurarse (...) por el inconsciente colectivo de los españoles (...). En mi opinión —y no hablo completamente en broma—, lo que le ha pasado a Sanchez Dragó es que, incapaz de alcanzar el “inconsciente colectivo”, se ha quedado en el nivel del “subinconsciente individual”, y lo que ha extraído de él —y ahora hablo completamente en serio— no puede ser más desagradable: fascismo. En efecto, la suya es una obra específicamente fascista por cuanto aúna, en un plano antes visceral que intelectual —pero, en último término, siempre ideológico—, vindicación del irracionalismo y condena del racionalismo, (...) exaltación del nacionalismo como valor supremo e instrumento de salvación, (...) defensa del retorno a los orígenes, como medio de neutralizar el progreso, del que abomina, (...) antisemitismo y antimarxismo ligados, aristocratismo de grupo y no de clase, machismo “metafísico”.¹⁷²

¹⁷¹ Cernuda, Luis. *Ocnos* seguido de *Variaciones sobre tema mexicano*, Editorial Taurus (1979). Prólogo de Jaime Gil de Biedma, pp. XI-XII.

¹⁷² Azancot, Leopoldo. *Fascismo y búsqueda de los orígenes*, en revista *La Nueva Estafeta*, n.º 6, mayo 1979, pp. 71-72.

Pero lo que verdaderamente resulta de interés a efectos del estudio que estamos realizando es lo que se dice con relación al estilo de la obra:

(...) dado que una obra sin ideas no puede ser calificada de ensayo, y que, en consecuencia, habría que considerar a Gárgoris y Habidis inscrita en el ámbito de lo literario sin determinaciones —pues no es una obra de ficción, ya que su autor desdeñó ejercitar en ella sus personales dotes imaginativas—, ¿qué concepto de la literatura subyace a ella? La respuesta no puede ser más simple: ese concepto exclusivamente verbal del hecho literario que viene esterilizando buena parte de la literatura española desde hace tres siglos, y que movió a Borges a escribir este lúcido exabrupto: “La sinonimia perfecta es lo que ellos quieren, el sermón hispánico. El máximo desfile verbal, aunque de fantasmas o de ausentes o de difuntos. La falta de expresión nada importa: lo que importa son los arreos, galas y riquezas del español, por otro nombre el fraude. La sueñera mental y la concepción acústica del estilo son las que fomentan sinónimos: palabras que sin la incomodidad de cambiar de idea, cambian de ruido”. Tal concepto, que da origen a una estética del buñuelo de viento o del cuesco floreado, empuja a Sánchez Dragó a escribir siempre “los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”, y no “lo que pasa en la calle”, a no llamar nunca “al pan, pan y al vino, vino”, quizá porque en su obra no hay ni pan ni vino ¹⁷³.

Podemos observar que la preocupación por que la inflamación de las palabras desvirtúe el manejo de conceptos y razonamientos forma parte de un conjunto de inquietudes en las que, siendo importante y decisiva la preocupación por la consistencia filosófica y racional de los razonamientos —y ello queda claro en la toma de consideración de un tema de alcance universal como es el de la llegada del hombre a la Luna—, se incardina al mismo tiempo la búsqueda de diagnósticos sobre los problemas más importantes de la realidad española. En este sentido, todo lo que estamos revisando sobre la preocupación de Rafael Sánchez Ferlosio por las cuestiones de lenguaje, las palabras de Jaime Gil de Biedma en el prólogo a la edición conjunta de *Ocnos* y *Variaciones sobre tema mexicano* de Luis Cernuda y la reseña de Leopoldo Azancot de *Gárgoris y Habidis* de Fernando Sánchez Dragó encajan perfectamente, dándole además sentido, con lo que Ignacio Echevarría afirma en el prólogo a la edición de las obras completas de Ferlosio:

¹⁷³ Azancot, Leopoldo. *Fascismo y búsqueda de los orígenes*, en revista *La Nueva Estafeta*, n.º 6, mayo 1979, p. 72.

En una reseña de *Guapo y sus isótopos* (...), Carlos Piera subraya “una peculiaridad de la literatura española de entre, digamos, mil novecientos cincuenta y tantos y los primeros sesenta”, a la que se refiere en los siguientes términos: “No sé que entonces hubiera ninguna literatura en Europa o América con más escritores relevantes interesados por lo lingüístico hasta el extremo de dedicarse a ello o intentarlo en serio. Ferlosio y Gabriel Ferrater son los casos más claros; se podría añadir al menos inesperado García Calvo [a quien ya hicimos referencia en el apartado II de este estudio], que es filólogo profesional (y en cierto modo un filólogo más idiosincrásico), y llegar hasta Aníbal Núñez, que se quedó en puertas. Por no hablar de Tomás Segovia, en el exilio. Es normal que la lengua llame la atención de un escritor, pero ni el propio Guimaraes Rosa, que se entretenía aprendiendo una cantidad prodigiosa de idiomas, dio el paso de convertirse, siquiera temporalmente, a la lingüística teórica. Quizá esta singularidad ibérica tenga el mismo origen que la intrincada prosa expositiva, como extraída con sacacorchos, que tenían al principio Ferlosio o Sánchez de Zavala. Algunos, en la larga posguerra española, sentían como si tuvieran que adquirir el lenguaje mismo, y por tanto lo examinaban con cuidado y lo usaban con enormes preocupaciones”¹⁷⁴.

Echevarría abunda igualmente en esta última cuestión y apunta a algo que, directamente, se relaciona con el temor y la prevención contra todo tipo de “manipulación cognoscitiva” a través de una retorcida utilización del lenguaje y las palabras:

cabe traer a colación una carta enviada por Ferlosio a Josep Maria Castellet en 1965. En ella, con motivo de recomendar la publicación del que iba a ser el primer libro de Víctor Sánchez de Zavala (*Enseñar y aprender*, 1965), reputado de difícil, Ferlosio señala como “uno de los más serios” problemas que padece la vida intelectual española de aquella hora **la resistencia por parte de los lectores a toda escritura en la que se refleje el esfuerzo por romper con las arcaicas inercias verbales, en busca de un estilo cuya complejidad y sutileza estén a la altura de las difíciles cosas que es preciso decir**¹⁷⁵ (las negritas son mías).

¹⁷⁴ Echevarría, Ignacio. *Introducción a Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. X-XI.

¹⁷⁵ Echevarría, Ignacio. *Introducción a Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. XI.

Por tanto, eludir, por un lado, la inflamación del lenguaje y evitar inercias a las que estamos acomodados con perezosa ausencia de reflexión crítica, y, por otro, construir un estilo y una utilización de las palabras que hagan posible un discurso ajustado a la realidad de las cosas, se presentan como caminos irrenunciables para evitar incurrir en groseras “manipulaciones cognoscitivas”. Y no parecerá justo, pues —que siendo así que tarda (¡cuánto tarda y por qué tanto!) aparecer el asunto—, que algunas “inconsistencias empíricas”, ayudadas por una utilización espuria del lenguaje y de las palabras, nos descubran, tal como insinúa Ferlosio, verdades redundantes (no, no hemos alcanzado la Luna); al mismo tiempo, cuánto cuesta y qué bonito es mantener el encantamiento del mundo en actos como esos tan mágicos que pueden protagonizar los niños y las palabras (recordemos a la niña de la que hablamos en el apartado dedicado a la “virtud cognoscitiva”), encantado, que no conjurado ni exorcizado que, huelga decir, no es lo mismo, ni es igual.

Un ejemplo, quizás sencillo y sin mucha pirotecnia, pero de un calado tremendo y que es central en no pocas críticas de Ferlosio, podemos convocarlo ahora, nada más para mostrar cómo se procede a la neutralización y consiguiente suplantación ante lo más ignoto (aunque haya sido el tema por excelencia, dicen, de la filosofía): la muerte. En el ensayo que estamos comentando, viene a decirnos Ferlosio que, en el contexto del infortunio del transbordador espacial Challenger, “llamarlo”, “nombrarlo”, “enunciarlo” como el “precio de sangre” que cualquier etapa de la aventura humana ha tenido que pagar (así como “los mártires” de cualquier Causa), además de que consagra a la muerte, es una racionalización engañosa del accidente:

El accidente es así rescatado de la contingencia —con lo que deja de ser propiamente accidente— y transferido a la necesidad. La consagración de la muerte, o sea su conversión en sacrificio, inserta al accidente en una función de intercambio, le hace jugar en ella un papel determinado; y esta asignación de papel se equivalente a una toma de sentido. El sentido le quita al accidente su propia condición definitoria: su gratuidad absoluta, su facticidad irreductible.¹⁷⁶

¹⁷⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 16.

Precisamente, y ya transformado en necesidad, el accidente encuentra acomodo o, mejor dicho, le damos un lugar, un espacio, le damos la función de llenar el hueco que no soportamos tener abierto —el de la muerte, además tan repentina e inesperada— en el relato que vamos haciendo de nosotros, la “Humanidad”, pero, advierte Ferlosio, que, si cabe, si puede ubicarse, es porque “*suplantado así el hecho por lo que se pretende su sentido, escamoteado, por así decirlo, detrás de su disfraz, por la impostura que lo convierte en sacrificio, el accidente es aceptado como la oblación debida a los dioses del Progreso, o la parte por ellos reclamada*”.¹⁷⁷ Y es aquí donde se desvela la manipulación del accidente dado así a conocer (concebido así, así anulado) y también el fraude de esta manera de racionalizar: porque despertar y restaurar conexiones míticas de tipo sacrificial es meter a la fuerza y de manera irracional al accidente (fortuito, no computable ni proporcionable) en una relación causal con una tremenda superstición en medio —la del tributo a pagar— en tiempos, supuestamente, de causas profanas. El ejemplo anterior además de permitirnos ver en marcha una neutralización (de la muerte y el accidente en sí mismos) y una superposición (de una muerte y un accidente con sentido y finalidad: sacrificio y precio), también nos deja un elemento más que habremos de tener muy sobre la mesa a propósito del asunto que estamos elucidando: los dioses.

Habríamos pues de establecer que esa palabra-prótesis no solamente es concepto en vacío, pirotécnico, es también la palabra mágica que pretende decirlo todo, la palabra sagrada de la que ya hemos hablado, pero volvemos a traerla para referirnos ahora a cómo ella se presta y apresta con presteza, a la “*legítima y fecunda pretensión cognoscitiva de los predicados*”¹⁷⁸ que a fuerza de manipulaciones y villanías se termina logrando. A lo largo de este ensayo, Ferlosio es contundente al evidenciar la degeneración de la palabra en la mala literatura, y no otra que ésta es la que sostiene cosas tan aberrantes como la transmutación del dolor y la muerte —por las vías de una racionalización fraudulenta como la que acabamos de mostrar— en vivencias con un sentido y una finalidad, todo ello en una ya no solo explosión, sino ya explotación del poder performativo de la palabra a costa de su virtualidad significativa. Y es curioso porque también encontramos expresiones de Ferlosio

¹⁷⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuio* (2015), Ed. Debate, p. 16.

¹⁷⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 19.

que nos enrostran con crudeza la rentabilidad propagandística de un predicado como “alcanzar la Luna”, todo lo cual redundaba en lo que Ferlosio llama (a su manera, con sus también propios “artificios explosivos”) “la capitalización emocional que ofrecían los muertos”,¹⁷⁹ los “fondos heroico-lacrimógenos”,¹⁸⁰ “empresa emocionalmente tan devaluada como la del espacio”,¹⁸¹ “acciones que ya casi no cotizaban en la Bolsa de las emociones populares”,¹⁸² “los valores del Ego nacional”,¹⁸³ “el elementalismo emocional vinculado a la mala literatura”,¹⁸⁴ por tomar solo algunos ejemplos pero no cualesquiera; justamente unos que nos enrostran con ironía pura y dura, una manera de concebir el estrecho vínculo entre lo que sentimos y cómo articulamos la mirada y la palabra —en tiempos de la más cruel “enfermedad del alma” que diría Kafka: el capitalismo—, con lo cual, desde una fuerte dosis crítica, se podría decir que podríamos también darnos cuenta de aquello que quizás puede situarse —porque sea indisociable de ellas— junto a la cognición y la significación: la sensibilidad.

Todas estas actividades —conocer, significar y sentir— están en el seno de nuestra experiencia de las cosas y nuestro trato con el mundo, como lo deja sugerido Tomás Pollán en su texto sobre Ferlosio, y la precisión viene a cuento en ese texto y, ahora, en este estudio, a propósito de que no se crea que encontramos en Ferlosio o estemos hablando con él de cosas meramente de intelectualistas¹⁸⁵, cual si sobrevolaran los así concebidos sujetos cognoscentes por encima de quién sabe qué (de sí mismos, de toda moral¹⁸⁶, del

¹⁷⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p.13.

¹⁸⁰ *Ibidem*.

¹⁸¹ *Ibidem*.

¹⁸² *Ibidem*.

¹⁸³ *Ibidem*.

¹⁸⁴ *Ibidem*.

¹⁸⁵ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 50.

¹⁸⁶ La impaciencia e incluso el desconcierto que algunos experimentan frente a lo que a menudo, en relación tanto a los ensayos como a los artículos de Ferlosio, se considera prolijidad y complicación excesivas, tiene que ver —más allá ahora de las tendencias antiintelectualistas que impregnan toda la cultura contemporánea— con el hecho de proceder Ferlosio en un sentido contrario al que determina el curso de una época tutelada por los genios de la publicidad y del periodismo.

Ya lo señaló Adorno —uno de los maestros tutelares de Ferlosio— en 1944 en *Dialéctica de la Ilustración* (1997: p. 170): «Centrar la expresión en la cosa en lugar de la comunicación es sospechoso: lo específico, lo que no está acogido al esquematismo, parece una desconsideración, una señal de hosquedad, casi de desequilibrio». Sólo «la palabra acuñada por el comercio», la que se abandona a «la corriente familiar del discurso», se beneficia de la garantía de inteligibilidad. «La expresión vaga permite al que la oye hacerse una idea aproximada de qué es lo que le agrada y lo que en definitiva opina.» La rigurosa, en cambio, «contrae

individuo o de la sociedad: tremendo campo minado de palabras...); antes bien, las profundas articulaciones que hemos ido describiendo entre un tipo de sujeto (que sale de sí), un tiempo y una distancia que procuran honradez y respeto en la experiencia cognoscitiva y la disposición cognoscitiva, están todas descritas —porque Ferlosio en eso no cejó, ni descansó— con-centradas en torno a “lo público” de “los asuntos” que, claro, que también encontraba, por doquier, en la prensa y en sus propias experiencias, pero no por “ir de actualizado”, sino, más bien, como matiza José Luis Pardo, por ser este tipo de “escritor moderno” que, debiéndose solo a lo que ha escrito, tiene la autoridad para referirse a “los asuntos de la *polis*”, con la confianza que lo hará sin complacer a nadie pero, eso sí, para comprometer al destinatario con el contenido de sus textos, y no para encandilarlo o calentarlo como hemos dicho, como hacen muchos intelectuales al loro de lo que pasa para cacarear, nerviosa y profusamente, y ganar seguidores, y estar en la jugada política del momento, según dicen los muy, a su manera, manipuladores. De todo lo anterior, también nos queda el llamado a que, quizás, tenemos que andarnos con sumo cuidado entre estas potencialidades y actos de la palabra, los conceptos, las referencias, porque pueden derivar en una cosa y en la contraria: como hemos visto, la palabra misma puede calentarnos para obnubilarnos y, también, para, de un golpe, obligarnos a ver y a dejar de mirar tanto, o forzarnos a atender un poquito más al momento de ver y aprender a mirar, o las dos cosas en simultáneo; una misma palabra, por ejemplo según qué altura tenga la letra con que inicia, adquiere mágicamente poderes que no solía tener antes de elevarse dicha letra por sobre las demás.

En este mismo orden de ideas, vamos a detenernos en algunos predicados de esos ‘superpoderosos’ (ya los veremos todos iniciando con mayúscula y todavía hay quien piensa hoy que se pueden ir colocando mayúsculas porque el título “se ve más bonito” o así “le ayuda al lector”, y, cuando va y se mira, justo cae la mayúscula en “Investigación”,

una obligación con la univocidad de la concepción, con el esfuerzo del concepto», que reclama del lector «la suspensión de los juicios corrientes respecto a todo contenido», exponiéndolo a un desamparo al que enérgicamente se resiste. De donde el rechazo o el vacío que suele rodear a quien se empeña en el rigor de la expresión. «Pocas cosas hay que contribuyan tanto a la desmoralización de los intelectuales», concluye Adorno. «Quien quiera evitarla deberá ver en todo consejo de atender sobre todo a la comunicación una traición a lo comunicado.» Sánchez Ferlosio, Rafael, *Carácter y destino. Ensayos y artículos escogidos*, selección, prólogo y notas de I. Echevarría y C. Feliu, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2011. (p. 15)

“Desarrollo” e “Innovación”) intentando evidenciar, con Ferlosio, cómo a partir de ellos se desatan y sostienen esos escamoteos y manipulaciones de la naturaleza y de la humanidad y cómo neutralizamos la “alteridad”, eso sí, todo bajo procesos altamente racionales: racionalizaciones que, como ya mencionamos, serán también fraudulentas¹⁸⁷.

Volviendo a *Personas y animales...*, Ferlosio nos dice respecto a la mirada y a la palabra (que, de nuevo, para el autor, es donde vamos y enturbiamos la mirada):

como la naturaleza por sí misma, frente a la mirada —ingenua y cultivada— que sepa serle respetuosa y que sepa serle leal, confuta de rechazo la presunta armonía del mundo humano, será preciso manipular su imagen, condicionar y embotar esa mirada ya desde la infancia¹⁸⁸.

Mirada y palabra, pues, deben reconocerse como origen y sede tanto del respeto y la lealtad, así como de la protección ante toda extrañeza por vía de la neutralización de la cosa misma, y aún queda espacio en ellas para que sea donde se operan esas síntesis (fatales) que saben darle la vuelta a dicha protección estableciéndola ya no como efecto del miedo sino como dada, como único sentido posible, como fatalidad y, por tanto, origen del miedo mismo. Precisamente, Ferlosio nos dice al respecto, en *Mientras no cambien los dioses...*, que para estos saltos acrobáticos nada hay más presto que la alegoría:

es de notar cómo tal género de racionalizaciones y pseudoexplicaciones sólo se hacen posibles en la atmósfera retórica de la alegoría. La ideología oficial, en su función de dar razón al mundo, recurre hoy, sobre todo a presentarlo y explicarlo en forma de representaciones alegóricas (...) Ahora mismo, sin ir más lejos, está pasando a toda pastilla, por lo visto, por nuestra red ferroviaria, cierto importantísimo convoy llamado El Tren de la Tecnología que sería —según dicen los expertos— catastrófico perder.¹⁸⁹

¹⁸⁷ Hay un pecio inolvidable al respecto de la racionalización fraudulenta: “(Racionalización) Cortaron los campos a escuadra, con lindes rectilíneas, a fin de que cuadrasen con los cuadrados folios de sus propias escrituras en el Registro de la propiedad”, en Sánchez Ferlosio, Rafael. “Una injusticia”, artículo publicado en *El País* el 21-I-1995: https://elpais.com/diario/1995/01/21/ultima/790642802_850215.html.

¹⁸⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 20.

¹⁸⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertuyiop* (2015), Ed. Debate, p. 18.

Justamente a propósito de trenes (y, si hubiera podido, le hubiera preguntado a Ferlosio por esas mayúsculas), en el “Corolario segundo” de este ensayo —que parece como dedicado además a los “excelentísimos señores periodistas”— es que podemos ver el poder performativo de la palabra de Ferlosio, pero no a costa sino antes bien en favor de la virtud significativa de la palabra, para forzarnos a ver cómo se orquestan y se ponen en escena las más hediondas falacias, las farsas disfrazadas con los más ‘creativos’ eufemismos¹⁹⁰, develando cómo la propia alegoría del Tren de la Tecnología desmiente la presencia de un sujeto humano (del que se dice que progresa una barbaridad) que lo lleve y lo gobierne (que algo de control pueda tener aún del tren) en tanto que no para, hay que cogerlo en marcha y va a toda velocidad sin consideración alguna con los viajeros. Dice Ferlosio que:

Presumir la presencia de algún sujeto humano —conciencia y voluntad— tras el gobierno de la Tecnología no es sino hacer el avestruz con respecto a la evidencia de que el famoso tren ni va ya a donde quiere ni a la velocidad que quiere ni lleva las mercancías que serían de desear, sino que se parece cada vez más al tren de *La Adelita*.¹⁹¹

Se muestra aquí de nuevo cómo la gran aplanada y apisonada en este cuento es la humanidad misma, no tanto por obnubilada y ciega (que también), sino peor aún, embotados con semejantes pesos pesados de alegorías y mixtificaciones que determinan nuestro pensamiento: el burgués escondido tras el personaje alegórico del Hombre, la empresa del empresario tras su correspondiente alegórica veste de La Gran Empresa de la Humanidad, el auge de la empresa trocada en El Progreso¹⁹² y el Futuro como Primer Pagador Universal, el puesto más encarnizadamente disputado entre los dioses¹⁹³.

¹⁹⁰ “Oír “países en vía de desarrollo» suena tan ridículamente deshonesto como oír llamar a los parados “trabajadores en vísperas de empleo»” Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), Corolario segundo, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 68.

¹⁹¹ El texto continúa, describiendo el mencionado tren de *La Adelita*: “... con una ristra de cincuenta vagones blindados, repletos de armamento y explosivos, y dos furgones de cola con quincallería de plástico y caramelitos de bazofia para arrojar al paso a los chiquillos de la población civil”, en Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), Corolario segundo, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 67.

¹⁹² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 35.

¹⁹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 25.

En ocasiones resulta arduo abrirse paso por el entramado de las críticas de Ferlosio para intentar mostrar con ejemplos los mecanismos de manipulación sin “ocuparse” del asunto propiamente (pero, para eso, el ensayo se basta y es muchísimo más rico de leer), pero debemos intentar esa abstracción, aunque precisamente acabamos de decir que no era lo suyo la entelequia, y es que lo que queremos subrayar es por qué Ferlosio es un pensador de los que no caben en la cabeza, y cómo es que incita y exige y concreta eso que Loïc Wacquant identifica como la primera función del pensamiento crítico. Sería ocioso decir solamente que estamos rodeados de alegorías tan supremamente elaboradas, todas de palabras mágicas y sagradas —no en vano empiezan a aparecer las mayúsculas a las que debemos atender, porque, con ellas, ya comenzarán a desfilar los dioses—, aunque es así y ya veíamos en otro apartado como hasta el Papa mismo ha acudido a la muletilla del “Progreso humano” para mixtificar el dolor ante la muerte de 2.500 personas en una fábrica en la India. Todavía habríamos de decir un poco más, y es que para Ferlosio, hay tipos de alegoría “*ya tan recibida y tan asimilada, se han hecho tan de curso legal*”¹⁹⁴ que se podría decir que se han instituido con una fuerza tal que son precisamente no ya aquello que pensamos, sino con lo cual pensamos (o mejor aún: aquello que nos piensa), es lo que tenemos en la cabeza, nuestra racionalidad está toda configurada contando con ellas como “*verdad de lo representado*”¹⁹⁵, aquello con lo que “*todo el mundo da por bueno el razonar directamente sobre ella, sin preocuparse de convalidar la legitimidad lógica-conceptual de lo que, por pura y simple coherencia iconográfica, nos quiere despachar como plausible semejante lenguaje figurado*”,¹⁹⁶ y, por ello, vamos a seguir apenas esbozando ese contexto de poderosos predicados (que dan muchas ganas de quedarse dando vueltas en ellos) y tendremos que concentrarnos en lo que de cognitivo y cognoscitivo nos pueda sugerir la agudeza y el análisis de Sánchez Ferlosio, que es donde este estudio de su obra quiere centrar el énfasis porque ahí es también donde reside su potente pensamiento crítico.

¹⁹⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 18.

¹⁹⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p.18.

¹⁹⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p.18.

Junto a las alegorías, que resultan ser tan propicias para concretar exorcismos y neutralizaciones, donde también dura y perdura la mala fe de las supersticiones con las cuales damos rienda suelta a esa curiosa voluntad de *autoobnubilación* y cometemos un tremendo fraude (tremendo autogol) en materia de conocimiento es en la permanencia de esos “dioses” que no han cambiado y que, al contrario, continúan tapando huecos, llenando vacíos, permitiéndonos pasar —eso sí tras el respectivo pago— de racionalizaciones de tipo causa-efecto o de imposibilidades de meter en razones de tipo ecuación (por tratarse de cosas inquietantes, opacas, problemáticas) a otras sostenidas en relaciones de intercambio:

Esta conexión mítica es la que se mantiene inalterada cuando se habla de precio o tributo que hay que pagar por el progreso. La Historia, el Progreso y el Futuro, lejos de suscitar recelo alguno, se vuelven dioses en quienes se puede confiar en cuanto exigen tributos de sangre, y justamente gracias a exigirlos.¹⁹⁷

Convendría detenerse un buen rato en ese correlato antropológico (aquel régimen de ficciones que sostiene no sólo lo que él va a proponernos, sino la crítica que realiza al que fundamenta al capitalismo) que atraviesa el pensamiento de Ferlosio, y en este caso lo resaltamos porque en este mismo ensayo (como también en *O religión o historia*) Ferlosio no tiene reparo en reconocer que tanto en las religiones como en las ideologías revolucionarias, “*el vivir y el devenir humanos están supeditados a esa clase particular de relaciones de intercambio en que consiste el sacrificio*”¹⁹⁸, y precisamente será la alegoría de la Aventura Humana la que más favorecerá la conversión del accidente como “precio de sangre”, porque ese protagonista fantasmagórico (que no existe) de la tal aventura es trascendente a toda contingencia (viene sobreviviendo, al parecer, desde las cavernas, mismas según Ferlosio), es ajeno a la casualidad del accidente y se ampara en la causalidad (otra diosa: Ananké; decimos nosotros: Necesidad) del sacrificio: ¿por qué supeditamos el vivir y el devenir precisamente a todo esto? Eso también tiene ya pinta de ser un correlato filosófico de largo tiro y para otro momento.

¹⁹⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 15-16.

¹⁹⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 22.

Así pues, junto al Tren de la Tecnología, podríamos ubicar con Ferlosio otras alegorías potentísimas así recogidas en el epígrafe XXI (¡qué casualidad!, en plena marcha del siglo XXI):

ya en esta Marcha de la Humanidad hacia el Futuro estamos en el plano altamente alegórico de La Aventura Humana, en los dominios de una Historia universal, que comprende tanto la sucesión de las culturas —siempre en pretendida progresión autosuperadora— como los progresos políticos, humanísticos y hasta científicos.¹⁹⁹

A la *Aventura Humana* le dedica muchísimo espacio y análisis en este ensayo, según fuera explotada con el así presentado “sacrificio de los héroes del Challenger” una vez transfiguradas sus muertes, y luego de contarnos cómo venimos desde Homero alimentándola dentro y fuera de la literatura. De este modo, exclama con toda razón “cuántas ficciones representativas nos exige la construcción de una alegoría como la de la *Aventura Humana*”.²⁰⁰ Además, ¡cuánto compromete!; se entiende pues aquello que precisa Tomás Pollán, que esto de las alegorías es de armas tomar en tanto que “las mixtificaciones afectan también el trato con los hechos, con las cosas, y al comportamiento con las personas”²⁰¹ y afirma también, unas líneas antes, que “la manipulación cognoscitiva no sólo se trata de una operación intelectual e ideológica”, de manera que entendemos tanto con Tomás Pollán como con Ferlosio que la actitud epistemológica tiene consecuencias éticas y políticas. De ahí que luego de leer las críticas de Ferlosio en torno a este “cuento” aún vivito y coleando del Progreso y la Tecnología sea inevitable mirar con sospecha “el animal que inventa, emprende y se supera”, el pionero, único capaz de protagonizar aventuras, ya sabiendo de qué arcilla es con la que ha sido y sigue siendo moldeado y con qué vientos (tufos) es soplado ese Hombre con mayúscula, ese *homo universalis*, ese ser-Yo del que hemos comentado anteriormente, puesto que también, habrá que sospechar, si además como dice Ferlosio “el sedicente ‘espíritu de aventura’ no es sino el elementalismo emocional vinculado a la mala literatura resultante del remozamiento decimonónico de las arcaicas sagas fundacionales, o una regresión senil

¹⁹⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 29.

²⁰⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 19.

²⁰¹ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 49.

*hacia las lecturas de la infancia, con su percepción del mundo en clave de tebeo, por más que ese tebeo adopte los modernos escenarios de la ciencia ficción”*²⁰² y luego de leer eso se siente el rostro contraerse, pero dibujando una risita, no se sabe si de angustia, de absurdo o de dolor.

En otro texto que fue publicado junto al que venimos comentando en 1986, *La mentalidad expiatoria*, Ferlosio nos ilustra (porque hablarnos de ella en tanto que idea ya lo hace en muchísimos más textos) sobre otra alegoría que es crucial para sus críticas, aquella que representa como verdad “*la idea de una ‘historia con sentido’, la imagen de la historia como aeronave totalmente perfecta e indefectible, hasta el extremo de excluir de manera taxativa que ninguno de sus innumerables accidentes pueda jamás deberse a ‘fallo técnico’ [su concepción misma], sino siempre a ‘fallo humano’, es una idea que se aproxima mucho a la idea religiosa de un mundo o un universo bien creado, que a su vez trae consigo, por cereza gemela, la noción de armonía universal*”.²⁰³ En esta alegoría hay dos ideas cruciales en la crítica de Ferlosio, siendo la primera la idea de “sentido”, bastante compleja como ya lo hemos mencionado un poco en el apartado de la “disposición cognoscitiva”, a propósito del “tiempo consuntivo”, y es que comporta una tensión, porque, por un lado, tener el poder de dar sentido una y otra vez, lo cual implica poderlo suspender es, al mismo tiempo, el abrir la palabra (es por esto que, cuando se suspende el sentido, la astrología se convierte en astronomía y la alquimia en química: es cuando también nace la ciencia) y el emanciparse del objeto frente a designios utilitarios (cuando la ciencia era ciencia y no era deporte ni “Investigación” con mayúscula); dar y suspender el sentido es algo específicamente humano, una facultad además muy especial y productiva de la mente humana:

El animal estaría él mismo inmerso en el sentido; el hombre estaría en cambio fuera de él; el animal actúa embargado, el hombre puede desembargarse a cada instante, merced a la

²⁰² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp.13-14.

²⁰³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La mentalidad expiatoria* (1982, publicado en 1986 como apéndice a *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 79.

proyección reflexiva que hace de su situación presente. El hombre se desdobra en sujeto y agente o es capaz de hacerlo.²⁰⁴

De ahí se comprende que José Antonio Ruescas proponga en su ensayo que Ferlosio no elabora una distinción sistemática entre “sentido” y “significación”, sino que pareciera referirse a uno y otro concepto sin haber elaborado una distinción entre ellos²⁰⁵. Y, por otro lado, que es como el mismo solo que inclinado no hacia la potencia sino hacia la imposición, al sentido que se impone porque es fuerza, Ferlosio también hablará —según retoma Ruescas— de llamar “‘sentido’ no al designio mismo, sino al vector que, presidido ya sea por un designio, ya sea por un deseo, ya sea por un temor o cualquier otra inclinación del alma, coordina, polariza y reúne en una misma configuración unitaria y dirigida todos los actos, todas las percepciones, todas las nociones que forman el contexto habitual o necesario de tal inclinación. El sentido sería —por tomar un ejemplo de la física— como la fuerza, que al surgir un polo magnético en un espacio en equilibrio, desneutraliza ese espacio y lo convierte en lo que los físicos llaman “un campo”, donde los cuerpos ya no disfrutarían de la indiferencia ideal del equilibrio, sino que se verían sometidos a una tendencia polar determinada y, por lo tanto, orientados con arreglo a un vector direccional”²⁰⁶.

Y la otra idea es la de “una historia con sentido” o “el sentido de la historia” y esta cita y esta detención que estamos haciendo ahora se deben a que también se ilustra, en esta figuración, en esta alegoría, cosas que nos hemos estado preguntando y donde vienen casi a confluir las dos cosas anteriormente señaladas a propósito del sentido: inclinaciones, fuerzas del alma que, por ejemplo, comanden, cual voluntad, esa autobnubilación, esa

²⁰⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 693.

²⁰⁵ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 48: “Parece utilizar indistintamente ambos conceptos. O, al menos, es claro que ambos están muy relacionados. En efecto, cuando recapitula su noción de “sentido”, este concepto resulta muy cercano a lo que antes hemos llamado “significación” y retoma de Ferlosio estas palabras: “dar sentido a un objeto es integrarlo en un contexto metonímico que le confiere un papel determinado”.

²⁰⁶ El texto de Ferlosio que extracta Juan Antonio Ruescas procede de Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria* acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 616.

protección ante lo extraño, esa debilidad ante lo inabarcable que hemos mencionado. Que Ferlosio refiera temores, deseos, designios como fuerzas actuantes en un campo donde van a confluír los actos, las percepciones y las nociones que intervienen los cuerpos conectados, es decir, nuestras relaciones con otros, con la naturaleza, con los animales, con toda “alteridad”, es algo que llama poderosísimamente la atención, nos hace pensar precisamente en aquello que quizás compone una mentalidad, y que es como una combinatoria, que inquieta en algunas de sus resultantes, de mirada, palabra, sensibilidad y hasta fe. Lo anterior también puede constatarse en la inquietud de Ferlosio a propósito de “el sentido de la historia” en *La mentalidad expiatoria* donde menciona con asombro el grado de funcionalidad de dicha expresión: empieza afirmando que “*algo tan obvio, tan empírico y tan sensible como para los ojos de los demás mortales es el correr de un río y el sentido de sus aguas*”, y cómo le costará, y cuánta intranquilidad sentirá al darse cuenta de que “*‘el sentido de la historia’ fuese algo percibido por algunos con una fe tan sólida como la que se presta a lo que ven los ojos de la cara ante el correr de un río*”²⁰⁷.

Respecto de nuestra investigación acerca de lo cognoscitivo, lo cognitivo y las manipulaciones sobre las cuales tenemos afincadas las pretensiones cognoscitivas a que nos entregamos ciegamente convencidos de estar en vías del conocer, es que esta alegoría de el sentido de la historia, pero también así las anteriores a las que hemos aludido, estén como dirá Ferlosio “*aprisionada en el más riguroso dogmatismo*”²⁰⁸ sin permitir cuestionamiento alguno, ni siquiera desde esas obviedades empíricas (no se alcanzó la Luna), y, en este caso, lógicas, del fraude: que no se pueda por ejemplo decir que los dioses son malos porque se complacen con sacrificios y se diga al unísono que los sacrificios son buenos porque complacen a los dioses, y que eso no está en duda y punto. La consecuencia cognoscitiva, por decirlo así, del dogmatismo es que no habría experiencia del conocer, sino tan solo necesidad de informarse y hay que decirlo claramente: en esas andamos, informándonos. Y otra consecuencia tiene que ver con el agravante de que esos giros fraudulentos no son nada fáciles de vislumbrar, de percibir, ni aún en las generosas

²⁰⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La mentalidad expiatoria* (1982, publicado en 1986 como apéndice a *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 76.

²⁰⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 29.

explicaciones de Ferlosio, y, además, llevamos años y años en que nos enredan y nos envuelven (es tan difícil de escribir en las propias palabras eso; un intento sería: confundir “lo que hay” con “causa” y hacer con “lo que hay” como valientes y guerreros, como los que salen adelante, porque logran sortear las condiciones), haciéndose cada vez más herméticos, según también reconoce en el siguiente pasaje en el que afirma: *“la circularidad de circunstancias de que sea tanto el sacrificio quien demanda dioses, como los dioses quienes demandan sacrificios, hace difícil adivinar si lo que, en última instancia, se defiende es la grandeza de los dioses o la necesidad del sacrificio”*²⁰⁹- Y todavía se puede hacer aún más cruel y al mismo tiempo más sutil la consecuencia, tal y como la describe en el pecio *Inmovilismo*, con una casi alegoría: *“El inmemorial principio de causalidad, presupuesto primario de toda acción humana dirigida conforme a consecuencia de sentido, se estaría convirtiendo —o revelando—, así pues, como un encantamiento que podría designarse como “espejismo del tiovivo”: el caballito blanco persigue eternamente al caballito negro, que eternamente persigue al caballito blanco. La eterna fuga del negro parece efecto de la persecución del blanco y a la vez causa de la fuga de éste, que a su vez... etcétera”*²¹⁰.

Así pues, dogmatismo e inmovilismo, las *con-secuencias* que hemos señalado de las manipulaciones cognoscitivas que realizamos con la pretensión de conocer, vienen a cumplimentar y a sostener (haciéndonos cómplices) aquello que Ferlosio tanto aborreciera y a lo cual dedicara tantas palabras con una fuerza que deja sentir el malestar quizás proporcional a la humillación, la abyección que es el silenciamiento de todas las injusticias, las muertes, los dolores y los sufrimientos de los cuerpos que, como “carne de cañón”, sufren en los distintos frentes y hogueras de cada continente: el mito de la dominación; y, podríamos decir para efectos de lo que estamos explorando, la dominación de los absolutos, por un lado, de esos principios que, universalizados, se convierten en verdad así presentada y representada (como lo que vimos que pasa con las alegorías), y, por otro, en cuanto a la facticidad que está relacionada la concepción proyectiva de la historia, esa

²⁰⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 29.

²¹⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. “Inmovilismo”, artículo publicado en el diario *El País* el 29 de abril de 1995. El artículo está disponible en el siguiente enlace: https://elpais.com/diario/1995/04/29/ultima/799106402_850215.html.

historia con sentido, que domina imponiendo una totalidad y una finalidad. La dominación, como recoge Ruescas en su texto sobre la religión y la historia en Ferlosio, es para nuestro autor una *“muestra ejemplar del pecado de cobardía intelectual de la “buena voluntad” que rige toda racionalización”*,²¹¹ que ya nosotros hemos visto cómo suelen ser incluso fraudulentas en una humana condición tan mermada y allanada como la que hemos ido urdiendo, y los absolutos “Historia”, “Sentido”, “Patria”, “Progreso”, etc., vendrían siendo a su vez expresión de lo que, en el mismo texto Ferlosio describe como *“una perdurable y cruenta sinrazón perpetrada contra los “bienes” de la vida por los “valores” de la historia”*,²¹² una manera de no dar cara *“por decirlo con Don Quijote, a la ‘razón de la sinrazón’”*.²¹³ Hay en el texto de Ruescas que hemos acabado de citar dos, podríamos decir, corolarios a esta exploración de la “manipulación cognoscitiva en la obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio que son absolutamente imprescindibles para hallar la clave de arco del conjunto de reflexiones del autor. En el primero de los pasajes que queremos destacar: *“Hay, por tanto, un caso particular de “sacrificio de los bienes en el altar de los valores” que preocupa especialmente a Ferlosio: aquél que tiene lugar cuando se justifica la dominación y el sufrimiento a partir de la idea de sacrificio”*.²¹⁴ En el segundo de los pasajes, se profundiza y se da un paso más en la reflexión anterior:

Si la vida es, absolutamente, el mayor bien, lo abominable de la violencia (adopte la forma que adopte) radica precisamente en que provoca la pérdida inútil e irreparable de ese bien. Por eso, en ocasiones, el pensamiento impugna los relatos de la historia que asimilan la muerte y el sufrimiento, integrándolos como partes de procesos que, en su totalidad, les darían sentido. Por eso, en ocasiones, el pensamiento impugna los relatos de la historia que asimilan la muerte y el sufrimiento, integrándolos como partes de procesos que, en su

²¹¹ Ruescas, Juan Antonio. *Religión e historia en los ensayos de Rafael Sánchez Ferlosio*, ISEGORÍA, Revista de Filosofía Moral y Política, n.º 47, julio-diciembre 2012, 544. La cita proviene de Sánchez Ferlosio, Rafael. *God & Gun* (2008), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos II. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, p. 524.

²¹² Sánchez Ferlosio, Rafael. *God & Gun* (2008), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos II. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, p. 524.

²¹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *God & Gun* (2008), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos II. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, p. 524.

²¹⁴ Ruescas, Juan Antonio. *Religión e historia en los ensayos de Rafael Sánchez Ferlosio*, ISEGORÍA, Revista de Filosofía Moral y Política, n.º 47, julio-diciembre 2012, p. 544.

totalidad, les darían sentido. En tales relatos se considera que la muerte o el sufrimiento han servido al avance de una determinada “Causa”.²¹⁵

También Tomás Pollán reconoce ese pensamiento crítico de Sánchez Ferlosio en la medida en que *“describe y denuncia varias formas de manipulación cognoscitiva de las cosas, hechos y comportamientos. La más frecuente y la de consecuencias más graves es la que desustantiva la practicidad irreductible de los hechos colocándolos bajo la férula del sentido”*,²¹⁶ que, en el ejemplo que explicitamos del accidente, sería arrebatarle esa condición de fortuito y de casual que posee, lo que tiene de inquietante y de opaco, dirá Pollán, y podríamos añadir algo sobre lo que profundizaremos en el apartado siguiente: el sentido adapta, mientras hace digerible, las cosas, los hechos y los comportamientos, de acuerdo a las necesidades del “público” que no tolera, no resiste lo problemático para las inercias mentales que no son otra cosa que todos esos supuestos y expectativas en cuya constancia creemos poder descuidadamente confiar. No podríamos dejar de mencionar que aún hay en *Personas y animales...* una afirmación tajante de Ferlosio a propósito de estas manipulaciones que venimos comentando, y es cuando nos introduce a la más vil de todas:

La idea manipuladora por esencia, la manipulación de manipulaciones, la manipulación como sistema, es la idea de la Armonía Universal. Ese es el exorcismo Urbi et Orbi, el exorcismo solemne y general que termina con todos los demonios.²¹⁷

Esta idea ya había hecho presencia en tres referencias textuales en este apartado y la habíamos dejado —a propósito— sin decir nada sobre ella. La primera aludía a la Armonía Universal como aquello que la naturaleza por sí misma impugna y que es uno de los motivos por los cuales manipulamos la imagen de la naturaleza de manera que no desentone en nuestro relato. La segunda nos la presentaba junto a la idea de una historia indefectible que no falla nunca según está concebida sino que siempre es la “humanidad dándose” la que falla. Propugnar una Armonía Universal implica poner en marcha todo lo

²¹⁵ Ruescas, Juan Antonio. *Religión e historia en los ensayos de Rafael Sánchez Ferlosio*, ISEGORÍA, Revista de Filosofía Moral y Política, n.º 47, julio-diciembre 2012, p. 544.

²¹⁶ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), pp. 48-49.

²¹⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 19-20.

que sea necesario (todas las demás alegorías además van a beber de ésta, por eso es la más relevante) para que las cosas, los hechos y los comportamientos se presenten, acomodándose, a la manera de ecuación aritmética (ambos lados de un igual: noción de correspondencia, como de equilibrio o de equivalencia) que sopesa cantidades cuantificables de dolor y sufrimiento y de felicidad y ventura y que se invoca y convoca del mismo modo que el refrán que reza “no hay mal que por bien no venga”. Así lo dice Ferlosio:

A cualquier tanto de felicidad —que como saldo deudor llevaría signo menos— se haría corresponder otro tanto equivalente de dolor.²¹⁸

En dirección a la “Armonía Universal” parece que va el Tren de la Tecnología, y también hacia ella navegan los protagonistas de la Aventura Humana y parece también que el Sentido de la Historia no sea otro que alcanzar, a toda costa, esas playas paradisíacas. El “costo” de esas costas lo explicita Ferlosio en *La mentalidad expiatoria* no es otro que la asimilación del dolor y del sufrimiento, su manipulación al insertarlos en la ecuación:

El dolor era la torva peña inquebrantable contra la que una y otra vez tenía que estrellarse todo intento de entender y aceptar de corazón la idea de la infinita bondad de Dios, todo intento de organizar una configuración plausible de un mundo bien creado, de acabar de orquestar sin disonancia alguna la gran tachunda de la armonía universal.²¹⁹

Esto y no otra cosa es lo que más suena y resuena hoy, en tiempos de transhumanismos y *cyborgs*, sin que se modifique la negación de la discontinuidad y la indeterminación del animal específicamente humano que, con cada nacimiento, inaugura, una vez más, pero cada vez menos, la posibilidad de humanidades diferentes, como decíamos con Ferlosio al comienzo del apartado. Al retomar el asunto de la mirada y la palabra, en esa misma cita que acabamos de recordar de *Personas y animales...* se menciona la altísima exigencia para dejar sin base estas manipulaciones y estas

²¹⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La mentalidad expiatoria* (1982, publicado en 1986 como apéndice a *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 81.

²¹⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La mentalidad expiatoria* (1982, publicado en 1986 como apéndice a *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 80.

fraudulentas racionalizaciones: una mirada —ingenua y cultivada— que sepa ser respetuosa y leal. En el texto, Ferlosio alude solo a la naturaleza, pero nosotros lo ampliamos también a las palabras, en una palabra, al mundo. Y lo hacemos porque quizás nos parezca un eco de lo que Ferlosio mismo nos permite pensar y es que “la cuestión ética por excelencia” comporta dos verbos claves para desmontar ese esquema de ecuación purificadora que es como una obstinación:

- “Escuchar” cómo protestan la felicidad y el dolor de ser maltratados al concebirlos como si de algo contable se trataran.
- Y “mirar” el abismo que pretendemos ignorar con esos consuelos que creamos: el desgarramiento del dolor, su irreparable marca, pues no olvidemos que no comparecer y no tener que dar cara a ello es donde se originan trampas, cinismos, hipocresías, supersticiones y dogmatismos.

Resumen

Si en el apartado anterior, dedicado a las “villanías cognoscitivas”, dirigimos nuestra atención al *quién* de dichas acciones, al sujeto que incurre en una falta de respeto durante la “actividad cognoscitiva”, en el que hemos abordado, que ha desarrollado la cuestión de las “manipulaciones cognoscitivas”, se ha puesto la atención en los objetos y cosas irrespetados, falta de respeto que se produce porque no buscamos un genuino y apasionado conocimiento del mundo sino tan solo pretendemos estar realizando tal búsqueda.

Uno de los puntos de partida de las “manipulaciones cognoscitivas” es el pánico desatado por el no saber qué hacer con aquello que no encuentra acomodo en la orquesta de lo dado, de lo propio y de lo familiar, y tiene como desarrollo “el ignorar la alteridad” de los llamados “extraños próximos” que son los animales, la naturaleza toda y los niños. Ferlosio precisará el campo de dichas manipulaciones y afirmará que, en el caso del niño, se tratará de negar la discontinuidad que la infancia supone con el mundo adulto (discontinuidad que conlleva una indeterminación que aparejaría, a su vez, la posibilidad de humanidades diferentes); en cuanto al chimpancé, es la semejanza lo que se trata de poner fuera de juego; la cuestión general es que todo, y en especial la humanidad, sea idéntico a sí mismo, que no haya ambigüedad.

Cuando nos encontramos con la alteridad, cuando vamos a acercarnos a ella, procedemos a neutralizarla, neutralización que desplegamos llenándonos de prótesis, de ‘meras’ palabras a través de las cuales trasladamos y/o reproducimos las condiciones propias, las del yo, las del Yo, incluso bajo un “nosotros” que levanta sospechas. Poniendo como ejemplo la llegada del hombre a la Luna, Ferlosio dice que el problema no son las prótesis o la necesidad de ellas, lo ruin de la cuestión es que se anuncie dicho encuentro no como un “situarse junto a” sino como un “haber alcanzado” —como un abrazarlo “abarcándolo” todo que es como lo mismo que decir “acabándolo”—, detrás del cual ruge un algo “dominado”, “conquistado”, “apropiado”; allanada así la Luna, allanada así la

palabra, queda también allanada la humanidad: tan incapaz y débil ante lo otro, lo que no le cabe en la cabeza, que parece que no le queda otra que correr y traerlo hacia sí bajo el manto de una habilidosa maestría con ellas ejecutada con las palabras.

Ferlosio, refiriéndose a la “alta pirotecnia del lenguaje”, indica que lo que va quedando claro es que no son las palabras las que se inflaman (como en algún momento se ha sugerido, por ejemplo cuando ellas, siendo categorías, pueden moverse de un contexto a otro y abrirse, expandirse, ensancharse, y aprestarse a crear sentidos y mundos diversos), sino que es el público el que a fuerza de “grandilocuencia” y “prosopopeya” se ‘calienta’ y ‘recalienta’, eso sí, al furor de la palabra. En consecuencia, eludir, por un lado, la inflamación del lenguaje y evitar inercias a las que estamos acomodados con perezosa ausencia de reflexión crítica, y, por otro, construir un estilo y una utilización de las palabras que hagan posible un discurso ajustado a la realidad de las cosas, se presentan como caminos irrenunciables para evitar incurrir en groseras “manipulaciones cognoscitivas”.

Un ejemplo de esa pirotecnia del lenguaje es el que se refiere a cómo se procede a la neutralización y consiguiente suplantación ante lo más ignoto: la muerte. En el ensayo *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, en el contexto del infortunio del transbordador espacial Challenger, Ferlosio afirma que “llamarlo”, “nombrarlo”, “enunciarlo” como el “precio de sangre” que cualquier etapa de la aventura humana ha tenido que pagar (así como “los mártires” de cualquier Causa), además de que consagra a la muerte, es una racionalización engañosa del accidente. Este mecanismo, articulado usualmente a través de la utilización de alegorías, conlleva la transmutación del dolor y la muerte —por las vías de una racionalización fraudulenta— en vivencias con un sentido y una finalidad, todo ello a través de una explotación del poder performativo de la palabra a costa de su virtualidad significativa. De este modo, surgen predicados superpoderosos tales como “Investigación”, “Desarrollo”, “Innovación”, “Tren de la Tecnología”, “Progreso”, “Gran Empresa de la Humanidad”, “Aventura Humana”, predicados que se convierten en Dioses que nos proporcionan las ideas finales de “Sentido de la Historia” y “Armonía Universal”, fraudes racionales definitivos que implican poner en marcha todo lo que sea necesario para que las cosas, los hechos y los comportamientos se presenten, acomodándose, a la manera de ecuación aritmética (ambos lados de un igual: noción de

correspondencia, como de equilibrio o de equivalencia) que sopesa, por un lado, cantidades cuantificables de dolor y sufrimiento y, por otro, de felicidad y ventura, convirtiendo la muerte y el daño en sacrificios necesarios a esas divinidades artificiales que hemos creado a través de las palabras.

En *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, Rafael Sánchez Ferlosio menciona la exigencia fundamental para dejar sin base estas manipulaciones y estas fraudulentas racionalizaciones: una mirada —ingenua y cultivada— que sepa ser respetuosa y leal. “La cuestión ética por excelencia” comporta dos verbos claves para desmontar ese esquema de ecuación purificadora que es como una obstinación:

- “Escuchar” cómo protestan la felicidad y el dolor de ser maltratados al concebirlos como si de algo contable se trataran.
- Y “mirar” el abismo que pretendemos ignorar con esos consuelos que creamos: el desgarramiento del dolor, su irreparable marca, pues no olvidemos que no comparecer y no tener que dar cara a ello es donde se originan trampas, cinismos, hipocresías, supersticiones y dogmatismos.

VI. Las atrofas cognoscitivas

A lo largo del vasto conjunto de ensayos y artículos escritos por Rafael Sánchez Ferlosio es claramente perceptible su intención de hallar, perfilar y definir los exactos perfiles de cualquier tema o cuestión. El abanico temático de Ferlosio abarcó un amplio y variado espectro. Expurgamos a continuación algunos de los más significativos con voluntad de mostrar más de que demostrar:

- La conquista de América por los españoles:

Al Santo Padre Juan Pablo II, don Carlos Wojtyla, titular de esta modesta parroquia de Cracovia en que se ha convertido hoy la Cristiandad, no se le ocurrió mejor cosa que ir a decir que el descubrimiento, la conquista y colonización de América no habían sido un fracaso sino un triunfo del cristianismo precisamente a Puerto Rico, donde, como es sabido, los habitantes taínos, junto con los de otras grandes Antillas que ocupaban, se habían extinguido ya del todo hacia 1540. Se ha explicado tan rápida extinción de esta etnia entera, más que por las muertes producidas por los españoles o por la simultánea destrucción de sus configuraciones de vida y sociedad, por el contagio de enfermedades traídas por los invasores, contra las que los isleños carecían de defensas orgánicas.

Es muy verosímil que la obra de estos contagios tuviese la importancia que se le da, pero, por lo pronto, es muy difícil separar su poder mortífero de la dispersión y desarraigo de los individuos de sus comunidades y asentamientos primitivos, para ponerse al servicio de los cristianos. Así que, aunque éstos hubiesen desplegado un verdadero celo misionero en las Antillas, lo más que podrían decir sería: “Nuestra intención de ganar nuevas almas y nuevos pueblos para la Fe de Cristo no pudo ser mejor, pero no podíamos prever que las enfermedades acabarían tan rápidamente con nuestros catecúmenos, así que llegamos a tiempo para poco más que darles cristiana sepultura”. La cristianización de las Antillas vino, así, a ponerle una cruz a la fosa común de la entera progenie que, por la propia llegada de los cristianos, se extinguió.

Decir otra cosa es persistir en la concepción territorialista que la Iglesia aprendió del Estado desde el gran contubernio de Nicea, en que la expansión del cristianismo, más que ganar

nuevos pueblos para la fe de Cristo, consiste en añadir nuevos territorios a la Administración romana, con fundación de nuevas sedes episcopales y provisión de los correspondientes titulares, pues lo único que en realidad quedó definitivamente convertido al cristianismo fue el puro territorio de las islas, trocado en cementerio de sus aborígenes.²²⁰

- Sobre el carácter de la violencia.

1. Cualquier nominalista se mostraría conforme si yo dijese: “Voy a usar el término violencia únicamente para la violencia física, o sea, cuando se ejerce una fuerza sobre el cuerpo de otro o se le infiere un daño corporal”. Se mostraría conforme por cuanto aquí la precisión del término quedaría satisfactoriamente asegurada por la evidencia empírica: cualquier actuación de mis brazos sobre el cuerpo de otro para obligarlo, por ejemplo, a no moverse, cualquier golpe con la mano o incluso cualquier herida con un arma que no exija siquiera contacto corporal, como una espada o una pistola, son, en efecto, visualmente perceptibles.

2. Sólo con un nominalista muy tonto empezarían las dificultades con la violencia corporal en su fase conativa, o sea, con la amenaza; si consigo del otro lo que quiero amenazando darle una paliza, tal vez el nominalista muy tonto preferiría distinguir este caso como “violencia moral”, puesto que la presión o el daño corporal no han llegado a producirse. Un nominalista normal, aun limitando convencionalmente el término “violencia” a lo que afecte al cuerpo, aceptaría considerar como violencia la amenaza corporal que consigue sus fines sin necesidad de ejecutarse.

3. Pero es precisamente en este último punto, el de conseguir los propios fines, donde aparece la insuficiencia del convencionalismo terminológico del nominalista, que se conforma con distinguir con precisión, despreocupándose de asemejar. Aquí es donde se justifica la protesta de un antinomialista radical —como el que yo, por inclinación y por decisión, tiendo a ser— ante el convencionalismo burocratizante de los nominalistas: tan importante como establecer con precisión la diferencia que delimita la aplicación de un término es decir el campo de semejanzas (o, como antaño se decía, el género próximo) en cuyo seno va a jugar tal diferencia. El antinomialista sostiene que esta decisión —la de fijar, bajo el criterio que fuere, el campo

²²⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Esas Indias equivocadas y malditas* (1988-1991), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 2. Gastos, disgustos y tiempo perdido* (2015), Ed. Debate, pp. 384-385.

de semejanza más idóneo o más fecundo— no es en modo alguno indiferente para el conocimiento de las cosas mismas.²²¹

²²¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *El alma y la vergüenza* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 98.

- Sobre el terrorismo.

Monzón ha dicho alguna vez que los etarras de hoy son los gudaris de mañana. Si la frase supone semejanza entre las dos figuras, es muy desacertada; pero lo errado de igualarlas no quita lo oportuno de una comparación. Matar, que es lo que tienen de común, cubre en cada una de ellas distinto contenido. El fin inmediato revelará en seguida tal disparidad: si a un terrorista, por una parte, y a un soldado (gudari), por la otra, el hombre que cada uno de ellos va a matar se les muere de un rayo unos momentos antes, para el soldado será tan valedero, según su propio fin, el efecto de tal rayo como si a su fusil fuese debido, mientras que el terrorista juzgará que el rayo ha desbaratado su propósito y frustrado su fin. El ser él y no otro el agente parece, pues, esencial al contenido de la acción del terrorista; así que al menos tanto como su efecto en el matado cuenta su efecto sobre el matador. Este segundo efecto no es, como el otro, un resultado físico, sino una atribución, una especie de valor a inscribir en el haber de la persona; no tiene más forma de realidad que la de la palabra, no otra vigencia que la de noticia. El terrorista, pues, hace para haber hecho, mata para haber matado, y cuando reivindica una muerte está diciendo “póngase a mi nombre”, “cuéntese de mí”. Lo que le importa al terrorista, a diferencia del soldado, no es que su víctima muera (esté muerta), cosa que está desentendida de quién sea o no sea el agente, sino poner (tener) en su haber nominal el haberla matado. Por eso tiene que firmar sus muertes, que de modo específico serán muertes firmadas.²²²

- Sobre la ostentación, su tipología y su contexto histórico y sociológico:

Ya no se trataba de la ostentación, por así decirlo, “positiva” (...) aquella ostentación positiva de “ser más”, sino la ostentación negativa de “no ser menos”. Aun en la propia España de los años cincuenta y sesenta, cuando hubo una fuerte emigración no sólo al extranjero sino también, sobre todo desde las provincias rurales, a Madrid, pude observar directamente cómo hasta en los más míseros barrios de chabolas la ostentación negativa del “no ser menos” imperaba angustiosamente sobre las más precarias economías familiares hasta el extremo de que, no pudiendo, por supuesto, expresarse cotidianamente, “obligaba” a las familias a

²²² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Notas sobre el terrorismo* (1980), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 2. Gastos, disgustos y tiempo perdido* (2015), Ed. Debate, p. 99.

gastarse lo que tenían y lo que no tenían al menos en las ocasiones festivas de las bodas, los bautizos y las primeras comuniones. Por lo demás, tampoco podría sostenerse que la ostentación negativa sea una novedad inventada de raíz por la economía hiperproductiva, puesto que, sin ir más lejos, ya El lazarrillo de Tormes nos presenta a aquel hidalgo pobre que, al salir a la calle, se rociaba de migas la pechera para fingir que había comido; lo que hizo el empresariado americano de los años veinte fue redescubrir ese filón.²²³

- Sobre el camino equivocado por el que deambula la cultura española:

La cultura española no recuerda, pero anda loca por conmemorar. Una vez más, con una recurrencia que alcanza obstinación de pesadilla, se pide la traída a España de los restos de Machado. No sé cuándo se tendrá la delicadeza de recordar que no fue circunstancia fortuita ni trivial la que le llevó a dar con sus huesos en Colliure, y sobre todo que no debe su sepulcro a algún anónimo e indiferente azar administrativo, sino al personal impulso de una piedad de una mujer francesa, y comprender que ni aquella última huella de su vida tiene por qué ser borrada ni tan tierno acto de hospitalidad postrera merece ser deshecho, sino perpetuado. (...) ... lo último que se está urdiendo contra el descanso de aquellos pobres huesos es nada menos que confiar el encargo a una comisión constituida por la Real Academia y presidida por el Rey, con lo que la amenaza tocaría esta vez en dimensiones de homenaje nacional. ¡Justo el gasto que estaba haciendo falta para aliviar el superávit del presupuesto de cultura! Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas.

El asunto es tan viejo y reincidente como un vicio malo, y ha dado ya lugar a toda suerte de manifestaciones ejemplares. Hace algún tiempo, Antonio Guerra, corresponsal en Sevilla de Diario 16, tras dar cuenta, como de una conjura contrarrevolucionaria, de una campaña del ABC local para llevar los restos de Machado al panteón de sevillanos ilustres, decía: “En opinión de estos medios [los medios culturales y políticas de la oposición andaluza], ABC es el menos indicado a promover una campaña de este estilo, ya que la línea seguida por este periódico en los últimos cuarenta años difiere del pensamiento del poeta y de sus ideas políticas”. Y un poco más abajo citaba textualmente las palabras de Alfonso Guerra, secretario de organización del PSOE: “La derecha reaccionaria, que tantos años ha colaborado con el franquismo, quiere adueñarse del patrimonio cultural que supone la memoria de Antonio Machado, en una maniobra de claro oportunismo político”. Esto es puro delirio, pura demencia senil. Si de los

²²³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Non olet* (2003), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 273-274.

viejos chochos suele decirse que vuelven a la infancia, como cultura que chochea habrá que representarse la que incurre en regresiones como el materialismo fetichista, la magia de contacto o el “sana, sana, culito de rana”. Alfonso Guerra dirá que él no cree en esa magia, lo que, dicho de modo tan explícito, puede que sea cierto. Pero no es menos cierto que no hay por dónde quebrantar o desvirtuar sin sofisma o subterfugio la solidez de la cadena quien se apodera del cadáver se apropia de la memoria quien se apropia de la memoria se adueña del patrimonio cultural, y que esta cadena, mágica si las hay, se halla implícitamente presente en sus palabras. Con todo, la insidia grave no está en el tejemaneje funerario, que declarando abiertamente su condición de simulacro mal podría envolverla, sino en la concepción de la cultura como patrimonio.²²⁴

- Sobre el PSOE:

Puesto que la sola idea de mi presencia en el congreso de un partido político me evocó inmediatamente aquel título de Mark Twain, Un yanqui en la corte del rey Arturo, he supuesto que la intención de esta revista no era asignarme el papel de agente observador sino el de paciente experimental. Pero también el conejillo de Indias, el perro pavloviano o la ratita blanca de ojos rojos tienen una función útil en el laboratorio y pueden cumplir más o menos dignamente su cuota parte de responsabilidad. Por eso acepté venir y, por lo mismo, bajo el entendimiento de que mi papel no era tratar de comprender, sino abandonarme a la extrañeza y hacer de ella mi experiencia.

La forma en que Ramón Rubial aludió al hecho de que el partido tenga hoy el gobierno del país me recordó instantáneamente el modo en que una empresa suele referirse a la gestión o contrata de un proyecto que haya obtenido por licitación. Representarse las elecciones nacionales como un concurso de licitación para asumir la gestión gubernativa supondría concebir a la nación como un cliente del partido gobernante y equiparar, por ello, la relación entre el Gobierno y la ciudadanía con la que se establece entre partes contratantes. Tal equiparación es absolutamente indeseable. La nación no debe ser, en modo alguno, un cliente del Gobierno; el PSOE no debe verse como una empresa gestora contratada por los españoles; la relación no puede nivelarse con el tipo de otredad respectiva; de enajenación recíproca que en la esfera mercantil hay entre parte contratante y contratada. Ni siquiera el partido en cuanto tal puede ser ya a todos los respectos esa especie de *cosa nostra* que pretende el celo de muchos afiliados.

²²⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La demencia senil de la cultura española* (1980), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 2. Gastos, disgustos y tiempo perdido* (2015), Ed. Debate, pp. 91-92.

Durante la elección de la presidencia del congreso reparé en el gran retrato de Pablo Iglesias que, a manera de santo de cabecera, protegía el congreso, y me trajo a las mientes el asunto del culto al fundador, con la función característica que este culto desempeña en la unidad y en la identidad diacrónica de las órdenes religiosas, como instrumento de cohesión y perpetuación a través de los avatares de los tiempos. También para la perdurabilidad de los partidos parece que puede ser notablemente relevante la más o menos clara determinación de un fundador.²²⁵

- Sobre el PP:

me parecen perfectamente ineptos y hasta tontos los que le reprochan al candidato del Partido Popular [José María Aznar] no haber sacado a relucir, en el segundo debate contra el otro aspirante [Felipe González], el asunto de la corrupción. Esta cuestión —al menos para unos pueblos farisaicos como los modernos, infinitamente más sensibles al escándalo moral de los poderosos que a los descomunales pero legales o legalizados abusos de poder— era, sin duda, para decirlo en términos de póquer, un as o hasta una pareja de ases en la mano para la oposición. La falta de perspicacia de quienes le reprochan a Aznar el no haberlo hecho valer en la segunda ronda consiste en no darse cuenta de que era una baza ya jugada hasta el agotamiento. Todas, absolutamente todas las rentas electorales que el aspirante opositor podría jamás haberle sacado a ese as o pareja de ases estaban ya esquiladas y aun sobreexplotadas hasta la saciedad incluso antes del primer debate.²²⁶

- Sobre la estrategia del Gobierno de Estados Unidos tras los atentados del 11 de septiembre de 2001:

Alejandro Muñoz-Alonso, en su artículo “El peso de la púrpura” (La Razón, 15 de agosto de 2002), encontraba “sorprendente” que el histórico “enfoque moral de las relaciones internacionales basado en el respeto a los valores y principios inscritos en su Declaración de Independencia” por parte de Estados Unidos —que contraponía a la cruda “política de poder” de los europeos— se vea hoy cada vez más traicionado por el llamado “unilateralismo” americano. Esta actitud de no atenerse a los usos de lealtad hacia las demás naciones ni a las

²²⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Crónica del XXX Congreso del PSOE (1984)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 2. Gastos, disgustos y tiempo perdido* (2015), Ed. Debate, pp. 172-173.

²²⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Omisiones de Aznar (1993)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 2. Gastos, disgustos y tiempo perdido* (2015), Ed. Debate, p. 279.

vigencias del derecho internacional parece tomar ante los ojos de Muñoz-Alonso un demasiado elemental aspecto de pura y desnuda amoralidad. Pero es completamente inverosímil pensar que la acendrada y peculiar moralidad de los americanos —sea cual fuere la estimación que pueda merecernos— se aviniese a entregar su devoción patriótica a decisiones del Gobierno que no satisficiesen plenamente sus necesidades de buena conciencia, así como es no menos irreal imaginar que ni aun el más temerario de los estadistas sea capaz de prescindir de alguna especie de aparato ideológico, por amañado que sea, que le permita representarse a sí mismo con una imagen moral capaz de hacerle sentir justificadas y plausibles sus acciones. Hasta el mayor bellaco, al levantarse de la cama, necesita verse guapo en el espejo del lavabo.

Pero lo pintoresco del caso está en que aquella misma Declaración de Independencia — junto con los padres fundadores que la establecieron— a cuyos “valores y principios” remite Muñoz-Alonso la tradición moral americana está preterida por el Gobierno actual aparezcan igualmente invocados, de manera explícita, como autoridad suprema, salvo que para fundamentar, por el contrario, la posición diametralmente inversa: la de encarecer y apoyar como perfectamente acorde y consecuente con esa misma tradición la actual política de guerra del presidente Bush, en un manifiesto doctrinal tan circunstanciado, omnicompreensivo y razonado como la “Carta de América, razones de un combate”, del 14 de febrero de 2002, firmada por sesenta representantes de la más conspicua intelectualidad americana.

Esta contradictoria duplicidad de los servicios ideológicos a los que, en principio, parecerían prestarse los Padres Fundadores y la Declaración de Independencia, puede aclararse, a mi juicio, conviniendo en marcar con trazo fuerte la contraposición entre lo que llamaré “internacionalismo” y lo que llamaré “universalismo”. El internacionalismo, que sería lo que Muñoz-Alonso lamenta ver erosionarse velozmente en la actitud y la actuación del actual Gobierno norteamericano, puede quedar delimitado por una estricta y exclusiva relación con el “derecho positivo”; por el contrario, para el universalismo, permítaseme adaptar la convención —que más abajo ha de verse bien fundada o motivada— de fijarlo mediante el rasgo de una no menos exclusiva relación con el llamado “derecho natural”. Sobre lo que es el derecho positivo sobran milenios de justicia instituida, promulgación de leyes, compilación de códigos, formalización de términos, como para que hoy se haya vuelto más o menos accesible a una definición de fisonomía casi “científica”. En cambio, lo que sea o pueda ser lo que llamamos “derecho natural” sigue siendo, desde los estoicos, que osaron suponerlo por primera vez, una cuestión privativa de la filosofía. Es una instancia esencialmente hipotética y sin duda resbaladiza y peligrosa (según Walter Benjamin, no le falta un sesgo por el que podría “legitimar” incluso el darwinismo social), pero absolutamente irrenunciable frente al propio derecho positivo.

Los profetas de corte del presidente Bush (...) ponen la voz directamente en el registro del “universalismo” y del “derecho natural”. El “internacionalismo” sólo aparece implícitamente connotado cuando afirman que atenerse a un dictamen de la ONU sería “una opción suicida”. El “derecho natural” asoma ya en frases como ésta: “Los fundadores de Estados Unidos, basándose en la tradición de la ley natural, así como en la afirmación religiosa fundamental de que todos los hombres han sido creados a imagen de Dios, asentaron como “evidente en sí misma” la noción de la igualdad en dignidad de todos ellos. La expresión política más pura de esta creencia en una dignidad humana trascendente es la democracia”. Y el “universalismo” sale, a su vez, a escena unas líneas más abajo: “consecuencia inmediata es la convicción de que hay verdades morales universales (que los fundadores de nuestra nación llamaron “leyes de la Naturaleza y del Dios de la Naturaleza”) y que conciernen, como tales, a todo ser humano”. Baste con esto para ilustrar la apretada conexión entre universalismo y derecho natural establecida por esos sesenta benigüigüis del Gobierno a raíz del bombardeo de Afganistán.²²⁷

La “actitud cognoscitiva” que se desprende de todos estos textos puede ser descrita con absoluta precisión a través del siguiente párrafo, obra de Tomás Pollán:

La protección de la distancia con las cosas y el respeto de la alteridad son indisolubles de la crítica implacable de toda forma de manipulación cognoscitiva que, obedeciendo a una **obsesión centrípeta**, tienda a allanar las distancias y a exorcizar la extrañeza de las cosas. Es por el campo privilegiado de la antropomorfización de la naturaleza por el que Sánchez Ferlosio comienza la crítica, poniendo de manifiesto el alcance y las nefastas y graves consecuencias cognoscitivas, prácticas y pedagógicas que comporta la inmunización contra el conocimiento de la alteridad.²²⁸

Con estas palabras de Tomás Pollán a propósito del pensamiento de Sánchez Ferlosio, podemos continuar este apartado, reuniendo así, tan sintética y claramente, (casi) todo lo que hemos abordado hasta el momento; he ahí que están hiladas en estas palabras de Pollán —siendo él inspiración para el ordenamiento de las ideas en este trabajo— las dimensiones de “lo cognoscitivo” que hemos estado desbrozando con la palabra misma de Ferlosio; he ahí, en esas tres líneas, la “disposición” (de respeto y cuidado del mundo y sus

²²⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La amenaza del universalismo* (2002), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 3. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, pp. 361-363.

²²⁸ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p.46.

cosas, la cual con no pocas dificultades se asume aún hoy, cuando las tendencias son muy otras), la “doble villanía” (tiránías desplegadas con las cosas del mundo, con la naturaleza y con nosotros semejantes en especie en esa posición que adoptamos en “el durante” de una pretendida cognición) y la “manipulación” (que cobra tantas formas como creativos —que no es lo mismo que creadores— podemos ser).

Pero lo que no está en esas líneas es la “virtud”, la fuerza, el vigor, el valor de la significación y de la palabra, la potencia de conocer en una manera específica de relación con el mundo y con las cosas, una manera exigente, porque no es la de la tranquilidad y el sosiego —veremos porqué— y precisamente, es esa potencia lo que adolece de atrofias o lo que, directamente, está atrofiado. Que no esté también presente en dichas palabras el afluyente de “virtud” se debe a que en ellas se nos habla del retorno crítico —y muy cuidado— presente en el pensamiento de Ferlosio en relación con el lugar donde se han gestado, según su parecer, estas malformaciones de la condición humana en su ánimo de conocer y que hemos ido abriendo en cada apartado. Encontramos, sí, en esas líneas, un meandro por el cual dejarse ir en busca de más elementos para describir, analizar, observar todo ese movimiento que, pudiendo ser entonces virtuoso, se corrompe: la obediencia a una obsesión centrípeta, y es precisamente esta obsesión, esta forma de la experiencia, la que hace acto de presencia en la crítica de Ferlosio una y otra vez.

En este apartado nos detendremos en dicha obsesión, en la obediencia que reclama, los efectos que produce, las formas de la experiencia del mundo y de las cosas que posibilita, y dos de las atrofias que, ya no solo que se padecen, sino que se producen, a saber: la adaptación y la superposición (o suplantación), y estaremos entonces a la caza y captura de lo que nos permita avizorar, en los ensayos de Ferlosio, la escasez que ocasiona, el retardo, la disminución, la falta de desarrollo, la degeneración, el proceso pues autodestructivo que toda atrofia es, y que arrastramos en materia cognoscitiva según el autor. Ya más adelante, en el último capítulo, será que esto se lleve hasta unas delicadas consecuencias: las derivas pedagógicas que comporta este decidido inmunizarnos contra el conocimiento de la “alteridad”.

i. La obsesión centrípeta

De la obsesión centrípeta, primera atrofia que estaremos desplegando, ya habíamos introducido, desde el ensayo de *Personas y animales...*, el movimiento que ella es, que ella hace, pero vamos a traerlo para tenerlo a mano y poder mirarlo más detenidamente. Viene hablando Ferlosio de la doble afrenta que se comete en el supuesto de conocer —que gobierna lo que sería un bello aliento— y que tenemos entre manos como una mera pretensión cuando traemos el mundo a lo ya conocido, allanándolo, tal como hacemos cuando le damos un nombre a un recién nacido; una villanía que cometemos tanto con el otro (el niño, que, en este caso, encarna lo desconocido, el abismo, la “alteridad” inconmensurable aun siendo cosa del mundo, naturaleza pura, antes de ser así nombrado) como con nosotros mismos (sujetos en (in)disposición de conocerle); dice, como ya vimos, que es un allanamiento “que redunde en una misma violencia para ambas [naturaleza y humanidad] y que remite a la obsesión centrípeta de una humanidad acobardada y capitidismínuida, que aborrece asomarse a la intemperie de cuanto la rebasa, que pugna sin descanso por echar sus tentáculos sobre cuanto amenaza desmadrarsele —ya natural ya humano que ello sea-, para aherrojarlo en el cerco de lo propio”²²⁹.

La crítica de la forma centrípeta de la experiencia es, según Ruescas, una constante en el pensamiento de Ferlosio, y a esto dedica no pocos apartados de su ensayo, en la cual nos hemos apoyado y seguiremos haciéndolo, y reconoce que aparece ya desde muy temprano en sus escritos, como también nosotros hemos podido constatar. Y es que en lo que va de corrido en esta exploración hemos casi puesto los pilares que nos permiten hacer ahora puente para desplegar algunos elementos constitutivos de esa crítica a una experiencia así entendida, dado que atenta contra toda “virtud” y “potencia” cognoscitiva; estos elementos que hemos trabajado antes y que remiten todos a la experiencia centrípeta son el egocentrismo (que no es lo mismo que la centralización), los principios de identidad y de individuación, el Yo (con mayúscula) y la “onfaloscopia”. Y, de esos elementos, algo podemos volver a decir, volver a evidenciar para perfilar, para caracterizar esa fuerza de

²²⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 15.

atracción que teniendo por centro —y en materia de cognoscibilidad— el Yo, despliega, con paradoja y con tristeza, la más feroz defensa contra el conocimiento mismo puesto que, parafraseando a Ferlosio, una vez puesto el mundo en casa, queda, a su vez, clausurado con un jamás el acceso a él.²³⁰

Cabe entonces comenzar recordando que hemos situado cómo nuestras concepciones (de las cuales dependen buenamente la manera en que nos organizamos, las formas en que humanamente desplegamos la existencia, encaramos la vida) están sostenidas, como si se tratara de un enjambre, de las relaciones y las articulaciones entre nuestra mirada y nuestras palabras, ambas afectadas mutuamente en su encuentro simultáneo y dependientes forzosamente de la dirección del movimiento que dibujemos según concebimos la relación mundo-ser²³¹ y que es en este enjambre, donde percepción, representación, imaginación y sensación convergen, donde la actividad del conocer acontece. Detengámonos un poco, ya aquí, en la dirección del movimiento ser — mundo, esto es: que salgamos hacia las cosas (el viaje que la mente emprende hacia el mundo) o que las traigamos hacia sí, asumiendo incluso la inconsistencia en la que se opera al presuponer la reversibilidad de un movimiento²³². Dicha inconsistencia, quizás, podríamos situarlo, pues, como un vicio de partida, muy asumido, con el cual contamos, así sin más, puesto que implica darle lugar, tan frívolamente, a que podemos hacer reversible o de reversa el movimiento del conocer y, entonces, traer el mundo a casa, lo cual es ya de por sí partir de un movimiento que arrastrará una con-secuencia, un efecto de un defecto si se quiere. Además, que “el supuesto de conocer” se haga descansar únicamente en ese “traer

²³⁰ “Poner el mundo en casa es la manera de lograr que jamás se acceda a él”. En Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiósticos* (2015), Ed. Debate, p. 25.

²³¹ Y, según cómo se conciben cada una de estas categorías, filosóficamente hablando, “ser” y “mundo”, un correlato que, como ya hemos dicho, junto al antropológico, sería muy interesante de precisar mejor en un estudio detenido en ello, del pensamiento de Ferlosio. De todas maneras, queda como sugerido (y será algo inevitable no entrar ahí) atreverse a pensar con otras categorías que, si bien no claramente delineadas, se pueden presentir en Ferlosio. Por ejemplo, pensar que “mundo” y “ser” se imbriquen de otra manera, como la que propuso Cornelius Castoriadis: un tipo de “ser” capaz de decidir su “modo de ser”, darse sus propias leyes (construir mundo para sí, sin que olvide que lo hizo), un “modo de ser” en el cual haya lugar para la creación en su sentido fuerte (libre de esencialismos y determinismos), donde el tiempo sea más que simple sucesión.

²³² Recordemos el paréntesis que casi no se recoge en el momento de referenciar qué es la significación para Ferlosio: “(un movimiento, en cuanto tal, es siempre irreversible; solamente un camino —es decir la objetivación de un movimiento— puede ser reversible)” en Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiósticos* (2015), Ed. Debate, p.24.

las cosas hacia sí” y que no se perciba la profunda inmovilidad que es, efectivamente, lo contrario de salir hacia las cosas (es decir, no salir), hay que reconocerlo, dificulta muchísimo entender el calado de esta crítica ferlosiana cuando, además, como puede ser posible que suceda, también aumente la confusión cuando en lugar de reversar (ese traer) se perciba regresar (por lo demás, tan necesario para la experiencia auténtica). Todo esto del movimiento y la dirección es, además, un paréntesis obviado, como recordábamos, precisamente en esta filigrana compleja de la crítica a la experiencia centrípeta, y queremos seguir pensando que hay ahí motivos de estudios posteriores interesantes. Seguiremos adelante con lo que hasta ahora podemos contar, que no es poco, para exponer la mencionada crítica.

En esta concepción de un conocer en reversa y, de paso, ahorrando la salida de cuantos comienzan el ‘juego’ del pensar y el conocer (los niños), puede avizorarse también cómo es que somos presa (fácil) de nuestros propios presupuestos, de esas categorías ontológicas greco-occidentales²³³, distinciones todas fruto de creación humana (con las que se forcejea no poco Castoriadis, por mencionar a uno no cualquiera, y que nos impedirán, según él, pensar de otras maneras, parir las nociones, las concepciones que nos permitan organizarnos de otra manera) que separan lo objetivo de lo subjetivo, el ser (donde estaría la mirada), el mundo (donde estarían las cosas, los objetos) y las ideas (teorías, representaciones, donde estarían las palabras); y que son también órdenes donde se ha entronado un Yo que piensa, *ergo* existe, y, además, domina el mundo y la naturaleza, puesto que, según su propio esquema, ocupa un nivel superior entre todas las demás especies vivas y no vivas, permitiéndose dominarlas. Todo lo contrario es “construir mundo”, “crearlo”, ser capaces, una y otra vez, de “darnos nuestras propias leyes” —que es lo que Castoriadis propone en este sentido— en lugar de ese salir a corroborar cómo lo que ya tenemos instituido se verifica o no en la “realidad” ya dada y que parece que va sin ton ni son como si aguardara nuestro conocer explicativo de ella (sea lo que sea que ella sea) con lo que ya tenemos a mano, y es por ello que el acto creativo (en su sentido fuerte) encuentra una singular cercanía con las ganzúas de Ferlosio, con la significación, con la

²³³ Tómese nada más este pecio burlón y desconfiado de algunas de esas permanencias (a su manera entendidas) por los siglos de los siglos: “(Antisócrates): “*Conócete a ti mismo*»; *¡sí, hombre, como si no tuviera una otra cosa en qué pensar!*”. “15 pecios”, artículo en diario ABC, 24-12-2000. Se puede acceder al artículo completo en: <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-20001224-3.html>.

transposición, con ese “*hay muchos mundos en el mundo*”; y es también un impulso a ese levantar la cabeza, erguirse, de los dominados, los aplacados, los aplastados, los disminuidos seres humanos despojados como estamos de la capacidad y potencia de crear, en palabras de Ferlosio, de significar, esto es, de la experiencia de conocer (que solo puede darse, como vimos, en un movimiento “centrífugo”). Experiencia en la cual —nos lo recuerda Tomás Pollán— las cosas, los objetos nos son “distantes, inesperados, ajenos e impersonales, de los que cabe esperar alguna sorpresa, un desmentido, resistencia o desconcierto y que pueden por ello ocasionar algún cambio en el sujeto”²³⁴.

Hemos visto también —y seguimos apenas recordando lo ya abordado con Ferlosio— con qué denodado encarnizamiento nos hemos dispuesto a legitimar órdenes creados (fatalmente sintetizados, fraudulentamente racionalizados, y, luego, olvidados de que lo hemos hecho: Principios, les llamamos a algunos —de identidad, de individuación—, y serán necesarios), siendo desleales con el otro y con el mundo y con nosotros. Sin darnos cuenta de ello, vamos creyendo que nos vamos robusteciendo y volviendo más valiosos, puesto que, en ese proceso de engorde acumulativo y progresivo, se adelantan las más ‘increíbles’ experiencias: todas de llegada con aterrizaje directo en el propio ombligo. ¡Cuánto aparente movimiento!

Vamos, pues, habiendo delegado nuestra voluntad, enajenado nuestra libertad y embargado nuestro tiempo, obedeciendo, constantemente, a dioses de todo tipo y calaña, encantados (hasta la ofuscación y la soberbia) en la ficción de identidades autoproducidas, sostenidas con predicados de una fuerza literalmente mayúscula (Razón, Verdad, Yo,...), desatando figuraciones de un calado que se cuenta en siglos, y obligados ferozmente a sentirnos identificados y recogidos en ellas: en ellas respiramos. Pareciera, quizás, que exageramos con palabras como encarnizamiento, ofuscación, ferocidad, pero, recordemos: estamos intentando abrir caminos por entre una fuerza que es de talante obsesivo. Y, dicho sea de paso, esas palabras no han sido elegidas, se han impuesto en la descripción que traemos. Porque, quizás, algo se exprese aquí, se deje paladear un poco, de esa “*cadencia misma de las cosas, en su sistema de reproducción del que los propios agentes son*

²³⁴ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 50.

*pacientes*²³⁵ que menciona Ferlosio —y a lo cual nos hemos referido— cuando alude a las “tendencias inerciales, automáticas, centrípetas dimanantes de las propias circunstancias de lo dado”²³⁶ (la negrita y el subrayado es nuestro), de nuestra manera, humana manera, de instituir.

Igualmente, y de la mano de Ruescas, con la identificación obsesa que desatamos en el supuesto de conocer hemos podido contraponer la desidentificación que exige un entendimiento de la “actitud cognoscitiva” que defiende Ferlosio, la misma que, operando sobre la percepción y la sensibilidad, podría afectar (y sacudir de las maneras a las que nos hemos acostumbrado, en las que la palabra “mágica” enturbia la mirada) mutuamente nuestra mirada y nuestra palabra, permitiéndonos un “auténtico” encuentro con el “afuera”, con la “alteridad”, y superar, por decirlo así, el encantamiento y el entretenimiento que nos prodiga una ‘señora realidad’ sostenida en los ecos y reflejos de lo que escuchamos y miramos (porque ni tan siquiera oímos y vemos) como si se tratara del rostro de las cosas y los objetos. Y es que bien recoge así Ruescas esta idea en la que venimos insistiendo a la manera de recordatorio:

la experiencia centrípeta deshace la alteridad, asimilando lo distinto y reduciéndolo a lo que el sujeto ya es o ya conoce (...) corresponde a un sujeto “valioso” [en contraposición a uno que sale de sí] en la medida en que acumula experiencias, méritos.²³⁷

Podríamos, por ejemplo, traer ahora a colación un pecio que el mismo Ruescas retoma en su tesis y es el que lleva por nombre *Cargarse de razón*²³⁸, en el cual Ferlosio hila

²³⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 23.

²³⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 23.

²³⁷ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 100.

²³⁸ “(Cargarse de razón.) En la noción de “cargarse de razón» está implícitamente entendido que el que se carga de razón no es alguien que haga algo, sino alguien que permanece inmóvil mientras otro, añadiendo torpeza sobre torpeza, error sobre error, injusticia sobre injusticia o maldad sobre maldad, viene de alguna forma a convertirse en un auténtico motor que carga de razón (y creo que cuadra la eléctrica metáfora) la dinamo o la batería del primero, como si acumulase un potencial moral a favor de éste. Tan sorprendente representación activa al que, inmóvil, se carga de razón por obra y gracia de la acción ajena, y merced a la cualidad de sinrazón que se le supone a ésta, es la imagen más viva del fariseísmo y el testimonio lingüístico fehaciente de su realidad. (...) Pero, además, “cargarse de razón» conlleva, ya como mera connotación lingüística y por ende como efecto jurídico inherente, la adquisición de un derecho sobre el otro. Parece que,

con finura la profunda inmovilidad del que va por la vida acomodado en lo dado y que no solo por obra y gracia de la acción del otro se carga de razón, sino que también se impone a él, dominándolo con su seguridad y sus certezas, a ese que va error tras error, ensayo va ensayo viene, caminando como a tientas, como una mantis, despojado de sí en ese movimiento centrífugo de apertura al mundo, con una palabra y una mirada “limpias”, “leales”, y que recibe el golpe no solo de connotación lingüística sino también, y qué fuerte es, jurídica, el porrazo del “derecho” que se adjudica para sí el que va cargándose de potencial moral, como una batería, como un motor (a expensas del que sale, se mueve, arriesga). Esto es muy importante tenerlo presente, porque son elementos que también sostienen una manera de entender “la dominación” que encontramos en Ferlosio, una y otra vez, cual si librara una batalla frontal, de “meras palabras”, sacudiendo lo político y la política con sus puntillosas y agudas críticas.

Hay otro pecio de Ferlosio que quisiéramos convocar completo para comentar algunos elementos que quizás nos apoyen en la reflexión que traemos, intentando lograr especificar cada vez más de qué está hecho ese centro hacia el cual dirigimos nuestras fuerzas con obsesión, aherrojando al mundo y al otro (no olvidemos que ya se nos dicho cuál es: el cerco de lo propio²³⁹). Pero ¿cuál es pues la consistencia de “lo propio”? Es lo que ampliaremos ahora. Dice Ferlosio:

(Del origen ritual de la razón) “A ti que pides la libertad de hablar —le dijo el sacerdote al cortesano— te daré autoridad en la ciudad si sometes a rito tu palabra.” Así surgió la razón; su rito propio fue la norma lógica y la univocidad conceptual.

en efecto, al más legítimo fuero del cargado de razón le es sin discusión reconocido el más omnímodo derecho de ejercer sobre el otro y contra él toda la fuerza y el poder de la razón acumulada, de descargar sobre la cabeza de éste todo el diferencial de la razón de él recibida y por él mismo generada, como por inducción de signo inverso, en virtud del gradiente —o del “saldo»- negativo de sus propias sinrazones”. Ruescas, (2014), p. 412.

²³⁹ No es posible dejar pasar por alto cómo en esta expresión “el cerco de lo propio” encontramos también las resonancias explícitas con la manera en que Castoriadis llama la atención sobre cómo los mundos que toda especie, todo ser vivo, toda sociedad crea, instauro, para sí, exhiben el aspecto del cerco; además, instaurar, crear, implica clausurar, cerrar, cercar; así delimita (sin definir) un entendimiento de “orden», “organización» y “forma». (Castoriadis, Cornelius. *Lo imaginario: la creación en el dominio historicosocial* en *Los dominios del hombre*, Editorial Gedisa, 2005, extractado de Riveros Palavecino, Carlos. *Autonomía y democracia en Cornelius Castoriadis*, artículo publicado en *Mutatis Mutandis. Revista Internacional de Filoofía*, n.º 9, diciembre-2017).

(Glosa 1.a) El rito —norma litúrgica— es forma fáctica, ciega, y por lo tanto asémica. La razón —norma lógico-conceptual— es forma motivada, necesaria, con sentido, pero única. La palabra —norma gramático-semántica— ¿puede ser forma en el mismo sentido en que lo son el rito o la razón?

(Glosa 2.a) De ser verdad que la razón ha surgido de un tratado de paz entre el rito y la palabra, “palabra racional” no podría ser lo mismo que “palabra profana”. No puede serlo, si la palabra racional no se instauró por profanación de la sagrada, sino por autorreflexión del rito mismo, no por anulación.

(Glosa 3.a) Si fue un pacto entre sacerdote y cortesano y no una restauración de la profanidad natural de la palabra, ¿es insensato pensar que en la palabra sujeta a la razón el rito tiene que haber dejado un último, irreductible, punto ciego?²⁴⁰.

Comenzamos a vislumbrar —y ya veremos algo más en algunos pecios a continuación— de qué pueden estar hechos esos tentáculos con los cuales nos abalanzamos a por el otro, la naturaleza, las cosas: por ejemplo, con Razón y con palabra²⁴¹. Con ese sino, ese *fatum*, de ambas, con los abismos, con eso otro que ellas, también, y al mismo tiempo, hacen de manera incluso esencial para la supervivencia de nuestra especie humana: poner un cierto orden (lógico), dar sentido (unívoco), instituir lo común (olvidándose de haberlo hecho), dotarnos de un principio de realidad. Quizás, de manera forzosa, se pueda echar mano de una palabra, “nadir” —y en consecuencia necesitaremos también “cenit”—, para intentar hacernos, con Ferlosio, a una imagen de esto que no acaba de ser opuesto, ni contrario, o sí, pero, quizás, tan solo diametralmente, lo cual ya implica una cierta circularidad, una suerte de encadenamiento, que, en todo caso, nos deja como parados ante el abismo, y con vértigo, el que produce esta redondez: que la razón contenga ella misma una inviabilidad de orden racional; y ese vértigo, eso que

²⁴⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Ediciones Destino (2005), p. 147.

²⁴¹ En el número de julio — agosto de 2019 de la revista *Claves de la Razón Práctica*, todo dedicado a Sánchez Ferlosio (del cual ya hemos extractado pasajes de un artículo de Ignacio Echevarría), puede leerse un artículo muy interesante de Cristina Moreiras-Menor que se titula *El anti-universalismo existencial de Sánchez Ferlosio* dedicado principalmente a tres cuentos de nuestro autor. Nosotros iremos en compañía de pecios, pero queda sugerido que bien podríamos ir con los cuentos, y además, resaltamos lo que, al comienzo, ella enuncia sobre cómo desde un registro diferente a los cuentos, Ferlosio en sus ensayos “*algunas veces sarcástico, otras irónico o mordaz*” explora “*conceptos como el de humanidad (y humanismo), conciencia cobarde y universalidad, todos ellos fundados en una violencia soterrada e ideológica originada en la Ilustración, asentada en la Modernidad y perpetuada hasta la actualidad. La prevalencia y perpetuación de esas categorías universales impide la posibilidad del sujeto de existir para sí y lo aliena de su propia experiencia*”. Moreiras-Menor, Cristina. *El anti-universalismo existencial de Sánchez Ferlosio*, en la revista *Claves de la razón práctica*, n.º 265, julio/agosto 2019, p. 24.

hace pensar que es ilógico, que no se puede agarrar, tal vez proviene, sin saberlo, de la concepción que ordena nuestros entendimientos de lo que la razón es, puede, y hace (y lo que no es, no puede y no hace):

(Última ratio, 1) El ojo de la Razón tiene en el fondo un punto ciego por el que entra la noche. Ese nadir es la aporía de una Razón completa.²⁴²

Así sentencia Ferlosio, y ese punto ciego que anuncia, el extremo otro de la razón misma, viene a ser la Sinrazón de la Razón, que se cierra, se clausura, se completa, quedando así expuestos ambos polos entre los que se mueve —como en una batea el oro, la arena y el agua (todo un lodazal)— el sentido de la posibilidad, entre la forma y lo abierto, el orden significativo y el caos perceptivo. Un malabar, un equilibrio, un dándose que no resolviere esa tensión quedarían quizás cuidados en el “siempre de nuevo”, “una vez más”, de donde, quizás, emerger algo nuevo, o el acontecer de lo mismo —que también, a su manera, es distinto toda vez, si de experiencia humana estamos hablando—, o de algo insólito, imprevisible, algo que, desde un punto de vista lógico y unívoco, fijo, sería inviable desde toda Razón:

(Última ratio, 2) Que una Razón que pretendiese ser completa se trastocaría toda ella en Sinrazón acertó a adivinarlo la sabiduría talmúdica al establecer la norma judicial de que cuando un acusado recibiera un veredicto de culpabilidad por unanimidad de votos sería ipso facto declarado inocente.²⁴³

¿Cómo se puede destilar de algo como una negrura (tan siquiera de una sospecha), un nudo, un orden, una forma, además jurídica, de las más sólidas? Así pues, descansar las virtudes cognoscitivas y significativas que, como capacidades, facultades, bendiciones, la especie humana tiene, en una confianza loca en la Razón (recordemos: lógica y unívoca), en el convencimiento férreo en una arquitectura de la cual se destilan ordenamientos de todo tipo, tan necesarios como lo es cada lengua²⁴⁴, trae consigo, como si la arrastrara por

²⁴² Sánchez Ferlosio, Rafael. *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Ediciones Destino (2005), p. 136.

²⁴³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Ediciones Destino (2005), p. 136.

²⁴⁴ Según Juan Antonio Ruescas, para Ferlosio, “*la lengua, con sus esquemas y reglas, es “de las cosas humanas, justamente la más impersonal»*, por lo que cierto “*automatismo» pertenece a su naturaleza*”, de ahí que “no hay que lamentar, sino más bien celebrar, el que un niño diga “ponido» o “rompido» pues, con tales expresiones, demuestra que el sistema formal de construcción lingüística está ya “*arraigado en sus*

autonomización, una atrofia que viene a ser constatada y a menudo padecida como una inmovilidad que anida, a su vez y para complicarnos más la cuestión del “darnos cuenta”, en un sinfín de nerviosos movimientos de acá para allá, en torno y en pos de “lo dado” que es, en última instancia, ese orden al cual nos confiamos. Son movimientos pasivos, receptivos, y que tienen lugar amparados a la sombra de quienes intentan otros modos, otras cadencias, de aquellos para quienes siempre, siempre “otro mundo es posible”, otras maneras del movimiento vital²⁴⁵, y, por si fuera esto poco, como consecuencia, se deriva en una pereza e inercia existenciales (solo comparable en dimensiones con la estatura moral que consideran tener algunos convencidos) que son concreciones de una franca renuncia a la condición humana “por lo alto” (quizás, aquello que Goethe llamara “una altísima existencia”). No solo es así como se inmovilizan las transformaciones, sino también como arribamos al triste papel y función de las ideas (la ideología) y de la palabra (la información). En su texto *Religión e historia en Ferlosio*, Ruescas alude también a esta pereza existencial derivada de la inclinación hacia ecuaciones de tipo contable (cantidad de felicidad = cantidad de dolor y sufrimiento), donde las equivalencias de proporción y una especie de ajuste de cuentas numérico-existencial-emocional consuelan y tranquilizan, toda vez que también vamos siendo —progresivamente y ya desde la cuna— tallados con una mirada que privilegia “lo dado” sobre “lo posible”.

Es entonces cuando la escasez, el retraso o aplazamiento, la disminución, la falta de desarrollo, la degeneración, el proceso autodestructivo que dicha atrofia ocasiona, como habíamos mencionado al comienzo, se evidencian en lo que resalta también Juan Antonio Ruescas en su texto que trata las cuestiones religión e historia en Ferlosio: las “bajezas” de la historia y de la ideología (tendríamos que añadir, también, las de la información) cuando en la argamasa de esos órdenes de discurso se encuentra la experiencia centrípeta del

entendederas» con una fuerza de producción lo suficientemente autónoma como para “hacer oídos sordos a anomalías» y reconoce en la lenguas humanas “la gran fuerza mental formalizadora, reguladora, y estructuradora de las lenguas humanas». Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), 28

²⁴⁵ Por ejemplo, un niño que comienza a hablar, es seguro que compartirá el principio de realidad al socializar, pero su experiencia de la lengua es suya, y de nadie más. Sus balbuceados *ponido*, sus espectaculares conjugaciones, su manejo de los tiempos verbales, nos recuerdan lo abierto de las palabras, como las tuberías y los afluentes de nuestra pequeña; el descubrimiento de una lengua no se le ahorra a nadie, es imposible, pero sí se corta y se afecta con suma rapidez, como veremos que hacen los lenguajes adaptados, puesto que otra cosa es que nuestras lenguas, nuestras palabras, nuestras significaciones, nuestras representaciones, estén también allanadas y anden “por lo bajo».

mundo. Para el caso de la historia no hay sino que dejarse estar en una lectura rumiante del ensayo *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, pues todo él está dedicado a la obsesión del Sentido (lo escribo con mayúscula pues para matizarlo, ya hemos hablado de esto, cuando él está inclinado a la imposición y la univocidad); solamente por ir hacia donde explícitamente aparece el término “tendencia centrípeta” llegamos al apartado XXXVII:

Estos historiadores [los de una idea proyectiva de la historia, ya desde Polibio, Hegel y compañía., adalides de un sentido de ella, de la historia objetivista, de tipo finalista y teleológico] organizan proyectivamente el haz disperso de las dominaciones singulares en una convergencia polarizada hacia un único punto; esta tendencia centrípeta, esta querencia por la unicidad, podría, sencillamente, no ser más que una cualidad unida a la esencia misma de la dominación²⁴⁶.

La historiografía que se destila de este entendimiento es, pues, Historia, estará sostenida y desplegada en buena medida a punta de meras palabras que, de simples, sencillas o inocentes, tienen más bien poco —como veremos más detenidamente en lo que viene a propósito de la adaptación—; tal y como queda más que subrayado en la nota al pie de la misma página:

Si tanto la convergencia centrípeta hacia la unidad como el propio carácter proyectivo resultasen rasgos necesarios de la dominación antes que de la Historia, se podría concluir que la Historia es centrípeta y proyectiva porque es siempre historia de la dominación.²⁴⁷

En este ensayo, con sus corolarios y sus apéndices, Ferlosio es incisivo en mostrarnos cómo nos hemos adosado una lógica aritmética (la ecuación) que legitima un orden (por lo bajo: es que... ¡qué pereza!), consuela por la vía del sentido y que, en última instancia, tranquiliza con los conceptos de “sacrificio” o de “las cuentas de las bienaventuranzas y malaventuranzas”; órdenes que funcionan de manera autonomizada y que, además de haberlos exportado de su envoltura religiosa al mundo laico (es la

²⁴⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado* (1986), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos IV. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 59.

²⁴⁷ Op. cit. p. 59

mitología disuelta en profanidad), los hemos asumido íntegros y completos, con todo y su fraude (el equilibrio entre el sufrimiento invertido y la felicidad y logros que se esperan alcanzar: un consuelo, al fin y al cabo, por la vía de dar sentido al dolor y a la muerte). A este respecto, apunta Ruescas que, actuar bajo el gobierno de dichos esquemas, no permiten decir —siguiendo los planteamientos de Ferlosio— que “pensamos” propiamente, en el sentido en el que, por ejemplo para Adorno, se piensa: pensar auténticamente es pensar otra realidad; al contrario sucede con los sacrificios, con los cuales justificamos la facticidad (la primacía de los hechos, ya hablaremos de esto) y, con ella, a la dominación. Legitimar obsesamente una realidad, legitimar única y unívocamente lo dado, desactivar otros mundos posibles, impedir que el que sufra se rebele... todo eso es lo que hace posible que la Historia siga un curso, persiga un sentido, tenga una finalidad, una idea que domina porque oprime y porque se impone como única; y lo hace porque justifica la violencia, la guerra: se necesita sangre en el altar para que “los hechos” dejen de ser solamente hechos y alimenten una marcha incesante hacia adelante.

Cabe traer en este momento la manera en que Ferlosio concibe “la dominación”, pero una expresión de esa concepción en particular, la que encontramos en *God & Gun*, hilando fino el ejercicio de una historia concebida como anteriormente hemos descrito, con la confianza loca en una Razón y las (in)disposiciones existenciales que comenzamos a introducir:

toda explicación del acontecer histórico que no tenga por eje el furor de la dominación, la arrebatadora, delirante y hasta “posea” pasión por la victoria, jamás podría dar razón de la perdurable y cruenta sinrazón perpetrada contra los “bienes” de la vida por los “valores” de la historia y es una muestra ejemplar del pecado de cobardía intelectual de la “buena voluntad” que rige toda racionalización, como un whisful thinking que no quiere mirar cara a cara, por decirlo con Don Quijote, a la “razón de la sinrazón”, que en este caso no es otra que el papel de la guerra como creadora de valor²⁴⁸.

²⁴⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *God & Gun* (2008), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 3. Babel contra Babel* (2015), Ed. Debate, p. 524.

Y todavía algunas puntadas más podemos agregar a la pereza y la cobardía:

La “testarudez de los hechos” es una proyección sobre lo externo de la mucho mayor testarudez interna de ciertas mentalidades perezosas que se sienten felices de tener en “los hechos” algo a que aferrarse, o de algunas a las que incluso les da vértigo la sola idea de soltarse de manos del manillar de la bicicleta [¿estática?] de “los hechos”²⁴⁹.

En este pecio dedicado a “los realistas” se deja sentir también esa falta de cuestionamiento del mundo en tanto que dado, en tanto que conjunto de facticidades (“es lo que hay”) que espera ser aprehendido, una absolutización de lo real —que Ruescas sitúa en cercanía con Horkheimer— y en los consabidos “hechos”: una obstinación fáctica.

En cuanto a la ideología²⁵⁰ y la experiencia centrípeta, la exposición que hace Ruescas del tratamiento de este asunto en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio, además de aludir a la ya mencionada inmovilidad, también toca de soslayo lo que atrás dejamos colar como una intuición respecto de la transformación, o las así anheladas revoluciones, todo aquello que se extingue, precisamente, cuando se delega en lo dado el movimiento (en este caso, podría pensarse en las consignas, que a su vez son vehículo expresivo de las convicciones, o también en los partidos, en los aparatos políticos):

Para el desarrollo de la capacidad de la experiencia, para atinar a la interpretación del dato, es más propicio el “distráido relajamiento de una confiada ancianidad” que “el partisano furor de nacientes convicciones”.²⁵¹

Tal cosa afirmaba Ferlosio (en los ya citados *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron (1801)* e *Informe acerca de los*

²⁴⁹ Sánchez, Ferlosio. *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Ediciones Destino (2005), p. 135.

²⁵⁰ Vale la pena recordar las palabras del mismo Ferlosio: “Tener ideología es no tener ideas. Éstas no son como las cerezas, sino que vienen sueltas, hasta el punto de que una misma persona puede juntar varias que se hallan en conflicto unas con otras. Las ideologías son, en cambio, como paquetes de ideas preestablecidos, conjuntos de tics fisionómicamente coherentes, como rasgos clasificatorios que se copertenecen en una taxonomía o tipología personal socialmente congelada. Sólo hay unos cuantos tipos de persona, y cada cual desea ser reconocido por aquellos a quienes pertenece. Ésta es la única función de las ideologías; y las ideas encerradas en paquetes tales, se ven supeditadas a ese único y tristísimo papel”. Ferlosio, *Campo de retamas*, Random House, 2015, p.60.

²⁵¹ Ruescas, p. 412.

primeros progresos de Víctor de Aveyron (1806)) haciendo la crítica a Jean Itard, quien, cegado como estaba por las ideas de Condillac (a propósito de “la experiencia misma”), no supo ver “la experiencia dándose”. Y cierra su comentario Ruescas, retomando a Ferlosio:

Tal es, entonces, el “triste papel” reservado a la experiencia: no aportar por sí misma la materia y el atisbo de los conocimientos, sino ratificar los “asertos doctrinarios”, apoyar los “programas de partido”²⁵².

Algo de todo lo anterior resuena junto a lo ya sugerido con respecto a la experiencia (cuando tratamos con respeto y lealtad esta palabra), y es que ella, para que ella sea lo que así nombra, no permite ahorrarse el movimiento de salida a ningún sujeto que se disponga a “conocer”, porque, al sujeto de la experiencia, “le pasan” las cosas y los otros y las cosas y los otros pasan por él. Esto quiere decir que él “da forma” con su mirada y con su palabra (esto no es lo mismo que una vivencia, que, en buena medida, se ha abalanzado por sobre ella, y podremos constatar, pedagógicamente, esto a dónde nos ha conducido), puesto que son las herramientas —también “virtuosas” (por qué lo olvidamos, por qué acaban tan fatalmente autonomizadas)— con las cuales se cuenta para ello, forcejeándose, un día sí y otro también, si es un auténtico conocer, con el tentador no ni siquiera regreso (que, de hecho, es crucial para la experiencia, porque, ojo, no hay que confundirse: lo contrario de salir no es regresar, es no salir), sino, más bien, con el traer. Y vale la pena insistir: que el movimiento en el conocer no sea salir hacia las cosas, sino traerlas hacia sí, además de ser un fraude, una pretensión, una villanía, una deslealtad —por identificación— hacia aquello que nos rebasa y un irrespeto —por acomodo en el cerco de lo propio— hacia su soberana “alteridad”, quiere hacerse pasar, tan orondo, como despliegue cognoscitivo, cuando, precisamente, es ahora que puede leerse, quizás, de otra manera la tan citada expresión ferlosiana: “poner el mundo en casa es la manera de lograr que jamás se acceda a él”²⁵³ (profundizaremos en esto a continuación). Puesto que tanto la percepción como la cognición quedan como encerradas en esa forma contractual de una palabra unívoca y en

²⁵² Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 413.

²⁵³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 25.

ella se enturbia la mirada, por ello Ferlosio es todavía más duro: dirá que es una manera que tenemos de blindarnos contra toda experiencia, de defendernos del conocimiento.

ii. Poner el mundo en casa

“Poner el mundo en casa” (que es otra manera más coloquial de referirse a la adaptación, a lo que es adaptar, a lo que el adaptador hace) será entonces la segunda atrofia en la que vamos a detenernos en este subapartado, concretamente en la crítica que Sánchez Ferlosio realiza con denodado énfasis a los “lenguajes adaptados”, aquello que considera precisamente una perversión lingüística. Iremos describiendo también algunas de las derivaciones de ella y dejando apenas enunciadas las que tengan que ver con “lo educativo” que, como hemos dicho, tendrán su lugar en el último apartado.

Debemos recordar que, en este trabajo, se ha aludido en no pocas ocasiones a esa expresión tan cercana también a la de “traer al terreno de lo ya conocido”: “allanar la distancia”, “exorcizar” la distancia que, entonces, identificamos como ese hiato (ese intervalo, podríamos decir así también) que hay entre las cosas del mundo —incluidos nosotros mismos— en el dándose de esto de lo que estamos hablando: la “actividad cognoscitiva”. Y lo hemos hecho con más detenimiento en los apartados de las “villanías” y las “manipulaciones cognoscitivas”, en los que pudimos situar, como si se tratara de las bases de un puente que aún no veíamos en ese entonces pero que se anunciaba, presintiéndose, lo que nos permitirá hablar ahora de lo que con la adaptación hacemos, cómo lo hacemos y por qué, y, entonces, quizás sea necesario recordar dos cosas fundamentales: la primera, que la afrenta que cometemos con la naturaleza, con los animales, con los niños, con las cosas es, precisamente, que pacifiquemos, aquietemos, sujetemos la inconmensurable extrañeza, el misterio profundo que son, el enigma (como el color rojo de las amapolas) que los envuelve; y la segunda —es vital no perder de vista el doblez del allanamiento—, que, tan pronto como hacemos eso con el mundo, cuando dejamos que temores y perezas “interfieran en nuestra relación con lo real”, necesariamente, hemos allanado también, al mismo tiempo, no solo la concepción que de nosotros mismos tengamos, humana especie, sino las potencias y virtudes mismas de nuestra condición; además es justo en esta movida que reduce, que seca, donde anida el dándose —por lo alto y con estruendoso jolgorio— de la así denunciada por Ferlosio “pretensión cognoscitiva”.

Asimismo, en el intento de dar cuenta de la consistencia y espesura de lo que es allanar en esta perspectiva ferlosiana, nos detuvimos²⁵⁴ en el hiato que separa la naturaleza y humanidad, distancia que a la manera de las artes mágicas de la denominación —por ejemplo con un *ihola!*—, queda exorcizada para siempre —y por Fortuna ocasional y provisional, y solo él sabe que mentirosa y fraudulenta, de nuestro querido amigo Pedro el Rojo—. Un mero nombre, una simple palabra, muy prestos, muy veloces, muy inmediatos, bastaron para, en el primer caso —Currito²⁵⁵—, ser abordado, apresado y mixtificado, y, en el segundo —Pedro—, para encontrar una salida de la jaula. En ese “simple” y en ese “mero” residen la falta de resistencia a la costumbre que tenemos de manejarnos con las palabras, con los nombres, con las significaciones, como si de cosas se trataran (y es que son herramientas, y son instrumentos, sí, pero también son algo más, hemos estado insistiendo en ello), y es cuando se pregunta Ferlosio: “¿no venía a atestiguar que el exorcismo había alcanzado ya en ellos plenamente sus efectos, consiguiendo borrar de sus miradas el último residuo de extrañeza, la postrera vislumbre de lo Otro?”²⁵⁶ (la negrita y subrayado es nuestro). Pero, ¿cuál Currito, qué exorcismo y qué costumbre?

Continuemos recordando el deshonor y la deslealtad que tanta ofensa y rubor acusó Ferlosio en *Personas y animales...*, refiriéndose a la “criatura más dolorosamente envilecida (...) aquel dios fascinador, aquel parsimonioso, absorto, inescrutable animal de ojos independientes, de color mudable, cola prensil y lengua cazadora y, no obstante, tan dócil, tan impávido (...) visto a través del prisma de ese nombre [Currito], fisionómicamente interpretado al trasluz de esa máscara impostora, de ese papel de farsa antropomórfica, no quedaba de él, sino el contraste, la fricción, entre su personalidad postiza y su imagen real; figura y movimientos venían a ser leídos bajo la ficticia intencionalidad que se les atribuía, bajo la significación de un rostro y un gesto humanos, y la admirable criatura se eclipsaba

²⁵⁴ En la página 67 del presente estudio.

²⁵⁵ “Y aunque me ofenda y me llene de rubor, he de citar, por mucho que me cueste, el caso más escandaloso que, por mi mala estrella, he podido llegar a presenciar, toda vez que ha sido la experiencia singular que ha dado nacimiento a estas mis sospechas; aquí está, pues: a cierto camaleón se le había impuesto nada menos que el nombre de Currito”. En Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p. 17.

²⁵⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 17.

del todo ante los ojos de los espectadores, reducida al denigrante papel de mero actor de aquella miserable pantomima”.²⁵⁷

El exorcismo, entonces, quizás tenga que ver con expulsar de nuestra mirada, para siempre y de manera definitiva y con una velocidad de rayo, precisamente lo que el otro tiene de otro; y la costumbre, a lo mejor, alude a eso que ya hacemos de manera “natural”, como por “inercia”, y sobre lo que Ferlosio constantemente nos llama la atención, no ya de lo autó-nomos que somos con ese recurso nuestro (el lenguaje), sino lo automatizado, lo peligrosamente autonomizado, lo tan necesariamente introyectado, todo eso que es tan complejo de un recurso tan necesario (ies omnipresente)!, para darnos orden y sentido, por provisional y ocasional que sean; es como si estuviera recordándonos todo el tiempo lo que, una vez aprendido, olvidamos que lo aprendimos, una vez instituido, olvidamos que es, por eso, arbitrario, creado; y, por si fuera poco, sitúa una especie de mala fe en ello, siendo así que, aunque ni tan siquiera nos demos cuenta de esa naturalización, de esa determinación profunda que, para qué negarlo, tan bien le viene a la pereza existencial, de alguna manera es como que supiéramos que lo hacemos: ahorrarnos lo que más nos cuesta, evitarnos la fatiga de salir, de movernos, de sacudirnos, de incomodarnos, de lo difícil, para lo cual no sólo nos contentamos con que el mundo sea traído hacia nosotros, sino que si además puede estar ajustado —¡adaptado!— a nuestra horma, encuadrar en nuestros esquemas, todavía más “en seguro” quedamos.

Es lo que Ruescas señala con la palabra “inmediatización”, apuntando cómo esto es lo que en el fondo pretenden los “lenguajes adaptados”, lo cual tiene una peculiar cercanía con la velocidad del rayo, lo que sucede con el tiempo y la distancia en una velocidad de este tipo, lo que aparece centelleante ante nuestros ojos con más presteza: nuestra propia horma, lo conocido; la adaptación, dice Ruescas, “*pretende hacernos inmediato lo distante*”²⁵⁸, y es tan preciso el término escogido—inmediatización— porque justamente a lo que ella quiere referirse es a la anulación de todo intervalo, de toda distancia, de todo hiato, de todo tiempo entre una cosa y la otra, entre uno y lo otro y entre lo otro y lo uno.

²⁵⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 17-18.

²⁵⁸ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), 51

Todo lo anterior concreta ese “autogol” que constantemente estamos anotándonos a nosotros mismos (lo mencionábamos en un anterior apartado a propósito de las alegorías), esos predicados que todo el mundo da por bueno razonar con ellos y que acuden con suma presteza a nuestro pensamiento y a nuestro decir, a nuestras concepciones y a nuestras percepciones, y a los que nunca hemos interrogado; proceder que Ferlosio sitúa en el orden de una fuerza que ahora anudaremos a la exploración de la adaptación: una voluntad de autoobnubilación y una sistemática obstrucción de la experiencia. Y tendrá una tremenda potencia esta voluntad, y será tan supremamente sistemática, tanto cuanto está gobernada por una obsesión, una obstinación, como ya vimos; una suerte de convicción loca en palabras, ideas e imágenes de lo otro que llevamos como a cuestas, en la punta de la lengua, o en el bolsillo y que hemos encumbrado como verdaderas verdades, la pura Verdad:

(De veritate, 2) La verdad es la estatua de sal del conocer que se detiene; pronto la lluvia la disolverá si los ojos del miedo no se empecinaren en verla hecha de piedra²⁵⁹ (la negrita es mía).

En este pensamiento ferlosiano así expresado como pecio, ya nos va advirtiendo cómo participan tanto el anhelo y la esperanza de saber algo del otro, del mundo, cómo se fija eso en sentidos, en nombres, en conocimiento (un conocer que se detiene es eso: conocimiento; pero detenerse no es paralizarse) y cómo jamás habrá experiencia de conocimiento alguna en un contexto en el que estamos ávidos estamos de información que nos revele la cosa, que nos traiga el mundo ya petrificado, que lo acerque a nosotros, nos lo explique, y entonces, por fin, lo aclare. Y, además, estemos empecinados en que eso sea conocer, saber: “sabemos” cada vez más de cada vez menos. Como refiere Ruescas, cuando se bloquea o se inhibe la significación en cuanto que “movimiento centrífugo” hacia las cosas, el sujeto pone en marcha un mecanismo de protección frente a lo otro (principalmente, frente a la naturaleza) y, que lo haga manejándose precisamente con significados, es también lo que nos da a pensar Ferlosio cuando en esta actitud detecta el

²⁵⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. “15 pecios”, artículo publicado en el diario ABC el 24-12-2000. Se puede leer el artículo completo en el siguiente enlace: <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-20001224-3.html>.

“movimiento mágico del denominar”, el cual reconoce como un uso desleal del lenguaje²⁶⁰ que, además, derivará en una farsa:

una significación adaptada a un receptor determinado ya no es una verdadera significación, es —aparte de un instrumento autoritario— un vil sucedáneo, vacío de toda virtud cognoscitiva.²⁶¹

Y no habremos de dejar pasar la advertencia que él mismo se hace y nos hace en el ensayo *Sobre el Pinocho de Collodi*: “¡Pues si cada vez que uno tiene que ir a alguna parte tiene que pararse a dar lecciones de gramática...!”²⁶² invitándonos a reconocer así esa dosis de cierto “egoísmo práctico” que desplegamos en el uso de la lengua; de todas maneras es, precisamente, esa “autonomización” de una herramienta, de un instrumento como lo es la lengua, con la cual, además, significamos, la que estamos buscando abrir ahora, bajo la intuición de que en ella misma están la potencia como la atrofia misma de ella. Porque, es decir, una cosa es sustantivar “lo producido”, por decirlo así, de los procesos profundamente humanizantes y complejos de nuestra especie (el significado, el pensamiento, el camino, el conocimiento, la institución) pero otra muy distinta es que bajo esa sustantivación vayan a parar el dándose mismo de dichos procesos, esto es, el movimiento, que es, de por sí, abierto: el significar, el pensar, el caminar, el conocer, el instituir, el crear. Incluimos el camino y el caminar, porque queremos aquí recordar que habíamos destacado cómo un movimiento no puede ser reversible, tan solo el camino y esto incluso implicaría un como desandarse, o volver sobre los propios pasos, pero ni tan siquiera esto hace la “adaptación”.

Lo que la “adaptación” pretende es hacer reversible el movimiento, pero en sí lo que hace es evitarlo, impedirlo, atarlo antes de que pueda ser, no salir, más bien traer, y por ello es una “atrofia”, una “atrofia” poderosa: se pone el disfraz de un movimiento de conocer (que se ha con-fundido con el de comunicar, o con el de transmitir, también ahí tiene correlato la educación) pero, en realidad, viene a informar “lo que cuenta”, lo que

²⁶⁰ Ruescas (2014), p. 161

²⁶¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 25.

²⁶² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el “Pinocho» de Collodi (1972)*, en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 35.

“vale la pena saber”, lo que “es relevante”, cosificando así el significar, el pensar, el caminar, el conocer, y, como ya lo mencionamos, prestándose con bombos y platillos a la orquestación del inmovilismo que tan cerca está del dogmatismo y, ya lo veremos, de la dominación y el autoritarismo. Es algo que en *Personas y animales...* se deja sentir con fuerza:

Quien cree que puede adaptar las significaciones (usando “otro lenguaje más sencillo y asequible”, como si lo más simple fuese capaz de expresar lo más complejo y como si la significación permaneciese —al igual que una cosa- idéntica a sí misma, y toda diferencia de lenguaje no fuese sino adecuación a distintos receptores) se comporta con ellas como si fuesen cosas y a la vez las cosas a las que se refieren²⁶³.

Y, para hacer evidente la atrofia sigue un poco más adelante en la misma página, en una cita ya mencionada:

*Al proceder con la significación como si fuese una especie de alameda, por la que uno pudiese pasearse para adelante y para atrás, **la adaptación la desnaturaliza y desvirtúa de todo su poder cognoscitivo***²⁶⁴ (las negritas son mías).

Podríamos, quizás, añadir que esta desnaturalización se produce, precisamente, por “naturalización” en el sentido de hacer pasar por “natural” lo que no es ni dado, ni simple, ni obvio: el otro, las palabras, el mundo, la naturaleza, uno mismo.

La idea de adaptación es una idea centrípeta por excelencia, que piensa el conocer como asimilación de los objetos; y asimilarlos, familiarizarlos, hacerlos semejantes a lo propio, es despojarlos justamente de cuanto en ellos había por conocer; se diría, pues, que se trata de desvirtuar la actividad cognoscitiva, suplantándola por su fingimiento²⁶⁵.

En esto consiste precisamente la adaptación, y lo encontramos así descrito en lo que sucede con una naturaleza ya *antropomorfizada* cuando Ferlosio señala cómo ésta “se

²⁶³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 24.

²⁶⁴ *Ibidem*.

²⁶⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 23.

vuelve perfectamente congruente e inmediatamente inteligible; no es necesario dar un solo paso para comprenderla: viene ya totalmente interpretada”²⁶⁶.

Y es que, si en el subapartado anterior pudimos vislumbrar algo del triste papel de las ideas —con la Razón como pretensión —, ahora lo que estamos vislumbrando es algo del triste papel de las palabras —con la Verdad como pretensión— (algo que también habíamos tocado ya en la “virtud cognoscitiva”), intentando elucidar la fuerza de la crítica a los “lenguajes adaptados” que con tanto encono desplegara Ferlosio en no pocos ensayos suyos, ya así desde *Personas y animales... y*, en particular, en él, conduciéndonos a prestar atención no solo al ya prometido asunto de la dominación, sino también al de la narración (el derecho narrativo); y es que ambos asuntos están unidos. Es ahí cuando se incuba la doble manipulación (como doble es la “villanía”), por ejemplo, en todo lo producido por Disney, por Hollywood, por los Historiadores de la Historia con mayúscula, etc.; y es que “dando de la naturaleza una imagen “adaptada”, y por ende inmediata y asequible, es justamente como se la hace inaccesible a la experiencia, como se la defiende contra el conocimiento: “el universo al alcance de la mano”, ya no es tal universo”²⁶⁷, como veíamos con el “alcanzar la Luna”. Que a la naturaleza, que es el silencio por antonomasia, ¡se le haga hablar! completa la lección moral del mensaje de la naturaleza, como también lo hará la literatura, y esto, esto es lo que más encrespa la ya notoria sensibilidad de Ferlosio, porque hay que repetirlo: según nos lo contamos es que así lo concebimos y en obediencia a ello nos organizamos, y, tras estas narrativas —cuando comienza a introducirnos en el asunto de la narración y la lírica en Ferlosio—, estará el conocimiento ya allanado como píldoras informativas de la más pura asimilación, estarán las “actas levantadas” por la memoria sobre los objetos, las cosas, los otros, y tendrán un poder e influjo contundente en la mentalidad, el pensamiento y las ideologías.²⁶⁸

Pero es necesario, a fin de comprender bien aquello que hila la automatización del lenguaje con la “atrofia cognoscitiva” de la asimilación que la adaptación despliega, hace

²⁶⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 21.

²⁶⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, 42

²⁶⁸ Ruescas (2014), pp. 61-62

falta introducir el acto de desprecio, la violación a la consubjetividad, la variante de la onfaloscopia y, en última instancia, la soterrada y profunda vocación de dominación que hay tras el conjuro de lo distinto por la vía del lenguaje, apoyado precisamente en el ensayo sobre el *Pinocho* de Collodi: “La crítica de los ‘lenguajes adaptados’ incluye la idea de que el ‘adaptador’ mantiene una relación de dominio sobre el destinatario. En virtud de esa relación, aquél juzga a éste como no maduro y lo hace ‘desde el canon de sus propias maneras de existencia’”.²⁶⁹ Y es que en este ensayo encontramos de manera explícita y, al mismo tiempo, como suele pasar con Ferlosio, entreverado a un asunto particular —en este caso las así llamadas “jergas coloniales”—, lo que está en el núcleo de la adaptación: “una acción recíproca, bilateral, comparable con un juego de espejos (...) Sólo el asunto tiene derecho a especializar la lengua común, y toda adaptación al receptor es una perversión lingüística y un acto de desprecio, al menos objetivo, hacia ese receptor. Así como hay un lenguaje para colonizados, hay un lenguaje para masas, un lenguaje para mujeres, un lenguaje para niños; en ninguno de ellos tiene cabida una palabra leal”,²⁷⁰ un fenómeno de juego de espejos, dice Ferlosio, donde aquel que está aprendiendo, como aquel que está conociendo, como aquel que está apenas sacando sus antenas al mundo (y, por ende, habla como desde “a mitad de camino”) camina como tanteando, aventura intuiciones; el que “ya sabe”, el que “ya está fuera”, el que “ya ha andado”, corrobora y sanciona su andar, su salida como una defectuosidad que, además, se establece como una incapacidad congénita y no como un estadio en el proceso de aprendizaje, por ejemplo, de una lengua. “Lo que se hace con la lengua con que se les habla [a mujeres, a niños, a colonizados, ¡a animales!]”²⁷¹ es algo que se está haciendo con los hombres mismos, y si las jergas coloniales indica la relación que media entre colonizadores y colonizados, la jerga para las masas revela lo que se quiere que los pueblos sean, la jerga de las revistas femeninas lo que se quiere que sean las mujeres o lo que se pretende que son, la jerga de los círculos *only men*, clubs o tabernas expresa el triste modelo social de los valores. Tres cuartos de lo mismo es lo que ocurre con el lenguaje para los niños, que es preciso

²⁶⁹ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 161

²⁷⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el “Pinocho» de Collodi* (1972), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 36.

²⁷¹ Recordemos, a este respecto, el pasaje de *Sobre el Pinocho de Collodi* que transcribimos en la página 79 del presente estudio.

distinguir muy bien del habla de los niños”, ²⁷² de donde ya puede intuirse qué vendrá a continuación, como desprendido, o más bien despeñado, de ese “lo que se quiere que sean”: ese “triste modelo social” (que viene a hacer eco de los dos tristes papeles que hemos destacado: el de las ideas y el de las palabras).

Además del irreparable fraude en la comunicación, y por tanto en la significación y en la cognición, se advierte también que el asunto, la cosa, el objeto, pasa a un segundo plano, y el sujeto al primero, y se cumple el doble “allanamiento” del mundo y del sujeto, quedando este también envuelto de una como inocencia que le hace también víctima (en los casos de dominación), presa de lo que ya Ferlosio había advertido y que declara como un “*subjetivo y centrípeto objetivismo*” desde el cual se dice el mundo y se pretende conocer, se señala y se muestra, se pretende transmitir, esto es, de nuevo: el ser humano que mira no más que su propio ombligo haciendo como que no. Y todavía más, se insinúa así a ese ser humano que comete este ultraje también para con sus mismos congéneres por vía de la imposición autoritaria y dogmática (a niños, animales, naturaleza, a sí mismo, al otro) de aquello que considera y ha establecido como uno, único y unívoco, aquello que es una manera, un modo, una forma, una imagen, una palabra: una Verdad, por mentar no cualquier asunto, a propósito de la cual (pero ella ha tenido muchos rostros) tantísima sangre se ha derramado en la piedra sacrificial de diversísimas y variopintas Causas (todas parapetadas con tremenda Razón). Así pues, como anunciamos, todas estas son las bases para comprender la adaptación como asimilación, a despecho del conocimiento en tanto que significación, y así lo sintetiza Ferlosio:

Los resultados [de Bambi y semejantes] son análogos a los que, operando en el público otra de las grandes atrofas cognoscitivas, producen, en su terreno, las películas históricas; en efecto, por el procedimiento de “adaptar”, de hacernos inmediato lo distante (...), se obstruyen los caminos —ya de suyo tan difíciles- para la imaginación de lo remoto²⁷³.

²⁷² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el Pinocho de Collodi* (1972), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 37-38.

²⁷³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 22.

Y el muro que obstruye, que bloquea, que protege, que delimita, que encierra, es lo que en esos mismos renglones se anuncia como un “testimonio”, aquello que, autorizado (quizás de manera ocasional y provisional) para que dé cuenta de un hecho, de uno mismo, de lo otro, aquellas narrativas, aquellas palabras que, siendo comunes a todos, nos permiten compartir sentidos, significaciones, comunicarnos, darnos la ilusión de estar salvados del caos perceptivo —ese mar infinito y misterioso como el mismo cosmos—, pero testimonios, pues, que también no solamente inmediateizan lo que de por sí es mediado, borrando de un tajo el intervalo entre las cosas, o el hiato si se quiere, sino que además, advierte Ferlosio, “*designa a la vez, ambiguamente, tanto el acontecer como sus testimonios*”²⁷⁴.

iii. Sabemos cada vez más de cada vez menos

“Sabemos cada vez más de cada vez menos” podría ser una expresión —“un Ortegajo”— de la farsa que concreta, cognoscitivamente hablando, la adaptación. ¿Pero cómo lo logra? Ya vimos qué es lo que hace; ahora veremos cómo es que lleva a cabo esa asimilación, esa inmediateización, de qué narrativas o testimonios está hablando Ferlosio en algunos de sus ensayos más críticos a este respecto. Podríamos poner por caso una escena que a menudo se inaugura con tan terrible antesala: “no es más que”, una de esas donde sucede eso tan curioso cuando un niño, puede ser que absorto, anonadado, curiosamente picado, va y se anima, y pregunta: “¿qué es eso?”, y, entonces, se le dice “es un camaleón”. Y lo curioso es: ¿por qué no se le dice “le llamamos camaleón”? Y todavía más: ¿qué se dice de ese otro ser vivo cuando decimos “es un camaleón”? Y es que... ¿podríamos decir algo más que no sea lo que, a su vez, a nosotros se nos dijo cuando preguntamos qué es la cosa tal? En esta escena, pareciera como si al asombro ante lo desconocido se le ofreciera una palabra que va de respuesta a la pregunta que animó el movimiento de inquietud, de búsqueda, de querer saber algo de eso otro; y es también cuando esa palabra (“camaleón”) pasa por ser por la cosa misma, el objeto mismo que ha cautivado, suplantándolo. Algo de esto resuena de forma muy temprana en el pensamiento de Ferlosio, en su prólogo al

²⁷⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 22.

Pinocho de Collodi, donde el autor nos insta a atender cuando se pregunta: “¿Qué es lo que pasa con la lengua que corre entre uno y otro?”.²⁷⁵ Si bien nos está hablando de colonizadores y colonizados, puede ampliarse la cuestión a niños y adultos, a mujeres y el resto. Como vimos, “la lengua se fija” (recordemos: anónimos e impersonales productos son los conceptos vivos), pero, en este caso, para mejor decirlo “la lengua es fijada” (recordemos también: se ponen en marcha anónimas tendencias a la eficacia y expeditas maneras de llegar al otro).

Lo que estamos tratando ahora de introducir con esta escena es cómo el suplantar y superponer también son maneras que se desprenden o son posibles cuando se ha cosificado la significación, como decíamos unas líneas atrás, cuando, además, de hacerla “una cosa”, se la toma por “la cosa misma” a las que refieren, según dice Ferlosio. Y también comenzaremos a describir y exponer cómo es que estas acciones, ya sugeridas ambas en el doblez del testimonio, de la palabra, de ciertas narrativas, son, al mismo tiempo, actos, algo tan presto, maleable, dócil y ágil para la inmediatez del mundo, y algo tan duro y tan rígido (costoso de roer) como esas piedras y barro que hiciesen la argamasa misma del muro, del cerco, que no solamente “nos protege” de lo extraño, sino que resulta ser obstáculo para la imaginación, la creación, y por qué no decirlo ya mismo: para la renovación del mundo común.

Cuando hablamos de la antropomorfización de la naturaleza, en el apartado de las “villanías cognoscitivas”, mencionamos algunos elementos que son constitutivos de ésta, la más nefasta “manipulación cognoscitiva” y con la cual, según Pollán, comienza Ferlosio su férrea crítica a estas maniobras de blindaje al otro, de atropellos pedagógicos; el más vil de todos, aquello de concebir regularidades cósmicas (las Leyes de la Naturaleza) unívocas, diáfanas, nada ambiguas con la horma del humano Yo, y tener además la temeridad de proponerlas a su vez —también para lo humano— en la forma de Armonía. Ya en ese apartado, aun sin hacerlo explícito, rondaban la suplantación y la superposición, puesto que aquello desplegado para escamotear y socavar la “alteridad” (esto es, su neutralización) implica que en lugar de lo otro, se instale lo propio; que se exorcice la

²⁷⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el “Pinocho» de Collodi (1972)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 35.

“alteridad”, que se ponga fuera de juego la diferencia —negándola— en la reproducción de eso propio que bien puede pasar por un “nosotros” o bien fungir de prótesis con las cuales “alcanzar la Luna”; o que lo otro sea vilipendiado, humillado, menospreciado y sometido, y, si se trata de especímenes humanos, dominados con racionalizaciones tan fraudulentas como difíciles de elucidar, lo cual, más que superposición, sería una interposición. Por ejemplo, de una palabra que, en lugar de aprestarse a significar, a hacer el viaje, sea un dónde enturbiar la mirada (como ya lo hemos dicho antes) y, con ella, la percepción.

En *Personas y animales...*, también podemos leer cómo el allanamiento de la distancia —igualmente abordado en las “villanías”— se realiza, entre otras cosas, por medio de una superposición de “contenidos adaptados” del mundo, de la historia, de la naturaleza, de la humanidad. Que el animal conserve su condición de animal, que la naturaleza conserve su condición de natural, que el “otro” conserve su propia condición, todo aquello que, precisamente, le es característico, propio de ellos, es lo que se quiere abolir, porque se le teme o porque da pereza enfrentarlo. Es por esto que son, precisamente, esos rasgos, aquello que permita identificarlo como “otro”, lo que luego será totalmente resaltado y modificado, hipertrofiado, burlado, para que parezca humano, y “por esas circunstancias peculiares, la inmediatez es capaz de interferir y de condicionar la percepción en vivo de la naturaleza, supeditando la experiencia a la interposición de sus antropomórficos modelos interpretativos”²⁷⁶, tal como sucedió con Currito.

Por eso no es posible hablar, siguiendo a Ferlosio, de adaptación y suplantación sin volver a las “manipulaciones”, y, como él mismo dirá en *Personas y animales...* es imposible “al hablar de la antropomorfización de la naturaleza, de su ‘humanización’ con miras a ratificar y hacer pasar por ‘natural’ el mundo humano (...) dejar de lado la figura de quien, por la enorme abundancia y difusión de sus repugnantes producciones, debe ser considerado como el máximo corruptor de menores de este medio siglo”.²⁷⁷ Es bastante conocido (no estamos tampoco hablando de hordas de conocedores como si se tratara de

²⁷⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiósticos* (2015), p. 22.

²⁷⁷ Op cit. 22.

la entrada a Disneylandia) este decir de Ferlosio, y, en esta exploración sobre la actitud cognoscitiva, lo traemos ahora a cuento, puesto que, tal vez, aquello que resulta más odioso para Ferlosio de Walt Disney no es solamente (que ya es bastante) que construya historias todas volcadas a reforzar esa idea de Armonía Universal que no se sostiene, sino que se antropomorficen los animales y la naturaleza (humanizarlos para que así el mundo humano pase por ser “natural”) y se manipule así a los niños, justamente con el mundo animal, que es con mucho el lugar fundamental donde se cuajan y se perfilan las primeras llamadas de un interés centrífugo, de una experiencia de lo Otro.²⁷⁸ De esta manera lo corrobora Tomás Pollán cuando afirma:

La manipulación cognoscitiva de los hechos y su volatilización como tales hechos en lo que constituye una flagrante infracción de la primera condición de todo conocer: guardar las distancias con las cosas y reconocer su inmovible alteridad, se cumple de un modo ejemplar en lo que Sánchez Ferlosio llama *derecho narrativo*²⁷⁹.

De ahí que tanto Disney como Hollywood sean verdaderas maquinarias de adaptación y de suplantación, en eso que llama “volatilización de los hechos”: hacer pasar una cosa por la otra; o también, desaparecerla y poner en reemplazo una otra —ajustada, conveniente— que haga las veces de ella. También Ruescas precisa al respecto de este derecho, que “la narración apareja, como esquemas que le son propios, el antagonismo (la contienda), la identidad (el egocentrismo que organiza un eje de coordenadas) y el sentido (la consideración de los elementos particulares como subordinados al todo). En otras palabras: identidad, sentido y antagonismo son elementos del derecho narrativo”.²⁸⁰ Y los presenta sin olvidar que para Ferlosio la identidad de los personajes conlleva la idea de “unidades unívocas y unidimensionales de conducta y de intención (cosa, por lo demás, ya mentirosa con respecto de los humanos (...) una existencia no es nunca, por fortuna, una función argumental)”;²⁸¹ el antagonismo, siguiendo lo anterior, solo podría concebirse

²⁷⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p. 22.

²⁷⁹ Pollán, Tomás. “La pasión del conocimiento”, en Pollán, Tomás (Coord.), *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá (2005), p. 49.

²⁸⁰ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), p. 70.

²⁸¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p. 21.

entre “personajes de existencia” (no de manifestación, y tampoco “sabios distraídos”, ni “hombres con minúscula”, ni los “tipo Bacon”) precisamente agónicos que “sugieren inmediatamente una toma de partido —y hay siempre un solo partido que tomar—, toma que hasta nos puede ser recompensada, haciendo que el malvado resulte al final *puni par les événements*”;²⁸² y que el sentido cuando es uno, unívoco, adquiere una mayúscula como Verdad, como Razón y sostiene la idea de que ello resulta equivalente a “una sucesión lineal de acciones con un sentido infinitamente más coherente y unitario del que pudiera tener lo retratado”²⁸³, es decir, a un argumento. Y sugiere Ferlosio, en la misma página que vamos siguiendo y, como para acabar de subrayar todo el montaje, todo el trucaje, que estas mixtificaciones, estos contenidos derivan de un esfuerzo “*que desde tiempo inmemorial viene haciendo en tal sentido la ideología entrañada en la forma misma de épica y la historiografía*”; imágenes, narrativas que, por ello, son muros, cercos, pues, como afirma Ruescas, también ocupan de manera tal la ya de por sí fugitiva e inacabada imagen del pasado que es casi imposible destronarlas:

durante “el último siglo”, el sistema de las ideologías ha evolucionado. Las ideologías no solo dejan sentir su influencia en lo que se refiere a los contenidos, sino que también afectan a los procesos, a las formas y a la misma concepción del conocimiento. La ideología no atiende ya tanto a lo que se muestra como a la manera de mostrar.²⁸⁴

De esta forma, la cuestión de las “atrofias cognoscitivas” no solo tiene implicaciones en el terreno de lo epistemológico, sino que termina teniendo efectos decisivos en los campos de lo político, lo cultural y lo social y, por ello, en el ámbito de lo pedagógico, cuestión que será la que tratemos en el siguiente apartado de este estudio.

²⁸² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p. 21.

²⁸³ Op. cit. p. 21.

²⁸⁴ (2014), p. 51.

Resumen

La necesaria “virtud cognoscitiva” se ve corrompida por la obediencia a una obsesión centrípeta, y es precisamente esta obsesión, esta forma de la experiencia, la que hace acto de presencia en la crítica de Ferlosio una y otra vez. En este apartado, nos detenemos en dicha obsesión, la obediencia a ella, los efectos de ella, las formas de la experiencia del mundo y de las cosas que posibilita, y dos de las atrofas que, ya no solo que se padecen, sino que se producen, a saber: la adaptación y la superposición (o suplantación), y, con ello, analizaremos en los ensayos de Ferlosio la escasez que ocasiona, el retardo, la disminución, la falta de desarrollo, la degeneración, el proceso pues autodestructivo que toda atrofia es, y que, según el autor, arrastramos en materia cognoscitiva.

1.- La obsesión centrípeta.- Ferlosio nos habla de la doble afrenta que se comete en el supuesto de conocer y que tenemos entre manos como una mera pretensión cuando traemos el mundo a lo ya conocido, allanándolo, tal como hacemos cuando le damos un nombre a un recién nacido; una villanía que cometemos tanto con el otro (por ejemplo, el niño, que, en este caso, encarna lo desconocido, el abismo, la “alteridad” inconmensurable aun siendo cosa del mundo, naturaleza pura, antes de ser así nombrado) como con nosotros mismos.

La crítica de la forma centrípeta de la experiencia es una constante en el pensamiento de Ferlosio y aparece ya desde muy temprano en sus escritos. Para nuestro autor, la “obsesión centrípeta” atenta contra toda “virtud” y “potencia” cognoscitiva; los elementos que remiten a la experiencia centrípeta son el egocentrismo, los principios de identidad y de individuación, el Yo (con mayúscula) y la “onfaloscopia”. Todos esos elementos coadyuvan a generar una fuerza de atracción que teniendo por centro, en materia de cognoscibilidad, el Yo, despliega la más feroz defensa contra el conocimiento mismo puesto que una vez puesto el mundo en casa, queda, a su vez, clausurado con un jamás el acceso a él.

Nuestras concepciones están sostenidas de las relaciones y las articulaciones entre nuestra mirada y nuestras palabras, ambas afectadas mutuamente en su encuentro simultáneo y dependientes forzosamente de la dirección del movimiento que dibujemos según concebimos la relación mundo-ser y es en el citado conjunto de relaciones donde percepción, representación, imaginación y sensación convergen, donde la actividad del conocer acontece. Existen dos posibilidades en la dirección del movimiento ser — mundo, esto es: que salgamos hacia las cosas (el viaje que la mente emprende hacia el mundo) o que las traigamos hacia sí, asumiendo incluso la inconsistencia en la que se opera al presuponer la reversibilidad de un movimiento, lo cual implica un irreversible vicio de partida.

En esta concepción de un conocer en reverso puede avizorarse cómo estamos presos de nuestros propios presupuestos, de esas categorías ontológicas greco-occidentales, distinciones todas fruto de creación humana que separan lo objetivo de lo subjetivo, el ser (donde estaría la mirada), el mundo (donde estarían las cosas, los objetos) y las ideas (teorías, representaciones, donde estarían las palabras); y que son también órdenes donde se ha entronado un Yo que piensa, *ergo* existe, y, además, domina el mundo y la naturaleza, puesto que, según su propio esquema, ocupa un nivel superior entre todas las demás especies vivas y no vivas, permitiéndose dominarlas. Todo lo contrario es “construir mundo”, “crearlo”, ser capaces, una y otra vez, de “darnos nuestras propias leyes” en lugar de ese salir a corroborar cómo lo que ya tenemos instituido se verifica o no en la “realidad” ya dada y que parece que va sin ton ni son como si aguardara nuestro conocer explicativo de ella con lo que ya tenemos a mano, y es por ello que el acto creativo (en su sentido fuerte) encuentra una singular cercanía con la significación, con la transposición, con ese “*hay muchos mundos en el mundo*”; y es también un impulso a ese levantar la cabeza, erguirse, de los dominados, los aplacados, los aplastados, los disminuidos seres humanos despojados como estamos de la capacidad y potencia de crear, en palabras de Ferlosio, de significar, esto es, de la experiencia de conocer (que solo puede darse auténticamente en un movimiento “centrífugo”).

Hay una serie de tentáculos con los cuales nos abalanzamos a por el otro, la naturaleza, las cosas: por ejemplo, con Razón y con palabra. Con ese sino, ese *fatum*, de

ambas, con los abismos, con eso otro que ellas, también, y al mismo tiempo, hacen de manera incluso esencial para la supervivencia de nuestra especie humana: poner un cierto orden (lógico), dar sentido (unívoco), instituir lo común (olvidándose de haberlo hecho), dotarnos de un principio de realidad. Todo ello implica una cierta circularidad, una suerte de encadenamiento, que, en todo caso, nos deja como parados ante el abismo, y con vértigo, el que produce esta redondez: que la razón contenga ella misma una inviabilidad de orden racional; y ese vértigo, eso que hace pensar que es ilógico, que no se puede agarrar, tal vez proviene, sin saberlo, de la concepción que ordena nuestros entendimientos de lo que la razón es, puede, y hace (y lo que no es, no puede y no hace). Surge así un punto ciego que es el extremo otro de la razón misma, viene a ser la Sinrazón de la Razón, que se cierra, se clausura, se completa, quedando así expuestos ambos polos entre los que se mueve el sentido de la posibilidad, entre la forma y lo abierto, el orden significativo y el caos perceptivo.

Toda esta “obsesión centrípeta” deriva en una serie de males que afectan negativamente a la “experiencia cognoscitiva”:

- Una pereza e inercia existenciales que son concreciones de una franca renuncia a la condición humana “por lo alto”.
- La inclinación hacia ecuaciones de tipo contable (cantidad de felicidad = cantidad de dolor y sufrimiento), donde las equivalencias de proporción y una especie de ajuste de cuentas numérico-existencial-emocional consuelan y tranquilizan, en la medida en que tendemos a observar con una mirada que privilegia “lo dado” sobre “lo posible”.
- Obsesión de la búsqueda del Sentido por parte de la historiografía.
- Legitimación de los órdenes vigentes y establecidos.
- Legitimación de los sacrificios, con los cuales justificamos la facticidad (la primacía de los hechos) y, con ella, a la dominación.
- El dominio del sujeto por parte de la ideología, que solo verá en la realidad una confirmación de lo que su ideología establece.

Al quedar la percepción y la cognición encerradas en la forma contractual de una palabra unívoca, en ella se enturbia la mirada. Por ello, la obsesión centrípeta es una manera que tenemos de blindarnos contra toda experiencia, de defendernos del conocimiento.

2.- Poner el mundo en casa.

“Poner el mundo en casa” es una manera coloquial de referirse a la adaptación, adaptación que tiene dos vertientes:

- La primera, la afrenta que cometemos con la naturaleza, con los animales, con los niños, con las cosas, la cual consiste, precisamente, en que pacifiquemos, aquietemos, sujetemos la inconmensurable extrañeza, el misterio profundo que son, el enigma que los envuelve.
- La segunda, que, tan pronto como hacemos eso con el mundo, cuando dejamos que temores y perezas “interfieran en nuestra relación con lo real”, necesariamente, hemos allanado también, al mismo tiempo, no solo la concepción que de nosotros mismos tengamos, humana especie, sino las potencias y virtudes mismas de nuestra condición.

El exorcismo que se realiza mediante la adaptación tiene que ver con expulsar de nuestra mirada precisamente lo que el otro tiene de otro; y la costumbre alude a eso que ya hacemos de manera “natural”, como por “inercia”, y sobre lo que Ferlosio constantemente nos llama la atención. Es lo que Ruescas señala con la palabra “inmediatización”, apuntando cómo esto es lo que en el fondo pretenden los “lenguajes adaptados”. Según Ruescas, la adaptación “*pretende hacernos inmediato lo distante*” y la idea es tan precisa porque justamente a lo que ella quiere referirse es a la anulación de todo intervalo, de toda distancia, de todo hiato, de todo tiempo entre una cosa y la otra, entre uno y lo otro y entre lo otro y lo uno, algo que llevamos a cabo mediante una voluntad de autoobnubilación y una sistemática obstrucción de la experiencia.

Lo que la “adaptación” pretende es hacer reversible el movimiento, pero en sí lo que hace es evitarlo, impedirlo, atarlo antes de que pueda ser, no salir, más bien traer, y por ello es una “atrofia”, una “atrofia” poderosa: se pone el disfraz de un movimiento de conocer (que se ha con-fundido con el de comunicar, o con el de transmitir, también ahí ha estado implicada la educación) pero, en realidad, viene a informar “lo que cuenta”, lo que

“vale la pena saber”, lo que “es relevante”, cosificando así el significar, el pensar, el caminar, el conocer, y prestándose con bombos y platillos a la orquestación del inmovilismo que tan cerca está del dogmatismo, de la dominación y el autoritarismo.

3.- Sabemos cada vez más de cada vez menos.

El suplantar y superponer también son maneras que se desprenden o son posibles cuando se ha cosificado la significación, cuando, además, de hacerla “una cosa”, se la toma por “la cosa misma” a las que refieren. Estas acciones son actos para la inmediatez del mundo y vienen a ser como las piedras y barro que hiciesen la argamasa misma del muro que no solamente “nos protege” de lo extraño, sino que resulta ser obstáculo para la imaginación, la creación y la renovación del mundo común.

Una de las manifestaciones de la suplantación y la superposición es la antropomorfización de la naturaleza, la concepción de regularidades cósmicas (las Leyes de la Naturaleza) unívocas, diáfanas, nada ambiguas con la forma del humano Yo y la temeridad de proponerlas a su vez —también para lo humano— en la forma de Armonía. Todo ello supone escamotear y socavar la “alteridad” (esto es, neutralizarla), implica que en lugar de lo otro, se instale lo propio; que se exorcice la “alteridad”, que se ponga fuera de juego la diferencia —negándola— en la reproducción de eso propio que bien puede pasar por un “nosotros”, que lo otro sea vilipendiado, humillado, menospreciado y sometido, y, si se trata de especímenes humanos, dominados con racionalizaciones tan fraudulentas como difíciles de elucidar, lo cual, más que superposición, sería una interposición. Por ejemplo, de una palabra que, en lugar de aprestarse a significar, a hacer el viaje, sea un dónde enturbiar la mirada y, con ella, la percepción.

En *Personas y animales en una fiesta de bautizo* también podemos leer cómo el allanamiento de la distancia se realiza, entre otras cosas, por medio de una superposición de “contenidos adaptados” del mundo, de la historia, de la naturaleza, de la humanidad. Que el animal conserve su condición de animal, que la naturaleza conserve su condición de natural, que el “otro” conserve su propia condición, todo aquello que, precisamente, le es característico, propio de ellos, es lo que se quiere abolir, porque se le teme o porque da

pereza enfrentarlo. Ferlosio pone a Disney como Hollywood de ejemplos de verdaderas maquinarias de adaptación y de suplantación, en eso que llama “volatilización de los hechos”: hacer pasar una cosa por la otra; o también, desaparecerla y poner en reemplazo una otra —ajustada, conveniente— que haga las veces de ella.

VII. Una ideología educativa

Si hasta el momento hemos estado explorando cómo Rafael Sánchez Ferlosio, en su indagación sobre la “experiencia cognoscitiva”, comenzó partiendo de la “virtud cognoscitiva”, la cual se hace posible a través del hecho lingüístico, y, posteriormente, desarrolló su reflexión sobre las “manipulaciones”, “villanías” y “atrofias” cognoscitivas generadas por un movimiento “centrípeto” hacia las cosas (en vez del necesario movimiento “centrífugo”) que no respeta la “alteridad” de las mismas, analizando las implicaciones a lo que ello daba lugar en materia de dominación y no cuestionamiento de los órdenes sociales establecidos, ahora es pertinente avanzar en otra corriente decisiva, la que se refiere a la transmisión de las ideas así generadas, paso fundamental para que ellas puedan arraigar, desarrollarse y expandirse, obstaculizando un conocimiento auténtico o, siendo más precisos en función de la forma de pensar de nuestro autor, la “experiencia real de conocer” (porque el conocimiento no sería un punto final de llegada ya definitivo y cerrado para siempre sino un camino siempre abierto y siempre presto a replantearse el sentido previamente alcanzado y descubrir sentidos nuevos y renovados).

Esta preocupación de Ferlosio por la educación, por la transmisión del conocimiento alcanzado, ya está presente en ese ensayo seminal que hemos estado citando continuamente en este estudio, *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, y hay varios pasajes que no solo son relevantes para demostrar dicho aserto sino que sirven de base para toda su reflexión posterior y los meandros por los que discurrió la misma. De este modo, en los siguientes pasajes que vamos a citar, aparecen las tres vías esenciales por las cuales se realiza la transmisión de ideas. La primera de ellas, la educación o, más concretamente, la concepción que sostiene la forma de entender la educación, la que está implantada y la que Ferlosio preferiría. Hay varios pasajes en *Personas y animales...* relevantes al respecto:

Quien mienta, pues, por nombre propio a un niño que no habla no sólo afrenta a la naturaleza, sino también y en igual grado a la propia humanidad, pues al considerar

irrelevante, para hacerlo, que hable o que no hable, presupone una histórica y total continuidad entre el animal de hoy y el humano de mañana, estima que nada hay por decidir ni por crear en el anfibio peregrino desarrollo que separa lo uno de lo otro, pensándolo sin más como un mero desarrollo, es decir, como una simple, expedita ejecución de algo ya prefigurado y programado sin residuo en el presente. Si hoy se le puede ya tener por el mismo de mañana (...), su futuro no es ya un futuro histórico, sino un futuro “natural”, al que no le faltaría determinarse, sino sólo advenir; no, pues, un libro en blanco, sino un libro ya escrito, solamente pendiente de lectura”.²⁸⁵

Vale la pena un breve excursus para mencionar que la explicación filosófica de esta idea en torno a la anámnesis platónica la ha desarrollado José Sánchez Tortosa en un libro de reciente publicación:

Las preguntas que Sócrates va planteando al esclavo [en el Menón] actualizan, excitan la potencia racional latente en él hasta el momento de enfrentarse con el proceso. Esa base neurológica y operatoria que es condición necesaria para la reconstrucción de las relaciones que cosen y regulan los fenómenos de la realidad, para el aprendizaje y el conocimiento por tanto, constituye el soporte ontológico y gnoseológico de la *anámnesis* platónica, que niega la posibilidad de la inspiración divina tanto como la espontaneidad libre de un pensamiento humano que conociera *ex nihilo*. Niega el todo y niega la nada. Abre la posibilidad del decir (del conocer, del aprender) situando el fiel de la balanza entre dos aporías monumentales que son Heráclito y Parménides.²⁸⁶

Desmintiendo la posibilidad de un conocimiento natural (en clara oposición a las tesis roussonianas que tan de moda están, y en relación a la concepción antropológica que de la

²⁸⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), p. 15.

²⁸⁶ “La evidencia geométrica de la falsedad de sus respuestas se va imponiendo y pone al esclavo frente a su propia ignorancia, impulsando su repliegue, situándose él mismo de ese modo (regresando, saliendo de la caverna) en un punto de partida limpio de contenidos no geométricos, fuera por un instante de la caverna. La geometría se revela aquí como el paradigma de la racionalidad dialógica del ente finito humano. Desde este estado, se toma impulso y se abre la vía para la segunda fase del proceso, la que podríamos denominar de *progressus* o de resolución. Ahora el esclavo podrá reconstruir la resolución del problema pues, de algún modo, está ya dada ontológicamente (las formas platónicas, el tercer género de materialidad del materialismo filosófico) y prefigurada gnoseológicamente (principio de anámnesis) en el plano de las relaciones geométricas. Podrá progresar en virtud de la activación o actualización de sus capacidades dormidas hasta el despertar socrático.” Sánchez Tortosa, José, *El culto pedagógico* (2018); Akal, pp. 55-56.

naturaleza humana tiene Ferlosio, vemos reflejado el corolario gnoseológico que propone Sánchez Tortosa, con evidentes resonancias ferlosianas:

El hallazgo no emerge de la nada, pero tampoco puede ser mera repetición. Es preciso atacar, en este punto, la confusión que históricamente ha generado el recurso al verbo «construir» en el aprendizaje. Los fundamentos ontológicos presentados espantan el riesgo de concebir dicho proceso como una construcción por parte del que aprende. El contenido del aprendizaje no es construido por un sujeto en fase de formación, sino que, a lo sumo, lo podrá reconstruir, podrá recorrer los pasos de la resolución de un problema que está dado en un plano ontológico que lo antecede y que lo supera, pero del cual puede formar parte de algún modo gracias a la racionalidad común. El llamado constructivismo procede, en buena medida, de este malentendido que el propio Piaget alimenta, a pesar de sus valiosas aportaciones en el campo de lo psíquico. Esta intervención de Sócrates resulta decisiva ya que marca el salto de la aritmética («si no quieres hacer cálculos») a la geometría («muéstranosla en el dibujo») en la resolución del problema, abriendo, a su vez, la cuestión decisiva de los números irracionales. Contar se ha mostrado como un método insuficiente. Los números parecen ocultar misterios que, sin embargo, las formas geométricas serán capaces de solventar. Es la geometría la que permite el paso a operaciones aritméticas de mayor complejidad, y será el problema de los números irracionales el que permitirá el salto de la aritmología pitagórica a la teoría platónica de las formas.²⁸⁷

De este modo se muestra la imposibilidad de aprender aquello que *no se sabe* si no es como una forma de recordar lo aprendido previamente. El aprendizaje será, así, el modo de traer de nuevo al conocimiento las formas *aprehendidas* (o *recordadas*) y que está en perfecta concordancia con la teoría ferlosiana.

Por lo que atañe a la manipulación, que se presenta como la “*necesidad de adaptar el objeto a la mente infantil*”,²⁸⁸ las palabras de Ferlosio serán las siguientes:

diré que esa presunta mente infantil es una mente imaginada por el mundo adulto a la medida de su cobardía, aparte de una verdadera afrenta para los abnegados hijos de los

²⁸⁷ Sánchez Tortosa, José, *El culto pedagógico*, Akal, 2018; pp. 56-57.

²⁸⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p. 23.

hombres; la acción que se camufla, en realidad, detrás de ese “adaptar el objeto a la mente infantil” es la de adaptar esa mente al modelo para ella concebido, a través de un objeto manipulado ad hoc para su horma. Sería preciso escribirlo en las paredes, por obvio que ello sea: no hay una mente infantil ni una mente femenina, no hay más que una sola mente humana; la infantilidad es un invento de la misma ralea que el de la feminidad y estrechamente coordinado a éste: los niños y las mujeres son, por antonomasia “los que se quedan en casa”²⁸⁹.

Si para Ferlosio la “experiencia cognoscitiva” no tiene que estar encaminada a llegar a un destino final cerrado y definitivo, a un conjunto de predicados que deban ser considerados válidos por los siglos de los siglos, considera, con coherencia, que la educación no deba estar dirigida a ahormar al ser humano en un patrón previamente establecido, a un patrón que sería el conocimiento que se da por consolidado sin que se atiende a la posibilidad de avanzar a partir del mismo a través de la “experiencia real de conocer”, sino que concibe la educación como el medio para que cada ser humano llegue a un punto de destino que no estuviera contemplado al principio del proceso por el cual la misma se imparte. Por ello, Ferlosio, en el ensayo que ya hemos ampliamente citado, acaba realizando una dura crítica a los modelos educacionales establecidos y a los criterios pedagógicos que los regulan:

Habiendo evolucionado, en este último siglo, el sistema de las ideologías desde la ideología que podríamos llamar dogmática o de contenido hacia procedimientos ideológicos que apuntan directamente a los procesos, a las formas del propio conocer, no es de extrañar que la ideología para la infancia, antaño un mero apéndice de la confeccionada para adultos, se haya convertido hoy en objeto de una auténtica especialización (más aún, podría decirse que todos o casi todos los recursos ideológicos modernos —como puede observarse sin más en las marcadas tendencias infantiles del dibujo publicitario— bajan hoy a beber en los veneros de esta especialidad, beneficiándose de sus hallazgos, lo que podría dar razón de la característica infantilización de nuestro mundo). Se trata, en efecto, de una ideología “educativa”, que no atiende ya tanto a lo que muestra cuanto a la propia manera de mostrar; ya no dirige la mirada hacia esto o hacia lo otro, sino que prefiere proyectarse sobre aquello hacia lo cual con interés más espontáneo se halle ya vuelta la mirada: “¿Te

²⁸⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p.23.

gustan los animales? Pues yo te los voy a enseñar”. La historia natural, y en especial la zoología, es el terreno de elección para manipular las mentes infantiles²⁹⁰.

Hay dos puntos de interés en este párrafo. El primero, el mostrar cómo Ferlosio traza un paralelismo nada disimulado entre los vicios que arrastra la “experiencia cognoscitiva”, con sus “villanías”, “manipulaciones” y “atrofias” y la forma en la que se desarrolla el proceso educativo, que vendría a ser una emanación por irradiación, un reflejo fiel y consecuente de un modo de conocer irrespetuoso con la “alteridad” y “soberanía” de las cosas. El segundo, cómo empieza a aflorar el papel de los modelos educativos asociado al de otras dos vías esenciales para la transmisión de las ideas adquiridas mediante un proceso de conocimiento afectado por taras irreversibles. La primera de esas vías se refiere a las manifestaciones culturales:

Walt Disney, con el dos veces doble frente de la fotografía y el dibujo, del argumento y el documental, nos ofrece de ello [la utilización de la historia natural y la zoología como vías para manipular a los niños] el paradigma más completo. No es de este lugar (...) emprender un análisis concreto de sus obras; me quedaré, por tanto, en señalar la dirección a mi entender más relevante en sus mixtificaciones. ¿Puede mixtificarse en lo que hoy gustan de llamar, tan pomposa como autoritariamente, “documentos fotográficos”? Todos sabemos ya que sí, y yo no tengo la culpa de que lleven valor peyorativo —anterior o posterior— en el lenguaje cotidiano las palabras con que el lenguaje técnico contesta sobre el cómo: “la truca” y “el montaje”. En cuanto al “objetivo”, está muy lejos de serlo lo bastante como para que la manipulación no pueda comenzarse ya en la toma; después, los trozos de película rodada se cortan y se barajan a voluntad del jugador y, gracias a la fragmentación de la escena en planos parciales sucesivos, los documentos se pueden hacer corresponder en el relato a situaciones diferentes a las que había realmente en el momento de la toma: un animal que huía puede ahora convertirse en un animal perseguidor. De este modo se confecciona un argumento, se organiza una sucesión lineal de acciones con un sentido infinitamente más coherente y unitario que el que pudiera tener lo retratado; se da una dirección segura y permanente a los designios y se crean verdaderos personajes, es decir, unidades unívocas y unidimensionales de conducta y de intención (...) que, por su sola naturaleza estructural, nos llevan de la mano al agonismo y nos sugieren inmediatamente

²⁹⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), p.20.

un partido —y hay siempre un solo partido que tomar—, toma que hasta nos puede ser recompensada, haciendo que el malvado resulte al final puni par les événements. Ya con esta antropomorfización estructural la naturaleza se vuelve perfectamente congruente e inmediatamente inteligible; no es necesario dar un solo paso para comprenderla: viene ya totalmente interpretada.²⁹¹

Como apreciamos en este pasaje, hemos pasado sutilmente de un esquema abstracto de cómo se concibe el proceso educativo de los niños a una manifestación cultural muy concreta, perfectamente articulada y estructurada y desarrollada en una organización industrial muy determinada que permite elaborar en serie una serie de obras que se ajustan al modelo descrito en el pasaje que acabamos de transcribir. Hemos pasado de las “ideas” al “orden social” y, en dicho orden, las manifestaciones culturales juegan un papel decisivo a la hora de inculcar las ideas que justifican, refuerzan y consolidan dicho orden. Ideas que pueden no aparecer de forma explícita en dichas manifestaciones (para dicho orden social, casi mejor que no sean explícitas) pero que están presentes en la estructura del relato que las sostiene, estructura que condiciona de antemano la postura del receptor frente a la obra que le está siendo transmitida. Esta cuestión de las estructuras narrativas llevó a Ferlosio a la ya comentada exhaustiva exploración (inacabada) que llevó a cabo en *Las semanas del jardín* y, como podemos comprobar, ya está presente en *Personas y animales...*, que, finalmente, introduce la tercera vía por la que las ideas nacidas de un movimiento irrespetuoso y “centrípeto” hacia las cosas son inculcadas: los medios de comunicación. En el siguiente pasaje, no solo se expone el papel que juegan dichos medios sino cuál es la actitud que rige su forma de suministrar la información, actitud que, no puede sorprendernos, es la que hemos analizado a la hora de hablar de “villanías”, “manipulaciones” y “atrofias” cognoscitivas:

Al proceder con la significación como si fuese una especie de alameda por la que uno pudiese pasearse para adelante y para atrás, la adaptación la desnaturaliza y desvirtúa de todo su poder cognoscitivo, y muy a menudo en nombre de una comunicación a ultranza, que no repara en destruir su propio contenido —la referencia hacia las cosas— ni en traicionar, del mismo golpe, su propia condición fundamental. Esta no es, en efecto, sino la

²⁹¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), pp. 20-21.

participación consubjetiva en el movimiento de la significación, frente al cual la comunicación sí que es, o debe ser, en cambio, un camino reversible: una reciprocidad de las dos partes en cuanto a los derechos de emisor y receptor. La adaptación, curiosamente, al hacer reversible —aniquilándolo— el movimiento de la significación, convierte en irreversible —destruyéndolo igualmente— el tráfico de la comunicación, que justamente no debería serlo, y en cuyo nombre se cree justificada. Al despachar por cosas —opacas y por lo tanto irreductibles— las significaciones, la adaptación convierte el noble tráfico de la comunicación en una acción unilateral y autoritaria, terminando de traicionar con ello, en todos los terrenos, la santa libertad de la palabra. He aquí, pues, cómo al socaire de los ya tópicos clamores a favor de una comunicación a ultranza (...) puede ampararse y prosperar, del modo más artero, el dogmatismo autoritario. Que estas no son suspicacias de palurdo lo sabe muy bien cualquiera que contemple el panorama del tinglado cultural, con sus poderosísimos medios de difusión, en los que llega incluso a materializarse la irreversibilidad de la sedicente comunicación sobre una inmensa grey de exclusivos receptores, al par que, contra la propia evidencia de los sentidos corporales, se insiste cada vez más en designarla como “diálogo”, y “medios de comunicación social” a sus unilaterales instrumentos, empecinados, con un ardor digno en verdad de mejor causa, en meternos en casa el universo entero. Una significación adaptada a un receptor determinado ya no es una verdadera significación, es —aparte de un instrumento autoritario— un vil sucedáneo, vacío de toda virtud cognoscitiva²⁹².

La lógica conclusión ferslosiana es evidente: “Poner el mundo en casa es la manera de lograr que jamás se acceda a él”.²⁹³

Un amplio abanico de cuestiones que hemos ido tratando convergen en el párrafo que hemos transcrito, pero podríamos centrarnos en dos profundamente interrelacionadas que cobran un protagonismo que, hasta el momento, ha estado ausente. La primera, que tiene plena relevancia en el contexto del presente apartado de este estudio, es el papel esencial de los medios de comunicación como canal informativo unilateral y que, por ello, nos legitimaría para referirnos a ellos como medios de ‘comunicación’ y como canal

²⁹² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), pp.24-25.

²⁹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), p. 25.

‘informativo’ (con comillas irónicas), ya que el contenido que vehiculan no tiene las condiciones esenciales que debería cumplir una función comunicativa e informativa plenamente auténtica. Lo que circula a través de esa vía es contenido dogmático (fruto de una experiencia cognoscitiva “centrípeta” e “irrespetuosa” hacia las cosas) que, en la medida en que se transmite sin hacer posible la vía de regreso del conocimiento transmitido a la fuente del mismo, en que no es posible que el receptor pueda colocarse en el lugar del emisor para reconstruir la “experiencia cognoscitiva” comunicada (a lo sumo, podría repetir miméticamente la significación que se da por conocimiento cerrado y consolidado), se impone de forma autoritaria, sin posibilidad de replanteamiento o refutación.

De este modo, a través de la concepción de la educación como guion cerrado y preestablecido por el que los niños llegan a ser lo que ya estaba predestinado para ellos y del papel de las manifestaciones culturales y los medios de comunicación, el orden social se mantiene inamovible asentado sobre un conocimiento que no es tal sino un conjunto de contenido que no representa la auténtica naturaleza de las cosas y el mundo.

En función de la importancia que Ferlosio concede en *Personas y animales...* al sistema formado por la educación, la cultura y los medios de comunicación, es lógico que, a lo largo de su obra ensayística posterior, profundizara en él y ahondara en sus funciones y mecanismos. Así, en 1969, en un artículo publicado en la revista *Triunfo*, titulado *Unos ojos redondos como platos*, nuestro autor aborda el mito de los Reyes Magos recalcando y profundizando en la idea que ya expresó con bastante nitidez en *Personas y animales...*:

El placer de engañar no se muestra tan puro en la mentira en torno al nacimiento, donde concurren tal vez otros motivos, cuanto en el otro asunto paradigmático de la inocencia: la impostura de los Reyes Magos. En ella han encontrado los adultos una forma incruenta y deliciosa de confirmarse a sí mismos una vez al año su poder sobre la infancia, sin que este simple designio psicológico vea a la operación la alternativa de orientarse de rechazo a un rendimiento utilitario: el de hacer más efectivo ese dominio por el procedimiento de quebrantar en su íntima morada las fuerzas del vasallo poniéndolo en entredicho racional consigo mismo; la conjura parece tanto más artera cuanto el adulto sabe muy bien cuán

confiadamente abierta se encuentra esa morada a los dictados de su autoridad. “Ser inocente” significaba exactamente estar en un error acerca del origen de los hijos y creer en los Reyes Magos, y he aquí que comoquiera que el sentido etimológico directo de la palabra es el de la acepción que la hace equivalente a “inocuo”, la traslación semántica que implica la acepción de “que no sabe” viene a representar fortuitamente el papel de malicioso testimonio de que ha de ser la inocuidad lo que tal vez deba esperarse como efecto del engaño, cual si a través del cristal de aquella única y común palabra compartida se guiñasen el ojo ambos sentidos y conchabasen ambas intenciones.²⁹⁴

Y, como suele ser habitual en Ferlosio, la reflexión no se detiene al mero nivel del desarrollo de una abstracción, sino que van surgiendo detalles y conexiones que enriquecen significativa y relevantemente el postulado inicialmente defendido:

Pero este mismo impulso que se me antoja ver tras el engaño en cuanto tal parece confirmarse en lo que ocurre en una casa acomodada en la mañana del día 6 de enero: con un improvisado arte de escapatista se ha organizado a lo largo de la noche la ostentosa exposición de los regalos, hechos ya, por su simple *mise en scène*, pregoneros y apologetas de sí mismos. El fementido “¡Oh!” de asombro de los padres que al abrirse la puerta se anticipa, inductor, al embeleso de los niños recuerda la poco airosa figura del *claqueur*, que desencadena el aplauso de la sala, o la hechizada representación del propio consumidor en el cartel publicitario, o mejor todavía, la carcajada teledirigida de algunos programas cómicos de televisión, donde lo inducido por mimesis ya no es el signo de la aprobación, sino la reacción misma, o, en fin, la pintoresca comparsa generalmente femenina de la troupe circense que tiene la exclusiva función de subrayar y encarecer con un ademán de estupefacta admiración o, incluso, con un estereotipado y restallante “¡Fantástico, muchachos!”, el supremo prodigio de acrobacia, siempre para espolear por inducción la corriente aprobatoria y endilgar la mercancía.²⁹⁵

Si con anterioridad hemos hablado de las tres vías por las cuales tiene lugar la transmisión de ideas (educación, manifestaciones culturales y medios de comunicación), la cual no es solo transmisión de ideas sino, sobre todo, configuración de actitudes, ahora

²⁹⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. “Unos ojos redondos como platos”, artículo publicado en la revista *Triunfo*, n.º 293, 13 de enero de 1968, p. 42.

²⁹⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. “Unos ojos redondos como platos”, artículo publicado en la revista *Triunfo*, n.º 293, 13 de enero de 1968, p. 43.

habría que dar un nuevo paso y considerar que la educación se compondría, por su parte, de dos subvías claramente diferenciadas: la que correspondería a la instrucción o enseñanza y la que correspondería podríamos decir al proceso de socialización, en la que el peso de la familia sería decisivo. En el prólogo que escribiera nuestro autor al *Pinocho* de Collodi, hay un párrafo en la que esa red de vías queda perfectamente retratada, articulada y desvelada:

resultaría bastante desoladora una investigación por esos colegios de Dios [la enseñanza] acerca de la influencia que sobre el gesto y el habla de los niños tienen las películas de dibujos [manifestaciones culturales] de la televisión [medios de comunicación] (no habladas, sino “maulladas”, como expresivamente dice Fernando Quiñones) y sobre todo ese siniestro numerito cotidiano de “un lecado de palte de la tele”. Por lo demás, tampoco es necesario esto, pues muchas veces se bastan los papás y las mamás [proceso de socialización] para fijar a un niño en esa jerga durante mucho más tiempo de cuanto podría pedir el más completo desarrollo de sus facultades articularias y constructivas, como lo demuestra el caso hartó frecuente de los niños “bilingües”, que, según las conveniencias del momento, echan mano ya de esa babosa jerga, ya de la lengua común perfectamente desarrollada.²⁹⁶

Esta preocupación de Ferlosio por los temas educativos nos permite comprender el interés que suscitó en nuestro autor las memorias de Jean Itard (1801 y 1806) sobre los progresos del “niño salvaje”²⁹⁷ Víctor de Aveyron y los comentarios de Lucien Malson sobre

²⁹⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el “Pinocho» de Collodi (1972)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 37.

²⁹⁷ El concepto de “niño salvaje” se refiere a aquellas personas que han crecido aislados o en la naturaleza, desconectadas de cualquier tipo de vínculo social, durante un amplio período de su infancia. Los dos casos más conocidos es el que vamos a aludir de Víctor de Aveyron (? — 1828), que fue encontrado en 1800 por unos cazadores en los bosques de Caune, en el Languedoc francés, cerca de los Pirineos, cuando tenía en torno a los 11-12 años, y el de Kaspar Hauser (? — 1833), que el 26 de mayo de 1828, tras haber permanecido cautivo hasta entonces, apareció en la ciudad de Nuremberg cuando, según rezaba un escrito que portaba, tenía 16 años. Curiosamente, a la par que Rafael Sánchez Ferlosio realizaba la traducción de los escritos de Itard y Malson y realizaba las anotaciones a los mismos, se realizaron dos películas muy conocidas sobre cada una de estas historias. Sobre la de Víctor de Aveyron, François Truffaut realizó *El pequeño salvaje (L'enfant sauvage, 1970)* —se puede ver ficha técnica del film en el siguiente enlace: <https://www.imdb.com/title/tt0064285/>— y sobre la de Kaspar Hauser fue Werner Herzog quien dirigió *El enigma de Gaspar Hauser (Jeder für sich und Gott gegen alle, 1974)* —se puede ver ficha técnica del film en el siguiente enlace: <https://www.imdb.com/title/tt0071691/>—. (A Rafael Sánchez Ferlosio no le gustó en absoluto la película de Truffaut y, de este modo, en *La forja de un plumífero*, dejó escrito: “Truffaut traicionaría más tarde [los textos de Atard] en una cinta en la que hizo de actor y director” en Sánchez Ferlosio, Rafael. *La forja de un plumífero*, Archipiélago (1998). Se infiere de ello que este tema despertaba

las mismas, todo lo cual tradujo y sobre lo que escribió un voluminoso conjunto de notas²⁹⁸. En esa vasta sucesión de textos, hay muchísimos puntos de interés que podemos explorar a través de una serie de pasajes ampliamente significativos.

El primero, incide el hecho lingüístico como vía fundamental a través de la cual se articula la “experiencias cognoscitiva”. El lenguaje fue una de las preocupaciones primordiales en el intento de enseñar y socializar a Víctor de Aveyron y, conectado ello con lo que ya hemos visto que es una de las inquietudes básicas de Ferlosio, nuestro autor dedica comentarios más que interesantes. En la medida en que la experiencia relatada por Jean Itard siguió una serie de secuencias que empezaron por lo más simple y elemental hasta ir avanzando a actividades más avanzadas y complejas, uno de los primeros aspectos en los que se detiene nuestro autor es en el de la percepción de los sonidos (es decir, estamos dando un paso atrás en el análisis y estamos entrando en un hecho prelingüístico):

la particular disparidad de asunto de los ruidos citados por Itard como ejemplos de estímulos acústicos para los cuales Víctor se mostraba agudamente receptivo servían para ilustrar la fuerza del sentido. Ya, por lo pronto, la nuez y la castaña no sólo pertenecían al contenido absolutamente primario e imprescindible de “comer”, sino que incluso podían ser, personalmente, antiguos conocidos, y su ruido estar ya cargado de sentido desde los tiempos de libertad. Pero aun no siendo así, no resulta nada difícil aceptar la idea de que, por la fuerza misma de semejante contenido, hubiesen conseguido entrar muy pronto a tomar órbitas propias en el campo gravitatorio general de su constelación. Por el contrario, el ruido de la llave no sólo era para Víctor un ruido necesariamente nuevo, un ruido perteneciente al repertorio acústico exclusivo del destierro y de la cautividad, sino que incluso el contenido al que hacía referencia, el deseo singular que lo cargaba de sentido, esto es, “salir” —por enunciarlo con la rotunda e inapelable simplicidad con que lo debía de

gran curiosidad durante esos años, posiblemente al amparo de las ansias de transformación social, del espíritu crítico (son los años en los que el pensamiento de Herbert Marcuse y Theodor Adorno alcanzan popularidad inusitada) y del auge de la contracultura en dicha época, que convergieron para aproximarse con interés a esos casos en los que se podía concebir, al menos a nivel teórico, el surgimiento de un “nuevo ser humano” a partir de la ausencia de un proceso de socialización previo y la existencia de una mente libre de cualquier tipo de prejuicios o condicionantes, lo cual abría un campo amplio e inesperado para un proceso educativo auténticamente liberador que no se limitase a reproducir el orden social existente.

²⁹⁸ Hemos hablado previamente de ello en el presente estudio: ver la página 24 del mismo.

tener grabado a fuego el propio Víctor en la lacónica lápida del alma—, era un contenido inexistente en su vida solitaria y que tan sólo había surgido después de la captura.²⁹⁹

Llegamos a un punto intermedio entre el camino que va desde la percepción (entendida en sentido amplio, aunque en este caso sea visual, no auditiva como en el ejemplo anterior, pero unificados ambos por el hecho de que la transmisión y percepción de estímulos se convierta en hecho comunicativo) al hecho lingüístico en sí mismo considerado:

Es curioso que solamente las señales no arbitrarias —como esta de invertir el recipiente— puedan servir de indicios, en una investigación conductista, de una no total inmediatez de la conducta, y por lo tanto de una cierta inteligencia del asunto en sí. La respuesta accional, a la que al menos cualquier animal superior puede ser condicionado sobre señas arbitrarias, no tiene por qué aparejar en modo alguno ningún entendimiento descriptivo de la cosa, ningún análisis interno de lo que está entre la iniciativa del emisor y la obediencia del receptor. El éxito de señas no convenidas depende precisamente de su no arbitrariedad y ese éxito mismo se hace prueba, a su vez, del entendimiento interno de la cosa; nosotros podemos improvisar a cada momento señas nuevas para obtener una respuesta determinada, pero esas señas tienen que ser semánticas por sí mismas, y no por arbitraria convención; tienen que ser una explicación de la cosa, una descripción mimética. Por supuesto, lo que más capacidad autosemántica posee es el objeto mismo al que queremos hacer referencia: para decir por señas “córtate el pelo” lo más seguro es echar mano de unas tijeras; pero también los dedos índice y medio tienen entre nosotros la suficiente capacidad imitativa como para dar a entender una cosa así; digo “entre nosotros” porque quizá jamás un chimpancé pueda reconocer ahí unas tijeras: será sin duda fácil hacerle establecer entre ese gesto y las tijeras una correlación arbitraria, semejante a un reflejo condicionado, pero eso no quiere decir que vea la mano como unas tijeras; para ello sería preciso que fuese capaz de abstraer la presencia concreta del actor —la mano— y reconocer en sus movimientos al personaje representado —las tijeras. Todo lo cual no quita para que por muy motivado —mimético— que sea un signo en su constitución originaria,

²⁹⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 617.

una vez codificado —es decir, convenido— funcione con la misma inmediatez que cualquier signo arbitrario³⁰⁰.

Observemos que estamos explorando el territorio de la “virtud cognoscitiva”, profundizando en el origen y naturaleza del medio por el que la misma se desarrolla —el lenguaje—, analizando en el caso extremo y excepcional de Víctor de Aveyron cómo, desde la transmisión y percepción de señales que sirven para establecer una vía de comunicación, solo hay un paso para que dichas señales sean codificadas (y de, tal vez, ser originalmente no arbitrarias pasar a que dicha condición de no arbitrariedad se convierta en un rasgo absolutamente irrelevante) y surja el lenguaje, que es un sistema de señales codificadas:

Lo que aquí se adivina de manera empírica y conductista no es sino lo que un siglo y pico después ha venido a poner en claro el descubrimiento de la fonología, esto es, que los sonidos orales en cuanto objeto de la atención específicamente lingüística, o atención significativa, son sometidos a un proceso de abstracción, y sólo esto los hace utilizables como signos. Este “principio de relevancia abstractiva”, según la expresión de Bühler, a partir del cual se explica el concepto de fonema y la naturaleza de la atención fonológica, funciona, no obstante, sin menoscabo de poder al mismo tiempo proyectar a voluntad una atención fonética, como cuando observamos de un hablante: “Hace unas eses muy raras”. Una cosa, por tanto, es la capacidad de afinar el oído para registrar los matices de la voz como objeto sonoro “en sí”, y otra la facultad abstractiva que en el seno de la actitud lingüística nos permite identificarlo como tal signo convenido³⁰¹.

Una vez que llegamos al sistema codificado que sirve para encauzar la comunicación entre profesor y alumno, el segundo punto de interés trata una cuestión que ya hemos abordado en otro apartado de este estudio pero que ahora recibe la contextualización necesaria, enriquecida por lo que ya hemos tratado sobre el pensamiento de Ferlosio, y se refiere a las implicaciones de que una determinada ideología impregne el proceso

³⁰⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 641-642.

³⁰¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 639-640.

educativo. Hay que empezar, no obstante, para llegar a ello, transcribiendo el pasaje en el que Jean Itard expone su admiración por las ideas de Locke y Condillac, realizando una síntesis de las mismas (recordemos que la traducción del original fue llevada a cabo por el propio Ferlosio):

de las verdades más interesantes (...) que Locke y Condillac (...) descubrieron (...) podría deducirse lo siguiente:

- 1) Que el hombre es inferior a muchos animales en el puro estado de naturaleza (...).
- 2) Que la superioridad moral que se pretende connatural al hombre no es sino resultado de la civilización, la cual lo eleva por encima de los otros animales por un impulso grande y poderoso. Tal impulso es la sensibilidad de su especie; propiedad esencial de la que se derivan las facultades imitativas y la inclinación continua a buscar nuevas sensaciones en necesidades nuevas.
- 3) Que semejante fuerza imitativa, destinada a la educación de sus órganos, y sobre todo al aprendizaje de la palabra, siendo muy vigorosa y activa en los primeros años de la vida, se debilita rápidamente con la edad, el aislamiento y toda clase de causas tendentes a embotar la sensibilidad nerviosa; de ahí que la articulación de los sonidos, que es sin ningún género de dudas el más extraordinario y útil de todos los resultados de la imitación, tenga que padecer dificultades sin cuento en cualquier edad que no sea la de la primera infancia.
- 4) Que tanto en el más segregado de los salvajes como en el ciudadano elevado al grado extremo de civilización existe una relación constante entre ideas y necesidades; que la multiplicidad creciente de éstas en los pueblos cultivados tiene que ser considerada como un gran instrumento de desarrollo del espíritu (...).
- 5) Que en el estado actual de nuestros conocimientos psicológicos el proceso de la enseñanza puede y debe aprovecharse de las luces de la medicina moderna, que entre todas las ciencias naturales es la que más eficazmente puede colaborar en el perfeccionamiento de la especie humana (...).³⁰²

³⁰² Itard, Jean. *Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801-*, en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 547-548.

Jean Itard se atendrá, en el proceso por el que intentará integrar a Víctor de Aveyron en la vida social, estrictamente a dicho ideario:

Lo que hizo de Itard aquel hombre tan radicalmente negado a la experiencia debió de ser la polvareda levantada por la banal sotana de Condillac. Éste había desmontado el alma como un artificiero desarma un artefacto explosivo, consiguiendo ponerla totalmente hors d'état de nuire. “¿Pólvora? ¿Dónde decían ustedes que había pólvora?”. Sometida, en efecto, el alma, a semejante tratamiento, no daba ya ni la más débil respuesta empírica. Siendo ya Itard condillaquiano convicto y militante, hace su aparición el niño bravío de Aveyron, e Itard se apodera de él en nombre y a beneficio de la causa que defiende. De ahí, ahora, este extraño proceder de ver todo el provecho del fortuito experimento que le ha concedido la fortuna en servir tan sólo de “prueba material”, de instrumento forense, de pieza de convicción en la polémica, para comprobar y respaldar lo que ya Locke y Condillac habían descubierto “gracias a la fuerza de su genio y a la profundidad de sus reflexiones”. Tal es el triste papel reservado a la experiencia; no aportar por sí misma la materia y el atisbo de los conocimientos, sino ratificar con su voto los asertos doctrinarios, apoyar con su obediencia los programas de partido. No distinta debió de ser la disposición de ánimo de Itard —como, por lo demás, él mismo nos lo declara en el proemio— al enfrentarse con el niño bravío de Aveyron. Quería encontrar a Condillac, y naturalmente, como sucede siempre, no encontró más que a Condillac.³⁰³

Aparte de cambiar la expresión de “niño salvaje” por la de “niño bravío”, algo que no es en absoluto caprichoso, ya que supone eliminar o, al menos, atenuar el componente de prejuicio y condicionamiento intelectual que implica la primera expresión, es interesante resaltar el aspecto que es esencial en el comentario: la crítica al peso de la ideología en la conducta de Jean Itard a propósito de su actitud con Víctor de Aveyron. Esta crítica no es solo una valoración de la metodología de Itard, sino que posee dos dimensiones adicionales:

- Lo que se describe en el pasaje transcrito es una ejemplificación real y en vivo de lo que hemos estado retratando y analizando a lo largo de este estudio: el

³⁰³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 674-675.

“allanamiento” de la distancia que la realidad mantiene con el sujeto, el movimiento “centrípeto” hacia las cosas, la falta de respeto hacia su “alteridad”. Estos conceptos que hemos estado explorando no son palabras vacías carentes de consecuencias sino que generan conductas con implicaciones claras y relevantes en el entorno donde las mismas tienen lugar y, sobre todo, sobre las personas que se ven afectadas por ellas.

- Es muy difícil no interpretar la crítica de Ferlosio a la metodología de Itard como una valoración que se puede extender a los sistemas implantados con carácter general en los diferentes sistemas educativos del pasado y del presente, materializando lo que ya censuraba en *Personas y animales...*, ese afán ejercido sobre el recién nacido para “encajarlo en un modelo”, “fijarlo en un destino”, de modo que podemos considerar a Jean Itard y a los métodos de enseñanza aplicados con carácter sistemático casi como versiones altamente sofisticadas y avanzadas de la asistente al bautizo que no dejaba de llamar al bebé por su nombre de pila.

Esta última reflexión nos lleva directamente a otro pasaje de los comentarios de Ferlosio a los informes de Itard (el mismo se refiere a una prueba realizada con el niño para que asociara una serie de objetos a las formas de los mismos dibujadas en una pizarra y a la ardua tarea que supuso el que llevara a cabo la labor con éxito) en los que hábilmente hace apuntar sus dardos sobre esa obsesión por borrar la indeterminación, el futuro aún por definir, la existencia de múltiples caminos posibles que forman parte esencial de la condición infantil, profundizando, además, en la misma:

Conmovedor momento el de tan humilde resultado, que muestra por cuántos caminos puede llegar la mente a la misma respuesta y con cuánto cuidado se ha de andar todo psicólogo para valorar una conducta; no importa la mera resolución positiva de un problema, sino más aún el cómo se ha resuelto; todo resultado necesita de una investigación complementaria que permita aislar la verdadera operación de la mente. Todos los problemas admiten vías de solución más económicas (...) o más dispendiosas; las económicas tienen la ventaja práctica de ser como atajos para casos concretos, pero las más dispendiosas son siempre más universales y de mayor fertilidad. Si aquí el modo de actuar de Itard era estrictamente conductista, como no podía por menos de ser, no lo era, sin embargo, en modo alguno, su actitud frente a los resultados: sabía desconfiar de ellos y

buscar los experimentos complementarios capaces de confirmar o desmentir una interpretación. Cada vez que nos digamos: “Fulano sabe hacer tal cosa” tenemos que preguntarnos: “¿qué es lo que en realidad hace en su mente?”. Ninguna enseñanza puede regirse por pruebas únicas, directas y no contrastadas, porque todo problema singular admite siempre trucos y atajos, expedientes de fortuna, automatismos, que si cotidianamente nos permiten un inmenso ahorro de esfuerzo intelectual, nos dejarían, reducidos a sí mismos, enteramente inermes ante situaciones nuevas. Así un problema psíquico es siempre dos o más cosas, según el grado de absolutización o de relativización en que se vea considerado; cuando sea simple caso particular de una vasta familia de situaciones organizadas conforme al juego correspondiente de variables, el automatismo será sólo circunstancial y se prestará a una revocación reflexiva³⁰⁴.

Observemos cómo el recorrido de Ferlosio por el proceso por el que Jean Itard intentó enseñar y socializar a Víctor de Aveyron nos va brindando casi un recorrido en paralelo por el que hemos logrado trazar en este estudio a partir del desarrollo conceptual que estaba presente en *Personas y animales....* Vamos asistiendo, como si de una novela o de una película se tratase, al despliegue de “villanías”, “manipulaciones” y “atrofias” cognoscitivas, vamos encontrando nuevos matices, o, más bien, cabría decir meandros y afluentes, en la definición y repercusión de las mismas (en este pasaje, se menciona explícitamente cómo el aferrarnos a una idea “atrofiada” nos puede servir para la vida cotidiana pero nos deja indefensos ante el surgimiento de una situación nueva) y comprobamos cómo las mismas no se presentan en estado puro en la realidad. El propio Itard, aferrado como ya hemos dicho a las ideas de Condillac y Locke, es capaz de, en algunos momentos, de poner a prueba sus propias concepciones, pero, sin embargo, ello no elimina ni varía lo esencial de su posición en el proceso pedagógico emprendido, posición que no es única ni excepcional sino que sería la predominante en la mayoría de los sistemas de enseñanza:

La función lingüística específicamente organizada para establecer relaciones de consecuencia en el tráfico interhumano es la representada en el verbo por el modo

³⁰⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 646.

imperativo; pero el hecho de que la fórmula “dame leche” sea instrumento o vehículo de una relación de consecuencia no quiere decir que no contenga a la vez la relación de signo y se constituya gracias a ella en cualquier hablante probado y consumado; no así, probablemente, en el “LAIT” de nuestro Víctor; allí no estamos autorizados para poder suponer una cosa semejante. Más arriba me inclino a suponer, como se ha visto, que Víctor esperaba el tazón de leche, no ya por creer haberlo significado (idea que probablemente no existía ni en embrión en su cerebro), sino por creer haberlo merecido, y que por tanto en este llegar a merecer es donde había que buscar el móvil de su acierto. La optimista interpretación de Itard se adelanta a hacer realidad sus tan apasionados deseos de pedagogo, infiriendo en el educando un sentido de los hechos que no estaba más que en las esperanzas del educador. Este que, podríamos llamar “antropomorfismo pedagógico” constituye, a mi entender, uno de los más tradicionales y empedernidos lastres de la pedagogía y hasta del circo (donde se exhiben caballos que saben cantar, chimpancés que hacen, sin equivocarse, sencillas operaciones comerciales, etc.)³⁰⁵.

Sin pasar por alto la punzante nota sarcástica consistente en comparar los resultados de los sistemas pedagógicos implantados con los obtenidos por el amaestramiento de animales en los espectáculos circenses, lo que se retrata en este pasaje es una auténtica “villanía cognoscitiva” que va en paralelo (solo que a una escala colosalmente mayor) a la de la cursi invitada a la famosa fiesta de bautizo que tanto enervó a nuestro autor. Ello lleva a nuestro autor a contemplar la evolución de Víctor Aveyron a través de un movimiento “centrífugo” hacia la misma con el propósito de llegar a su verdadero perfil. En el siguiente pasaje, Ferlosio se refiere tanto al caso del niño del que estamos hablando como al de Kamala, quien, junto a su hermana Amala, se dijo que fue criada por lobos en un bosque de la India (a día de hoy, no obstante, existen dudas sobre que ello fuera así y, más bien, según el psicólogo infantil Bruno Bettelheim, se cree que nacieron con discapacidades físicas y mentales):

Tales deslices antropomórficos en la interpretación del interior del educando humano o animal no dejan de observarse en autores del siglo XX; así leemos en *Lucien Malson, Les*

³⁰⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, p. 650.

enfants sauvages, a propósito de este mismo asunto: “Kamala demostró, al igual que Víctor, un afán de superarse, un empeño en alcanzar la condición de adulto”, y añade: “Preocupados de agradar a quienes los rodean, lo están igualmente de comprender y saber”. Me parece importante criticar el conjunto de estas afirmaciones así como la forma sumativa en que se las relaciona, como si no pudiese haber entre ellas ninguna clase de contradicción o competencia. Empecemos por la más increíble de todas ellas: “demostró (...) un empeño en alcanzar la condición de adulto”? ¿Cabe imaginar que su mente fuese capaz de concebir una tal finalidad y que su voluntad orientase hacia ella sus esfuerzos? Creo que esta afirmación es una proyección gratuita y falsa sobre el alma de Kamala y de Víctor de un contenido que sólo tenía vigencia en el alma de los espectadores; es, ciertamente, lícito que éstos den por su cuenta y riesgo ese contenido a los desvelos con los que ayudan el esfuerzo del sujeto, y aun que este mismo esfuerzo adquiriera tal sentido en su interés por la criatura en cuestión. Pero si ellos pueden decir de sí mismos y de sus propias intenciones que lo que están haciendo es ayudarle a “acceder a la condición de adulto”, no por eso les está permitido dar el paso de extender ese mismo contenido a los propios esfuerzos del sujeto que consideran favorables a su intención respecto de él, porque una cosa es la convergencia de designios y otra muy distinta la mera coincidencia exterior de resultados. Y yo no creo que en los esfuerzos de Kamala ni de Víctor existiese la más remota sombra de una motivación, un designio, un contenido que se pudiese enunciar, ni aun con las mayores reservas de implícito, con las palabras “acceder a la condición de adulto”, pues ello habría implicado, entre otras infinitas cosas, la capacidad de concebir modelos de condición como lugares a los que se puede acceder y la de desdoblarse, desidentificarse o distanciarse de sí mismo hasta llegar a concebirse, correlativamente, bajo figura de posibilidad. En cuanto a las otras dos atribuciones contenidas en la misma frase — deseo de aprender y voluntad de superación—, si no suponen un grado de reflexividad tan abstracto como la criticada, suponen ya lo suficiente como para ser casi igualmente gratuitas e increíbles³⁰⁶.

A partir de la concepción de la educación desde una ideología ya cerrada y no sometida a discusión (“villanía cognoscitiva” original) se pasa, sin necesidad de transición alguna, a considerar al alumno como un mero punto de inicio de nosotros mismos

³⁰⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 650-651.

(“manipulación cognoscitiva”), se aplica una actitud “centrípeta” en la observación que se le realiza, negando su “alteridad” y forzando su evolución para que la misma se acomode a nuestro “Yo” (por lo que, aparte de “centrípeta”, también sería una actitud “onfaloscópica”), interpretando erróneamente sus posibles avances y progresos o sus eventuales errores y dificultades (“atrofia cognoscitiva”). Parece que lo consecuente con esta crítica debe ser que el proceso educativo permita al alumno desarrollar su potencial sin atenerse a un prejuicio o una idea preconcebida previos, a un “sentido” impuesto antes de que la “experiencia cognoscitiva” (que es lo que el proceso educativo debería ser, una “experiencia cognoscitiva” plena, auténtica y real) se desarrolle y tenga lugar efectivamente. Y ello queda nítidamente claro en un pasaje en el que se comenta cómo Itard describe una prueba en la que Víctor de Aveyron debía emparejar elementos que tuvieran algún aspecto en común:

Tan sólo después de conseguir averiguar a qué juego se jugaba allí dentro y en aquel caso concreto con la bellota y la castaña, tan sólo después de haber aislado la cualidad de la forma como la dimensión diferencial a la que había que atribuir allí el papel funcional de regla del juego (con la particularísima carga de sentido que es propia de éste), pudo Víctor hacer la discriminación que se le pedía, sin que el “sentido del tacto” en sí mismo hubiese tenido nada que ver ni en la “confusión” de antes ni en la distinción de ahora. La misma rapidez del acierto final —después de la preparación con objetos “más distintos”— atestiguada por Itard nos lo hace sospechar: “Sometí nuevamente a su discernimiento táctil la bellota y la castaña, comparación que ya fue un juego de niños para mi educando” (...). Pues no hay duda de que, entre todas las semejanzas tanto funcionales como descriptivas —o, más que descriptivas, simplemente ociosas de función y de sentido—, aquella única diferencia relevante —o sea la de la forma— tenía que resaltar, precisamente por su unicidad, con mayor nitidez. Pero esto ocurre tan sólo cuando se trata del puro juego abstracto de las clasificaciones, esto es, cuando se suspende todo sentido previo, y se proponen los objetos como exclusivamente destinados a ser distinguidos entre sí por cualquier cualidad determinada, a la vez que agrupados por un criterio cualitativo de identidad. Y, ciertamente, dentro de una actitud categorial (por usar aquí la expresión de Gelb y Goldstein), que supone un acercamiento analítico, descriptivo, al objeto, cuando entre dos cosas existe una sola diferencia, la dimensión a que esa diferencia se refiere —la de la forma, en este caso— es mucho más fácil de localizar y de abstraer del resto. Pero

esto es tan sólo dentro de esa actitud, esto es, una vez que la convención del juego haya puesto entre paréntesis el sentido pragmático y cotidiano de los objetos en cuestión. El espíritu analítico de Itard no le permitió advertir que la pretensión implícita en sus ejercicios era la de empezar la casa por el tejado, esto es, por la actitud categorial. Así, lo que él creía una falta de capacidad de discernimiento sensorial no era sino dificultad para activar libremente tal discernimiento en ausencia de un sentido. Era la activación neutral, gratuita y optativa —y por lo tanto, en cierto modo, imaginaria— de un criterio cualquiera de discriminación lo que tanto trabajo costaba provocar, y lo que, una vez localizado, resultó, en este caso, el huevo de Colón³⁰⁷.

Es decir, para Itard pasó desapercibido, encerrado como estaba en su propia cáscara ideológica, que en Víctor de Aveyron se estaban activando algunos de los mecanismos básicos y esenciales de la “experiencia cognoscitiva”, mecanismos que esa ideología no llegó a alcanzar a discernir por pretender haber dado con un conocimiento que ya no cabía ser discutido, matizado, profundizado o remodelado (muy pronto, deberemos volver a hablar de la “actitud categorial” y de la “actitud pragmática” de las que Ferlosio habla en el pasaje extractado). Si recordamos un aspecto que tratamos al principio de este estudio, decíamos que la preferencia de Ferlosio por las largas frases subordinadas, por la hipotaxis, se debía a que, de esa forma, se lograba expresar un estilo “tridimensional” que permitiera una articulación lateral del pensamiento. Y ahora, en este apartado dedicado a la ideología educativa, es donde mejor podemos apreciar esa “lateralidad” y esa “tridimensionalidad”. Al proceso que hemos ido siguiendo en relación con la “virtud cognoscitiva”, a las “villanías cognoscitivas”, “manipulaciones cognoscitivas” y “atrofias cognoscitivas”, ahora se le añade una segunda capa, en la que se profundiza en la enseñanza, esto es, en el medio por el que el conocimiento adquirido (villanamente adquirido, cabría decir) se transmite, y a ello podríamos añadir otras capas referidas a las manifestaciones culturales, a los medios de información y, como consecuencia de todo ello, la reproducción del orden social establecido. El desarrollo conceptual sobre la “experiencia cognoscitiva” no es un mero ejercicio de reflexión sobre la actividad intelectual sino que termina siendo una profunda exploración de cómo se construye, se

³⁰⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesidásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 685-686.

renueva y se sigue manteniendo en pie gracias a unas ideas que hemos visto cómo han sido levantadas.

Con el esfuerzo reflexivo realizado en los ensayos citados, Ferlosio pudo abordar temas mucho más concretos en diversos textos y artículos periodísticos, que abarcaron tanto las dimensiones de la educación, como las manifestaciones culturales y los medios de comunicación que hemos expuesto con anterioridad. A este respecto, tiene especial importancia el artículo *Borriquitos con chándal* publicado originalmente en el diario ABC el 17 de julio de 2000. En él, no solo ahonda en el carácter del sistema educativo español sino que, además, establece no solo la clara diferencia sino el inmenso tajo que separa lo que hemos denominado enseñanza o instrucción (que se desarrolla en el seno de la escuela) con lo que hemos denominado proceso de socialización (que se desarrolla en el seno del ámbito familiar). El artículo desarrolla una reflexión sobre la dicotomía enseñanza pública/enseñanza privada y se parte del carácter histórico y sociológico de la enseñanza privada en España:

Parece que sigue estando en discusión la dualidad entre enseñanza pública y enseñanza privada. Al distinguir la segunda con la sola determinación de “privado” se pasa en silencio el rasgo en que habría que haber puesto antes el acento: “de pago”. Como tal discusión se ha centrado en la reivindicación del derecho de la libertad de enseñanza, se ha dejado de lado este factor principal: que los papás y mamás que reclaman la libertad de elegir para sus hijos la enseñanza que crean conveniente tienden a mandarlos a “colegios de pago”. Sólo los de mi ya avanzada edad recordarán el enorme valor que tenía la fórmula “un muchacho educado en los mejores colegios de pago”, como una credencial cotizadísima no sólo para lograr un puesto sino incluso para contraer matrimonio. La diferencia está en que mientras hoy hay muchos colegios de pago, y que pueden por tanto contratar profesores más caros, que están en manos de laicos, en mis tiempos casi todos los colegios de pago eran de religiosos. Y esta diferencia aparejaba, además, lo siguiente: un colegio de jesuitas, por ejemplo, sacaba todos sus profesores, salvo raras excepciones, de la propia Compañía de Jesús; profesores que, al estar sometidos al voto de pobreza, no recibían remuneración alguna, de modo que los colegios de pago de los jesuitas (...) podían mantener los precios a un nivel por lo menos relativamente bajo, aparte de admitir un cierto número de becarios. (...) Por otra parte, estaría muy equivocado el que pensara que aquellos profesores jesuitas,

sin salario alguno, fuesen mínimamente incompetentes en sus asignaturas respectivas; por el contrario, yo mismo, habiendo estudiado cuatro años en el internado de Villafranca de los Barros, puedo dar fe de la excelente calidad académica que en todas las asignaturas exigían y lograban los jesuitas de su profesorado. (...) Otro caso algo distinto era el de los colegios de pago femeninos de las monjas del Sagrado Corazón, cuyos estatutos obligaban a admitir una becaria por cada niña de pago que tuviesen, de manera que la matrícula de cada niña rica costaba a la vez la enseñanza de una niña pobre. Hasta aquí todo muy monamente cristiano, salvo que la segunda parte era que las alumnas pobres, vulgarmente designadas como “las gratuitas”, traían unas batitas de rayadillo muy modestas frente a los elegantes e impolutos uniformes azules de “las de pago”, entraban y salían por otra puerta diferente y no recibían, desde luego, las mismas enseñanzas.³⁰⁸

Frente a este panorama del pasado (en el que, como podemos apreciar, Ferlosio concede gran importancia a la calidad de la enseñanza que se imparte, la cual se relaciona con el respeto a la propia naturaleza que la educación intrínsecamente posee, hilo que vamos muy pronto a retomar), la situación que nuestro autor observa en el presente es muy diferente:

Comoquiera que sea, hay que decir que los colegios de pago religiosos, ajenos, por lo menos en principio, al furor de lucro, nunca podrían haber elevado sus matrículas hasta los niveles de la escala de precios que los actuales colegios de pago de carácter laico, y por tanto con el pleno derecho de regirse por el puro criterio de la maximización del beneficio empresarial, pueden llegar a permitirse alcanzar. Totalmente liberados hasta de aquellos cicateros escrúpulos de conciencia que frenaban a la enseñanza de pago religiosa —que con becarios o “gratuitas” hacía tan siquiera una insignificante redistribución social de la riqueza— y, aun más, fortalecidos y reconfortados por la vieja doctrina liberal que condena cualquier forma de beneficencia o caridad como deletérea para la “creación de riqueza” y hasta socialmente perversa y moralmente corruptora para las clases más desheredadas, los actuales colegios de pago laicos se guardarán muy bien de incurrir en mezquinas debilidades filantrópicas, que saben socioeconómicamente contraproducentes para “el bien común”.³⁰⁹

³⁰⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 139-140.

³⁰⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 141.

Este giro en la reflexión es la vía para conducirnos por varias “articulaciones laterales del pensamiento” que Ferlosio siempre considera tan necesarias y que en este texto sirven para fundamentar los argumentos sobre qué función debe cumplir la educación y qué motivos existen para que la misma se vea severamente amenazada por la mentalidad imperante, más empeñada no solo en reproducirse sino en extender su ámbito de aplicación que en respetar, digámoslo, la “alteridad” de otros ámbitos que, si son sometidos a la estrecha perspectiva de una ideología concreta, ven reducido su potencial y asfixiada su propia naturaleza:

los que propugnan la libertad de enseñanza no sólo apoyan en su nombre la existencia de enseñanza privada, sino que también coinciden en gran parte con los apologetas del “Estado mínimo”, que a la vez gustan de autodesignarse como “antiestatalistas” o, incluso, con arreglo a la superior corrección de Vargas Llosa, “antiestatistas”. Lo único o casi lo único que éstos querrían dejar en manos del Estado es lo que constituye justamente su función más antigua, la que para Max Weber es el rasgo definitorio del Estado mismo, o sea, el control de la sociedad mediante el monopolio de las armas (...); lo que pretendo insinuar es la sospecha de que contra lo que de verdad acaban atentando, a fin de cuentas, los “antiestatistas” no es contra lo estatal, sino contra lo público y social. Lo que el liberalismo realmente aborrece, siquiera sea de hecho y sin saberlo, es lo meramente público: lo público en el sentido más impersonal, mostrenco y libre, en fin, en la medida en que se sustrae a cualquier clase de adscripción o apropiación. Siempre he pensado que hay una errónea inversión de perspectiva en decir, como se suele, que hoy lo público invade lo privado, cuando la verdad social es justamente la contraria: la vida pública es la invadida y agredida, y la vida privada, la invasora y agresora.³¹⁰

La dicotomía enseñanza privada/enseñanza pública se convierte, de este modo, la dicotomía (de más amplio espectro) ámbito privado/ámbito público y, casi inmediatamente, en la dicotomía ya extensamente tratada de movimiento centrípeto/movimiento centrífugo, ya que el triunfo de una determinada concepción de la enseñanza acaba suponiendo una desnaturalización de la misma:

³¹⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 141-142.

Al fomentar, con una propaganda cada vez más insistente, una desconfianza generalizada hacia las instituciones estatales, es sólo una ficción —que hasta los propios “antiestatistas” se creen de buena fe— la de que lo que está haciendo es tratar de liberar a los individuos del carácter opresivo, “dirigista” del Estado (...) lo que se logra, en realidad, es inducir una actitud de retraimiento antisocial, de recelosa y atemorizada prevención frente a todo ámbito de vida pública, como debería ser precisamente, en grado máximo, el de la enseñanza. Bajo el pretexto, casi siempre creído con total buena fe, de reivindicar o defender la “libertad de enseñanza”, que las doctrinas oficiosas les hacen confundir con el derecho de los papás y las mamás (...) de elegir para sus pequeñuelos el colegio que les parezca conveniente, lo que en verdad se manifiesta no es sino la presión de una economía privatizante por disolver —en un circuito de realimentación positiva, efecto y causa de sus propias consecuencias— los últimos residuos de socialidad y vida pública. Halagando aquel triste (...) fetiche de la Ilustración, la “autonomía del individuo”, con el espejuelo del derecho de cada cual como contribuyente y consumidor, en lo que se termina es en desalojar la plaza pública y enclaustrar a los individuos en la estrechez psicológica y mental de su privacidad.

De la ya mencionada invasión de lo público por lo privado, la manifestación más ostensible y sangrante y que agrede y corroe más fuerte el carácter eminentemente público que deberían tener las relaciones de enseñanza es la práctica consuetudinaria, establecida en los últimos veinte o treinta años (...), del derecho de intervención que se concede a los papás y las mamás de los alumnos, no sólo en los colegios de pago, sino también, aunque no sé en qué grado, en los colegios o institutos públicos, para coprotagonizar con los profesores las tareas de enseñanza. Personalmente me horroriza y me repele (...) el indigno contubernio, casi conspiratorio, entre papás y mamás y profesores que, a espaldas de los niños y por encima de sus cabezas, se llega a establecer. (...) Algunos profesores me han confesado la pesadilla que para ellos constituye la permanente perspectiva de tal clase de intromisión o enjuague, que revuelve en un mismo puchero relaciones privadas como son las de entre padres e hijos con relaciones públicas como son o tendrían que ser las de entre alumno y profesor; lo cual, según he creído entender por otras vías, parece que no es, en general, la menor de las causas de la actual desmoralización de los profesados de enseñanza media.

El muchacho que empieza a ir al colegio tendría que compenetrarse plenamente con la idea de que el ir desde su casa hasta el colegio es verdaderamente una salida al exterior, un camino que apareja cruzar una frontera, para pasar a un territorio, no ciertamente enemigo, pero en el que tiene que saber sentirse a solas en lo que se refiere a

la vida familiar, lo que a la vez implica comprender cabalmente que este nuevo conjunto de personas al que se incorpora no es, de ningún modo, propio y personal, sino indistintamente común y colectivo³¹¹.

En un pasaje del mismo ensayo, Ferlosio refuerza la falsedad de la dicotomía enseñanza pública/enseñanza privada con una frase que resume la contradicción que supone hablar de “enseñanza privada”, ya que ello supone ir contra el carácter intrínseco que la enseñanza posee:

La distinción entre “enseñanza pública” y “enseñanza privada” puede llegar a referirse a una determinada dimensión en que la oposición entre “público” y “privado” se vuelve equívoca y queda en entredicho. En esa dimensión toda enseñanza es “pública” y no hay nada que pueda designarse con sentido “enseñanza privada”. Por muchas y muy puestas en razón que puedan ser las circunstancias externas, sean de carácter moral o sociológico, sean del mayor “bien común” o del mejor “orden político”, etcétera, que puedan recomendar la preferencia por la enseñanza pública, ninguna llegará a serlo de manera tan taxativa e incontestable como una única circunstancia interna, que es la que atañe a la condición del contenido; según ésta, en efecto, toda enseñanza es “pública” por definición.³¹²

Si, para Ferlosio, la “experiencia cognoscitiva” auténtica parte de un “movimiento centrífugo”, de un alejarse del Yo, de la propia casa (metafóricamente hablando), para asumir la “alteridad” de lo otro, la “experiencia educativa” cabal debe ser un trasunto de aquella, un salir efectivo del territorio del hogar y las relaciones privadas, dejar la casa (esta vez no dicho solo metafóricamente sino también fácticamente) y cualquier tentación “onfaloscópica” para entrar en un ámbito diferente en sí mismo, el cual, cognoscitivamente, debe ser impersonal, socialmente, es común y colectivo y, desde el punto de vista de afán vocacional, debería ser universal.

últimamente, con este nuevo prurito de las autonomías, la mística desviación onfaloscópica está alcanzando extremos preocupantes, porque ahora se han vuelto nada menos que

³¹¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 142-144.

³¹² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 146.

diecisiete los ombligos hechos aisladamente objeto de la autocontemplación. (...) Ya se pueden perfectamente adivinar las consecuencias que semejante superchería onfaloscópica, multiplicada y repartida ahora por 17 ombligos 17, ha llegado a tener en lo que atañe a la selección de contenidos de la enseñanza actual (...). [Los] efectos de la onfaloscopia venían a concretarse en la enseñanza en una especie de “privatización territorial de los contenidos”, sin duda bajo el criterio pedagógico de orientar el interés de los estudiantes hacia lo que les fuese personalmente más propio, esto es, hacia lo que sintiesen más próximo a su ombligo, con lo que al fin la LOGSE venía, en cierto modo, a coincidir, aunque en la esfera popular de la enseñanza pública, con aquella forma de los más selectos colegios de pago de una “enseñanza personalizada”. Si aquélla era una privatización más bien modal y psicopedagógica de los conocimientos, para adaptarlos a la “personalidad única e irrepetible” de cada individuo, en el plan de la LOGSE se trataba de una privatización de los conocimientos delimitando los propios contenidos según la “identidad” de los alumnos de cada Comunidad Umbilical. Pero ambas formas de adaptación a la particularidad del individuo no hacen más que debilitar el sentimiento de exterioridad y de extrañeza que es adecuado a todo conocer, y por tanto atentar contra la radical impersonalidad del conocimiento en cuanto tal. Arrostrando el ridículo y hasta un punto de fraude que comporta el estilo lapidario, diré que conocer es siempre enajenarse y salir³¹³.

Como podemos apreciar en este pasaje, Ferlosio, armado con todo un arsenal reflexivo que le permitía abordar con fluidez y profundidad la cuestión, entró de lleno en el debate sobre la LOGSE (Ley Orgánica 1/1990, de 3 de octubre, de Ordenación General del Sistema Educativo, publicada en el Boletín Oficial del Estado n.º 238 de 4 de octubre de 1990) y toda la (amplia) legislación educativa posterior, incidiendo en los males derivados de la burocratización y los rígidos esquemas administrativos:

Pasemos ahora a tratar de la estructura general de la enseñanza, de la organización de la escolaridad y la distribución de contenidos. Más importante y más irremediable que el “dirigismo” (...) es otro factor anejo y no menos estatal o paraestatal, o sea ligado a la enseñanza como institución pública. (...) [Los] centros públicos, como fueron, por ejemplo, las universidades medievales, tuvieron que ir sometiendo paulatinamente sus modos de

³¹³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 151-152.

enseñanza a exigencias formales y de organización completamente externas y, por lo tanto, ajenas a la naturaleza propia de los contenidos en sí mismos, en la medida en que respondían a inevitables condicionamientos administrativos. Poco a poco, y sobre todo conforme los estados se fueron apropiando de aquellos mismos centros, en un principio autónomos, y encargándose, en mayor o menor grado, de la gestión, o por lo menos de la supervisión, de la enseñanza en general, reservándose en exclusiva la autoridad para otorgar títulos académicos con validez jurídica —que por eso empezaron a llamarse “diplomas oficiales”—, aquel proceso de formalización estrictamente dictada por puras exigencias administrativas no hizo más que agigantarse: la enseñanza no tuvo más remedio que aceptar una especie de férula exterior que la ajustaba y encajaba en un sistema unificado —“homologado”, como hoy lo llamarían— de separación y de distribución de los distintos contenidos. De este proceso de institucionalización y, por lo tanto, de burocratización fue de donde surgió esa noción cuyo nombre nos es hoy tan familiar: “la asignatura”.³¹⁴

A partir de esta reflexión, Ferlosio dirigirá su atención hacia lo que ocurre con varias “asignaturas” concretas. Una de ellas, la de Historia:

ninguna enseñanza de la Historia instrumentalmente aplicada y adaptada para ejercer funciones de gobierno, o más todavía, literalmente convertida, de modo onfaloscópico y apologético, en religión de Estado —sin comparación posible, en cuando al denodado empeño que concita, con lo que suele llamarse “religión”—, erigida en instancia legitimadora de la nación misma, tal como es hoy, por lo demás, común a todas las naciones europeas o aun de otras partes, no cabe en modo alguno en el concepto de “conocimiento”, ni reúne mínimamente los rasgos apropiados para valer por contenido de enseñanza; más bien es cosa de domador de circo que enseña a sus leones, o mejor perritos, a saltar por el aro, a ser posible en llamas, como la Historia misma. Pero un conocimiento verdadero de la Historia no puede tener cabida dentro de los límites de la enseñanza media; y la dificultad no está tan sólo en la escasez cada vez mayor del tiempo dedicado a los estudios, absolutamente insuficiente para un contenido tan extenso, sino que, a mi entender, es del todo inapropiada la concepción que, incluso en el mejor de los casos, puede resultar de la práctica tradicional de entrar in medias res en lo que Polibio

³¹⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p.148.

designaba como “historia pragmática”, o sea, en el crudo acontecer político y militar de los estados, sin tener previamente una noción del “suelo”, por llamarlo de algún modo, en que ese acontecer se desarrolla en los distintos tiempos y lugares, y que lo configura y condiciona; en fin, que ejercería en la imaginación una función análoga a lo que San Ignacio, en el libro de los ejercicios, designaba “composición de lugar”.³¹⁵

Otra asignatura a la que Ferlosio también dedicó espacio en el ensayo fue la de Deportes, o también llamada “Educación física”:

Aliado de la espuria enseñanza de la Historia como interés de Estado, hay que poner el cultivo escolar de los deportes, con mucha más acrisolada tradición de neto interés de Estado, agigantado hoy en día hasta un extremo nunca conocido. Una vez más, doña Esperanza Aguirre (...) recomienda el deporte en la enseñanza, encareciéndolo nada menos que como “una excelente escuela de vida”, primero porque “nos enseña a respetar un reglamento” y después porque “el deportista entrega siempre lo mejor de sí mismo sin escatimar esfuerzos ni sacrificios”. Lo de que enseñe a respetar un reglamento bien se comprende en una adicta al liberalismo hayekiano, que no es capaz de imaginar más reglas que las de la pura y dura competencia, sin concebir que pueda haberlas no competitivas, como las de la lealtad, el socorro o la colaboración. Y en cuanto a que el deportista entrega lo mejor de sí mismo, ¿hay que pensar que lo mejor de uno mismo son las patadas, que es lo que entrega en el más popular de los deportes? Pero, además, ¡qué “humanidades”, tanto ganar, ganar, ganar!, humano no es medirse con los otros hombres, sino ocuparse de las cosas. Finalmente, en lo que atañe a los esfuerzos y los sacrificios, siempre me ha parecido a medias incomprensible y a medias indecente que el vacío furor de ganar por ganar les lleve a algunos a tratar su cuerpo a latigazos, como si fuese su propio caballo de carreras. (...) [Tan] sólo una mentalidad totalmente aberrante puede considerar educativa y “de interés nacional” una asignatura que llega a dar lugar a situaciones como la de “partido de alto riesgo”.³¹⁶

El recorrido reflexivo de Ferlosio sirve para comprender cómo la progresiva intervención del Estado instauró esquemas administrativos que impidieron, primero, el

³¹⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp.154-155.

³¹⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, 155-156.

desenvolvimiento de la educación según los rasgos de su propia naturaleza y sirvieron, posteriormente, para instaurar contenidos que permitían la consolidación de un orden establecido basado en el “allanamiento” de la realidad y en una mentalidad “atrofiada” que pone énfasis en los principios de lucha y competencia frente a los de lealtad y cooperación, en los que proporcionan una visión de la Historia en la que la misma tiene un sentido en la que muertes y sacrificios tienen una justificación en la consecución de una misión o vocación destinada a cumplirse al final de un relato artificiosa y deliberadamente trazado frente a los que propugnan una Historia condicionada decisivamente por las circunstancias del entorno y que nunca, como tal, ha estado dirigida hacia una meta previamente prefijada en las lejanas nieblas del pasado. La enseñanza, de este modo, queda construida como un sistema en el que los alumnos, después de pasar por él, han recibido unas ideas que no corresponden a una auténtica “experiencia cognoscitiva” sino que han venido derivadas de un proceso irrespetuoso hacia la “alteridad” de las cosas a las que dichas ideas se refieren. De este modo, el alumno sale de la escuela al mundo sin tener que experimentar ningún tipo de choque o extrañeza frente a las ideas y hechos imperantes porque ya el contenido de las asignaturas impartidas le ha aclimatado a aceptar una realidad construida como consecuencia de un conjunto no cuestionado de “villanías” y “manipulaciones” cognoscitivas que ha sido inoculado a través de narraciones guiadas por un sentido final presente desde el principio mismo del relato, relato estructurado integralmente para que el receptor sepa de antemano hacia dónde se deben inclinar sus simpatías y desafectos, y a través de actividades donde los principios de rivalidad se impongan a los de cooperación. De esta forma, el alumno sale al mundo con la concepción de que es necesario e inevitable hacer sacrificios a una serie de dioses a los que hay que rendir adoración y tributo (porque solo se podrá contar con el favor de esas divinidades si, antes, realizamos en honor a ellos los sacrificios exigidos), dioses que son los pilares del orden en el que la vida de ese alumno se va a desarrollar.

Dejando claro que, como ya hemos dicho con anterioridad, en relación a la educación habría que diferenciar (ahora ya sabemos sobradamente por qué con la contundente explicación de nuestro autor) la que tiene lugar en el ámbito público (la enseñanza) —porque la enseñanza siempre es, por su propia naturaleza, actividad de ámbito público— con la que se desarrolla en el ámbito privado (el que tiene lugar,

esencialmente, en el seno de la familia), en relación a este último también dedicó Ferlosio tiempo de sus reflexiones. Así, en el artículo “Influencia y autoridad”, publicado en el diario *El País* el 10 de junio de 2009, nuestro autor desarrolla la importancia de la influencia familiar durante la infancia:

En principio parece muy verosímil la suposición de que, cuanto menor sea la edad de un hijo, mayor será la autoridad o la influencia de los padres respecto de él. Digo “en principio” porque es mucho lo que depende de diversas circunstancias, como la condición social de la familia, el estado de concordia o discordia de las diversas relaciones familiares, la comunidad o separación de residencia entre los miembros: distintos barrios, distintas poblaciones, colegios internos o incluso el grado de desarrollo físico en relación con la edad; en los varones, por ejemplo, me parece que pueden contar bastante la talla y la musculatura alcanzadas entre los quince y los diecisiete años, y aun me atreveré a decir que especialmente en comparación con las condiciones físicas del padre. (...)

La voz de los padres no podría nunca oírse como la voz virtual que oímos en las páginas de un libro; la analogía con esas voces puede ilustrar la diferencia que media entre la influencia de los padres y la influencia de un autor remoto. A lo cual no hace objeción alguna, sino todo lo contrario, el que un autor pueda llegar a tener una influencia decisiva sobre cualquier lector y cobrar, a su vez, autoridad, puesto que la diferencia entre esta autoridad y la de los padres está en que la del autor es, en principio, racional, en la medida en que es posterior a la lectura y se funda en el contenido y en la opinión, mientras que la autoridad de los padres tiene la gratuidad de ser anterior y ajena a cualquier contenido racional. Miguel de Unamuno se indignaba ante aquel dicho castellano que decía: “Contra un padre no hay razón”, y no creo no se diese cuenta de que la maldad del dicho no reside más que en consagrar y elevar a imperativo lo que real e inevitablemente ocurre.³¹⁷

Esta influencia inicial se ve afectada por dos procesos muy diferentes entre sí pero que resultan altamente contradictorias entre ellos. Por un lado, esa influencia tiende a desbordarse hacia un ámbito que no le corresponde y, por otro, tiende a ser invadida por un poderoso elemento externo que, como marea que lo cubre todo, tiende a condicionar toda “experiencia cognoscitiva”, toda “experiencia educativa” y el funcionamiento de todo el ámbito social y colectivo. Empezando por el primer proceso, ese desborde de la actividad

³¹⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Influencia y autoridad* (2009), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 163-164.

familiar provoca que el alumno refuerce su inclinación por una “actitud pragmática” en vez de una “actitud categorial”:

Sólo con (...) la conciencia de lo público, puede un muchacho sentirse y hacerse pleno protagonista de sus propios estudios; de lo contrario incurrirá en esa especie de autoastración, que anticipadamente esteriliza en gran medida sus esfuerzos, de los que delegan su protagonismo y estudian “para dar gusto a mi papá”. Los cuales, casi indefectiblemente, son hijos de esos padres que les cuentan, con orgullo, a los amigos del café: “En este curso me ha sacado tres notables, cuatro sobresalientes y una matrícula de honor”, como el que hablase de un caballo de su escudería que le hubiese ganado el Derby o el Arco de Triunfo. Esa mala pasión del orgullo paterno nos trae a la cuestión aneja de las calificaciones. Los padres que prolongan en sus hijos sus propias ansias de autoafirmación, que se adornan con ellos y los lanzan “a ganar”, simplemente “ganar”, sobresalientes, títulos, medallas, deportivas, ¿qué importa el contenido?, tienen que ver mucho con las calificaciones. El morbo sólo llega a considerarse patológico cuando alcanza el extremo delirante de algunos papás o mamás de deportistas, singularmente de muchachas tenistas o dedicadas a la gimnasia rítmica, que se ven sometidas por sus progenitores a un trato de exigencia, a una implacable presión disciplinaria, que en ocasiones roza la tortura física y moral. Pero el morbo está ya *in nuce* en la exigencia de las calificaciones escolares: no basta que el chico apruebe, la vanidad paterna necesita la evaluación: una prueba de lo que en tiempos del Cid se llamaba el “más valer”.³¹⁸

Del mismo modo que, quien afronta una “experiencia cognoscitiva”, lo hace con un fin determinado, el de pretender encontrar un sentido que de antemano no sabemos si existe y que, con una mirada respetuosa a la condición intrínseca de las cosas, no se desprende de ellas sino que nosotros lo incorporamos como prótesis que nos sirva para adaptar el mundo a nuestro “yo”, a nuestra casa, el alumno acude a la “experiencia educativa” no por el afán del conocimiento por sí mismo sino con la meta de alcanzar unas calificaciones que le hagan destacarse del resto de alumnos y que sirvan para satisfacer a su familia, de modo que va siendo modelado para que su vida posterior se rija, en modo paralelo a como la enseñanza ha operado en él, por la idea de tributo a unos dioses que le acabarán dando su recompensa. Pero, como si, para las crecientes exigencias de esos

³¹⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, 144-145.

dioses alzados al pedestal, no bastaran ya las acciones combinadas en el ámbito público (a través de la enseñanza) y en el ámbito privado (a través de la familia), un nuevo vector irrumpe para desnaturalizar con aún más intensidad la “experiencia cognoscitiva” y es el que viene impulsado a través de los medios de comunicación. Aunque en breve revisaremos como Ferlosio explora este vector, en este punto nos interesa mostrar cómo el mismo hace acto de presencia en el que parecía ser el ámbito estrictamente privado de las relaciones familiares. El comienzo del artículo *Televisión para niños*, publicado en *El País* el 20 de diciembre de 2009, es bastante ilustrativo de ello:

Creo que el primer servicio que la televisión para niños les prestó a los papás y mamás fue aquel número de dibujos animados —de 1963— en el que cuatro niños cantaban: “Va-mos-a-la-ca-ma...”, mientras se encaminaban hacia la puerta; debía de ser un apoyo muy eficaz para que los padres mandasen a sus hijos a dormir a la hora en que lo hacían “todos los niños de España”, encarnados en los protagonistas de la historieta.

Desde entonces, con las privadas, han aumentado los programas para niños, pero a la vez se ha hecho mucho más frecuente el designio de servicio a los padres, porque se ha constatado hasta qué punto la televisión es el mejor baby sitter o canguro de este mundo.

Buscando el canal idóneo sólo con los dedos, sin mirar, con una significativa espontaneidad y nerviosismo casi automáticos, los padres hacen pensar que han acabado por fijar en su mente una conexión directa, como eléctrica, entre el mando que pulsan en la televisión y el efecto instantáneo de que los niños se queden súbitamente quietos y callados. A los gestores de la programación les ha bastado ver de qué manera los niños se embelesan ante la pantalla, sin apartar ya la mirada, para darse cuenta de la facilidad de la función que los padres les asignan y, por tanto, del amplio margen que ello les ofrece para rebajar los costos de producción, y, dado que los padres, con tal de tener a los niños quietos y callados, no suelen interesarse, a menudo ni siquiera enterarse, de la calidad de los contenidos, la televisión para niños va descendiendo hacia los abismos de fealdad, de miseria, y de abyección de los que no falta precedentes.

El inmenso poder pedagógico de la televisión predomina hasta tal punto sobre cualquier otra influencia que las de los ámbitos familiar y escolar quedan totalmente anuladas o aplastadas³¹⁹.

³¹⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Televisión para niños* (2009), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 166.

Dejemos este hilo aquí, de momento, porque muy pronto vamos a tener que volver a él, para ahondar en otra de las vías por las cuales ideas “manipuladas” y “atrofiadas” van circulando por el cuerpo social y provocando en él graves daños cognoscitivos: la de las manifestaciones culturales. Dos textos relevantes merecen ser destacados. El primero es un artículo publicado en el diario ABC el 28 de enero de 2001 titulado *Hacia una nueva estética*. En él, profundiza en lo que ya analizó en el texto anteriormente citado *Entre la liberación y el sultanato (Defensa del pudor)*, reflexionando sobre cómo lo que parece provocativo y desafiante no es más que un medio encubierto para sostener y consolidar viejas ideas y concepciones:

Creando que era sólo un comodín o muletilla de cinéfilos españoles, no advertí que estaba ante una nueva categoría estética hasta que me la encontré, no menos consagrada, en diarios italianos: *trasgressivo*, o sea ‘transgresor’. Parece que se trata de la virtud estética de cierto desgarramiento intencional contra lo que se suele llamar “lo establecido”, un acto de atrevido desacato o falta de respeto a lo injusto o timoratamente respetado, pero, en particular, directo, desembozado y manifiesto. Con arreglo a este rasgo, lo transgresor debe ser conmensurado con la índole propia del acatamiento y el respeto: si éstos consisten en la expresión externa y ostensible de una voluntad interna de adhesión y obediencia a cosas que se tienen por valiosas, o sea demostración visible coram populo, y pertenecen por tanto a la categoría del gesto, como gesto se cumple también el acto inverso e igualmente ostensible de lo transgresor.

De ser cierto lo dicho, la nueva estética de la transgresión, como aquel *épater le bourgeois* de principios de siglo, trataría de turbar, sacudir, conmocionar, tal vez incluso convencer de su propia sordidez, lo establecido, mediante la estrategia, o más bien la táctica, del escándalo, al que vendría a confiar, al cabo, una misión pedagógica de remoción y de renovación moral. Pero el escándalo ha sido siempre débil frente al ambivalente poder de la costumbre, como lo prueba el hecho de que los que, en defensa de la conservación de los valores —repelente palabra—, lo habilitan como señal de alarma acaben dejándose engañar, sin advertirlo, por la capacidad de asimilación y “normalización” de la costumbre misma (...) El efecto “impactante” como diría un periodista, de lo transgresor se ve envuelto, así pues, en (...) [un] proceso de desgaste: al no ofender más que la vista, la apariencia ostensible en la que actúa el escándalo, no hace más que habituarla, sin hacer mella en los demonios que intenta debelar y agotándose en darse la satisfacción de hacer tan sólo el gesto del rechazo, tanto más ilusorio en cuanto cada vez más digerible por el

poder de un mundo que ha logrado, no ya acallar ni amordazar por medio de la fuerza, sino disolver y disgregar mediante el privatismo, el consumismo, la des-socialización, la audiovisualidad, la desintelectualización y el deporte cualesquiera capacidades de reflexión y de elaboración de la experiencia hasta el extremo de que todas las posibilidades de contienda se reducen a un espectáculo de gesticulación, donde la propia estética de lo transgresor muestra la elementalidad y la simpleza de balbuciente residuo que atestigua la tremenda depauperación sufrida por el sujeto humano en general³²⁰.

El fragmento citado no solo vale como diagnóstico de una desoladora realidad circundante, en la que una serie de vectores actúan como inhibidores de unas auténticas experiencias “cognoscitiva” y (podemos decirlo ya) “educativa” (tanto en lo que se refiere al ámbito público —la enseñanza— como al ámbito familiar —los padres—) sino también como la constatación de que no basta con actos o gestos meramente superficiales (así la generación de una actividad escandalosa cuyos efectos se acaban apagando en cuanto la misma, en sucesivas repeticiones, es absorbida sin dificultad por el orden vigente quedando el mismo intacto) sino que es necesaria una refutación plena y sin ambages del problema de partida: la asunción de un pensamiento que “allana” la realidad traicionando su naturaleza intrínseca. Esta posición sobre determinadas manifestaciones culturales por parte de Ferlosio la siguió defendiendo posteriormente, tal como podemos ver en el artículo *Notas sobre feminidad, fotografía y publicidad* publicado en la revista *El estado mental* en mayo de 2014, en el que incide y ahonda en numerosos aspectos que ya hemos abordado en anteriores textos citados. Así, en el siguiente pasaje, se analiza el peso que ha tenido la fotografía en el daño que se le ha hecho al feminismo:

El fotógrafo es uno de los grandes destructores del feminismo, artífice de lo que ahora se ha dado en llamar, con expresión seguramente bastante apropiada, “el siglo de la feminidad”. Fue una desgracia que el auge del feminismo coincidiera con el de la fotografía. El fotógrafo ha sido sin duda indudablemente decisivo en cuanto pedagogo de un rasgo de carácter de importancia máxima: la sumisión, una cualidad importantísima.

La sumisión que consigue el fotógrafo no la ha logrado jamás el confesor, no digamos ya ningún otro varón, ni siquiera en funciones de amante. Asombran las inauditas poses que el

³²⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Hacia una nueva estética* (2001), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 205-206.

fotógrafo consigue que ponga la mujer retratada, sin ser ella capaz de percibir ni recelar el tremendo ridículo que tendrían algunas de esas poses en cualquier otra circunstancia que no fuese la de exhibición pública en revistas: revistas de moda, suplementos dominicales de los diarios, revistas del corazón, revistas femeninas, revistas pornográficas, revistas de consejos y terapias, revistas de lanzamiento personal y, en general, la variada inserción publicitaria en toda clase de prensa. (...) Se habla del siglo XXI como el siglo de la feminidad. Cabe hacerlo en tácita contraposición con el siglo XX, designado en algunas ocasiones como “el siglo del feminismo”, no sin reflejar sobre éste y sobre el feminismo en cuanto tal un juicio de valor peyorativo. La “feminidad” vendría a ser como la redención, la Nueva Alianza que en el siglo XXI se establece entre el mercado y las mujeres. A decir verdad, ya en las últimas décadas del siglo XX, conforme aumentaba el número de las mujeres que cobraban sueldos que les permitían cierta autosuficiencia económica, el mercado se fue sintiendo cada vez menos amenazado por el feminismo; es más, las industrias del ramo de la cosmética o de la lencería, es decir, las de consumo predominantemente femenino, se dieron cuenta rápidamente de hasta qué punto esas mujeres que ganaban dinero constituían para ellas un filón de oro.

En el marco de esa Nueva Alianza entre el mercado y las mujeres, el ya exhausto feminismo es desdeñado para dar paso a la feminidad. El poder del mercado y de su ideología no sólo ha vencido, sino que se diría que también ha convencido: esto es al menos lo que parece, dado que muchas mujeres que siguen denominándose feministas no dejan de afirmar el éxito de su causa, si bien ninguna niega que se trata de un éxito relativo o incluso que deja aún mucho que desear; son poquísimas, en cualquier caso, las que admiten la catástrofe. El triunfo del mercado no ha sido sólo económico, sino también mental, pues ha logrado embotar la sensibilidad y hasta la percepción del actual estado de cosas, logrando una clientela que acepta no sólo sin crítica, sino con enorme gratitud, la oferta que se le brinda. La falta de exigencia, de resistencia, y no digamos de reacción adversa hace pensar que la Nueva Alianza instauradora de la feminidad es, respecto del primitivo feminismo, un pacto con el diablo, más que cualquier otra cosa.³²¹

La enseñanza, el proceso educativo a través de la familia y las distintas manifestaciones culturales, ha sufrido de este modo una descomunal conmoción en virtud de la irrupción de los medios de comunicación de masas, un sistema, que podemos

³²¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Notas sobre feminidad, fotografía y publicidad* (2014), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 226-228.

denominar, industrializado de suministro de información que se ha convertido en la vía fundamental de transmisión de ideas que no son más que “manipulaciones” y “atrofias” cognoscitivas adecuadas solo para reproducir el orden establecido. En un artículo significativamente titulado *Nadie puede con la bicha*, publicado en dos partes el 24 y 25 de febrero de 1993, respectivamente, en el diario *El País*, comienza afirmando lo siguiente:

La enseñanza, que todavía tiene que responder ante alguien de su calidad, trata de remediarlo con una atención tensa y constante, pero la televisión, que estando sometida al mismo achaque es, sin embargo, no se sabe por qué, irresponsable frente a cualquier instancia, parece gozarse hociendo y rebozándose en los más bajos fangales de la estupidez y de la indignidad. Pero si esto ocurría ya con una televisión única y pública, la cosa se ha multiplicado por cinco con la aparición de otras tantas cadenas compitiendo en la fascinación de la mierda, en la coprofilia, que incluso ha tenido hace poco una expresión literal: simbólicamente, el más veterano paladín de la degeneración mental y moral, el programa *Un, dos, tres...*, ha presentado para gusto y regocijo de los espectadores invitados, un vídeo de animales defecando.³²²

Ferlosio desmenuza a continuación los elementos que integran el efecto degenerador provocado por el fenómeno televisivo, siendo el primero de ellos la publicidad:

En *El País* del 19 de diciembre de 1992, Rosa Montero critica, con relativa justicia, un anuncio, del que llega a decir “merecería ser prohibido”, sin atreverse, no obstante, a mencionar la marca (pone “xxx” en el lugar de su nombre). ¿Qué es esto? Criticando la actuación de un político o la obra de un pintor o un literato no habría silenciado nombres propios, ¿por qué la marca de un producto, que a través del anuncio se hace no menos público que esa obra o actuación, va a tener derecho a tal inmunidad? Es un equívoco terrible que el interés de las empresas de iniciativa privada sea homologado como interés particular y se arrogue el derecho a ser respetado por cualquier voz que pudiese causarle un perjuicio económico. ¿Es que cuando el liberalismo haya alcanzado su meta de la privatización total los empresarios de los transportes o de la sanidad van a poder mantener su gestión a salvo de cualquier crítica, en nombre de la sagrada inmunidad del interés

³²² Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 187.

particular? Ítem, ahora que los anuncios han pasado de la cuña intercalada a formar el contenido mismo del programa, de suerte que la televisión ha sido totalmente fagocitada por la publicidad, ¿el derecho a la impunidad del interés de los empresarios anunciantes va a imponer el silencio a cualquier crítica de la televisión? O bien, siendo la publicidad la manifestación cultural aplastantemente dominante del liberalismo y de la economía de mercado, ¿qué ocurrirá si, tal como parece pretender, se erige en intocable?³²³

Observemos que, nuevamente, y cumpliendo el estricto paralelismo que se da en Ferlosio entre los niveles donde tiene lugar la articulación de la reflexión más abstracta y aquellos en los que se ocupa de temas mucho más concretos y delimitados, si, a la hora de hablar de la “experiencia cognoscitiva”, se consideraba que esta no debía llegar a un punto consolidado y dado por definitivo, sino que debía estar siempre abierta y dispuesta a ser ampliada y renovada, en el momento en el que la reflexión alcanza, por ejemplo, la publicidad y la situación del medio televisivo, se rechaza que se obture la crítica que el deplorable estado de la situación en el que están sumidos les hace merecer. Pero, a la vez que se emite el juicio valorativo (claro y contundente) contra dicha actitud cognoscitiva, se ha explorado qué hay detrás de ella: cuál es el mecanismo por el cual tiene lugar, cómo se aplica para que sean las ideas relacionadas con el mercado, la lucha entre los individuos y los aspectos más materialistas sean las que se impongan y cómo se manifiesta en concreto en el área de los medios de comunicación, la televisión y la publicidad. Sin poder llegar a afirmar, como ya dijimos al principio del presente estudio, que el pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio forme un sistema, no es menos cierto que el ejercicio reflexivo por parte del autor sigue una disciplina tan estricta (estructurada ya en ese ensayo seminal que hemos citado tantas veces que *Personas y animales en una fiesta de bautizo*) que todos sus análisis y exposiciones mantienen una férrea y deslumbrante coherencia. Ya que el propio concepto de “sistema” sería inaplicable para la obra ensayística de Ferlosio, en la que, desde su propio punto de partida, se rechaza la intención de crear un conjunto de ideas cerrado y consolidado, todo el énfasis se centra en el seguimiento estricto a un procedimiento, a un camino que puede ser perfectamente reversible para regresar al origen del razonamiento y volver a desarrollarlo con el fin de mejorarlo, ampliarlo o hallar nuevas posibilidades que, en una primera reflexión fueron pasadas por alto. De este modo

³²³ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 187-188.

de considerar el razonar nace la indignación de Ferlosio hacia el papel de los medios de comunicación, que acaban siendo correas de transmisión de una actitud de pereza y parálisis intelectual, de conformismo frente a unas ideas que se consideran ciertas e inamovibles. Que esta función Ferlosio la considere relacionada con la educación, queda claro cuando, en uno de los artículos que hemos acabado de citar, se refiere a la publicidad de los juguetes infantiles:

... en el artículo “Los niños víctimas de la publicidad de los juguetes” (ABC, 22 de diciembre de 1992) (...) leemos lo siguiente: “La culpa de la situación no es de los fabricantes de juguetes, ni por supuesto de los profesionales de la publicidad, que hacen su trabajo lo mejor que pueden y con un resultado técnico excelente en líneas generales. La culpa es del Gobierno que, a la vista de los problemas que se han producido, debe establecer los límites razonables”. Cuando, después, el artículo se explaya tanto contra la publicidad (...) como contra los juguetes mismos (...), uno entiende que la anterior frase exculpatoria de fabricantes y de publicitarios (...) no admite más interpretación que la más rigurosamente liberal-capitalista, esto es, la que se atiene al principio de la total irresponsabilidad del empresario con respecto a la naturaleza del producto y de la correlativa indiferencia e inocencia de la mercancía. Según la más estricta doctrina liberal, el fabricante de juguetes y su publicitario no tienen por qué arrogarse ningún papel de protectores de la infancia ni entrar en miramiento alguno sobre si los anuncios y los juguetes frustran o divierten a los niños, si los hacen ser más listos y más buenos o más tontos, más malos, más corrompidos y perversos. “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?”. El “resultado técnico excelente” consiste en que el empresario, cumpliendo con su exclusivo deber de seguir su interés particular, alcance un movimiento comercial satisfactorio para la economía del país. (...) [El] abandono y el desentendimiento de todo papel social y toda responsabilidad pública por los particulares han hecho que, por dura, indeseable y acaso inesperada que pueda parecer la conclusión, ya no haya más vestigio de sociedad humana algo menos que episódica y precaria que el absorbido y conservado por determinadas atribuciones del Estado; atribuciones, por cierto, cada vez más amenazadas, a mayor gloria del liberalismo, también, de supresión, ya que, a mi juicio, es desde aquí desde donde hay que valorar las tendencias voluntarias o inerciales, programadas o espontáneas (...) hacia un “Estado mínimo”.³²⁴

³²⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 188-189.

Aquí vemos ya “personificados” a algunos de los dioses a los que rendimos algunos de nuestros tributos sacrificiales, en este caso, la economía de mercado y el afán por construir una sociedad regida por el principio del “Estado mínimo”. Estos “dioses” acaban imponiendo una visión simplificada y reduccionista del ser humano que, como consecuencia de la adoración a esas “divinidades”, ve alterada y violentada su naturaleza intrínseca y primigenia y castrado todo el potencial que pudiera alcanzar, el cual se ve limitado por los medios más rudimentarios y pedestres (aunque, al parecer, sumamente efectivos):

Pero lo que me produce mayor desolación, mayor desesperación, alcanzándome a veces como una turbadora sombra de terror, es el aplauso. Cuando, pasando rápidamente los canales, oigo que, como coincide a menudo, hasta desde tres de ellos simultáneamente se desborda la conocida cascada del aplauso (¿cuántos aplausos en cada programa?, ¿cuántos en cada cadena?, ¿cuántos en sólo un día de televisión?), me represento la pesadilla de una sociedad de incesantes, incondicionales e impertérritos aplaudidores. La risa y el aplauso, en la televisión, se desencadenan prácticamente al nivel cerebral de la reflexología pavloviana: están condicionados para saltar automáticamente a la vista de las etiquetas “para reír”, “para aplaudir”, y, en consecuencia, indiscriminadamente, incondicionalmente con respecto al contenido: “Cuando te digan perro, meneas el rabo”. Un chiste, la palabra lo dice, es para reír, luego es gracioso por definición.³²⁵

Al igual que toda “experiencia cognoscitiva” necesita de una “actitud categorial” y no de una “pragmática”, toda “experiencia educativa” ha de girar en torno a que los alumnos busquen el conocimiento por el conocimiento en sí mismo considerado y no con el fin de obtener unas buenas calificaciones o de satisfacer los deseos y expectativas de sus padres. La transmisión del conocimiento a través de la educación no debe suponer un “allanamiento” de dicho conocimiento a través de los “lenguajes adaptados” sino que debe implicar una transmisión fiel del mismo, libre de cualquier tendencia ideológica preconcebida que determine el rumbo de la enseñanza y que, en consecuencia, busque el desarrollo de todo el potencial del alumnado sin que dicho desarrollo se vea coartado por ningún tipo de esquema mental cerrado previo, de forma que la enseñanza no suponga el

³²⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 190.

final de un camino sino el despliegue de un movimiento permanente que suponga una renovación continua de las ideas y una reconsideración y “puesta en cuestión” constantes de las mismas. Sin embargo, el orden establecido impone una configuración del sistema educativo destinado a reproducir las ideas y principios en los que dicho sistema se basa y, además, en los tiempos actuales, el papel de los medios de comunicación, convertido en un sistema masivo e industrializado, han invadido el papel que les corresponde no solo a la enseñanza sino también a la familia y a las manifestaciones culturales para imponer, de forma sistemática y prácticamente obsesiva, un conjunto ideológico que prima a los aspectos más materialistas y competitivos sobre aquellos basados en la lealtad y la cooperación. Tras esa acción sistemática, la sociedad parece quedar inerme y sumisa ante ella y cumple obedientemente unos preceptos que solo conducen al inmovilismo y la parálisis. Indignado Ferlosio ante dicho estado de cosas, propone un remedio taxativo para paliar parcialmente la situación:

Por pintoresco que el tiempo lo haya hecho, hoy un mínimo despotismo ilustrado, un dirigismo siquiera negativo, sería la mejor prueba de una sociedad todavía mínimamente libre. Pero, por puro juego, propongamos idealmente una restricción ínfima, insignificante, a las facultades de la televisión, una limitación “puntual” (...) por lo determinada y específica: la prohibición de que los programas puedan contar con clase alguna de público interno, de adultos ni de niños, en el estudio abierto de ningún programa, por considerar que, por mucho que hayan accedido “por propia voluntad”, ello ha sido a costa de someterse al compromiso previo de aplaudir forzada e incondicionalmente cualquier cosa que se les indique, amén de supeditarse a la terrible constricción de un respeto humano cuya magnitud ha de medirse en millones de espectadores.³²⁶

Sin embargo, Ferlosio se muestra escéptico ante el impacto de soluciones de este tipo o la asunción de un leve despotismo ilustrado en los medios de comunicación:

³²⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 192.

*Pues bien, esta sencilla prohibición (...) aparece enseguida como algo absolutamente inimaginable, como cambiar de sitio una montaña, tal es la imponente mole del poder del mercado.*³²⁷

Y la explicación nos la da el autor un poco antes de este párrafo:

Me desconcierta un poco que alguien tan inteligente como el doctor don Luis Rojas Marcos, que en su artículo “El ojo televisual”, (El País, 16 de diciembre de 1992) prospecta la imagen ideal de una televisión bien educada, digna, culta, humana, benéfica, desinteresada, pero sin dejar de reconocer acto seguido la insondable miseria de la televisión de hecho, no se dé cuenta de hasta qué punto el carácter de fenómeno económico-industrial —si es que no incluso su propia naturaleza tecnológica— determina de modo férreo la realidad de la segunda dejando en lo radicalmente imposible la fantasía de la primera³²⁸.

No obstante, a pesar de la constatación de la dificultad existente, queda, firme y sólida, la necesidad de una siempre constante renovación intelectual que nunca llega a tener fin, a la posibilidad infinita de abrir nuevos caminos y nuevas soluciones, como la niña que realiza hallazgos lingüísticos insólitos pero plenamente coherentes, historia contada por Ferlosio que ya transcribimos con anterioridad pero que, ahora, adquiere nuevos sentidos y significados:

A una niña de cinco años le oí en cierta ocasión emplear la palabra afluente —que se le había enseñado exclusivamente en relación con el asunto de los ríos— para aplicarla a una idea de relación de bocacalle, concretamente la frase “no sabía que esta calle era afluente de la calle tal” (...) por aquella misma época, pelando yo para ella una manzana y como nos hubiésemos planteado la cuestión de si tendría o no gusano, volvió a sorprenderme con la siguiente frase: “Si tuviese gusano tendría que verse alguna tubería” (...) El vivo numen del lenguaje se me representó resplandeciente en toda su fecunda libertad. Soberanamente abstraíble de su asunto de origen —de su contexto-situación de aprendizaje— se me mostraron aquellas dos palabras (afluente y tubería) para aplicarse del modo más afortunado a la aprehensión y expresión —no literaria, lúdica, sino rigurosamente

³²⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 192.

³²⁸ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Nadie puede con la bicha* (1993), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p. 191.

funcional— de dos contenidos extraños a la esfera material en que habían sido aprendidas, confirmándome la autonomía y la firmeza de la figura ideal.³²⁹

Sin una persona que llame constantemente al recién nacido por su nombre, sin un Jean Itard condicionado por sus convicciones ideológicas en su proceso de formación a Víctor de Aveyron, sin un programa educativo que proporcione un relato finalista y con búsqueda de un presunto “sentido” a la Historia y con una asignatura de Deportes que haga primar a las leyes de la lucha y la competitividad sobre las de la lealtad y la cooperación, sin una retahíla de aplausos que vayan modelando con carácter obsesivo y sistemático las mentes de los espectadores, sin estos elementos y otros muchos, siempre será posible abrir nuevos caminos y generar posibilidades nunca imaginadas antes, como el caso de esa niña capaz de descubrir soluciones verbales insospechadas. De hecho esto puede aplicarse como un molde perfecto a la escuela de hoy: la enseñanza espectáculo o populismo pedagógico al que se ha referido Sánchez Tortosa: el aplauso en lugar del rigor. Solo con la posibilidad de una “experiencia cognoscitiva” auténtica, siempre abierta a lo “otro”, a “lo que todavía no está presente”, será posible un cambio en el que cada ser humano no sea el mero títere que repite ideas, gestos y acciones que son fruto de una “experiencia cognoscitiva” falsa y degenerada. De hecho, y para Ferlosio, la enseñanza en sentido estricto no es ni repetición dogmática ni subjetiva ocurrencia. La escuela de hoy, a su juicio, fomenta más bien lo segundo. Las reflexiones de Rafael Sanchez Ferlosio son el río, repleto de corrientes, meandros y afluentes, que nos indica la senda para que nada que no sea imposible llegue a ser impracticable por una actitud cerrada, dogmática y, por ello, autoritaria. La obra ensayística Ferlosio se convierte, así, en ejemplo vivo de cómo proceder intelectualmente para que el conocimiento amplíe, cada vez más, sus territorios y sus horizontes.

³²⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 696-697.

Resumen

Desde ese ensayo seminal que es *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, Rafael Sánchez Ferlosio sentó las bases de su preocupación por la educación en un sentido amplio, entendida como el conjunto de medios por los que tiene lugar la transmisión de las ideas y del conocimiento alcanzado. Este conjunto de medios tendría tres niveles claramente diferenciados:

El primero, la educación propiamente dicha, que suele estar imbuida de una concepción en la que el futuro del niño parece ya estar escrito y cristalizado y ese futuro predestinado se convierte en la meta prefijada de todo el proceso educativo. A su vez, este proceso tendría dos vertientes diferentes:

- La enseñanza recibida en la escuela.
- La socialización que tiene lugar en el ámbito familiar.
- Las manifestaciones culturales, que pueden tener un enorme peso en la formación de un niño, como las producciones de Walt Disney demuestran con su recurrencia habitual a la antropomorfización de la naturaleza como medio para allanar la distancia entre el ser humano y el mundo.
- Los medios de comunicación, que adaptan los significados a cada receptor desvirtuando el sentido de los mismos e imponen un sistema de comunicación a ultranza que acaba deviniendo en dogmatismo autoritario, convirtiéndose en un canal informativo unilateral.

La consecuencia inevitable de la acción conjunta de estas tres vías queda expuesta en una frase que resume a la perfección muchas de las vertientes del pensamiento de Ferlosio: *“Poner el mundo en casa es la manera de lograr que jamás se acceda a él”*. Esta inquietud del autor por los temas educativos siguió presente en toda su obra ensayística. Así, por ejemplo, en el artículo *Unos ojos redondos como platos* realizó una disección de todo el ritual que rodea el día de los Reyes Magos, que estaría destinado a doblegar la voluntad de los niños e irlos encauzando hacia ese futuro que está programado para ellos, y, en el

prólogo que escribiera al *Pinocho* de Collodi, describe cómo se utiliza con la infancia uno de esos “lenguajes adaptados” que, bajo la excusa de lograr un mejor entendimiento por parte del receptor, lo único que realmente busca es mantener al mismo en una posición de inferioridad intelectual. Esta preocupación alcanza su máxima expresión en la traducción que Ferlosio realizó de las memorias de Jean Itard (1801 y 1806) sobre los progresos del “niño salvaje” Víctor de Aveyron y de los comentarios de Lucien Malson sobre las mismas y del voluminoso conjunto de notas que escribió sobre ambas obras. Ferlosio desmenuzó toda la experiencia de Itard con quien el autor denomina no “niño salvaje”, como es la expresión habitual empleada, sino “niño bravío”, encontrado en los alrededores de la localidad francesa de Aveyron. Una serie de elementos resaltarán en ese exhaustivo proceso de análisis:

- 1) Incidir en el hecho lingüístico como vía fundamental a través de la cual se articula la “experiencias cognoscitiva” y, empezando por el origen del surgimiento del mismo, la necesidad de detenerse en el hecho prelingüístico de la percepción de los sonidos para avanzar con posterioridad, pasando primero por la emisión de señales no arbitrarias (que revelarían la presencia de un cierto grado de inteligencia), a las señales codificadas que, pudiendo estar impregnadas de una absoluta arbitrariedad, terminarían sirviendo para la articulación del lenguaje.
- 2) La presencia de la ideología en el proceso educativo pervirtiendo la que debería ser la esencia genuina de este: permitir que el alumno encuentre caminos nuevos, que viva una “experiencia cognoscitiva” real y auténtica y no se convierta como en el animal amaestrado de un circo que repita una serie de acciones previamente diseñadas. La visión de la evolución del alumno desde la perspectiva de una ideología previa podría llegar a provocar la no percepción de los avances de aquel en un sentido no previsto por dicha ideología, llegando a cegar la progresión de hallazgos y descubrimientos que el alumno podría realizar.
- 3) La visión que Ferlosio ofrece del proceso de formación de Víctor de Aveyron no puede limitarse solo al alcance que tuvo el mismo sino que es extensible a los sistemas pedagógicos aplicados con carácter generalizado que, al igual que hacía Jean Itard, están sistemáticamente predispuestos a que el aprendizaje vaya por un

carril ya diseñado y que la evaluación del alumnado se rija por los criterios impuestos por el mismo.

- 4) El proceso de perversión que Ferlosio contempla en la “experiencia educativa” va en paralelo a la que vive la “experiencia cognoscitiva” con sus “villanías”, “manipulaciones” y “atrofias” cognoscitivas, solo que todas estos vicios y taras se manifiestan de otro modo pero con la misma consecuencia, la de cerrar un proceso de conocimiento que debería estar siempre abierto y dispuesto a explorar nuevas posibilidades.

El análisis de la experiencia de Itard sirvió a Rafael Sánchez Ferlosio para desarrollar opiniones sobre temas educativos mucho más concretos y cercanos, además de ajustar su crítica a la evolución que estaban experimentando las manifestaciones culturales y los medios de comunicación. En *Borriquitos con chándal*, profundiza en su concepción de la enseñanza como una actividad que tiene lugar en el estricto “ámbito público” frente al proceso educativo que se efectúa en el seno familiar, que corresponde al estricto “ámbito privado” y defiende la radical separación que deben guardar siempre ambas vertientes. Igualmente, en consonancia con su concepción sobre una “experiencia cognoscitiva” auténtica y real, nuestro autor defiende que la “experiencia educativa” cabal debe ser un trasunto de aquella, un salir efectivo del territorio del hogar y las relaciones privadas, dejar la casa (no dicho solo metafóricamente sino también fácticamente) y cualquier tentación “onfaloscópica” para entrar en un ámbito diferente en sí mismo, el cual, cognoscitivamente, debe ser impersonal, socialmente, es común y colectivo y, desde el punto de vista de afán vocacional, debería ser universal. Finalmente, Ferlosio entró de lleno en el debate sobre la LOGSE (Ley Orgánica 1/1990, de 3 de octubre, de Ordenación General del Sistema Educativo, publicada en el Boletín Oficial del Estado n.º 238 de 4 de octubre de 1990) y toda la (amplia) legislación educativa posterior, incidiendo en los males derivados de la burocratización y los rígidos esquemas administrativos y los males derivados de cómo fueron diseñadas las asignaturas de Historia (buscando un falaz sentido finalista a la misma) y Deportes (primando las leyes de lucha y competitividad frente a las de lealtad y cooperación).

El respeto mutuo que deberían tenerse los ámbitos de la enseñanza (carácter público) y la familia (ámbito privado) se ve quebrantado por dos vías diferentes:

- La actitud de los padres para que los hijos acudan a la escuela con el fin de obtener buenas calificaciones y satisfagan, de este modo, las expectativas de los padres.
- La intervención masiva de los medios de comunicación que, con un sistema industrializado, invaden la acción de la enseñanza y la acción de las familias para imponer sus propias ideas “manipuladas” y “atrofiadas”.

Frente al poder de dichos medios, solo la acción reguladora del Estado (aun asumiendo los limitados efectos que la misma podría tener) parece que pueda compensar la acción devastadora de un aluvión de publicidad e informaciones que se guían, indefectiblemente, por las implacables leyes del mercado. Para Ferlosio, al igual que toda “experiencia cognoscitiva” necesita de una “actitud categorial” y no de una “pragmática”, toda “experiencia educativa” ha de girar en torno a que los alumnos busquen el conocimiento por el conocimiento en sí mismo considerado y no con el fin de obtener unas buenas calificaciones o de satisfacer los deseos y expectativas de sus padres. La transmisión del conocimiento a través de la educación no debe suponer un “allanamiento” de dicho conocimiento a través de los “lenguajes adaptados” sino que debe implicar una transmisión fiel del mismo, libre de cualquier tendencia ideológica preconcebida que determine el rumbo de la enseñanza y que, en consecuencia, busque el desarrollo de todo el potencial del alumnado sin que dicho desarrollo se vea coartado por ningún tipo de esquema mental cerrado previo, de forma que la enseñanza no suponga el final de un camino sino el despliegue de un movimiento permanente que suponga una renovación continua de las ideas y una reconsideración y “puesta en cuestión” constantes de las mismas. Sin embargo, el orden establecido impone una configuración del sistema educativo destinado a reproducir las ideas y principios en los que dicho sistema se basa y, además, en los tiempos actuales, el papel de los medios de comunicación, convertido en un sistema masivo e industrializado, han invadido el papel que les corresponde no solo a la enseñanza sino también a la familia y a las manifestaciones culturales para imponer, de forma sistemática y prácticamente obsesiva, un conjunto ideológico que prima a los aspectos más materialistas y competitivos sobre aquellos basados en la lealtad y la cooperación. Tras esa acción sistemática, la sociedad parece quedar inerme y sumisa ante

ella y cumple obedientemente unos preceptos que solo conducen al inmovilismo y la parálisis. No obstante, a pesar de la constatación de la dificultad existente, queda, firme y sólida, la necesidad de una siempre constante renovación intelectual que nunca llega a tener fin, a la posibilidad infinita de abrir nuevos caminos y nuevas soluciones.

VIII. Hacia una visión global

Aunque el pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio que queda reflejado en su obra ensayística se resiste a poder ser considerado como un sistema cerrado, existen unas constantes a lo largo del conjunto de sus reflexiones que sí pueden ser sistematizadas. No puede ser considerado como un sistema cerrado por dos motivos sustancialmente diferentes pero íntimamente relacionados: el primero, el hecho efectivo de que de la totalidad de los ensayos de Ferlosio no cabe concluir que exista un sistema completo y absolutamente consolidado; el segundo, que la propia concepción de Ferlosio (manifestada de modo nítido y explícito) era no llegar a ningún tipo de sistema cerrado ya que consideraba que la reflexión siempre tenía que mantenerse abierta a un replanteamiento y renovación permanentes, de modo que nunca se llegara a dar por perpetuamente válido el conocimiento ya alcanzado y aprendido sino que este se sometiera a continua revisión crítica.

Es por ello que, sin que quepa hablar de sistema, y, tal vez, por el hecho de que la meta no era llegar a uno, la contrapartida es el mantenimiento de una estricta disciplina de razonamiento por la cual cada paso, cada avance, cada idea que era levantada sobre una anterior, eran sometidos a un exhaustivo e implacable proceso de disección y contraste antes de decidir si debía ser aceptada o no como base para la siguiente etapa del razonamiento. Como explica gráficamente el autor, llegar a un sistema cerrado, alcanzar un conocimiento y considerarlo ya inamovible, congelado, cristalizado, escrito en piedra y convertido en dogma es realizar un movimiento que, como tal, es imposible de ser revertido. Una vez realizado, no se puede borrar, solo cabría realizar otro que, a lo peor, tendría las mismas características nefandas que el anteriormente realizado. En cambio, asumir un proceso siempre abierto es ir generando un camino que puede ser recorrido hacia delante o hacia atrás y que, por consiguiente, ya no implica la irreversibilidad. Ese camino es el razonamiento rigurosamente construido, baldosa a baldosa, escalón a escalón, eslabón a eslabón, exprimiendo hasta la extenuación todos los recovecos y

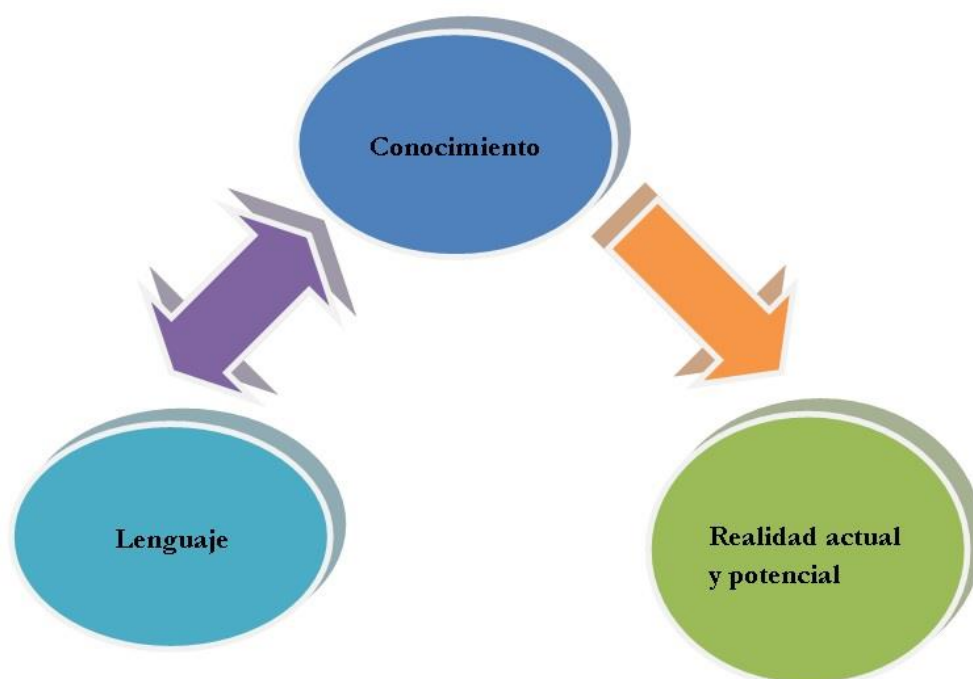
matices que se pueden hallar en cada uno de los hitos recorridos hasta asegurarse de que se los puede dar por válidos y que se puede pasar a la siguiente etapa del desarrollo de la reflexión.

Hay dos elementos más que son también, podríamos decir, estructurales en el pensamiento de Ferlosio. El primero es el estudio del lenguaje. La exploración del hecho lingüístico (suscitada a raíz de la lectura de *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler) es consustancial a las preocupaciones esenciales del autor en la medida en que todo conocimiento no puede ser articulado ni configurado ni transmitido a no ser mediante las palabras y, por lo tanto, el modo en que estas sean utilizadas determinará decisiva e inevitablemente la propia configuración del conocimiento que se pretende expresar. La preocupación por el lenguaje de Ferlosio hunde sus raíces en un doble elemento que caracterizó a la cultura española durante los años en los que el autor desarrolló su obra ensayística. Por un lado, la elevada presencia, en la década de los cincuenta y sesenta del pasado siglo, de escritores preocupados por la lingüística: el propio Rafael Sánchez Ferlosio, Agustín García Calvo, Gabriel Ferrater, Aníbal Núñez o Tomás Segovia serían los ejemplos más conspicuos. Por otro, la cautela y prevención frente al barroquismo que caracterizaba a ciertas tendencias de la literatura en nuestro país, barroquismo que adolecía de ser pura pirotecnia verbal sin un sustento de pensamiento detrás de un torrente floreado y desbocado de palabras. No solo preocupaba esa ausencia de pensamiento, sino también, lo que era peor, la posibilidad de convertir esa prosa flamígera e hirviente en vía de transmisión e inoculación de ideas fascistas y reaccionarias, algo que apuntaba Jaime Gil de Biedma con respecto a los artículos de Eugenio Montes y los discursos de José Antonio Primo de Rivera en los años treinta del pasado siglo y Leopoldo Azancot en lo tocante a la obra *Gárgoris y Habidis* de Fernando Sánchez Dragó.

El segundo elemento que hemos venido en denominar estructural en el pensamiento de Ferlosio es la conexión entre el tipo de conocimiento alcanzado, transmitido y aplicado y su influencia en la realidad, en la posibilidad de que esta evolucione, cambie y se transforme o, por el contrario, en que quede paralizada y estancada en la medida en que aquel haya sido adquirido de forma deficiente sin atender a las obligadas cautelas para que la cadena de pensamiento no esté distorsionada por ideas

que no correspondan a la auténtica naturaleza de la realidad observada. Por tanto, en este planteamiento general, nos encontramos con los tres focos que centrarán el tiempo y las preocupaciones de Ferlosio a lo largo de sus ensayos: conocimiento, lenguaje y realidad, tanto actual (la que efectivamente existe) como potencial (la que pueda llegar a existir). Dos de ellos, conocimiento y lenguaje estarán íntimamente vinculados, de modo que el estudio y análisis del lenguaje le permitirán, al mismo tiempo, comprender cómo está estructurado el conocimiento que se expresa a través de él. Por otra parte, según como sea el conocimiento adquirido, el mismo permitirá o no el cambio de la realidad existente, según sea un conocimiento limpio de desviaciones o arbitrariedades en su proceso de articulación o un conocimiento en que aquellas hayan viciado irreversiblemente todo el proceso de razonamiento y reflexión. En cierto modo, este planteamiento de Ferlosio vendría a asumir de modo radical el famoso contenido de la proposición 5.6 del *Tractatus Logico-Philosophicus*³³⁰ de Ludwig Wittgenstein (“los límites del lenguaje significan los límites de mi mundo”), de forma que Ferlosio emprendió una exploración hasta sus últimas consecuencias de hasta dónde llegaba el lenguaje, con un rastreo exhaustivo de todas sus consecuencias e implicaciones, de hasta dónde podía llegar el mundo con la utilización del lenguaje de un determinado modo y de cómo era el conocimiento (un conocimiento que solo y exclusivamente podía utilizar el lenguaje como vía de estructuración) el que estaba implicado en ese “*significan*” con el fin de determinar lo que era posible o lo que quedaba cegado por unas ideas viciadas y defectuosas. El siguiente gráfico resumiría esta base inicial que hemos expuesto:

³³⁰ Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus Logico-Philosophicus*. Edición y traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. Alianza Editorial (2004).



A su vez, la preocupación de Ferlosio por que el conocimiento se ajuste estrictamente a los perfiles de la realidad y que, por tanto, el lenguaje con que aquel se expresa sea fiel a esa aspiración es lo que conlleva la preferencia del autor por la hipotaxis. Las largas frases subordinadas con las que Ferlosio desarrolla sus argumentaciones no es (ni podría ser dada la visión del autor sobre el lenguaje) un mero capricho estilístico sino el medio legítimo para comunicar el carácter complejo (tridimensional, si lo queremos expresar en términos visuales) de la realidad y la forma pertinente de permitir articulaciones laterales del pensamiento que sirvan para explicar y transmitir dicha complejidad. Como puede observarse, sin que quepa hablar de sistema para hablar del pensamiento ferlosiano, la manera en que este se despliega sí muestra una estricta disciplina y una férrea coherencia que aspiran a no pervertir la condición y naturaleza intrínsecas de la realidad.

Esta visión que acabamos de exponer estaba ya presente en el primer ensayo escrito que se conoce de Rafael Sánchez Ferlosio, *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, y, por debajo de la solo aparentemente liviana anécdota que sirve de punto de partida (una mujer que insistente y obsesivamente llama por su nombre de pila a un bebé),

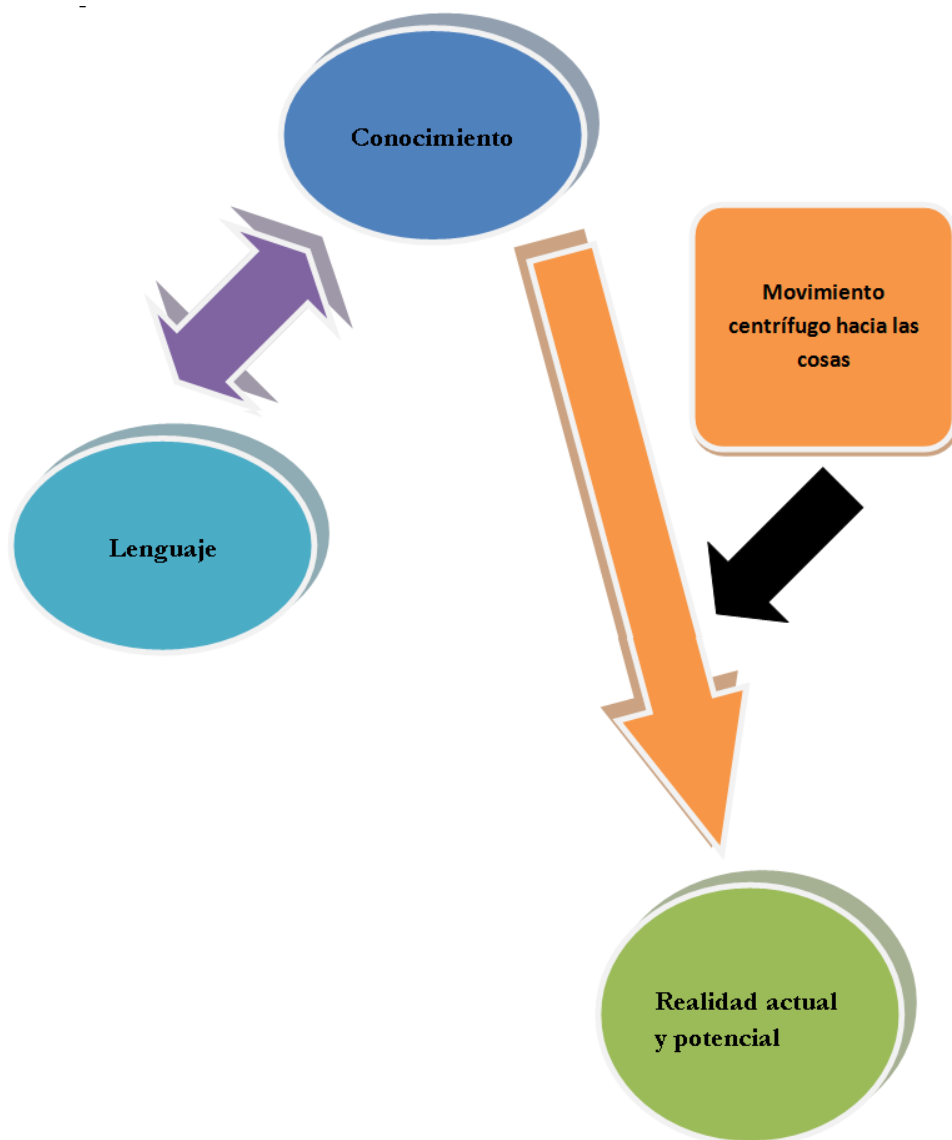
revela ya de una pieza toda esta concepción que acabamos de describir y que será a la que Ferlosio constantemente vuelva en todos sus ensayos y en todos sus artículos.

Dicha concepción queda articulada a través de una serie de dimensiones que serán desarrolladas en obras posteriores y que Tomás Pollán considera como una trama de ríos que reaparecerán permanentemente en la obra ferlosiana. La primera de estas corrientes se refiere a la “virtud cognoscitiva”, a nuestra capacidad para alcanzar un conocimiento auténtico, cabal y verdadero, que se ajuste exactamente a la naturaleza y los perfiles de la realidad. El considerar si dicho tipo de conocimiento es posible y alcanzable o no es un elemento crítico ya no en la construcción de todo un sistema filosófico (caso que, como hemos dicho, no es el que se refiere a Ferlosio) sino en el desarrollo de todo razonamiento o reflexión. Dicho desarrollo queda inevitablemente condicionado según partamos de la creencia de que el punto de partida puede ajustarse a la naturaleza de la realidad observada o si, por el contrario, siempre va a haber una brecha insalvable entre “realidad” y “conocimiento”.

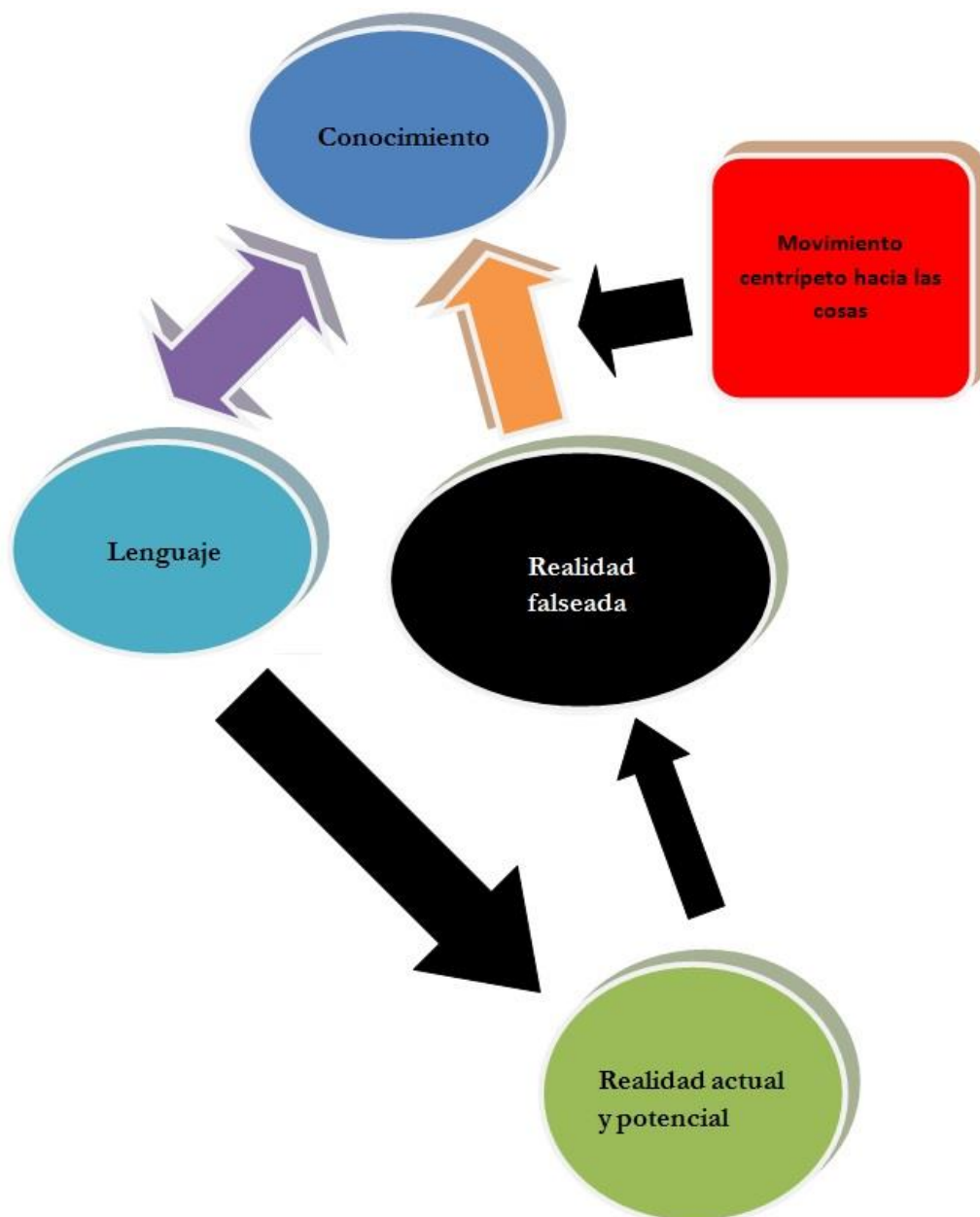
Podríamos decir que en Ferlosio existe lo que cabe denominar un implícito “optimismo cognoscitivo” ya que considera que es posible un conocimiento que aprehenda con absoluta precisión el contorno auténtico de la realidad. No se trata de un camino sencillo y los prolijos y exhaustivos razonamientos de Ferlosio son la prueba de que la llegada a ese conocimiento sin desvirtuar necesita de toda una serie de pasos cuidadosos y exigentes que no permiten la más mínima transacción, frivolidad, desviación o relajación. Pero la prolijidad y exhaustividad que Ferlosio pone en el empeño son la mejor prueba de que él creía que un conocimiento de ese tipo era posible, que era posible una auténtica “experiencia cognoscitiva” que nos pusiera en contacto directo con la realidad. Pero, como hemos dicho anteriormente, como hemos dejado expresado en el gráfico anterior, la “virtud cognoscitiva” tiene dos caras que están directamente relacionadas: la potencia de “la significación” y el “don de la palabra”. Esa mutua interdependencia provoca que el lenguaje sea la primera trampa en que un conocimiento genuino pueda quedar desvirtuado ya que la palabra, al mismo tiempo de pertenecer a un sistema complejo, flexible, versátil y perfectamente articulado, y tal vez por ello mismo, tiene el poder de impedir una “experiencia cognoscitiva” auténtica al impedir que accedamos a la realidad al

traernos a esta a lo ya conocido, a lo que no nos resulta extraño, “a casa”, no respetando su “alteridad” intrínseca, en vez de permitir la construcción de un camino hacia la misma con la meta de descubrir su verdadera condición. De ahí que Ferlosio distinga entre un “movimiento centrípeto” y un “movimiento centrífugo” hacia las cosas. El “movimiento centrípeto” sería el traer las cosas hacia lo ya conocido, “allanando” la distancia con ellas, impidiendo el verdadero conocimiento de las mismas mientras que el “movimiento centrífugo” supondría salir del lugar donde ya estamos instalados para ir en busca de lo que no conocemos aún. En este punto, de este modo, el gráfico que hemos dibujado con anterioridad tendría que ser modificado para reflejar esa doble posibilidad, la que constituye una verdadera “experiencia cognoscitiva” y la que consiste en un mero acomodo de nuestras ideas sobre la realidad al marco conceptual que ya manejamos, lo que vendría a ser una “adaptación” de lo ajeno a lo que nos es propio, violentando su verdadera condición.

Experiencia



Adaptación

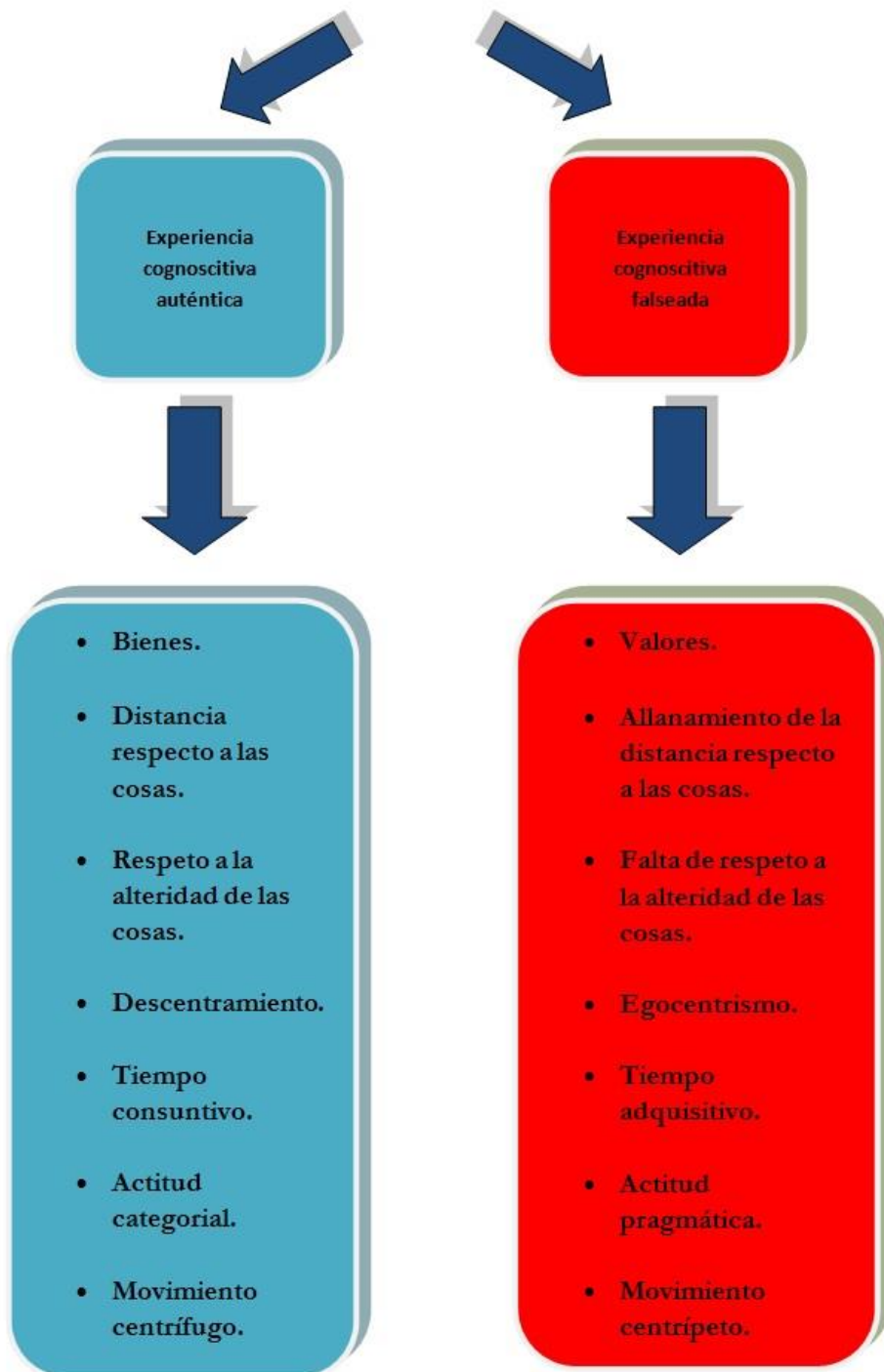


La “adaptación” que acabamos de representar no es una auténtica “experiencia cognoscitiva” ya que, como hemos expresado, el conocimiento no ha entrado en contacto con la verdadera realidad (que permanece ajena a nosotros) sino con una versión de la misma que el lenguaje ha procesado para trasladarla a lo ya previamente conocido y asumido. Es en este contexto en el que se comprende plenamente la afirmación que Rafael Sánchez Ferlosio realiza al principio del ensayo *Mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado*, en el sentido de que el hombre no ha llegado a la Luna ni, mucho menos, la ha conquistado, la cual funciona como metáfora perfecta de lo que supone la “adaptación” en el terreno cognoscitivo. Del mismo modo que el ser humano no ha llegado a tocar el satélite que rodea nuestro planeta ya que se ha mantenido separado de él por toda la parafernalia de trajes espaciales necesaria para poder subsistir en un medio no apto para la supervivencia humana, cuando caemos en la trampa de la “adaptación” nos rodeamos igualmente de toda una parafernalia verbal para no tener que reconocer que existe algo que es ajeno a lo que ya conocemos, ajeno al lugar en el que estamos cómodamente instalados sin querer alcanzar lo que es otro y diferente.

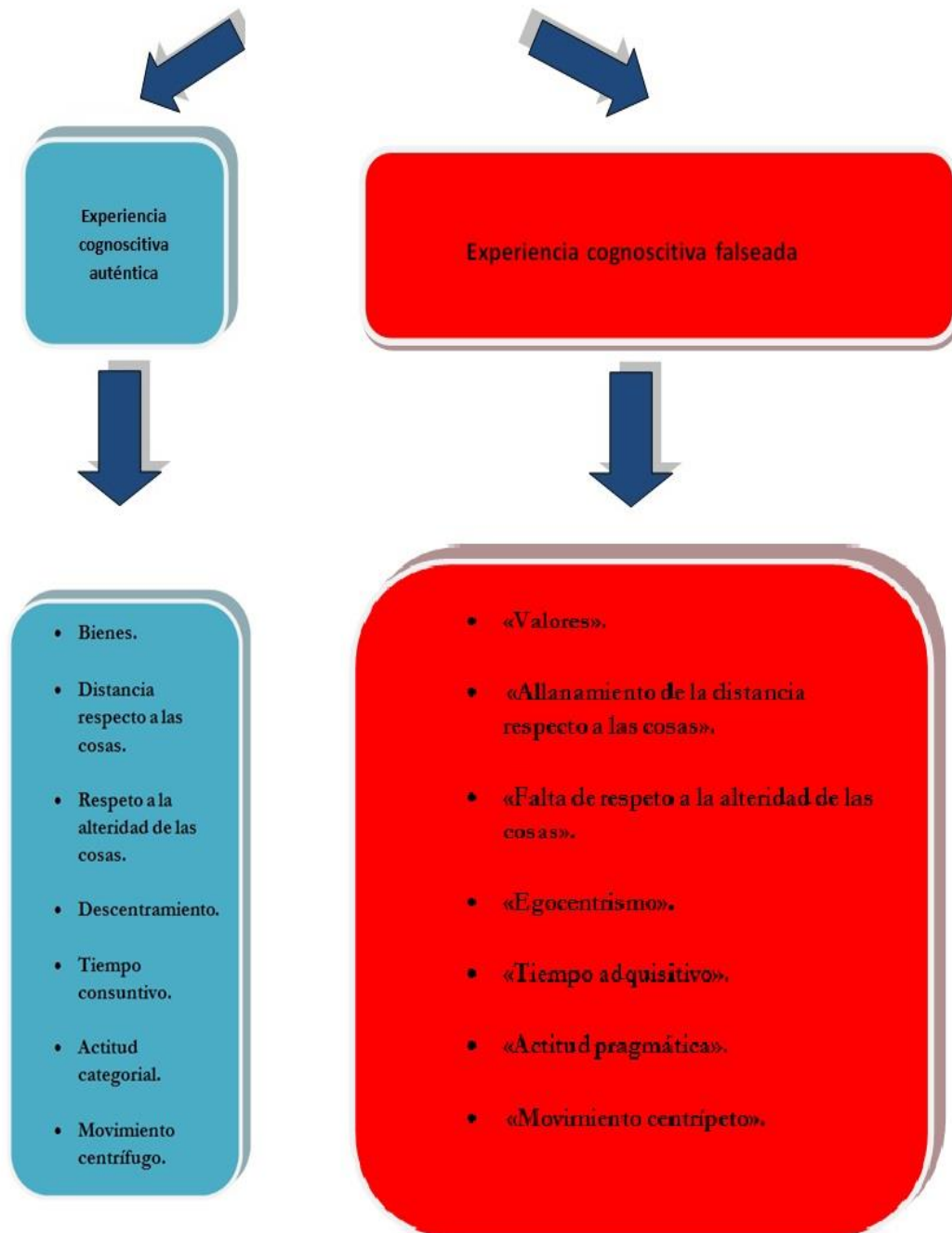
Este punto nos lleva a la segunda dimensión (o el segundo afluente) que Ferlosio aborda en *Personas y animales...*, la que se refiere a la “disposición cognoscitiva” con la que se afronta la adquisición de conocimiento, ya que, según cuál sea aquella, se alcanzará o no una auténtica “experiencia cognoscitiva”, cuestión que pone en primer plano la actitud del “sujeto cognoscitivo”, el cual tiene ante sí una serie de opciones que se pueden expresar a través de toda una serie de binariedades mutuamente excluyentes entre sí. Ya hemos hablado de la dicotomía “movimiento centrífugo”/“movimiento centrípeto” pero hay otras que son el campo de elección del sujeto que se dispone a conocer la realidad: “bienes”/“valores”, “distancia respecto a las cosas”/“allanamiento de la distancia respecto a las cosas”, “respeto a la alteridad de las cosas”/“falta de respeto a la alteridad de las cosas”, “descentramiento”/“egocentrismo”, “tiempo consuntivo”/“tiempo adquisitivo”, “actitud categorial”/“actitud pragmática”... Todas estas binariedades son sucesivas caras o matices de dos “disposiciones cognoscitivas” claramente opuestas y enfrentadas. Por un lado (“bienes”, “distancia respecto a las cosas”, “respeto a la alteridad de las cosas”, “descentramiento”, “tiempo consuntivo”, “actitud categorial”, “movimiento centrífugo”),

nos encontramos con la disposición de abordar la realidad según su condición intrínseca (y no según prejuicios o ideas preconcebidas previamente existentes), de salir de uno mismo y del contexto de comodidad en el que se halla, de evitar toda tentación “onfaloscópica” (esto es, de “mirarse constantemente el ombligo”), de emplear todo el tiempo necesario hasta alcanzar un conocimiento cabal, verazmente construido y fundamentado, de no buscar una finalidad a la búsqueda de conocimiento sino que esa búsqueda (estricta, rigurosa, insobornable) sea un fin en sí mismo no un medio para alcanzar fines ajenos al conocimiento mismo, de no ceder a favor de un conocimiento que justifique todo tipo de sacrificios a un conjunto de divinidades espurias... Por otro lado (“valores”, “allanamiento de la distancia respecto a las cosas”, “falta de respeto a la alteridad de las cosas”, “egocentrismo”, “tiempo adquisitivo”, “actitud pragmática”, “movimiento centrípeto”), está aquella disposición orientada a satisfacer unas metas prefijadas, un conocimiento que no se busca por el conocimiento mismo sino para cumplir finalidades determinadas, un tiempo que no se emplea por sí mismo sino con el objetivo de realizar algún tipo de logro o adquisición y solo se justifica si ese logro o adquisición efectivamente se produce, una forma de conocimiento, en definitiva, que llega a justificar cualquier tipo de sacrificio o de pérdida de vidas humanas en aras del Progreso, del Mercado, de la Modernidad, de la Tecnología, de la Civilización o de cualquier otra palabra rimbombante que llegue a considerarse lo suficientemente importante como para justificar y dar sentido a cualquier hecho atroz o abominable, de forma que, inmediatamente, en función de la disposición descrita, las víctimas se convierten en mártires, la Historia pasa a tener un “sentido” (mera palabrería) y se cree en una Armonía Universal que, de ningún modo, se desprende del mundo y de la realidad sino que es la prótesis “conceptual” necesaria para que la evolución de los hechos encajen en una horma artificial que pueda ser presentada desde el punto de vista puramente retórico como Armonía Universal.

Lo decisivo es que, según se opte por un campo de elección u otro, se llegará a una “experiencia cognoscitiva” auténtica (el primero) o no (el segundo).



No obstante, sería un error presentar estos dos campos de elección como territorios equivalentes y de peso similar. En realidad, el de la “experiencia cognoscitiva” falseada es mucho más amplio y poderoso porque el que corresponde a la auténtica corresponde a un marco estricto y limitado. Todo lo que se salga del mismo implica, automáticamente, caer en el territorio del conocimiento no válido y cabal. Por ello, la representación gráfica anterior, para que sea correcta, tendría que estar configurada de la siguiente manera:



Esta dicotomía entre “experiencia cognoscitiva” auténtica y “experiencia cognoscitiva” falseada nos llevaría al tercer afluyente que nace en *Personas y animales...*, el de “doble villanía cognoscitiva” que el ser humano aplica en el segundo tipo de experiencia descrito (en aquella que sería, en realidad, la no-experiencia-cognoscitiva): por un lado, el “allanar” toda distancia que separa a la humanidad de la realidad, el “traer el mundo a casa”, y, por otro, el “exorcizar” toda cercanía posible, el espantar el miedo provocado por el parecido que lo otro tiene con nosotros mismos violentando su condición y formando

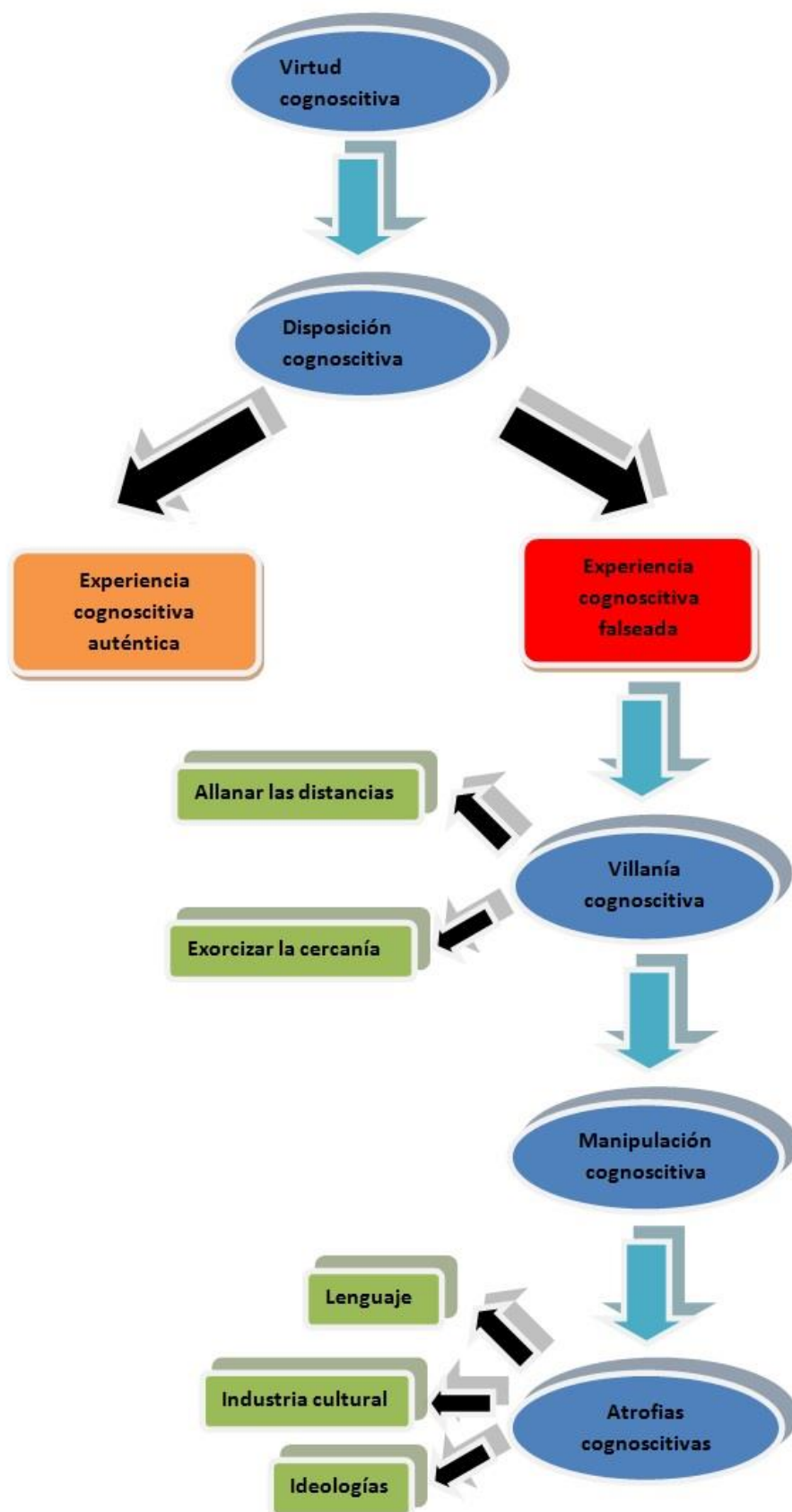
una falsa idea completamente alejada de la misma. Esta “doble villanía” no solo conduce a un conocimiento falaz sobre la realidad sino que, al mismo tiempo, también lo crea sobre el propio ser humano, de forma que, en la medida en que se termina renunciando sistemáticamente a una actitud de enfrentarse cognoscitivamente a las cosas tal como son, se va formando una humanidad cobarde y capitidismínuida incapaz de abordar la auténtica condición intrínseca de las cosas.

Al no atrevernos a abordar el mundo en su condición genuina, procedemos a caer en la “manipulación cognoscitiva”, cuarto afluente que nace del ensayo *Personas y animales...*, “manipulación” que va indisolublemente unida a la negación de la “alteridad”, negación que, a su vez, sería imposible sin la capacidad, ya mencionada anteriormente, del lenguaje para encenderse, inflamarse y llevarnos a un terreno en el que la pirotecnia verbal encubre la falta de consistencia y fundamento del conocimiento alcanzado.

Y, como consecuencia de todo ello, llegamos al inevitable quinto afluente, la desembocadura final de todas esas falsas “experiencias cognoscitivas” donde el ser humano incurre con contumaz denuedo: las “atrofias cognoscitivas”, la acumulación de conocimientos falaces, parciales y alejados de la verdadera condición de las cosas a las cuales los mismos presuntamente se refieren. A partir de esas “atrofias”, es como pueden surgir toda una serie de ramificaciones que hacen posible que, lo que empiezan siendo taras cognoscitivas, acaban teniendo profundas implicaciones culturales, sociales y políticas, de manera que florecen sistemáticamente manifestaciones colectivas que hacen cristalizar órdenes injustos, autoritarios, arbitrarios, disfuncionales que encuentran en dichas manifestaciones eficaces fuentes de realimentación, consolidación y legitimación. Así, por ejemplo, la primera manifestación colectiva que acoge ese mecanismo es (como cabría haber deducido fácilmente por la importancia que Ferlosio siempre le ha concedido a lo largo de su obra) el del lenguaje. La palabra arrastra y sostiene todo tipo de prejuicios e ideas preconcebidas que consolidan lo ya existente e impiden el florecimiento de las potencialidades que esa misma realidad esconde (recordemos: “*los límites del lenguaje significan los límites de mi mundo*”). Asimismo, la industria cultural (véase los productos de la factoría Disney) suministra pertinazmente todo tipo de obras en las que las ideas “manipuladas”, “atrofiadas”, “allanadas” se difunden masivamente sin que, en dicha

difusión, encuentren alternativas que puedan ofrecer un contraste crítico. Ideas transmitidas por medios sutiles que, con plena justeza, podríamos denominar sibilinas, como aquel por el que una estructura de relato repetida incesantemente una y otra vez proporciona un territorio fértil para que arraigue lo que antes nos hemos referido como el “sentido de la Historia”: igual que la narración avanza, al mismo tiempo que, por su estructura, condiciona al receptor para que incline sus simpatías y antipatías en función de cómo los propios acontecimientos quedan dispuestos en el hilo argumental, hacia un desenlace que conocemos, con el triunfo de los “buenos” y la derrota de los “malos” (por decirlo en términos coloquiales), se desliza el concepto de que la relación entre hechos materiales que se suceden unos a otros en la realidad corresponde a una estructura que está diseñada para llegar a una meta final previamente conocida (observemos la manipulación que se “produce”, y que las manifestaciones culturales ayudan a consolidar, al trasladar lo que pertenece al terreno intrínseco de la ficción al terreno de la realidad; una clara muestra de falta de respeto a la “alteridad” de cada uno de los territorios indicados). Y ese conjunto de ideas defectuosas también conforman ideologías que siempre tienen preparada la respuesta para todo problema o cuestión, ideologías que determinan el orden social y político existente y que, si en el pasado, ponían el énfasis en la conformación de la doctrina, en la actualidad inciden mucho más en lo que Ferlosio denomina los “procedimientos ideológicos”, es decir, en los procesos, en el modo en que las cosas se hacen porque, una vez que se fija dogmáticamente el método, el resultado deriva ya de ello con carácter automático e inexorable.

Ese énfasis de Ferlosio en los “procedimientos” es la simetría perfecta para la ya comentada férrea y rigurosísima disciplina que el autor se impuso en sus razonamientos: si la ideología ha derivado en procedimientos ideológicos, obviamente defectuosos desde el punto de vista de la reflexión y el proceso cognoscitivo, para constituir una “experiencia cognoscitiva” alternativa que sea auténtica ha de seguirse un método que no admite ni matices ni cesiones ni templanzas. En ese juego de binariedades que hemos expuesto, cada elemento falaz siempre va a encontrar, como un espejo, el elemento correcto y riguroso.



Hasta el momento, hemos puesto mucho énfasis en las reflexiones de Ferlosio sobre el proceso cognoscitivo, el lenguaje y las manifestaciones culturales, pero es evidente que todo ello sería insuficiente sin abordar una dimensión que actúa como segmento que cierra el círculo de la visión global del autor: explorar el modo en que el conocimiento defectuosamente alcanzado se transmite, perpetuando sus taras. De ahí la importancia que tiene en la obra ensayística de Ferlosio sus reflexiones sobre el sistema educativo y el modo en que los conocimientos son trasladados y comunicados. Ya el propio detonante de *Personas y animales...*, esa mujer que llama a un niño repetida y obsesivamente por su nombre de pila, muestra su preocupación por cómo los adultos se relacionan con la infancia y cómo intentan imponer una visión previamente fijada a los niños para que estos sigan una senda ya escrita y establecida.

Sin embargo, la mejor prueba de esta preocupación fue su traducción de la *Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron —1801—*, del *Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron —1806—* de Jean Itard y de *Les enfants sauvages —1964—* de Lucien Malson (que analizaba los dos textos anteriores), a la vez que desarrolló un vastísimo conjunto de comentarios a las tres obras citadas. El interés de Ferlosio por la relación del “niño salvaje” (“niño bravío” en palabras del autor) Víctor de Aveyron con su preceptor Jean Itard se debe a que ésta constituye un ejemplo real histórico de cómo el ser humano se enfrenta con lo otro que no es exactamente lo otro, con el niño que es un niño (y, por ello, poseedor del mismo potencial que cualquier otro niño) pero que, habiendo estado alejado en sus primeros años del proceso de socialización que la civilización establece, no ha adquirido ciertas habilidades y destrezas básicas pero que, por eso mismo, es, simultáneamente, un “libro en blanco” que está libre de muchos esquemas mentales prefijados. Respecto a ese niño, Jean Itard, como la asistente al bautizo que tanto irritó a nuestro autor, buscará tanto “allanar” la distancia respecto a él, empleando en su proceso de formación la misma ideología que hubiera empleado con un niño que hubiera estado integrado en un proceso de socialización convencional desde el momento de su nacimiento, como “exorcizar” todo tipo de cercanía, negando su intrínseca capacidad de desarrollo y, en consecuencia, su correlativa capacidad de hallar soluciones nuevas (quién sabe si mejores en virtud de la ausencia de esquemas mentales fijados

previamente) a problemas habituales. Podemos decir que lo que representa *Personas y animales en una fiesta de bautizo* para el pensamiento de Ferlosio sobre la “experiencia cognoscitiva”, lo representan los mencionados comentarios para el desarrollo de su ideología educativa. Para Ferlosio, las principales críticas que hay que realizar a los sistemas educativos van en paralelo a las taras que una “experiencia cognoscitiva” defectuosa presenta. Si esa falsa “experiencia cognoscitiva” se caracteriza, como ya hemos visto, por “llevar el mundo a casa” y no permitir la toma de contacto con la auténtica realidad, la experiencia educativa habitual consiste en seguir los criterios de una ideología (que, aunque educativa, presenta las mismas “atrofias” que el resto de ideologías) que ya tiene establecido el marco en el que los alumnos tienen que desarrollarse e impedir, en consecuencia, que los mismos desarrollen su potencial propio. Ante ese planteamiento, quien es el profesor solo es capaz de identificar aquellos pasos del alumno que se ajustan a esa ideología previa y de evaluarlos según la misma, de forma que todo aquello que se salga de ella no es valorado a pesar de que pueda tener un mérito intrínseco y, por su propia naturaleza, imprevisto e inesperado. Podemos llegar a afirmar que, del mismo modo que quien vive una “experiencia cognoscitiva” falseada nunca entra en contacto con la realidad y los seres humanos que llegaron a la Luna nunca entraron en contacto con ella, la manera habitual con que el sistema educativo despliega sus formas impide que el profesor entre en contacto con el verdadero alumno que está a su cargo, ese verdadero alumno permanece soterrado y reprimido dentro del estrecho y estrechado marco que la ideología educativa impone al proceso de instrucción y formación, del cual sale una persona que, con toda probabilidad, no ha llegado a poder desarrollar su verdadero potencial. Una buena muestra de este mecanismo de represión es la de los “lenguajes adaptados”, jerga que, bajo la excusa de lograr que el receptor comprenda el contenido del mensaje que se está transmitiendo, simplificando, deformando y caricaturizando las reglas y códigos de la lengua estándar, tiene el objetivo de mantener a dicho receptor bajo una situación permanente de sumisión e infradesarrollo.

Si antes hemos dicho que los comentarios de Ferlosio a los informes de Atard y a la obra de Malson representan para la visión del autor sobre el sistema educativo lo que representa *Personas y animales...* para su visión sobre la “experiencia cognoscitiva”, ahora debemos matizar dicha afirmación en el sentido de que, aunque el marco general de la

visión ferlosiana sobre la educación sí queda establecida en dichos comentarios, no será sino en un conjunto más vasto de artículos y ensayos en los que esa visión será expuesta con suficiente amplitud. Porque de los textos del autor se deduce con claridad que, para él, lo que debe ser entendido como educación va más allá de lo que cabría delimitar con el término de “instrucción”, es decir, el referido al proceso de formación recibido en la escuela. A ello habría que añadir la educación adquirida en el proceso de socialización desarrollado en el seno de la familia, tan decisivo como el que puede tener lugar durante su estancia en el colegio. Así queda plasmado en el artículo publicado en el año 1968 *Unos ojos redondos como platos*, en el que Ferlosio expone cómo se celebra la mañana del día de Reyes Magos y el modo en que los padres preparan la escenificación para que sus hijos, al despertar, descubran los regalos que han recibido, una ceremonia que, en el análisis del autor, tiende a ser prácticamente equivalente a la utilización de un “lenguaje adaptado” para la infancia o, como mínimo, surte el mismo efecto de provocar el sometimiento de los niños y garantizar que estos acepten unas formas de pensar y un estado de cosas ya dados y que nunca jamás lleguen a ponerlos en cuestión. La misma función cumplen los productos culturales específicamente creados para la infancia (Ferlosio se ensaña especialmente con las creaciones de Walt Disney) y que son portadoras de esa misma ideología “manipulada”, “atrofiada”, “allanada”.

Pero el elemento que se ha convertido en el más pernicioso en todos los órdenes es de los medios de comunicación de masas, los cuales han llegado a ser capaces de divulgar a gran escala y con carácter sistemático, todos los días a todas horas, esos mismos contenidos ideológicos, transmitidos con procedimientos cada vez más sibilinos y sofisticados (dentro sus muchas veces vergonzante vulgaridad) para ir capturando y modelando mentes y haciendo imposible el surgimiento de un conocimiento nacido de una “experiencia cognoscitiva” auténtica. Si más arriba hemos dicho que existe en Ferlosio un “optimismo cognoscitivo” en la medida en que considera que es posible llegar a un conocimiento lo más próximo posible a la naturaleza y perfiles de la realidad, no es posible negar que, simultáneamente, alberga un profundo pesimismo sobre la posibilidad de “torcer el brazo” al poder de dichos medios y detener su influencia nefasta sobre quienes son usuarios y receptores de los mismos.

El pensamiento de Ferlosio, con sus diferentes dimensiones, mantiene una absoluta coherencia en sus distintos cursos fluviales porque el conjunto de los mismos derivan unos de otros en forma de capas estructuras emanadas por irradiación de la capa original, esto es, a partir de la matriz ya vista, analizada y revisada que aparece en *Personas y animales...* (esa cadena formada por la “virtud cognoscitiva”, la “disposición cognoscitiva”, la “villanía cognoscitiva”, la “manipulación cognoscitiva” y las “atrofias cognoscitivas”) se derivan, por ejemplo, sus razonamientos sobre la educación (con exactamente los mismos principios) de modo que sus ensayos y artículos bien sean sobre lenguaje, sobre colegios e instrucción, sobre el papel de la familia en la socialización de los hijos, sobre manifestaciones culturales, sobre los mecanismos narrativos y las estructuras de los relatos o sobre el funcionamiento de los medios de comunicación corresponden a una misma disciplina de reflexión y a una misma finalidad, la de defender un conocimiento siempre abierto al cambio y nunca orientado a llegar a un punto de destino que se considere cerrado y definitivo.

En la medida en que la reflexión no está orientada a llegar a una meta que quede cristalizada *ad aeternum*, el elemento clave en el pensamiento de Ferlosio es el método de la reflexión, un método, como ya hemos dicho y reiterado a lo largo de este trabajo, paciente, exhaustivo, dispuesto a abordar el asunto analizado desde todas las perspectivas posibles, sin dejar una sola libre de cata y evaluación, medir hasta la extenuación cada paso antes de dar el siguiente, no hacer un movimiento sino construir un camino que esté sometido a recapitulación en cualquier momento y que, en consecuencia, en cualquier momento pueda ser rectificado y corregido para poder seguir prolongándolo con la seguridad de que los hitos y eslabones colocados previamente están bien asentados y cimentados y con la asunción de que ese camino no puede tener fin si deseamos que la realidad pueda explotar todo su potencial oculto y no quede estancada en una situación que no somos capaces de cambiar porque nuestro conocimiento no está en contacto con la auténtica realidad sino con una realidad falseada creada a través de la capacidad incendiaria del lenguaje. Una realidad falseada que no se corresponde a la auténtica condición de las cosas ni a la naturaleza del curso de los hechos, que son los que son y que solo acaban conectados unos con otros según un relato perfectamente pergeñado porque nosotros inventamos una narración que es únicamente la que proporciona el hilo que

deseamos encontrar, hechos a los que, así, se les asigna un “sentido” al cual se le pueda rendir tributo con vidas, esfuerzos y sacrificios, tributo que acaba justificado por el cumplimiento de un designio que surge solo de una falsa “experiencia cognoscitiva” que supone una absoluta falta de respeto a la verdadera condición de los hechos y cosas observados. Es así como el pensamiento de Ferlosio acaba teniendo implicaciones éticas y políticas decisivas, ya que supone una rotunda enmienda a la totalidad a cualquier pretensión de autoritarismo, de sojuzgamiento, de pérdida de vidas humanas en nombre de una Gran Causa o un Gran Propósito. Ferlosio analizó y argumentó hasta la extenuación sobre la inexistencia de tales grandes legitimadores del dolor y de la muerte y ello acarrea consecuencias decisivas sobre nuestra actitud y nuestro proceder.

Y, asociado inevitablemente a ello, está el papel de la educación, de las manifestaciones culturales y de los medios de comunicación. Para tener un conocimiento abierto, es necesario que todas esas dimensiones estén abiertas al mismo. Y, por ello, la educación no debe estar orientada a seguir unas pautas que no tengan en cuenta el potencial del alumno y solo atiendan al cumplimiento de una idea preconcebida ya fijada previamente. Solo con una disposición hacia el conocimiento abierta a la renovación permanente y una experiencia educativa que siembre esa actitud hacia la apertura, se abriría la posibilidad de que la realidad deje atrás situaciones que suponen la legitimación del daño, del autoritarismo y de la opresión. Ese es el propósito final que cabe extraer de los rigurosamente contruidos razonamientos de Rafael Sánchez Ferlosio y la explicación que hay que atribuir a su obsesivo empeño. Su obra ensayística, de esta manera, no cabe ser contemplada como un mero conjunto de textos sobre temas lingüísticos, culturales, sociológicos y educativos sino una exploración armónica, coherente e insobornable para que el ser humano no acabe encadenado por un conocimiento “peor” sino que logre abrirse hacia cotas que supongan un avance hacia las mejores posibilidades de su potencial. Y, por ello, es una obra que siempre servirá como ejemplo de un colosal y descomunal esfuerzo intelectual para hallar las vías que permitan sacar lo mejor y más positivo de nosotros mismos.

Resumen

Aunque el pensamiento de Rafael Sánchez Ferlosio que queda reflejado en su obra ensayística se resiste a poder ser considerado como un sistema cerrado (en gran medida porque el autor consideraba que el conocimiento debía estar siempre sometido a un replanteamiento y renovación permanentes), existen unas constantes a lo largo del conjunto de sus reflexiones que sí pueden ser sistematizadas. Por un lado, la contrapartida a la ausencia de ese sistema cerrado y cristalizado es el mantenimiento de una estricta disciplina de razonamiento por la cual cada paso, cada avance, cada idea que era levantada sobre una anterior, eran sometidos a un exhaustivo e implacable proceso de disección y contraste antes de decidir si debía ser aceptada o no como base para la siguiente etapa del razonamiento. Por otro, el estudio del lenguaje. La exploración del hecho lingüístico (suscitada a raíz de la lectura de *Teoría del lenguaje* de Karl Bühler) es consustancial a las preocupaciones esenciales del autor en la medida en que todo conocimiento no puede ser articulado ni configurado ni transmitido a no ser mediante las palabras y, por lo tanto, el modo en que estas sean utilizadas determinará decisiva e inevitablemente la propia configuración del conocimiento que se pretende expresar. Y, finalmente, tenemos el que es el gran tema vertebrador de toda la obra ensayística de Ferlosio: el análisis de la “experiencia cognoscitiva” y la distinción entre una “experiencia cognoscitiva” verdadera y una “experiencia cognoscitiva” falseada.

Existiría una conexión entre el tipo de conocimiento alcanzado, transmitido y aplicado y su influencia en la realidad, en la posibilidad de que esta evolucione, cambie y se transforme o, por el contrario, en que quede paralizada y estancada en la medida en que aquel haya sido adquirido de forma deficiente sin atender a las obligadas cautelas para que la cadena de pensamiento no esté distorsionada por ideas que no correspondan a la auténtica naturaleza de la realidad observada. Por tanto, en este planteamiento general, nos encontramos con los tres focos que centrarán el tiempo y las preocupaciones de Ferlosio a lo largo de sus ensayos: conocimiento, lenguaje y realidad, tanto actual (la que efectivamente existe) como potencial (la que pueda llegar a existir), estando conocimiento

y lenguaje íntimamente interrelacionados en la medida en que solo mediante el lenguaje es como el conocimiento puede articularse y expresarse. Esta íntima vinculación entre conocimiento y lenguaje es la que explica la preferencia de Ferlosio por la hipotaxis o subordinación, ya que la misma permitía expresar con mayor fidelidad el carácter tridimensional de la realidad y realizar articulaciones laterales del pensamiento.

Toda esta visión que acabamos de exponer estaba ya presente en el primer ensayo escrito que se conoce de Rafael Sánchez Ferlosio, *Personas y animales en una fiesta de bautizo*. Dicha concepción queda articulada a través de una serie de dimensiones que serán desarrolladas en obras posteriores y que Tomás Pollán considera como una red de afluentes que reaparecerán permanentemente en la obra ferlosiana. El primero de estos ríos es la “virtud cognoscitiva”, nuestra capacidad para alcanzar un conocimiento auténtico, cabal y verdadero que se ajuste exactamente a la naturaleza y los perfiles de la realidad. Podríamos decir que en Ferlosio existe lo que cabe denominar un implícito “optimismo cognoscitivo” ya que considera que es posible un conocimiento que aprehenda con absoluta precisión el contorno auténtico de la realidad. La prolijidad y exhaustividad que Ferlosio pone en el empeño son la mejor prueba de que él creía que era posible una auténtica “experiencia cognoscitiva” que nos pusiera en contacto directo con la realidad. Pero la “virtud cognoscitiva” tiene dos caras que están directamente relacionadas: la potencia de “la significación” y el “don de la palabra”. Esa mutua interdependencia provoca que el lenguaje sea la primera trampa en que un conocimiento genuino pueda quedar desvirtuado ya que la palabra, al mismo tiempo de pertenecer a un sistema complejo, flexible, versátil y perfectamente articulado, y tal vez por ello mismo, tiene el poder de impedir una “experiencia cognoscitiva” auténtica al impedir que accedamos a la realidad al traernos a esta a lo ya conocido, a lo que no nos resulta extraño, “a casa”, no respetando su “alteridad” intrínseca, en vez de permitir la construcción de un camino hacia la misma con la meta de descubrir su verdadera condición.

La diferencia entre una “experiencia cognoscitiva” auténtica y una “experiencia cognoscitiva” falseada acaban refiriéndose a una serie de actitudes entre las que el “sujeto cognoscitivo” debe elegir, actitudes que delimitan dos “disposiciones cognoscitivas” claramente diferenciadas. Para una “experiencia cognoscitiva” auténtica:

- orientación hacia los “bienes”;
- “distancia respecto a las cosas”;
- “respeto a la alteridad de las cosas”:
- “descentramiento”;
- preferencia por el “tiempo consuntivo”;
- “actitud categorial”;
- “movimiento centrífugo” hacia las cosas.

Para una “experiencia cognoscitiva” falseada:

- orientación hacia los “valores”:
- “allanamiento de la distancia respecto a las cosas”;
- “falta de respeto a la alteridad de las cosas”;
- “egocentrismo”;
- preferencia por el “tiempo adquisitivo”;
- “actitud pragmática”;
- “movimiento centrípeto” hacia las cosas.

Según se elija un conjunto de actitudes u otro, podríamos hablar de una “experiencia” que nos permita entrar en contacto con la realidad o de una “adaptación” que nos mantenga alejados de ella y únicamente nos haga conocer una realidad falseada, teniendo que sortear el peligro de que siempre el terreno de la “experiencia” supone un ámbito más estricto y limitado que el de la “adaptación”, que cuenta con amplio margen para imponer su perniciosa soberanía.

Esta dicotomía entre “experiencia cognoscitiva” auténtica y “experiencia cognoscitiva” falseada nos llevaría a la “doble villanía cognoscitiva” que el ser humano aplica en el segundo tipo de experiencia descrito (en aquella que sería, en realidad, la no-experiencia-cognoscitiva): por un lado, el “allanar” toda distancia que separa a la humanidad de la realidad, el “traer el mundo a casa”, y, por otro, el “exorcizar” toda cercanía posible, el espantar el miedo provocado por el parecido que lo otro tiene con nosotros mismos violentando su condición y formando una falsa idea completamente

alejada de la misma. Al no atrevernos a abordar el mundo en su condición genuina, procedemos a caer en la “manipulación cognoscitiva” que va indisolublemente unida a la negación de la “alteridad”, negación que, a su vez, sería imposible sin la capacidad, ya mencionada anteriormente, del lenguaje para encenderse, inflamarse y llevarnos a un terreno en el que la pirotecnia verbal encubre la falta de consistencia y fundamento del conocimiento alcanzado.

Y, como consecuencia de todo ello, llegamos a desembocadura final de todas esas falsas “experiencias cognoscitivas” en las que el ser humano incurre con contumacia denudada: las “atrofias cognoscitivas”, la acumulación de conocimientos falaces, parciales y alejados de la verdadera condición de las cosas a las cuales los mismos presuntamente se refieren. A partir de esas “atrofias”, es como pueden surgir toda una serie de ramificaciones que hacen posible que, lo que empiezan siendo taras cognoscitivas, acaban teniendo profundas implicaciones culturales, sociales y políticas, de manera que florecen sistemáticamente manifestaciones colectivas que hacen cristalizar órdenes injustos, autoritarios, arbitrarios, disfuncionales que encuentran en dichas manifestaciones eficaces fuentes de realimentación, consolidación y legitimación.

Toda esta reflexión sería insuficiente sin abordar una dimensión que actúa como cierre conceptual de la visión del autor: explorar el modo en que el conocimiento defectuosamente alcanzado se transmite, perpetuando sus taras. De ahí la importancia que tiene en la obra ensayística de Ferlosio sus reflexiones sobre el sistema educativo y el modo en que los conocimientos son trasladados y comunicados. Para Ferlosio, las principales críticas que hay que realizar a los sistemas educativos van en paralelo a las taras que una “experiencia cognoscitiva” defectuosa presenta. Si esa falsa “experiencia cognoscitiva” se caracteriza, como ya hemos visto, por “llevar el mundo a casa” y no permitir la toma de contacto con la auténtica realidad, la experiencia educativa habitual consiste en seguir los criterios de una ideología (que, aunque educativa, presenta las mismas “atrofias” que el resto de ideologías) que ya tiene establecido el marco en el que los alumnos tienen que desarrollarse e impedir, en consecuencia, que los mismos desarrollen su potencial propio. Ante ese planteamiento, quien es el profesor solo es capaz de identificar aquellos pasos del alumno que se ajustan a esa ideología previa y de

evaluarlos según la misma, de forma que todo aquello que se salga de ella no es valorado a pesar de que pueda tener un mérito intrínseco y, por su propia naturaleza, imprevisto e inesperado. El alumno permanece soterrado y reprimido dentro del estrecho y estrechado marco que la ideología educativa impone al proceso de instrucción y formación, del cual sale una persona que, con toda probabilidad, no ha llegado a poder desarrollar su verdadero potencial. Una buena muestra de este mecanismo de represión es la de los “lenguajes adaptados”, jerga que, bajo la excusa de lograr que el receptor comprenda el contenido del mensaje que se está transmitiendo, simplificando, deformando y caricaturizando las reglas y códigos de la lengua estándar, tiene el objetivo de mantener a dicho receptor bajo una situación permanente de sumisión e infradesarrollo.

Desarrollaremos *in extenso* los conceptos acerca de la teoría pedagógica en el capítulo siguiente, pero avanzamos que algunas ideas que se deducen de los textos del autor, pues para él lo que debe ser entendido como educación va más allá de lo que cabría delimitar con el término de “instrucción”, es decir, el referido al proceso de formación recibido en la escuela. A ello habría que añadir la educación adquirida en el proceso de socialización desarrollado en el seno de la familia, tan decisivo como el que puede tener lugar durante su estancia en el colegio, algo que Ferlosio deja claro en el modo en que expone cómo se celebra la mañana del día de Reyes Magos y el modo en que los padres preparan la escenificación para que sus hijos, al despertar, descubran los regalos que han recibido, una ceremonia que, en el análisis del autor, tiende a ser prácticamente equivalente a la utilización de un “lenguaje adaptado” para la infancia o, como mínimo, surte el mismo efecto de provocar el sometimiento de los niños y garantizar que estos acepten unas formas de pensar y un estado de cosas ya dados y que nunca jamás lleguen a ponerlos en cuestión. La misma función cumplen los productos culturales específicamente creados para la infancia (Ferlosio se ensaña especialmente con las creaciones de Walt Disney) y que son portadoras de esa misma ideología “manipulada”, “atrofiada”, “allanada”.

Pero el elemento que se ha convertido en el más pernicioso en todos los órdenes es de los medios de comunicación de masas, los cuales han llegado a ser capaces de divulgar a gran escala y con carácter sistemático, todos los días a todas horas, esos mismos

contenidos ideológicos, transmitidos con procedimientos cada vez más sibilinos y sofisticados (dentro sus muchas veces vergonzante vulgaridad) para ir capturando y modelando mentes y haciendo imposible el surgimiento de un conocimiento nacido de una “experiencia cognoscitiva” auténtica. Si más arriba hemos dicho que existe en Ferlosio un “optimismo cognoscitivo” en la medida en que considera que es posible llegar a un conocimiento lo más próximo posible a la naturaleza y perfiles de la realidad, no es posible negar que, simultáneamente, alberga un profundo pesimismo sobre la posibilidad de “torcer el brazo” al poder de dichos medios y detener su influencia nefasta sobre quienes son usuarios y receptores de los mismos. El pensamiento de Ferlosio, con sus diferentes dimensiones, mantiene una absoluta coherencia en sus distintos cursos fluviales porque el conjunto de los mismos deriva unos de otros en forma de capas estructuras emanadas por irradiación de la capa original, esto es, a partir de la matriz ya vista, analizada y revisada que aparece en *Personas y animales...*

En la medida en que toda la reflexión ferlosiana no está orientada a llegar a una meta que quede cristalizada *ad aeternum*, el elemento clave en el pensamiento de Ferlosio es el método de la reflexión, un método, como ya hemos dicho y reiterado a lo largo de este trabajo, paciente, exhaustivo, dispuesto a abordar el asunto analizado desde todas las perspectivas posibles, sin dejar una sola libre de cata y evaluación, medir hasta la extenuación cada paso antes de dar el siguiente, no hacer un movimiento sino construir un camino que esté sometido a recapitulación en cualquier momento y que, en consecuencia, en cualquier momento pueda ser rectificado y corregido para poder seguir prolongándolo con la seguridad de que los hitos y eslabones colocados previamente están bien asentados y cimentados y con la asunción de que ese camino no puede tener fin si deseamos que la realidad pueda explotar todo su potencial oculto y no quede estancada en una situación que no somos capaces de cambiar porque nuestro conocimiento no está en contacto con la auténtica realidad sino con una realidad falseada creada a través de la capacidad incendiaria del lenguaje.

La obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio, de esta manera, no puede ser contemplada como un mero conjunto de textos sobre temas lingüísticos, culturales, sociológicos y educativos sino una exploración armónica, coherente e insobornable para

que el ser humano no acabe encadenado por un conocimiento “peor” sino que logre abrirse hacia cotas que supongan un avance hacia las mejores posibilidades de su potencial. Y, por ello, es una obra que siempre servirá como ejemplo de un colosal y descomunal esfuerzo intelectual para hallar las vías que permitan sacar lo mejor y más positivo de nosotros mismos.

IX. Educación: la actitud cognoscitiva en Ferlosio y el desarrollo de su teoría pedagógica.

La primera consideración que debemos hacer, a fin de iniciar debidamente el capítulo conclusivo de este trabajo, es que la entera obra ensayística de Rafael Sánchez Ferlosio está recorrida por una teoría pedagógica, o más bien por una *pulsión* educativa que impregna tanto su enfoque epistemológico (núcleo del ensayo aquí expuesto) como de su corolario moral. Y es que, pese a ser un autor con un amplio bagaje de textos con *trasfondo* moral, como ya hemos visto, la tesis primigenia en Ferlosio es eminentemente epistemológica: la actitud cognoscitiva centrípeta, es decir, adaptativa, impide el conocimiento de la realidad y produce un sucedáneo de carácter exclusivamente ideológico. En este capítulo, pues, trataremos de dar razón acerca de la fundamentación teórica que permite explicar la pedagogía ferlosiana; y lo haremos, como hemos mencionado, no solo en virtud de las reflexiones concretas acerca del fenómeno educativo como asunto de orden social o político, sino también, y en especial, en orden a la relación entre *naturaleza* y *conocimiento* que el autor estableció a la largo de su extensa obra ensayística, y que hemos intentado mostrar en los capítulos precedentes, en especial en el capítulo VII, titulado “Una ideología educativa”. Algunas de las ideas (y de los textos) allí apuntados allí serán reproducidos y ampliados en las páginas siguientes, dotándolos de un sentido unitario que quizá había quedado deslavazado. Rogamos comprensión si algunos de los conceptos o de las citas ya han sido mencionados.

Como dijimos al inicio del trabajo, se ha tenido a Ferlosio (equivocadamente, en nuestra opinión) por un autor esencialmente (pre)ocupado por asuntos de índole moral o político. Es cierto que una parte sustancial de sus ensayos tiene como objeto la discusión acerca de asuntos que podríamos incluir en el ámbito de la reflexión político-ética³³¹, y es

³³¹ Así los ensayos y artículos recogidos de forma específica primero en los dos volúmenes publicados en Destino (1992, con especial mención del volumen I), y muy particularmente en la obra ensayística completa que la editorial Debate ha compilado en cuatro tomos, siendo el dos y el tres –*Gastos, disgustos y tiempo*

cierto también que se derivan de ésa muchas otras cuestiones incardinadas de modo amplio en la noción antropológica de lo moral, pero creemos que ese enfoque excede nuestra intención aquí, y que, siendo interesante, no analiza el núcleo doctrinal de la obra ensayística ferlosiana.

La teoría pedagógica de Sánchez Ferlosio, como hemos tratado de explicar en capítulos anteriores, es, en realidad, una teoría epistemológica (el origen, la definición y el alcance del conocimiento) enraizada en una tesis antropológica previa (no existe naturaleza humana previa a la adquisición del lenguaje). A partir de ese eje conceptual se despliegan el resto de las tesis lógico-lingüísticas que, no obstante, ningún sentido adquieren sino a la luz del axioma fundamental en Ferlosio: la objetividad del conocimiento y su traslación al ámbito de la educación; o, por citar a uno de los mayores expertos en su obra, una actitud cognoscitiva que busca “guardar celosamente la distancia con las cosas y reconocer su incommovible alteridad”.³³²

Ese aspecto concreto ha sido trabajado de forma explícita en capítulos anteriores de este trabajo y recorre de modo implícito la obra entera que aquí termina. De otro modo, es imposible entender bien en qué sentido el autor establece la relación pertinente entre los conceptos de *naturaleza humana, lenguaje, conocimiento y educación*. Aun a riesgo de la reiteración, y para entender mejor y de forma más ordenada ese presupuesto epistemológico al que nos referíamos antes, debemos citar de nuevo a Tomás Pollán en el artículo ya referido a cuenta de la noción, los límites y el origen del conocimiento, y su relación con la crítica de Ferlosio al concepto que condiciona, oculta e incluso imposibilita la educación, la *adaptación* del lenguaje y su consiguiente subjetivización:

La idea de adaptación es una idea centrípeta por excelencia, que piensa el conocer como asimilación de los objetos; y asimilarlos, familiarizarlos, hacerlos semejantes a lo propio, es despojarlos justamente de cuanto en ellos había por conocer; se diría pues que se trata de desvirtuar la actividad cognoscitiva, suplantándola por su fingimiento.³³³

perdido, y *Babel contra Babel*, respectivamente, centrados en artículos de prensa y breves ensayos *ad hoc*—los que se ocupan de la polemología ferlosiana respecto de dichos asuntos.

³³² Tomás Pollán, *La pasión del conocimiento* (en *Ensayos y artículos*, Premio Cervantes), p. 46

³³³ Ferlosio, *Ensayos I*, p. 23.

De este modo, y para desarrollar el asunto educativo de forma específica vamos a articular este capítulo a través de cuatro apartados:

- a. Definición de naturaleza humana y relación con el lenguaje.
- b. Definición de conocimiento como adaptación y crítica de los lenguajes adaptados. Relación entre adaptación e inmanencia. Modo en que la adaptación impide el verdadero conocimiento.
- c. Relación entre educación e instrucción pública.
- d. Relación entre educación y la dualidad juego/deporte (concepción deportiva, o más bien competitiva, de la vida, basada en el principio moderno de individuación).

1. Naturaleza humana y relación con el lenguaje.

Para Ferlosio no hay naturaleza humana previa a la adquisición del lenguaje, y sólo en el engarce lingüístico es posible reconocer la aparición de algo semejante a una *estructura* de conocimiento del mundo y auto reconocimiento (autoconciencia) anterior a la formalización conductual que promueve la inserción del recién nacido en el ámbito social. Para ir señalando ordenadamente el razonamiento del autor, seguiremos en este punto la acotación que a este respecto hace Ruescas en su trabajo, toda vez que, como allí se dice, *“es posible reconocer una constante relativa a la idea de «naturaleza humana»”* en la obra de Ferlosio, y esa constante tiene un correlato educativo evidente. Sin embargo, su visión de esa «naturaleza humana» no está asociada a una concepción estricta y preestablecida (a algo que ya exista antes del propio nacimiento del ser humano) sino que cabría hablar de la «evanescencia» de la naturaleza humana dentro del pensamiento ferlosiano:

la idea de evanescencia de la naturaleza humana no supone ignorar la distancia entre lo humano y el resto de la naturaleza. Lo que sí implica es que esa naturaleza humana no es algo previo a las determinaciones de la vida en sociedad. Lo que sugiere la idea de evanescencia es la inaprensibilidad de la naturaleza humana como dato abstracto. La

naturaleza humana no es, en fin, hereditaria, sino *adquirida* (...). Sin las determinaciones de la vida en sociedad o, en otras palabras, limitándonos a considerar lo heredado, de lo más que se podría hablar es de condición humana en sentido meramente zoológico.³³⁴

Viene a cuento esta mención a la naturaleza toda vez que el propio Ferlosio aclara qué entiende él por conceptos tales como *evolución* y *experiencia*:

Mi idea, en una palabra, es la de que cada nueva evolución no se proyecta —o no tiene por qué hacerlo— sobre el último cociente de esa historia, sino que se halla siempre en alto grado facultada para saltar cada vez por encima de ella, dando de nuevo alcance al propio documento original. No niego elaboración de la experiencia; digo que ésta no se acumula en lo entendido mismo —como aberrante evolución de su recuerdo—, sino a su alrededor³³⁵.

Íntimamente unida a esta concepción se hallan dos ideas que aparecen claramente entrelazadas: la naturaleza humana está inevitablemente ligada al don de la palabra y este, a su vez, es imposible adquirirlo “*sin la presencia de interlocutores*”, esto es, “*no hay naturaleza humana sin la inserción en la sociedad*”, de tal modo que no habría una «naturaleza humana hereditaria» sino solo una «naturaleza humana adquirida», por lo que “lo específicamente humano” no sería “natural”³³⁶.

Esta visión ferlosiana explicaría su interés por el caso del niño “salvaje” de Aveyron, la traducción que realizó tanto de los informes redactados por Jean Itard en 1801 y 1806 sobre el caso como del libro *Los niños selváticos* de Lucien Malson y del amplísimo conjunto de notas y razonamientos con que acompañó a esta última, reflejo de su afán por encontrar lecciones relevantes y reveladoras en un caso real (ajeno a cualquier experiencia de laboratorio) en el que un niño permaneció alejado del contacto con los humanos desde un instante indeterminado de su más tierna infancia hasta el comienzo de la adolescencia y, desde que fue hallado y reintegrado al trato con los seres humanos, momento a partir del cual fue sometido a un proceso de aprendizaje con el fin de que adquiriera las

³³⁴ Ruescas Juárez, Juan Antonio. *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos* (tesis doctoral) (2014), pp. 28-29

³³⁵ *Las semanas del jardín* (Semana primera: *Liber scriptus proferetur*, y Semana segunda: *Splendet dumfrangitur*), Madrid, Alianza, 1981, pp. 15-16.

³³⁶ Ruescas, p. 29.

habilidades esenciales de cualquier chico de su edad. Las minuciosas explicaciones que nos constan de todo este proceso y el análisis posterior de las mismas permitieron exponer a Ferlosio su conclusión de que *“en casos como este (o similares), no hay (...) ausencia de una naturaleza humana sino presencia positiva de una naturaleza lobuna [de modo que] la ausencia de interlocutores en el sentido estricto, es decir, la ausencia del don de la palabra, [es] lo que hace que en estos casos no haya naturaleza humana (o la haya en sentido meramente zoológico”*³³⁷.

Por ello, es inevitable que, del concepto de «evanescencia» de la naturaleza humana, surja a su vez el de «indeterminación» de la misma. Ferlosio se muestra abierto “al más amplio abanico de posibilidades hipotéticas como consecuencia de tomarse en serio la indeterminación general del hombre. Así, por ejemplo, afirma que ni siquiera la posición erecta y la marcha bípeda habrían de considerarse como rasgos específicos de lo humano, causados por la naturaleza; si el aprendizaje de la posición erecta y la marcha bípeda es el aprendizaje «normal», dicha normalidad es solamente un dato estadístico de hecho (...). En definitiva: la naturaleza permite ciertos rasgos de lo que consideramos específicamente humano, pero no obliga a que aparezcan esos rasgos. Así pues, Sánchez Ferlosio afirma la indeterminación de la psique humana con respecto a los condicionamientos físicos. Pero no lo hace en un sentido tradicional que podríamos denominar «humanista» (es decir, para mantener la idea de una conciencia donde reside la independencia frente al determinismo de la materia), sino con vistas a defender que ningún aprendizaje es el aprendizaje «natural» humano (salvo, quizá, el de la lengua). La indeterminación humana habrá de concebirse como indeterminación *natal*, pero no permanente. La indeterminación humana se da a nativitate pero, después del nacimiento, el hombre está sujeto a diversos determinismos”³³⁸.

Llegados a este punto del razonamiento, se nos revela la importancia que adquiere la educación (entendida en un sentido amplio de socialización, de adquisición de la naturaleza humana específica, de encuentro en un momento vital y biográfico decisivo con todo un conjunto de «interlocutores») que provocará que esa naturaleza humana

³³⁷ Op. cit. p. 30.

³³⁸ Op. cit. p. 30.

indeterminada adquiera unos determinados perfiles y características, del mismo modo el barro, al principio masa informe y carente de dibujo y utilidad, se convierta en manos del artesano en un objeto coherente, práctico y poseedor de un sentido, de modo que todo proceso educativo adquiere una dimensión crítica que puede conllevar, según se conciba y se aplique el mismo, consecuencias sociales, culturales e intelectuales muy diversas y hasta opuestas entre sí.

Es por ello que, no limitándose a considerar el proceso educativo desde un punto de vista exclusivamente epistemológico, Ferlosio pasó a analizarla desde una perspectiva social e institucional y, casi podríamos decir también, antropológica, en la medida en que fueron objeto de su análisis hechos que formaban parte de la cultura y de las pautas educativas contemporáneas (entre otras, la situación del sistema educativo en nuestro país y el alcance de sucesivas reformas realizadas al mismo) y de sus efectos sobre la mentalidad colectiva y sobre la marcha y funcionamiento de las sociedades. En este punto, conviene destacar tres aspectos de su razonamiento:

- i. Su aseveración de que toda enseñanza es, por definición, enseñanza pública.
- ii. Su crítica a la defensa a ultranza de la iniciativa educativa privada en nombre de la libertad.
- iii. Su crítica a la burocratización del sistema educativo.

i. Toda enseñanza es, por definición, enseñanza pública

Hay una afirmación especialmente contundente en Rafael Sánchez Ferlosio (relacionada, a su vez, con su visión de los «lenguajes adaptados», que trataremos muy pronto) y es la que defiende que “los contenidos de la enseñanza, en cuanto tales, no pueden adaptarse [sino que] han de ser los estudiantes los que se adapten a las impersonales condiciones de los conocimientos”. Esta afirmación tan tajante es indisociable de su propia visión epistemológica por la cual queda descalificado todo intento de desvirtuar la esencia del conocimiento mediante su «allanamiento», reduciéndolo «por lo bajo» y desvirtuando la «alteridad» de las cosas, manipulando la distancia que debemos tener respecto a ellas para tener un conocimiento cierto y cabal. En palabras de Ruescas,

“esto, sin embargo, se olvida cuando se pretende una enseñanza «personalizada», «adaptada» y, sobre todo, localista. Cuando esto ocurre, se cultiva en los alumnos la «onfaloscopia» que, con carácter general, aqueja a los individuos y a las comunidades. La adaptación a las particularidades del individuo debilita el sentimiento de exterioridad y extrañeza, que es el adecuado al verdadero conocer: el conocimiento es siempre *enajenarse y salir*. (...) Por tanto, la misión de la escuela no es que las cosas vayan a buscar a los alumnos, sino que los alumnos salgan del seno familiar, de lo ya conocido, para buscar las cosas”³³⁹.

El siguiente paso del razonamiento ferlosiano es una consecuencia de su distinción entre actitud cognoscitiva categorial y actitud cognoscitiva pragmática y es el que hace diferenciar entre «interés» e «intereses». Para Ferlosio “la distinción entre interés e intereses es decisiva. El interés se dirige a la cosa, los intereses son patrimonio del sujeto. El que juega tiene *intereses* (busca el premio, la autocomplacencia por la victoria, el reconocimiento de los otros), el que conoce tiene *interés*, se enajena y sale de sí, solicitado exclusivamente por la cosa que desea conocer. Los *intereses*, pues, colocan al sujeto en el centro; el *interés* coloca en el centro al objeto”³⁴⁰.

Y es así como llegamos al corolario esencial de la argumentación, el cual se convierte en uno de los rasgos fundamentales de la visión de Ferlosio sobre el proceso educativo: “La enseñanza, en fin, siempre es pública porque lleva al alumno hacia los objetos, hacia lo que está fuera de lo ya conocido. Esto es, quizá, una forma de decir que toda educación es socialización”.³⁴¹ Ahora bien, tratándose del autor, ello no se va a quedar meramente en un punto de llegada sobre el que no quepa hacer más reflexiones o matizaciones sino que se convierte en un punto de partida para profundizar en la naturaleza de la educación. En palabras de Ferlosio, “que la enseñanza socialice no significa que los contenidos sean meros instrumentos para educar ciudadanos. La escuela introduce en el espacio público, pero esa introducción, como tal, no ha de ser ni el contenido ni el objetivo de las materias impartidas. Mucho menos ha de buscar la educación (si es que realmente puede) favorecer

³³⁹ Op. cit., p. 375.

³⁴⁰ Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, 2002, p. 29

³⁴¹ Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, 2002, pp. 41-42

este o aquel sentimiento identitario. [...] Se suele decir que la historia educa para la ciudadanía, que sirve para interiorizar ideas y actitudes necesarias para el ciudadano. Ferlosio, en cambio, piensa que tal cosa no es conocimiento: el conocimiento, por definición, no es algo que se interiorice, que se incorpore a la persona, sino que siempre queda ahí como objeto exterior e impersonal”.³⁴²

Podemos apreciar con claridad cómo, desde una concepción inicial de elevado grado de abstracción, Ferlosio alcanza en su razonamiento aspectos muy concretos conectados con la actualidad de la crisis de los distintos sistemas educativos occidentales, emitiendo un juicio preciso y rigurosamente fundamentado, un juicio no asentado en el vacío sino fruto de una argumentación en la que cada paso puede ser revisado, reconstruido y analizado con el fin de valorar las bases sobre las cuales se asienta dicho juicio y que nos permite evaluar cuál es el grado de confianza que el mismo nos puede merecer. Actitud que, por sí misma, es toda una pedagogía sobre la reflexión rigurosa apegada a la esencia auténtica de las cosas y no meramente especulativa.

ii. Crítica a la defensa a ultranza de la iniciativa educativa privada en nombre de la libertad

La fijación del carácter «público» de la enseñanza no es óbice para reconocer al mismo tiempo que los centros de enseñanza pueden ser de titularidad estatal o de titularidad privada. Ferlosio defiende la enseñanza pública estatal de carácter gratuito y pone en cuestión la opinión de quienes defienden la iniciativa privada en la enseñanza en nombre de la libertad. Según Ruescas, “sospecha Ferlosio que muchos liberales, cuando propugnan un «Estado Mínimo», no están en realidad contra el Estado (pues siguen esperando que se ocupe de lo que constituye su esencia, a saber, el monopolio de la violencia legítima). Contra lo que en realidad están los «antiestatistas» no es contra el Estado, sino contra lo público y social”. Aunque “Ferlosio no ahorra críticas al pragmatismo y al carácter dominador del Estado, sin embargo, ante las críticas que los «antiestatistas» dirigen al supuesto dirigismo del Estado para reivindicar la iniciativa educativa privada, nuestro autor

³⁴² Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, 2002, p. 31.

afirma que, en realidad, lo que esa actitud «antiestatista» consigue es que se extienda una actitud antisocial de retraimiento ante lo público (ante el espacio público, civil, común); lo que promueven es una actitud de prevención ante la vida pública. Ahora bien, (...) la inmersión en la vida pública debería ser, precisamente, la tarea de la enseñanza”.³⁴³ Es decir, el proceso educativo es inseparable del proceso de socialización por el que todo ser humano se integra en la comunidad a la cual pertenece y ese criterio el que debería guiar el diseño institucional de los centros de enseñanza. Curiosamente uno de los reproches fundamentales a la escuela moderna guarda relación su presunta alienación respecto del mundo, un asunto que han rebatido con éxito teóricos pedagogos como Simons y Masschelein:

La alienación es una acusación recurrente planteada contra la escuela. Esta acusación ha existido y continúa existiendo con muchas variantes. Las materias enseñadas en la escuela no son lo suficientemente «mundanas»; su contenido es «artificial»; la escuela no prepara a los alumnos para la «vida real». Para algunos eso significa que la escuela no toma suficientemente en cuenta las necesidades reales del mercado laboral. Para otros, significa que pone demasiado acento en la conexión entre la escuela y el mercado laboral, o entre la escuela y las demandas del sistema de educación superior. (...) Nosotros sostendremos, sin embargo, que la escuela debe suspender o cortar ciertos vínculos, tanto con la familia y el entorno social de los alumnos como con la sociedad³⁴⁴ (...).

Es decir, y como ya apunta Tomás Pollán, pareciera que la escuela adolece de una falta de *eficacia* que lastra su servicio público, toda vez que el criterio último, como mencionan Simons y Masschelein, sería la *utilizabilidad* de los resultados. Pero es precisamente contra esa lógica del rédito y la subordinación a la praxis económica contra la que se rebela Ferlosio. Lo explica bien Larrosa en su más reciente libro, aclarando cuál debe ser el papel de la escuela en el mundo:

“Por eso, en la escuela separada, la que se constituye como un refugio (para la infancia y para el mundo), la que debería ser la referencia de una actitud categorial, de un “aprender para nada”, de un aprender por el conocimiento en sí mismo, no tiene nada que ver con el

³⁴³ Op. cit., p. 377.

³⁴⁴ Simons, M., / Masschelein, J., *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*, 2014, pp.14-15

Futuro. Sólo así puede albergar a personas sin futuro, y que, precisamente por eso, tienen tiempo libre. Porque el tiempo libre es un tiempo liberado de la necesidad y del trabajo, también del ocio y del consumo, pero sobre todo es un tiempo liberado del futuro. En la escuela, los niños no deberían preocuparse por el futuro, ni siquiera por su propio futuro. La escuela está ahí, entre otras cosas, para que los niños puedan emanciparse de la familia; la escuela, por definición, es una especie de espacio público en el que los niños aprenden a ser un más o uno cualquiera y en el que los padres no mandan; en que la intromisión de los padres en la escuela tiende a su privatización (en tanto que la escuela se pone al servicio de los intereses “privados” de las familias) y a su individualización (en el sentido de que los padres tienden a interesarse por cómo le va a su hijo, y sólo indirectamente por cómo le va a la escuela)³⁴⁵.”

iii. Crítica a la burocratización del sistema educativo.

A fin de mostrar que el pensamiento de Ferlosio se resiste a estereotipos y esquemas preconcebidos, a la vez que se muestra partidario de la enseñanza pública estatal y gratuita, también se opone a la burocratización que acaba lastrando todo el proceso educativo. El autor realiza un certero análisis de los efectos de aquella, enmarcado como suele ser habitual en él en el contexto de las dinámicas de dominio y poder: “Si la ritualización es uno de los medios por los que el poder controla e instrumentaliza la cultura (...), de modo similar cabe decir que la burocratización es un síntoma y a la vez un medio del sometimiento de la educación al poder. En la primera parte de *La hija de la guerra y la madre de la patria* [2002], (...) Ferlosio analiza esta cuestión y, a tal fin, se remonta a un fenómeno que comenzó ya en la Edad Media: a diferencia de los preceptores romanos, los centros públicos de esta época y de las posteriores tuvieron que adaptar sus modos de enseñanza a exigencias formales externas. Esta servidumbre se acentuó cuando los Estados se fueron haciendo cargo de los centros de educación. La misma denominación «asignatura» es una huella de este fenómeno. La «asignatura» es lo que queda de un contenido de enseñanza, de un campo de conocimiento, tras haber sido sometido a la

³⁴⁵ Larrosa, J., *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, Candaya, 2019, p. 174.

burocratización. (...) esta burocratización (que, en alguna medida, es siempre inevitable) ha producido grandes destrozos en los contenidos”.³⁴⁶

A partir de esta premisa, las críticas y propuestas de Ferlosio se centran especialmente en el apartado de “Historia”, siendo ello fruto de su especial hincapié en descalificar todas aquellas concepciones que plantean haber hallado un “sentido” a los acontecimientos históricos de modo que cada uno de ellos vendría a ser como pasos necesarios para el cumplimiento de un destino o dirección previamente establecidos. Al criticar Ferlosio esta visión, por considerar que supone introducir un elemento externo, ajeno a la propia esencia de lo que la Historia es en sí misma, criticará igualmente todas las derivadas y aplicaciones que se deducen de la misma, entre ellas, obviamente, las que afectan a la educación. Para el autor, “un verdadero conocimiento de la historia no cabe en los límites de la enseñanza media. La utilización de compendios y la pretensión de ajustarse a programas que (en mayor o menor medida) presuponen el concepto de Historia Universal es contraproducente. Frente a esta mentalidad, (...) la enseñanza de la historia sería necesario proporcionar un «suelo» a las representaciones del estudiante [y], tal suelo solo lo puede proporcionar lo que resulta más imaginable, incluso visual: la descripción de los medios de vida, las técnicas, etc. Es vana la tarea de «tejer la trama sin antes tender la urdimbre» (...). De ahí la preferencia por (...) «monografías iniciáticas» frente a los «libros de texto» (...). Estas monografías iniciáticas serían una «entrada a saco en lo particular», proporcionarían un «agarre en la concreción empírica y circunstanciada de la contingencia y el detalle». Esta forma de enseñar y estudiar historia estaría más interesada en «describir lo que pasaba» que en «contar lo que pasó» (...). Es [preferible] esto a «las inútiles y desesperadas pretensiones de totalidad del pernicioso género "compendio"»”.³⁴⁷

Una segunda implicación de la versión espuria de la explicación de los acontecimientos históricos sería el concepto de “Historias Nacionales”: “A menudo estas historias se justifican porque, supuestamente, proveen a los estudiantes de respuestas a preguntas personales, como las de «saber de dónde vienen, dónde están y hacia dónde van». Pero (...) este planteamiento es inconveniente, no solo porque la enseñanza en general debería

³⁴⁶ Ruescas (2014), p. 378.

³⁴⁷ Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, 2002, p. 33.

huir de todo parecido con la «autoayuda», sino también porque daría pie a que el estudiante perdiese el interés por lo otro, por lo que no es propio, y dijese, por ejemplo: «¿qué se me ha perdido a mí en la Nueva España de principios del siglo XIX?» (...). Una vez más, el ídolo del Yo es mal consejero, pues inculca la idea de que el objeto no interesa por sí mismo, sino por ser mío. (...) Las «historias nacionales» no responden al deseo de conocer la historia, sino al afán de defenderse de ella. Eso es lo que ocurre «en todas partes»: los gobiernos locales pugnan por enseñar la «historia patria», y defienden esta enseñanza «como la patria misma»³⁴⁸.

Así, llegados a este punto, y echando la vista atrás sobre el razonamiento desarrollado, a partir de la concepción de naturaleza humana del autor, la relación que establece entre ella y la adquisición del lenguaje y el modo en que el mismo puede llevar a un conocimiento cabal o a un conocimiento tergiversado a partir de juicios preconcebidos, la importancia de la educación para que sea el primero, el que verdaderamente aprende y aprehende la «alteridad» de las cosas, el que sea empleado como principio directriz cobra relevancia decisiva. Y, entrando en dicho terreno, Ferlosio sabe apuntar reflexiones precisas y agudas sobre determinadas realidades educativas contemporáneas, llegando a aportar propuestas que resultan plenamente coherentes con su pensamiento global.

2. Definición de conocimiento como adaptación y crítica de los lenguajes adaptados.

Relación entre adaptación e inmanencia. Modo en que la adaptación impide el verdadero conocimiento.

El reverso de la búsqueda de un conocimiento cabal que respete la «alteridad» de las cosas es la construcción de un discurso que no respete la condición auténtica de las mismas, discurso basado en allanar la distancia existente respecto al objeto de estudio o, en caso de una incómoda cercanía respecto al mismo, generar una distancia artificial en relación a él (algo que, parafraseando la terminología actual, podríamos denominar *fake knowledge*). Lo

³⁴⁸ Ruescas (2014), p. 379.

menciona el propio Ferlosio en uno de sus breves ensayos sobre educación, titulado con mucho humor, como la mayor parte de su obra, *Borriquitos con chándal*:

trato de disipar cualquier equívoco sobre la circunstancia de que los contenidos de la enseñanza no pueden nunca adaptarse, en cuanto tales, a las idiosincrasias o las condiciones personales de los estudiantes, sino que necesariamente han de ser éstos los que tengan que adaptarse a las impersonales condiciones de los conocimientos³⁴⁹.

En el terreno de la educación, entendida en sentido amplio (lo cual incluiría todo el proceso de socialización, en el cual también estarían implicados al menos la familia, los medios de comunicación y la actual industria cultural), una de las dimensiones de este camino equivocado sería tanto una utilización perversa del lenguaje que supone un freno para el proceso de maduración del niño como una generación de creaciones que intentan transmitirle, a través de productos narrativos hábilmente diseñados (el ejemplo paradigmático que suele poner Ferlosio al respecto son las producciones de Walt Disney), el conjunto de ideas espurias que constituyen ese que hemos venido a denominar «falso conocimiento». En palabras del propio Ferlosio:

En lo que se refiere a la obra de Walt Disney no se puede dejar de encarecer la circunstancia de que el mundo contra el que vuelve su atentado, el mundo de los animales, viene a ser para los niños el lugar fundamental en que se cuaja y se perfila la primera llamada a un interés centrífugo, la primera experiencia de lo Otro. Al hablar de la antropomorfización de la naturaleza, de su «humanización» con miras a ratificar y hacer pasar por «natural» el mundo humano, no se podía dejar de lado la figura de quien, por la enorme abundancia y difusión de sus repugnantes producciones, debe ser considerado como el máximo corruptor de menores de este medio siglo". (...) "No es necesario pensar en oscuras intenciones; por el contrario, se trata justamente de tendencias inerciales, automáticas, centrípetas, dimanantes de la propia circunstancia de lo dado³⁵⁰.

Es decir, este tipo de creaciones es la prolongación, cabe pensar que inevitable, de una forma errónea y poco rigurosa de razonar que busca, de ese modo, perpetuarse en su

³⁴⁹ Ferlosio, "Borriquitos con chándal", en *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, 2002, p.29

³⁵⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 13

propia contumacia. “Como la naturaleza por sí misma, frente a la mirada –ingenua o cultivada—que sepa serle respetuosa y sepa serle leal, confuta de rechazo la presunta armonía del mundo humano, será preciso manipular su imagen, condicionar y embotar esta mirada ya desde la infancia”. (Ferlosio, 1992, *Ensayos y artículos*, vol. II, p. 34).

Ya con esta antropomorfización estructural la naturaleza se vuelve perfectamente congruente e inmediatamente inteligible; no es necesario dar un solo paso para comprenderla: viene ya totalmente interpretada; con eso, acreditado por la suprema autoridad de la fotografía, queda excluida, por lo pronto, cualquier incertidumbre, cualquier curiosidad intempestiva. Pero a esto, por si no fuera bastante, se le añade todavía, con el concurso de la palabra y de la música, el contenido moral de la lección, el «mensaje» de la naturaleza; o sea, que no contentos con presentárnosla dopada y disfrazada, se la hace incluso hablar –a ella, que es el silencio por antonomasia.³⁵¹

Pero lo relevante son las implicaciones educativas que tiene esta forma de actuación, y que resultan inseparables de la praxis pedagógica, puesto que para Ferlosio antes de (o unida a) la educación viene la moral:

Ante la buena conciencia de sus propios fautores, ese anónimo impulso manipulador reviste las figuras más ingenuas; así, puede presentarse, por ejemplo, como «necesidad de adaptar el objeto a la mente infantil» [No obstante] esa presunta mente infantil es una mente imaginada por el mundo adulto a la medida de su cobardía (...); la acción que se camufla, en realidad, detrás de ese «adaptar el objeto a la mente infantil» es la de adaptar esa mente para el modelo para ella concebido, a través de un objeto manipulado ad hoc para su horma³⁵².

Y añade, como corolario esencial de su noción de *naturaleza infantil* y de su categorización académica:

“Sería preciso escribirlo en las paredes, por obvio que ello sea: no hay una mente infantil ni una mente femenina, no hay más que una sola mente humana; la infantilidad es un

³⁵¹ El ensayo entero, y revisado, se encuentra recogido, en *Altos estudios eclesiásticos* (Ensayos I), págs. 5-27, Debate, 2015. Nosotros hemos usado indistintamente ambas versiones dependiendo del contexto.

³⁵² Op. cit. p. 15.

invento³⁵³ de la misma ralea que el de la feminidad y estrechamente coordinado a éste: los niños y las mujeres son, por antonomasia, «los que se quedan en casa»³⁵⁴.

En este punto se hace necesario profundizar sobre los conceptos de «infancia» y «niñez», que fácilmente podemos considerar como abstractos universales que han quedado cristalizados desde la niebla de los tiempos cuando han conocido una evolución histórica muy concreta y llamativa trazada a partir de dos líneas intelectuales bien diferenciadas. Al respecto, Neil Postman explica:

Quando el concepto de niñez entró en los siglos XIX y XX, y cruzó el Atlántico rumbo al Nuevo Mundo, había en él dos tendencias intelectuales. Podríamos denominarlas concepción lockeana o protestante de la niñez y concepción romántica o rousseauniana. Desde la perspectiva protestante, el niño es una persona informe que a través de la alfabetización, la educación, la razón, el dominio de sí mismo y el pudor puede convertirse en un adulto civilizado. Desde la perspectiva romántica, el problema no está en el niño informe, sino en el adulto deforme. El niño posee por derecho de nacimiento capacidades de sinceridad, comprensión, curiosidad y espontaneidad que la alfabetización, la educación, la razón, el dominio de sí mismo y el pudor embotan. (...) La metáfora de Locke sobre la mente como tabla rasa [huelga decir que, como ya hemos visto, ésta es la teoría antropológica y epistemológica defendida por Ferlosio] representa exactamente la conexión entre niñez y letra de molde. La tabla rasa considera al niño como un libro insuficientemente escrito, que avanza hacia la madurez conforme se llenan las páginas. Este proceso no tiene nada de natural o biológico. Se trata de un proceso de desarrollo simbólico: consecutivo, fragmentario, lingüístico. Para Locke y la mayoría de los pensadores del siglo XVIII, analfabetismo y niñez eran inseparables y la adultez se definía por la competencia lingüística total. (...) Para Rousseau, en cambio, el niño aparece como una planta silvestre a la que el aprendizaje libresco apenas puede mejorar. Su desarrollo es orgánico y natural: a la niñez le basta con que la civilización no la asfixie con sus efusiones

³⁵³ La misma concepción sobrevenida de la infancia, o de lo *infantil*, como categorías sociológicas, políticas e, incluso moral, viene referida en la obra de Neil Postman, en que se atribuye a tiempos muy recientes (y al influjo de la nueva pedagogía de corte rousseauniano) la aparición de un nuevo modelo humano, el niño: «La niñez no era el tipo de idea que puede mantenerse permanentemente apartada de todos los sectores de la población (...). De hecho, la invención de la niñez fue una idea que superó las fronteras nacionales, ocasionalmente se detuvo o se le pusieron obstáculos, pero siempre prosiguió su discurrir a través de dos corrientes de pensamiento». Postman, N., *La invención de la niñez*, (pp. 74-75.)

³⁵⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 17

malsanas. Para Rousseau la educación era, esencialmente, un proceso de sustracción y, para Locke, un proceso de adición.³⁵⁵

Ferlosio analizó ya en el mismo inicio de su obra ensayística (en ese texto esencial que es *Personas y animales en una fiesta de bautizo*) las implicaciones que conllevaba el cambio de perspectiva acerca del mundo de la infancia, y que condujo al nacimiento de nuevas formas de concebir el proceso educativo:

Habiendo evolucionado, en este último siglo, el sistema de las ideologías desde la ideología que podríamos llamar dogmática o de contenido hacia procedimientos ideológicos que apuntan directamente a los procesos, a las formas del propio conocer, no es de extrañar que la ideología para la infancia, antaño un mero apéndice de la confeccionada para adultos, se haya convertido hoy en objeto de una auténtica especialización (más aún, podría decirse que todos o casi todos los recursos ideológicos modernos —como puede observarse sin más en las marcadas tendencias infantiles del dibujo publicitario—bajan hoy a beber en los veneros de esta especialidad, beneficiándose de sus hallazgos, lo que podría dar razón de la característica infantilización de nuestro mundo). Se trata, en efecto, de una ideología «educativa»³⁵⁶, que no atiende ya tanto a lo que muestra cuanto a la propia naturaleza de mostrar; ya no dirige la mirada hacia esto o hacia lo otro, sino que prefiere proyectarse sobre aquello hacia lo cual con interés más espontáneo se halle ya vuelta la mirada: «¿Te gustan los animales? Pues yo te los voy a enseñar». La historia natural, y en especial la zoología, es el terreno de elección para manipular las mentes infantiles”.³⁵⁷

La manipulación cognoscitiva que hemos expuesto en capítulos anteriores tiene aquí su correlato en el enfoque epistemológico del mundo. Se ha producido una paulatina inversión en los métodos de enseñanza y conocimiento, en virtud de la cual “los conocimientos” quedan supeditados a la *intención* con que conocemos el mundo, de forma

³⁵⁵ Postman, N. *La desaparición de la niñez*, pp. 76-77.

³⁵⁶ “La tabla rasa de Locke creó en los padres un sentimiento de culpa con respecto a sus hijos y sentó las bases psicológicas y epistemológicas para convertir la esmerada crianza de los niños en una prioridad nacional. (...) La segunda gran influencia sobre la idea de la niñez en el siglo XVIII fue la de Rousseau. Aunque no comprendió claramente por qué surgió la niñez ni cómo podía sustentarse (...), hizo dos contribuciones decisivas a su desarrollo. La primera fue insistir en que el niño es importante en sí mismo, no como un medio para un fin. En este punto disienta tajantemente de Locke, que en todo momento consideró al niño como un ciudadano potencial y, quizás, como un comerciante”. Postman, N., op. cit., p. 75.

³⁵⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo* (1962-1965), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesíasticos* (2015), Ed. Debate, p. 21

que, como ya hemos dicho, Ferlosio niega que “los conocimientos en sí mismos se presten a venir o a ser llevados, o tan siquiera acercados al alumno”, y afirma que el aprendizaje consiste justamente en el proceso inverso, ya que son los conocimientos, por su propia condición, los que exigen que sea el alumno “el que salga a buscarlos fuera, en la pura intemperie impersonal, mostrenca, en la tierra de nadie en la que, por definición, están”³⁵⁸.

Precisamente ahí reside el giro copernicano de la relación entre el mundo infantil (por definición subjetivador y centrípeto) y el mundo de los adultos (objetivante y centrífugo). Ya ve Ferlosio que la inclinación a modificar la estructura de explicación de la realidad, para buscar *adaptarla* a la mente infantil, tiene su raíz en una errónea categorización intelectual de ambos conceptos, que atribuye tangencialmente a causas históricas. Al respecto, añade Postman:

“El período entre 1850 y 1950 representa el momento de más alto nivel de la niñez. (...) Al filo del siglo, se consideraba la niñez como derecho de nacimiento de todo individuo, idea que trascendía el origen socioeconómico. Como era inevitable, la niñez ya no se definía como producto de la cultura, sino como categoría biológica. Así, resulta fascinantemente paradójico que, en el mismo período, comenzara a desmontarse de modo lento y discreto el clima simbólico que dio vida a la niñez”.³⁵⁹

Lejos de ser este un debate abstracto alejado de la realidad cotidiana actual, un texto de Tomás Pollán, uno de los mayores conocedores de la obra de Ferlosio, revela que las ramificaciones de aquél alcanzan a las propuestas pedagógicas más recientes que se han aplicado en el sistema educativo de gran parte de los sistemas educativos occidentales. En el texto citado, titulado *Aprender para nada*, analiza el proceso de transformación de la instrucción pública, sustituyendo paulatinamente el conocimiento por un proceso *que subordina los contenidos académicos a los procedimientos formales y a la subjetividad emocional*. Ese “formalismo pedagógico” ha vaciado, según Sánchez Tortosa, “los contenidos académicos bajo el manto propagandístico de la Nueva Pedagogía”³⁶⁰. Las consecuencias, que ya apuntaron Ferlosio y Pollán, han cristalizado en un sistema que “ha

³⁵⁸ Ferlosio, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, 2002, p. 25.

³⁵⁹ Postman, N., *La desaparición de la niñez*, p. 80.

³⁶⁰ Sánchez Tortosa, J. *El culto pedagógico*, Akal, 2018 (p.13)

empobrecido, e incluso, evacuado el contenido científico, académico, técnico e intelectual de la enseñanza pública. En su lugar, la subjetividad sentimental y emocional, los espejismos de la libertad y de la moralidad, los espejismos de la felicidad y de la libertad espontánea del niño (del buen infante, mito derivado del buen salvaje) un infantilismo creciente y una adolescencia casi perpetua han ocupado el centro de las funciones de los profesores, [...] reducidos a la función de contener y entretener a bolsas de sujetos en edad prelaboral, en ausencia de sus padres o tutores legales”³⁶¹.

Esta hipermoralización de la vida pública, que a través de la exposición mediática alcanza ámbitos no sólo políticos sino también epistemológicos, es quizá uno de los factores que más han influido en el nuevo paradigma educativo, basado en el movimiento extrínseco del sujeto (la motivación externa) en lugar de la llamada cognoscitiva que la realidad despierta en el alumno. Una vez cegada la capacidad de asombro gratuito ante las cosas, la lógica del rédito y de la productividad está lista para imponer su imperial preeminencia gnoseológica y moral. Y la educación ya no será más un fin en sí mismo sino un medio para el *éxito*, en cualquiera de sus múltiples y sugerentes manifestaciones:

Yo parto de la afirmación según la cual, en la educación, lo fundamental es aprender para nada. En ese sentido yo cambiaría el título de la mesa redonda, que se titula “Educar, ¿para qué?”, donde el ‘para’ parece apuntar a algo distinto del placer de aprender por sí mismo las cuestiones y las cosas que a uno le interesan, por ese otro de “Aprender para nada’. Para mí, este sería el aspecto fundamental de la educación³⁶².

Es fácilmente identificar esta afirmación de Tomás Pollán con la distinción de Ferlosio entre *actitud categorial* y *actitud pragmática* y con la defensa del autor de la primera de ellas desde el punto de vista epistemológico. Lo verdaderamente relevante toma presencia en la continuación de la exposición, al enjuiciar los criterios pedagógicos que guiaron la introducción de la LOGSE en nuestro país:

³⁶¹ Op. cit., p. 14

³⁶² Pollán, Tomás, “Aprender para nada”, en revista Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura, nº6, *Educar, ¿para qué?* (1991) pp. 33-34.

“El presupuesto implícito que, en mi opinión, subyace a la idea de educación (...) es, por el contrario, que a nadie le interese en cuanto a tal nada de lo que aprende o investiga; más aún, se busca explícitamente en la LOGSE que a nadie le interese (en caso de que a alguno se le pudiese ocurrir interesarse por algo en concreto). A partir de este presupuesto creo que se entiende perfectamente todo el conjunto de pesada legislación al respecto. Porque si de lo que se trata es de que a nadie le interese en cuanto tal nada de lo que aprende o investiga, es natural que en esas condiciones nazca, como en la tierra más apta para su monstruoso crecimiento, el temible y numerosísimo batallón estatal de pedagogos y psicólogos, cuyo objetivo es conseguir que los estudiantes se interesen por razones extrínsecas por lo que en sí mismo no les interesa. Por eso, como el contenido mismo no interesa, la tarea del pedagogo-psicólogo es motivar o –por utilizar otra expresión horrorosa– incentivar para que el joven compita con sus compañeros en el aprendizaje de lo que no le importa pero que el Estado le obliga a conocer si quiere ser un empleado útil”³⁶³.

El siguiente paso que conllevaría esta estrategia pedagógica remite claramente a la actitud «onfaloscópica» sobre la que también reflexiona Ferlosio largamente, la actitud por la que el sujeto que reflexiona, en vez de preocuparse por el objeto en sí mismo, se centra realmente de modo exclusivo en el propio sujeto, sin llegar a abrirse a la realidad que pretende analizar:

Una vez que se ha eliminado el objeto (porque si uno se preocupa del objeto podría terminar olvidándose de la vocación que se le ha asignado y no cumplirla adecuadamente), es esa reversión sobre el sujeto al que a pesar de todo hay que motivar para que haga las tareas que tiene que hacer si quiere cumplir con su vocación, lo que, en mi opinión, fundamenta la tarea del pedagogo-psicólogo. Esta es tarea completamente extrínseca, que está fundada en lo que se llama motivación o incentivación, potenciada por la competencia. Hay que competir en la sociedad, ya que se supone además que lo que se estudia es aquello que es útil para el aparato productivo (como dice la propia Ley) o para satisfacer las necesidades sociales.³⁶⁴

La cuestión que cabe plantearse en este punto del razonamiento es hasta qué punto o en qué medida la utilización de un conocimiento adaptado supone una desvirtuación o

³⁶³ Pollán, T, Op. cit. p. 34

³⁶⁴ Pollán, T, Op. cit. p. 35.

perversión del conocimiento auténtico y genuino o si no cabe la posibilidad de que el mismo sea un primer paso, quizás necesario, para el conocimiento que podemos considerar verdadero y representativo de la realidad y de las cosas en su condición cierta. Esa cuestión también fue abordada por Ferlosio y aportó argumentos certeros y poderosos, los cuales apuntan a que el conocimiento adaptado es un obstáculo que impide el verdadero conocimiento. En un artículo tan temprano de su labor ensayística como “Unos ojos redondos como platos”, publicado en la revista *Triunfo* en enero de 1968, ya se aprecia claramente la dirección y sentido de su discurso cuando se refiere a lo que sucede en relación a la fiesta de Reyes y cómo esta tiene lugar en la mañana del 6 de enero:

“No me parece nada mal la idea de atribuir el placer de engañar y la necesidad de despreciar, tan cotidianos y extendidos, a un movimiento de superioridad y, por lo tanto, a un impulso de defensa por parte del adulto, que abrumado ante la idea de transmitir un don tan multiforme e incontrolable como es la humanidad a quien no menos inasible se ofrece a su mirada –pues no a los pájaros se aplica el agorero refrán «cría cuervos y te sacarán lo ojos», que es la negra expresión de ese temor–, se afana en hacerla inocua la mismo tiempo, en dejarla castrada, de suerte que no llegue a hacerse humanidad en sentido lato, indeterminado y general, sino aquella concreta, restringida y, por lo tanto, deforme humanidad que aleja incertidumbres y asechanzas. Lo posible no tiene ya más albur que el que se cifra en las eventuales deficiencias de semejante operación quirúrgica o reajuste ortopédico, a la que se da el prestigioso nombre de educación. «Sobre pedagogía decía Juan de Mairena en sus momentos de mal humor: Un pedagogo hubo; se llamaba Herodes». El día de la Degollación de los Santos Inocentes es justamente la fiesta del engaño”³⁶⁵.

El hecho mismo de transmitir un conocimiento desvirtuado ya revelaría una intención no de dejar que un conocimiento auténtico se despliegue con toda su fuerza y poderío sino, bien al contrario, no permitir que el mismo pudiera navegar con todas las potencialidades que el mismo podría albergar. En *Personas y animales en una fiesta de bautizo*, Ferlosio lo explica clara y contundentemente:

³⁶⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. “Unos ojos redondos como platos”, artículo publicado en la revista *Triunfo*, nº293, 13 de enero de 1968, pp. 42-43

Quien cree que puede adaptar las significaciones (usando «otro lenguaje más sencillo y asequible», como si lo más simple fuese capaz de expresar lo más complejo y como si la significación permaneciese –al igual que una cosa– idéntica a sí misma, y toda diferencia de lenguaje no fuese sino adecuación a distintos receptores) se comporta con ellas como si fuesen cosas y a la vez las cosas a las que se refieren³⁶⁶.

Podríamos añadir que esta desnaturalización se produce, precisamente, por “naturalización” en el sentido de hacer pasar por “natural” lo que no es ni dado, ni simple, ni obvio: el otro, las palabras, el mundo, la naturaleza, uno mismo.

La idea de adaptación es una idea centrípeta [de centralización en el propio sujeto y no en la cosa en sí misma considerada] por excelencia, que piensa el conocer como asimilación de los objetos; y asimilarlos, familiarizarlos, hacerlos semejantes a lo propio, es despojarlos justamente de cuanto en ellos había por conocer; se diría, pues, que se trata de desvirtuar la actividad cognoscitiva, suplantándola por su fingimiento³⁶⁷.

Lo que la «adaptación» pretende es hacer reversible el movimiento intelectual y reflexivo, pero en sí lo que hace es evitarlo, impedirlo, atarlo antes de que pueda ser, no salir, más bien traer, y por ello es una «atrofia», una «atrofia» poderosa: se pone el disfraz de un movimiento de conocer (que se ha con-fundido con el de comunicar, o con el de transmitir, también ahí está implicada la educación) pero, en realidad, viene a informar “lo que cuenta”, lo que “vale la pena saber”, lo que “es relevante”, cosificando así el significar, el pensar, el caminar, el conocer, y, en consecuencia, prestándose con bombos y platillos a la orquestación del inmovilismo que tan cerca está del dogmatismo y, ya lo veremos, de la dominación y el autoritarismo.

Para explicar esta actitud Ruescas emplea el término «inmediatización». Empleando sus palabras, Ferlosio afirma “que, durante «el último siglo», el sistema de las ideologías ha evolucionado. Las ideologías no solo dejan sentir su influencia en lo que se refiere a los contenidos, sino que también afectan a los procesos, a las formas y a la misma concepción

³⁶⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Personas y animales en una fiesta de bautizo (1962-1965)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 24.

³⁶⁷ Op. cit. p.23.

del conocimiento. La ideología no atiende ya tanto a lo que se muestra como a la manera de mostrar (...). Pues bien, el rasgo más propio de esta manera de mostrar es la «inmediatización». La inmediatización (no otra cosa es lo que, en el fondo, pretenden los lenguajes adaptados) condiciona la percepción de la naturaleza. Algo similar ocurre con la historia en las películas históricas. En ambos casos, la adaptación pretende hacernos inmediato lo distante. Con este «adaptar», con esta «inmediatización» que «obstruye los caminos para la imaginación de lo remoto» lo que tiene lugar es una verdadera «inmunización contra el conocimiento de lo extraño» (...). Esta que podríamos llamar «ideología de la inmediatización» no responde a «oscuras intenciones» ni a un «diseño» expreso. Más bien se trata de «anónimas tendencias» que se manifiestan en las intenciones más ingenuas e incluso benignas, como la de «adaptar el objeto a la mente infantil». Cabe sospechar, sin embargo, que de lo que se trata es de adaptar esa mente a un modelo previamente concebido para ella. La idea de adaptación responde, por tanto, a una concepción del conocer como asimilación de los objetos. Pero asimilar los objetos es «despojarlos, justamente, de cuanto en ellos había por conocer», de modo que el conocimiento se ve sustituido por su simple fingimiento.”³⁶⁸.

La actitud intelectual de la «adaptación» conlleva, necesariamente, la cuestión de los «lenguajes adaptados», esto es, el modo en que ese conocimiento tergiversado se comunica y se codifica lingüísticamente, lenguajes que también son objeto de la crítica por parte del autor: “En su introducción a una edición del Pinocho de Collodi aparecida en 1972, Ferlosio vuelve sobre el tema de los «lenguajes adaptados». La situación que, en este caso, sirve de arranque a la argumentación es el lenguaje con el que el colonizador trata al colonizado. No es el lenguaje que utiliza con los que considera sus iguales, sino un lenguaje adaptado que, consciente o inconscientemente, juzga a los colonizados de modo etnocéntrico y los considera inmaduros para la «autodeterminación». Con estos lenguajes, el colonizador perpetúa las relaciones –de dominio- por él establecidas (...). En las jergas coloniales, el lenguaje no se especializa a causa del objeto sino como consecuencia del trato que se quiere dar al receptor. Este trato es, de una forma u otra, despectivo, y aquí radica la perversión de toda adaptación (...). Pues bien, según Ferlosio, el Pinocho –como, por lo general, la literatura que pretende ser específicamente infantil– es un ejemplo de

³⁶⁸ Ruescas pp. 51-52

esto. El pretendido lenguaje infantil es «una imitación de una imitación», nacida de la misma mentalidad que la jerga colonial (...). Esa mentalidad es la mentalidad que concibe las relaciones con el otro como relaciones de dominación”³⁶⁹.

Por lo tanto, la llegada final del razonamiento sobre el conocimiento «adaptado» en el terreno educativo sería no minusvalorar de principio la capacidad del alumno para adquirir un conocimiento auténtico y genuino, creer en que no es necesario ni legítimo proporcionarle un pseudo-conocimiento que no es conocimiento como tal, comunicado con un lenguaje simplificado y simplificador, como única meta a considerar por parte del sistema de enseñanza y eliminar de este cualquier empeño en su utilización como instrumento de dominio, de imposición y de perpetuación de determinadas creencias y posiciones doctrinales, convirtiéndolo en el punto de arranque para un camino en que el conocimiento auténtico avance y se imponga. En definitiva, un sistema educativo que no responda a un esquema preconcebido no discutido ni puesto en cuestión sino a un ansia intelectual presidido por un insobornable e imparabile afán de conocer.

3. Relación entre educación e instrucción pública.

Una vez que hemos expuesto la concepción de Ferlosio sobre la educación (que sería pública por el propio carácter de la misma, en cualquier caso considerado) contemplada como un medio para que el alumno salga de lo conocido, de su hogar primerizo, y se adentre en el mundo desconocido del conocimiento, que tiene que ser extraño para él en el momento del acceso al mismo; y sus críticas a la defensa de la iniciativa privada en los sistemas de enseñanza, a la burocratización del proceso educativo y a la utilización de los lenguajes adaptados, el siguiente paso sería definir en términos positivos (esto es, no en términos de lo que no debería ser sino de lo que sí debería ser) el espacio y el contexto en el que se desarrollase el sistema educativo. Aunque ya hemos dado algunas pinceladas previamente (sobre todo, en lo que se refiere a la asignatura de Historia y a la utilización de «monografías iniciáticas» en vez de la utilización de los clásicos

³⁶⁹ Op. cit. p. 54

«manuales», «compendios» y «libros de texto»), ahora es el momento de profundizar en la cuestión.

Aunque ya lo dijimos con anterioridad, nunca sobra la oportunidad de recalcar que no es posible establecer el estudio de la teoría pedagógica en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio sin acometer en profundidad la definición de naturaleza, toda vez que como afirma Sánchez de Zavala:

El primer carácter distintivo que salta a la vista entre los procesos de aprendizaje social subhumano y los de educación en sentido propio reside, al parecer, en la índole deliberada de éstos frente a la «ciega» impronta que dejan los otros. Mas una breve reflexión nos hace ver que (...) previamente a toda educación deliberada existe otra más o menos automática, de rechazo o indirecta, ejercida por la mera crianza, de una parte, (...) y de otra por la estructuración misma del ámbito en que se desenvuelva la vida humana del caso: las instituciones y la ecología, el sistema de artefactos usuales, etc; proceso a cuyo resultado se refiere en primer término, si ha sido positivo, el vocablo castellano educación: los modales se adquieren en la convivencia, son hábitos más asumidos por imitación y reprensiones que en virtud de exhortaciones (según reconocen todos los teóricos de la educación que admiten sin ambages la influencia decisiva de este marco más amplio en que actúan las instituciones pedagógicas, y que pueden hacer que éstas sean ineficaces, o bien, al chocar con ellas, provocar fuertes conflictos. (...) ¿Qué es aquello que tienen de común la educación de los hijos de los hombres y la de sus parientes menos cerebralizados? Sin duda, la reiteración y propagación imitativas de las pautas de comportamiento. Pero esto, con ser mucho, no es todo: por el contrario, ni siquiera tal sistema de pautas se tendría en la sociedad humana un solo instante en pie si estuviese solo (...).³⁷⁰

Estos dos párrafos nos llevan a considerar la distinción que, dentro de lo que podríamos englobar en el término «educación», Ferlosio hace entre, por un lado, el proceso de socialización (en el que la familia jugaría un papel decisivo) y, por otro, la instrucción e, incluso, tener en cuenta que uno y otra se integrarían en un conjunto más amplio, que podríamos denominar como «sistema social de transmisión de ideas» del que también formarían parte las manifestaciones culturales y los medios de comunicación:

³⁷⁰ Op. cit. pp. 59-60.

En el prólogo que escribiera nuestro autor al *Pinocho* de Collodi, hay un párrafo en la que esa red de vías queda perfectamente retratada, articulada y desvelada:

resultaría bastante desoladora una investigación por esos colegios de Dios [la enseñanza] acerca de la influencia que sobre el gesto y el habla de los niños tienen las películas de dibujos [manifestaciones culturales] de la televisión [medios de comunicación] (no habladas, sino «maulladas», como expresivamente dice Fernando Quiñones) y sobre todo ese siniestro numerito cotidiano de «un lecado de palte de la tele». Por lo demás, tampoco es necesario esto, pues muchas veces se bastan los papás y las mamás [proceso de socialización] para fijar a un niño en esa jerga durante mucho más tiempo de cuanto podría pedir el más completo desarrollo de sus facultades articulatorias y constructivas, como lo demuestra el caso harto frecuente de los niños «bilingües», que, según las conveniencias del momento, echan mano ya de esa babosa jerga, ya de la lengua común perfectamente desarrollada³⁷¹.

Todo ello enmarcado en una crítica que ya estaba presente en *Personas y animales en una fiesta de bautizo* y que se puede sintetizar de un modo que ya hemos expresado de muchas maneras diferentes a lo largo de este texto: el afán ejercido con carácter general por los diferentes sistemas educativos del pasado y del presente sobre el niño desde que es un recién nacido para “encajarlo en un modelo” y “fijarlo en un destino”. Y ello conecta con las grandes preocupaciones de la pedagogía actual, como las que expresa Jorge Larrosa en el siguiente párrafo, el cual guarda una innegable concomitancia con lo que acabamos de exponer:

La relación educativa de la infancia con el mundo (lo que Simons llama la experiencia pedagógica) es una relación indeterminada, no destinada, una relación en la que ni el destino de la infancia ni el destino pueden darse por supuestos. Y para eso sólo sirve una escuela en la que nadie asigne un destino a los niños y jóvenes. El venir al mundo no puede ser entregado a un destino, la experiencia pedagógica no puede destinarse, la escuela no puede “bautizar” el carácter indeterminado de la infancia para destinarla a alguna cosa. Y eso porque el mundo mismo, desde el punto de vista de su transmisión y renovación, desde

³⁷¹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Sobre el «Pinocho» de Collodi (1972)*, en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos I. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. 37.

el punto de vista de su apertura, es un devenir mundo del mundo que tampoco puede tener destino. Entregar el mundo a los recién llegados no puede ser destinarlo sino confiarlo³⁷².

Por tanto, y a partir de la premisa establecida, tenemos todo un programa de acción de cara a cambiar las bases sobre las cuales se asienta todo sistema educativo. Pero, como hemos dicho con anterioridad, tenemos la costumbre de hablar de “sistema educativo”, término que se ha convertido en habitual en nuestro lenguaje corriente, cuando habría que hablar, *stricto sensu*, de sistema de instrucción pública, que sería solo un elemento más del sistema educativo, junto, recordemos al proceso de socialización, en el que la familia tiene un peso decisivo, y, a la vez, los medios de comunicación y las creaciones culturales también influyen en el proceso de formación del niño.

De este modo, el programa pedagógico pensado para no asignarle al alumno un destino ya prefijado se encuentra con dos obstáculos que pueden llegar a ser insalvables:

1. Que el propio diseño de dicho sistema de instrucción pública haya sido realizado con el fin, precisamente, de configurar al alumno en función de un modelo preconcebido.
2. Que, aunque el diseño del sistema de instrucción pública responda a un criterio de no conducir al alumno a un esquema preestablecido, la presión de los medios de comunicación y las creaciones culturales para modelar la mente de los niños pueden hacer inútiles los esfuerzos realizados desde la escuela para hacer posible que se guíen por sus propias potencialidades.

Para explicar las consecuencias de un proceso de formación guiado por un marco ideológico previo e indiscutido, Rafael Sánchez Ferlosio, como ya hemos visto con anterioridad, se dedicó a reflexionar exhaustivamente sobre el caso del “niño bravío” de Aveyron. En el microcosmos formado por ese niño que había crecido en el bosque sin la tutela ni protección de ningún adulto y por su tutor, Jean Itard, posiblemente Ferlosio halló una recreación en miniatura de qué sucede en los sistemas de instrucción pública que han estado tradicionalmente vigentes. En términos lingüísticos, el caso Aveyron vendría a ser una metonimia de las circunstancias de la escuela en su conjunto. Es relevante, en este

³⁷² Larrosa, Jorge. *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Ed. Candaya, 2019, p. 223.

punto, considerar los criterios por los que Itard se conducía y que, en uno de sus informes, expone con suma concreción:

“... de las verdades más interesantes (...) que Locke y Condillac (...) descubrieron (...) podría deducirse lo siguiente:

- 6) Que el hombre es inferior a muchos animales en el puro estado de naturaleza (...).
- 7) Que la superioridad moral que se pretende connatural al hombre no es sino resultado de la civilización, la cual lo eleva por encima de los otros animales por un impulso grande y poderoso. Tal impulso es la sensibilidad de su especie; propiedad esencial de la que se derivan las facultades imitativas y la inclinación continua a buscar nuevas sensaciones en necesidades nuevas.
- 8) Que semejante fuerza imitativa, destinada a la educación de sus órganos, y sobre todo al aprendizaje de la palabra, siendo muy vigorosa y activa en los primeros años de la vida, se debilita rápidamente con la edad, el aislamiento y toda clase de causas tendentes a embotar la sensibilidad nerviosa; de ahí que la articulación de los sonidos, que es sin ningún género de dudas el más extraordinario y útil de todos los resultados de la imitación, tenga que padecer dificultades sin cuento en cualquier edad que no sea la de la primera infancia.
- 9) Que tanto en el más segregado de los salvajes como en el ciudadano elevado al grado extremo de civilización existe una relación constante entre ideas y necesidades; que la multiplicidad creciente de éstas en los pueblos cultivados tiene que ser considerada como un gran instrumento de desarrollo del espíritu (...).

Que en el estado actual de nuestros conocimientos psicológicos el proceso de la enseñanza puede y debe aprovecharse de las luces de la medicina moderna, que entre todas las ciencias naturales es la que más eficazmente puede colaborar en el perfeccionamiento de la especie humana (...).³⁷³

En el proceso por el que intentará integrar a Víctor de Aveyron en la vida social, Jean Itard se atenderá estrictamente a dicho ideario, y ello merecerá el siguiente comentario por parte de Rafael Sánchez Ferlosio:

³⁷³ Itard, Jean. *Memoria acerca de los progresos de Víctor de Aveyron -1801-*, en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 547-548.

Lo que hizo de Itard aquel hombre tan radicalmente negado a la experiencia debió de ser la polvareda levantada por la banal sotana de Condillac. Éste había desmontado el alma como un artificiero desarma un artefacto explosivo, consiguiendo ponerla totalmente *hors d'état de nuire*. «¿Pólvora? ¿Dónde decían ustedes que había pólvora?». Sometida, en efecto, el alma, a semejante tratamiento, no daba ya ni la más débil respuesta empírica. Siendo ya Itard *condillacquiano* convicto y militante, hace su aparición el niño bravío de Aveyron, e Itard se apodera de él en nombre y a beneficio de la causa que defiende. De ahí, ahora, este extraño proceder de ver todo el provecho del fortuito experimento que le ha concedido la fortuna en servir tan sólo de «prueba material», de instrumento forense, de pieza de convicción en la polémica, para comprobar y respaldar lo que ya Locke y Condillac habían descubierto «gracias a la fuerza de su genio y a la profundidad de sus reflexiones». Tal es el triste papel reservado a la experiencia; no aportar por sí misma la materia y el atisbo de los conocimientos, sino ratificar con su voto los asertos doctrinarios, apoyar con su obediencia los programas de partido. No distinta debió de ser la disposición de ánimo de Itard –como, por lo demás, él mismo nos lo declara en el proemio– al enfrentarse con el niño bravío de Aveyron. Quería encontrar a Condillac, y naturalmente, como sucede siempre, no encontró más que a Condillac”.³⁷⁴

El propio Itard, aferrado como ya hemos dicho a las ideas de Condillac y Locke, es capaz de, en algunos momentos, de poner a prueba sus propias concepciones, pero, sin embargo, ello no elimina ni varía lo esencial de su posición en el proceso pedagógico emprendido, posición que no es única ni excepcional sino que sería la predominante en la mayoría de los sistemas de enseñanza:

La función lingüística específicamente organizada para establecer relaciones de consecuencia en el tráfico interhumano es la representada en el verbo por el modo imperativo; pero el hecho de que la fórmula «dame leche» sea instrumento o vehículo de una relación de consecuencia no quiere decir que no contenga a la vez la relación de signo y se constituya gracias a ella en cualquier hablante probado y consumado; no así, probablemente, en el «LAIT» de nuestro Víctor; allí no estamos autorizados para poder suponer una cosa semejante.

³⁷⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, pp. 674-675.

Más arriba me inclino a suponer, como se ha visto, que Víctor esperaba el tazón de leche, no ya por creer haberlo significado (idea que probablemente no existía ni en embrión en su cerebro), sino por creer haberlo merecido, y que por tanto en este llegar a merecer es donde había que buscar el móvil de su acierto. La optimista interpretación de Itard se adelanta a hacer realidad sus tan apasionados deseos de pedagogo, infiriendo en el educando un sentido de los hechos que no estaba más que en las esperanzas del educador. Este que, podríamos llamar «antropomorfismo pedagógico» constituye, a mi entender, uno de los más tradicionales y empedernidos lastres de la pedagogía y hasta del circo (donde se exhiben caballos que saben cantar, chimpancés que hacen, sin equivocarse, sencillas operaciones comerciales, etc.)³⁷⁵.

A partir de esta reflexión, tiene completa coherencia el juicio que al autor le mereció la LOGSE (Ley Orgánica 1/1990, de 3 de octubre, de Ordenación General del Sistema Educativo, publicada en el Boletín Oficial del Estado nº238 de 4 de octubre de 1990) y toda la (amplia) legislación educativa posterior, incidiendo en los males derivados de la burocratización y los rígidos esquemas administrativos a juicio del autor:

Pasemos ahora a tratar de la estructura general de la enseñanza, de la organización de la escolaridad y la distribución de contenidos. Más importante y más irremediable que el «dirigismo» (...) es otro factor anejo y no menos estatal o paraestatal, o sea ligado a la enseñanza como institución pública. (...) [Los] centros públicos, como fueron, por ejemplo, las universidades medievales, tuvieron que ir sometiendo paulatinamente sus modos de enseñanza a exigencias formales y de organización completamente externas y, por lo tanto, ajenas a la naturaleza propia de los contenidos en sí mismos, en la medida en que respondían a inevitables condicionamientos administrativos. Poco a poco, y sobre todo conforme los estados se fueron apropiando de aquellos mismos centros, en un principio autónomos, y encargándose, en mayor o menor grado, de la gestión, o por lo menos de la supervisión, de la enseñanza en general, reservándose en exclusiva la autoridad para otorgar títulos académicos con validez jurídica —que por eso empezaron a llamarse «diplomas oficiales»—, aquel proceso de formalización estrictamente dictada por puras exigencias administrativas no hizo más que agigantarse: la enseñanza no tuvo más remedio

³⁷⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Comentarios a la traducción de la Memoria acerca de los progresos de Victor de Aveyron -1801- e Informe acerca de los primeros progresos de Víctor de Aveyron -1806- (1982, refundidos a partir del texto original de 1973)*, en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesidásticos* (2015), Ed. Debate, p. 650.

que aceptar una especie de férula exterior que la ajustaba y encajaba en un sistema unificado –«homologado», como hoy lo llamarían– de separación y de distribución de los distintos contenidos³⁷⁶.

Al mismo tiempo, el papel de las diferentes Comunidades Autónomas en la configuración del sistema de enseñanza también fue objeto de sus críticas, trazando una reflexión que también concuerda plenamente con su visión del proceso de instrucción que abordó Jean Itard en relación al “niño bravío” de Aveyron:

(...) últimamente, con este nuevo prurito de las autonomías, la mística desviación onfaloscópica está alcanzando extremos preocupantes, porque ahora se han vuelto nada menos que diecisiete los ombligos hechos aisladamente objeto de la autocontemplación.

(...)

Ya se pueden perfectamente adivinar las consecuencias que semejante superchería onfaloscópica, multiplicada y repartida ahora por 17 ombligos 17, ha llegado a tener en lo que atañe a la selección de contenidos de la enseñanza actual (...). [Los] efectos de la onfaloscopia venían a concretarse en la enseñanza en una especie de «privatización territorial de los contenidos», sin duda bajo el criterio pedagógico de orientar el interés de los estudiantes hacia lo que les fuese personalmente más propio, esto es, hacia lo que sintiesen más próximo a su ombligo, con lo que al fin la LOGSE venía, en cierto modo, a coincidir, aunque en la esfera popular de la enseñanza pública, con aquella forma de los más selectos colegios de pago de una «enseñanza personalizada». Si aquélla era una privatización más bien modal y psicopedagógica de los conocimientos, para adaptarlos a la «personalidad única e irrepetible» de cada individuo, en el plan de la LOGSE se trataba de una privatización de los conocimientos delimitando los propios contenidos según la «identidad» de los alumnos de cada Comunidad Umbilical. Pero ambas formas de adaptación a la particularidad del individuo no hacen más que debilitar el sentimiento de exterioridad y de extrañeza que es adecuado a todo conocer, y por tanto atentar contra la radical impersonalidad del conocimiento en cuanto tal. Arrostrando el ridículo y hasta un

³⁷⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, p.148.

punto de fraude que comporta el estilo lapidario, diré que conocer es siempre enajenarse y salir³⁷⁷.

Sin embargo, como hemos dicho con anterioridad, aun cuando el sistema de enseñanza estuviera diseñado de un modo diferente, todavía tendría que enfrentarse a las presiones que, desde la familia, los medios de comunicación y las creaciones culturales acuden raudas a realizar su labor de modelaje de las mentes infantiles. Al respecto, ya hemos tratado con anterioridad cómo aborda el autor el modo en que los padres actúan el día de Reyes en un extracto de *Unos ojos redondos como platos* o su opinión sobre las producciones de Walt Disney en *Personas y animales en una fiesta de bautizo*³⁷⁸. Desde esta perspectiva, la enseñanza puede ser contemplada como el elemento decisivo para transformar el futuro pero, precisamente por ello, está sometida a todo tipo de amenazas para que el papel que debería corresponderle (obtener de los alumnos todo su potencial) no se lleve a la práctica y, finalmente, los niños acaben reproduciendo determinados modelos y mentalidades o los que se desean que sean implantados de cara a reforzar un orden o un estado de cosas. Ahí reside la grandeza y el drama que el sistema de enseñanza tiene que vivir en toda época y en todo lugar.

4. Relación entre educación y la dualidad juego/deporte (concepción deportiva, o más bien competitiva, de la vida, basada en el principio moderno de individuación).

Una de las vías por las cuales se logra la implantación de determinados modelos y mentalidades en la infancia es a través del deporte. Rafael Sánchez Ferlosio fue consciente de este mecanismo y lo abordó tenaz y concienzudamente. Sin embargo, esta línea de

³⁷⁷ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, pp. 151-152.

³⁷⁸ Sería de lo más interesante haber tenido la oportunidad de saber qué hubiera opinado Ferlosio sobre el hecho de que determinadas prácticas vistas en la serie de Netflix *El juego del calamar* (por mencionar un ejemplo reciente) hayan pasado a formar parte de los juegos de los niños en el tiempo de recreo en los colegios, ante la sorpresa y estupor de los profesores: <https://elpais.com/mamas-papas/2021-10-20/el-juego-del-calamar-se-cuela-en-el-patio-del-colegio-realmente-es-un-problema.html>. Es un ejemplo relevante (otro más) de lo que Ferlosio criticaba y denunciaba.

pensamiento forma parte de una corriente que fue nutrida con anterioridad por otras obras y autores, como, por ejemplo, Hannah Arendt en su libro *Entre el pasado y el futuro*. Pero, para comprender cabalmente qué valores son los que se inculcan a través de la ubicación del deporte en una posición privilegiada en el proceso de formación, es necesario entender el punto de partida en el cual Ferlosio inicia su reflexión. La concepción deportiva de la vida, sujeta al rendimiento productivo y a la lógica de la dualidad éxito/fracaso, entendidos como la capacidad para llevar a cabo los proyectos vitales más dispares, no enraizados en ningún otro lugar, ni en ninguna otra moral más que en la propia autorrealización de la voluntad, son el vértice conceptual desde el que construye Ferlosio su teoría (o más crítica histórica) acerca del contenido, el significado y los fines de la educación, a la que él llama, como acabamos de ver en el apartado anterior, en el bien entendido cariz nostálgico que lo caracteriza, “instrucción pública”. Frente a esta visión, podríamos decir *utilitarista*, Ferlosio propone una educación que tiene como único objetivo lo que Tomás Pollán ha denominado, como también hemos visto, “aprender para nada”. Sería una extensión de la mencionada distinción entre actitud pragmática y actitud categorial en el seno de la actividad cognoscitiva, que se puede aplicar, igualmente, a la acción de la labor educativa.

No obstante, no podemos separar la actitud pragmática en la actividad cognoscitiva de lo que podemos denominar como visión teleológica de la historia, la cual ha sido explicada, entre otros, por José Luis Pardo en su obra *Estudios del malestar. Políticas de autenticidad en las sociedades contemporáneas* (2016). Hablamos de una visión teleológica que, desestimando la distinción aristotélica, incorpora carga de sentido al devenir humano e introduce el alcance universal de la poesía al desarrollo de la Historia, ahora con mayúscula. Como explica Pardo, fue Hegel quien supeditó los hechos históricos a la trama (o “astucia”) de la razón, poniendo “al tiempo en conceptos”. Y avalando, en consecuencia, el papel de la guerra como instrumento histórico privilegiado, aquel que reduce al mínimo los “costes” del sentido. A este respecto, hay un artículo revelador de Ferlosio, titulado *Principium individuationis* en el que analiza cómo, a la vez que el concepto de «individuo» ha ido adquiriendo fuerza, iba ganando peso la intercambiabilidad entre individuos diferentes:

(...) la muchedumbre de abogados, tan solícitos como insolicitados, erigidos hoy día en gratuitos e incondicionales defensores del individualismo, parecen concentrar todos sus fervores más bien en el concepto de «individuo» –cuando no, simplemente, en la palabra a secas– que en los individuos mismos. El caso es que los actuales paladines del individualismo, y los acérrimos celadores de la supremacía del individuo como valor supremo, de la dignidad del individuo y de la inalienabilidad de sus derechos, tan unánimemente celebrados entre la actual mayoría biempensante, no acaban de aclarar del todo qué es lo que defienden, y, en especial, cuál es el individuo por el que combaten.

La ambigüedad se origina sobre todo desde el tan fervorosamente encarecido precepto – por no decir «edicto»– de la tolerancia. Este precepto debe su actual resurgimiento, de acrecentada intensidad respecto de cualquier otra recurrencia precedente, a una concreta situación social internacional de tolerancia con la de respeto al individuo resulta una desgraciada concepción de éste: la que viene a cifrar su singularidad en una multiplicación de notas específicas, haciéndolo consistir en pura descripción cualitativa o determinación clasificatoria, a semejanza de un código de barras o un código genético.

(...) en la misma medida en que los individuos no son como individuos más que otros entre sí están permanentemente expuestos a la infamia de la fungibilidad y la sustituibilidad; no en vano las sucesivas generaciones de soldados que van al matadero toman el nombre de «reemplazos». Así lo constató Napoleón ante el gran número de franceses que yacían muertos en el campo de batalla de Eylau –que no dejó, sin embargo, de apuntarse por victoria a su nombre y el de Francia– cuando dijo: «Todo esto lo remedia una noche de París»; para él aquellos muertos no eran sino restados en el Haber del censo demográfico, un saldo negativo que una noche de París – gracias a la elevada productividad de la industria genésica de los franceses– bastaría para invertir de nuevo en saldo positivo. Y aquí se puede ver con claridad el funcionamiento del principio de intercambio –con la conmensurabilidad que desarrolla o presupone– demostrando a través de la más infame y tenebrosa operación de contabilidad, su radical contraposición con el principio de inconmensurabilidad y con la idea que lo fundamenta: la de que el dolor es absolutamente irreparable³⁷⁹.

Para profundizar en esta concepción ideológica, y siguiendo el comentario que hace Jorge Larrosa acerca de conceptos que hemos visto en capítulos anteriores, Ferlosio dedica parte de sus escritos a lo que él llama “historia proyectiva o historia sacrificial, esa que

³⁷⁹ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Principium individuationis* (1996), en *Rafael Sánchez Ferlosio. Ensayos 1. Altos estudios eclesiásticos* (2015), Ed. Debate, p. y p.

tiene que ver con presuponer un destino tanto en los individuos como en las naciones o en la humanidad entera, lo cual justificaría la pérdida de vidas humanas si ello fuera necesario para el cumplimiento del destino que hubiera sido asignado el devenir de los acontecimientos históricos”. El motivo principal de la obra de Ferlosio es, “precisamente, la justificación de los sacrificios, del sufrimiento y del esfuerzo humano en nombre de un futuro mejor en el que quedarían, de algún modo, compensados. Repasando los tópicos verbales de esta época, Ferlosio descubre muchos tomados del deporte (de lo que podríamos denominar una concepción deportiva de la vida que, desde luego, también ha entrado en la escuela): todo eso de la superación, las metas, las hazañas, el estímulo de la ganancia, el espíritu competitivo orientado a la auto-satisfacción subjetiva (lo que Ferlosio llama el “enyosamiento” o, parodiando el canto del gallo, “el kirikikí autoafirmativo”), el espíritu de sacrificio por mor de la victoria, la gestión del riesgo, la subordinación del interés individual al triunfo del equipo, la voluntad de ganar puntos o de ascender puestos en los rankings, la puesta a prueba permanente del propio valor o del propio rendimiento, la contraposición entre éxito y fracaso, o entre ganadores y perdedores, y “el auge que en los últimos decenios han tomado las palabras reto o desafío”, aunque sería suficiente con echar una ojeada a la manera como la educación ha ido adoptando los métodos y el vocabulario de los entrenadores, los *coachings* y los especialistas motivacionales de toda laya, es decir, de los encargados de subir la moral de las tropas³⁸⁰ .

El tiempo humano, tanto el de la historia individual como el de la historia colectiva, está constituida, según Ferlosio, por una especie de intercambio sacrificial que fluye ininterrumpidamente entre el presente y el futuro. Todos los sacrificios en el presente serán recompensados en el futuro, con lo cual podría parecer que “el futuro ha acabado definitivamente con los dioses al conseguir por fin hacerse con el puesto, tan de antiguo y tan encarnizadamente disputado, de Primer Pagador Universal (...)”. La relación con el Futuro se ha hecho religiosa y es en el Futuro, ya endiosado, donde está toda salvación y toda condena: “el Futuro se ha vuelto hoy, tanto en Oriente como en Occidente, el opio de los pueblos, en un sentido bastante parecido al que se dijo antaño en referencia con la religión. Nunca ha sido el Futuro tan causa del presente como llega a serlo hoy”.

³⁸⁰ Larrosa, Jorge, *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, Candaya, 2019, pp.223-225

Insiste Larrosa interpretando la concepción del tiempo progresivo y la historia como redención en Ferlosio: “En la lógica sacrificial, el dolor y el sufrimiento tienen sentido porque son instrumentos para otra cosa, porque son la prenda de un intercambio que se paga en otro tiempo. Y ese otro término del intercambio no es el cielo (o el infierno, o el purgatorio), sino el Futuro. El Futuro ha tenido muchos nombres a lo largo del tiempo, así como la lógica sacrificial ha tenido muchas formas. En la modernidad, dice Ferlosio, el Hombre aparece bajo la figura del “animal que emprende, inventa y se supera”, y el Empresario toma a su cargo la Gran Empresa de la Humanidad hacia el Futuro al mismo tiempo que encarna el Interés Universal Humano. Así, el empresario es el que oficia el sacrificio moderno de la Humanidad porque es el que se supone que está en una comunicación privilegiada con el Futuro. Los niños y los jóvenes son el Futuro (de la Humanidad, de la Nación, pero también de Ellos Mismos), y a Él deben ser sacrificados. Y la escuela se convierte en un medio de construcción del Futuro, tanto del Futuro de los niños como del Futuro del mundo³⁸¹.

Ese futuro tiene como consecuencia negativa la anulación de verdaderos valores convertidos en mercancía para un Futuro Perfecto. La consecuencia es que, por poner un ejemplo del mismo Ferlosio al hablar del *principio de individuación*, la tolerancia predica una voluntad doble de desagravio y de censura; el primero resulta imposible, puesto que se aplica no a sujetos individuales, sino a las cualidades hipostasiadas en concepto a través de una imagen histórica: no se ofende a fulanito, sino a “los negros”, y no, siquiera, a los contemporáneos, sino a todos los que, con conciencia o sin ella, han formado parte de la esta categoría en el pasado o formarán parte de ella (repito, con conciencia o sin ella, en el futuro); la segunda, la censura, como su nombre muestra, a priori, impidiendo que el conocimiento, la aprehensión del otro en cuanto tal se produzca de forma efectiva. Lo que ocurre, de nuevo, es la adaptación del mundo al cognoscente en forma de estereotipo colectivo, al que se adscribe de modo extrínseco la idea de individuo, pero del que quedan excluidos los hombres concretos, y que con la misma fuerza centrípeta con que incluye a las distintas imágenes con que se representa al primero (todas ellas convertidas en producto, y por tanto mercantilizadas), empuja a los segundos de manera centrífuga más allá de la experiencia, hacia la categoría. Ahí, según Ferlosio, nace el individuo como haz de

³⁸¹ Larrosa, (2019), pp. 223-225

atribuciones extrínsecas, al que se le otorgan cualidades reales, existentes (válido también para las naciones, las minorías étnicas, religiosas o sexuales).

El verdadero contenido —lo vigente y operante en el alma de los espectadores— sería, conforme a esto, ese lugar vacío, y toda concreción circunstancial no tendría más función que la de marco indispensable para su cumplimiento; constatación que pone en evidencia a cuantos, con mejores intenciones, echan mano del sentimiento épico del público para insuflarle --«instruir deleitando»-- un contenido ideológico cualquiera; su error de cálculo —ligado, al menos objetivamente, a la afrentosa bastardía de todo insuflamiento, que pasiviza a los destinatarios, allanando su subjetividad al reducirlos a meros receptores³⁸², al par que en igual grado y correlativamente desvirtúa y petrifica la doctrina más significativa y la convierte en ortodoxia y literalidad—residiría en la engañosa pretensión de poder, sin perjuicio, poner a rendimiento semejantes resortes accesorios: la épica no insufla nunca a nadie más que su propia ideología, implicada en su forma y por encima de todo contenido: la del abstracto espíritu agonístico, la del amor de la hazaña por la hazaña, la del ubicuo solipsismo predatorio del caballero andante, que no conoce el mundo sino como teatro y materia de sus gestas y cuyo consustancial desinterés viene a identificarse con el más absoluto egocentrismo.³⁸³

Sería imposible llegar a la cristalización de esta mentalidad sin la aplicación de una serie de mecanismos, entre los cuales figura la concesión de un papel privilegiado a los juegos y a los deportes: el conocimiento y la educación entendidos como una “competición” y ligados a los valores del esfuerzo, el sacrificio, la competitividad, el éxito y la consiguiente productividad.

Desde el momento en que enarbola banderas, el deporte participa del egoísmo sagrado y, al igual que el patriotismo, carece de vergüenza, de moral y de honor. La condición monstruosa de la institución del deporte se revela sin más en el singular privilegio que hace que los estados occidentales hayan considerado ahora mismo preferible, como castigo contra Rusia, recortar las exportaciones de cereales antes que hundir los Juegos Olímpicos.

³⁸² De nuevo la recurrente mención del autor a las consecuencias epistemológicas del ahormar conceptual que esteriliza y reduce a mera subjetividad *pasiva*.

³⁸³ *Las semanas del jardín* (Semana primera: *Liber scriptus proferetur*, y Semana segunda: *Splendet dumfrangitur*), Madrid, Alianza, 1981, pp. 15-16.

¿No es acaso monstruoso un privilegio capaz de hacer que a la opción de sacrificar una celebración deportiva se prefiera una forma de presión francamente criminal, como es la restricción en el suministro de cereales?³⁸⁴.

Y, tres décadas después, el autor insistía en su crítica a la pulsión competitiva y al trasfondo totalitario que la alienta:

La cultura en general y especialmente la cultura de estadio ha sido siempre, de manera congénita, un instrumento de des-subjetivación política y de control social. (...) Que el deporte, actividad sin contenido alguno y sin más objetivo que el de la redundancia de la victoria como fin en sí mismo, haya podido transformarse en contenido principal, por no decir único, de esa mala pasión que es todo patriotismo arroja la más vidriosa sospecha sobre el patriotismo en general, incluido el solo aparentemente no lúdico; ambos, con singular indiferencia respecto de lo cruento o incruento, pertenecen al mismo pragma y tienen el mismo origen.” Añadiendo un poco más adelante, a modo de corolario, una frase no filiada de León Bloy: “Creo firmemente que el deporte es el medio más seguro para producir una generación de cretinos dañinos³⁸⁵.

En otros textos posteriores Ferlosio insistió en estos mismos postulados, intentando exponer por qué los Estados fomentan la presencia privilegiada del deporte en la vida social, en el espacio público, y enfatiza los aspectos perversos que esta presencia genera de cara a la adhesión automática e inquebrantable a una mentalidad y a un modelo ideológico preconcebido:

Pero el que el deporte agónico, en la repetitiva e ilimitada sucesión de sus propios e internos avatares (como, por ejemplo, los resultados de los partidos o la superación por milésimas de segundo de cualquier marca de velocidad y de memez), no pueda ser considerado de interés público en modo alguno quiere decir que no lo sea la invasora y avasallante existencia del deporte como fenómeno social y especialmente la hipertrofia sin precedentes alcanzada por el fútbol, con su alarmante poder de monotematizante y monomaniático demenciador de masas, y, por añadidura, protegido y potenciado bajo el concepto de interés de Estado. ¡No vean ustedes cómo me pusieron hasta los amigos una

³⁸⁴ Sánchez Ferlosio, Rafael. “La llama sagrada”, *El País*, 8 de enero de 1980.

³⁸⁵ Sánchez Ferlosio, Rafael. “¡Y qué afán de ganar y ganar!”, *El País*, 7 de agosto de 2010.

vez que se me ocurrió decir -aunque escudando lo unilateral de la afirmación tras la advertencia "por decirlo en la jerga elemental y expeditiva de los estudiantes del 68"- que el deporte agónico de masas es intrínsecamente fascista!³⁸⁶

Si ello es así, hay que explicar cuál es el interés concreto de los Estados para que el deporte alcance tanta relevancia y repercusión:

Con todo, creo que hay otro factor más profundo y relevante para que los Estados democráticos fomenten el culto y el cultivo del deporte agónico de masas: su valor pedagógico para la educación moral y para las exigencias de adaptación social que mejor se adecúan al liberalismo y a la economía de mercado. Nuevamente nos veríamos, por tanto, aunque en otra variante, ante una cuestión de pedagogía social. Si el culto y ejercicio del puro antagonismo, vacío de todo sentido o contenido que no sea la victoria como un fin en sí mismo, tal como es propio del deporte agónico, hacía de éste la educación idónea para el nacionalismo nazi, en cuanto puro impulso de dominación, y para la concepción de la política, según Carl Schmitt, como asunto "de amigos o enemigos", por otra parte, la mentalidad agonista (el *predatory temperament* del viejo maestro Veblen) que el deporte enseña y alimenta ocupa un lugar central entre las capacidades que hacen triunfar al individuo en el mercado de libre competencia³⁸⁷.

No pueden ser otros los valores que terminen siendo implantados a nivel colectivo, y en función del fomento por parte de los Estados de la presencia del deporte en el espacio público:

Comoquiera que sea, no deja de ser cierto que el liberalismo. puede encarecer los altísimos valores del deporte agónico para las sociedades de mercado libre, ilustrándolos con toda su consabida retahíla de virtudes: la voluntad de autoafirmación y autorrealización, el afán de superación, la aspiración a la excelencia, el ardor competitivo, el amor por el trabajo, el espíritu de sacrificio, la impavidez y resistencia ante el esfuerzo y el dolor... todas ellas, en fin, puras y simples perversiones funcionales comunes a las culturas helénica y cristiana o tomadas de la una o de la otra³⁸⁸.

³⁸⁶ Sánchez Ferlosio, Rafael. "El deporte y el Estado", *El País*, 31 de mayo de 1997.

³⁸⁷ Op. cit.

³⁸⁸ Op. cit

Una vez que ha quedado expuesto el motivo por el que el deporte es fomentado por los Estados, resulta evidente que para el cumplimiento de dicho objetivo el deporte debe ser fomentado desde la propia escuela, asunto que Ferlosio le merece la peor de las opiniones:

Aliado de la espuria enseñanza de la Historia como interés de Estado, hay que poner el cultivo escolar de los deportes, con mucha más acrisolada tradición de neto interés de Estado, agigantado hoy en día hasta un extremo nunca conocido. Una vez más, doña Esperanza Aguirre³⁸⁹ (...) recomienda el deporte en la enseñanza, encareciéndolo nada menos que como «una excelente escuela de vida», primero porque «nos enseña a respetar un reglamento» y después porque «el deportista entrega siempre lo mejor de sí mismo sin escatimar esfuerzos ni sacrificios». Lo de que enseñe a respetar un reglamento bien se comprende en una adicta al liberalismo hayekiano, que no es capaz de imaginar más reglas que las de la pura y dura competencia, sin concebir que pueda haberlas no competitivas, como las de la lealtad, el socorro o la colaboración. Y en cuanto a que el deportista entrega lo mejor de sí mismo, ¿hay que pensar que lo mejor de uno mismo son las patadas, que es lo que entrega en el más popular de los deportes? Pero, además, ¡qué «humanidades», tanto ganar, ganar, ganar!, humano no es medirse con los otros hombres, sino ocuparse de las cosas. Finalmente, en lo que atañe a los esfuerzos y los sacrificios, siempre me ha parecido a medias incomprensible y a medias indecente que el vacío furor de ganar por ganar les lleve a algunos a tratar su cuerpo a latigazos, como si fuese su propio caballo de carreras. (...) [Tan] sólo una mentalidad totalmente aberrante puede considerar educativa y «de interés nacional» una asignatura que llega a dar lugar a situaciones como la de «partido de alto riesgo»³⁹⁰.

Aunque pudiera resultar obvio el efecto que busca generar la enseñanza de la Historia, no lo es tanto el modo en que el fomento del deporte acaba consolidando una determinada mentalidad. Aunque esta reflexión pueda parecer muy alejada de la forma de pensar de los tiempos actuales, sorprende que, recientemente, hayan surgido noticias que parecen replantear la asociación entre deporte y competitividad. Así, en octubre de 2018, llamó la atención el hecho de que en las categorías inferiores del fútbol gallego se decidiera

³⁸⁹ Esperanza Aguirre ejerció el cargo de Ministro de Educación y Cultura entre el 5 de mayo de 1996 y el 19 de enero de 1999.

³⁹⁰ Sánchez Ferlosio, Rafael. *Borriquitos con chándal* (2000), en Rafael Sánchez Ferlosio. *Ensayos 4. Qwertyuiop* (2015), Ed. Debate, 155-156.

eliminar el cómputo de los goles de los resultados³⁹¹. Desde uno de los clubs, se comentó: “A esa edad, es mejor educar en la deportividad en vez de en la competitividad”. Aunque no es un giro radical ni un cambio sustancial de un estado de cosas, puede en cierto modo reconfortar el comprobar que las reflexiones de los grandes pensadores, lejos de perderse en el vacío, acaban diagnosticando problemas y contradicciones y que, antes o después, dichos diagnósticos encuentran la posibilidad de calar en el tejido social. El que las mismas afecten a la enseñanza, abre la posibilidad de que determinados cambios redunden en una mejora de la vida social. Aunque, como ya se dijo en el apartado anterior, la escuela está sometida a fuertes presiones desde todas direcciones, es, posiblemente, uno de los puntos esenciales en los que se puede actuar para afrontar problemas y disfunciones que hoy nos parecen irresolubles. Todo lo que se pueda hacer en dicho ámbito servirá para mejorar, avanzar y progresar, para conseguir que los alumnos desarrollen todo su potencial y no queden limitados por un marco estricto y previamente delimitado. Las reflexiones de Rafael Sánchez Ferlosio, de esta manera, apuntan a un modo de plantear la enseñanza que, estando posiblemente lejos de los modelos actuales, sí que permitiría no colocar obstáculos artificiales que lo único que hacen es limitar los grandes frutos y beneficios que la escuela puede proporcionar, sin ningún atisbo de duda, a sus alumnos.

Es decir, Ferlosio, sin ser pedagogo, conecta con toda una serie de preocupaciones y inquietudes educativas sobre la que han reflexionado importantes pedagogos contemporáneos, anticipando en muchos casos sus conclusiones. Y es que, para que la escuela recupere ciertas funciones a las que ha renunciado por mor de su sumisión a las necesidades del aparato productivo, el cómo se considere y se conciba el tiempo, ofrecido al estudio de las cosas y no a la rentabilidad de sus quehaceres, es en ella un factor clave y fundamental. Sirva este capítulo final como muestra del calado extraordinariamente vigente de las claves pedagógicas en la obra de Rafael Sánchez Ferlosio.

³⁹¹ https://verne.elpais.com/verne/2018/10/08/articulo/1538986343_363893.html

CONCLUSIONES

En la introducción se señaló que el objetivo de esta investigación era exponer las características y analizar el fundamento y las implicaciones de la ‘experiencia cognoscitiva’ en la teoría pedagógica de Sánchez Ferlosio. Decíamos en el capítulo final que, sin ser propiamente un autor de ámbito educativo, la entera obra de Ferlosio está recorrida por un hálito de reflexión y ambición pedagógicas: ya en el interés por la relación entre naturaleza humana y conocimiento percibimos una incipiente voluntad de mostrar en qué consiste la educación y cuáles son las condiciones necesarias para que esa transmisión de conocimiento a través del lenguaje (lo humano, en definitiva) se sustraiga al déficit de la adaptación subjetivista. Para ello, el camino trazado debía recorrer los hitos siguientes, hitos que daban estructura al trabajo: definición y caracterización de la actitud cognoscitiva, la virtud cognoscitiva, la disposición cognoscitiva, las villanías cognoscitivas, la manipulación cognoscitiva, las atrofas cognoscitivas y la ideología educativa. Este apartado pretende mostrar las conclusiones sobre cada uno de esos conceptos e hitos, conclusiones que nos permiten ofrecer una imagen acabada del concepto de ‘experiencia cognoscitiva’ del autor y dar cumplimiento, pues, al objetivo de esta investigación.

Como se ha visto, la ‘actitud cognoscitiva’ supone un posicionamiento ante la contraposición entre conocimiento (significación) y adaptación (asimilación). La relación del hombre con la realidad (y consigo mismo) viene a depender de manera directa e inevitable de esa actitud. Al relacionarse con ella (con la realidad) y aprehenderla, según Ferlosio, el ser humano no debe buscar tanto ‘contenerla’ como ‘atraerla’, abrirse a la estructura propia de esa realidad, sin forzarla para que ‘encaje’ necesariamente en sus esquemas -e intereses- preestablecidos. Tal es lo que hemos llamado la ‘experiencia centrífuga’.

En esa experiencia, el primer concepto fundamental es la ‘virtud cognoscitiva’. Al abordarlo, se ha visto la relación estrecha -esencial- de este concepto con el don de la palabra. El ser humano está dotado de poderosas capacidades que tienen que ver con la mirada y con la palabra: cuando vemos una cosa, vemos no sólo “la cosa”, sino todo un contexto que la envuelve porque así –o más bien ahí– la aprehendemos: al mismo tiempo

que se desarrolla ese poder de ver lo que vemos, las palabras van desplegando paralelamente todo un movimiento expansivo.

Para Ferlosio, a través de la palabra, elemento diferenciador y origen de la *evanescente* naturaleza humana, el ser humano aprehende el mundo y, a la vez, configura su mundo propio, el mundo humano. El animal no instituye y el ser humano sí lo hace, destina nombres y funciones a los objetos –y lo hace con la palabra–. En este instituir, en este como ‘cuajar’ algo, se consigue que algo quede como fijado, que se inmovilice, que se detenga la “desordenada” multitud de cosas que se presentan ante nosotros y comparezcan con un cierto orden. La palabra ‘detiene’ y ‘fija’, deviniendo un sino que ella carga entendida como potencia, la de dotar de sentido a las cosas del mundo. Es esta posibilidad precisamente la que resguarda en su seno la virtud cognoscitiva del ser humano: dando sentido es la manera en que humanamente conocemos, he ahí la fuerza de la actividad cognoscente nuestra en tanto que experiencia.

El siguiente paso de nuestro camino en esta investigación se ha detenido en la ‘disposición cognoscitiva’. Para comprenderla, Ferlosio la asocia de manera esencial al respeto, actitud y valor que debe regir la relación entre el sujeto -el lenguaje- y la realidad. Hemos visto cómo dicha relación gravita en torno a las categorías de ‘experiencia’ (el movimiento centrífugo hacia los objetos), ‘tiempo’ (adquisitivo y consuntivo) y ‘actitud’ (categorial o pragmática).

El sujeto no debe ser necesariamente el centro de la experiencia de encuentro con la alteridad, con la realidad. Ante ella, éste debe ubicarse y mantener una “distancia” con los objetos. Esa distancia viene a articular o encarnar -por así decirlo- la actitud de respeto. Gracias a esa distancia gnoseológica (y moral), la palabra con que el hombre explica las cosas nace y brota a la manera de “una categoría” y no tanto de “un concepto”, de modo que esa palabra queda así ‘abierta’ y ‘leal’ a la alteridad y ‘soberanía’ de las cosas. Esa palabra acoge y muestra una ‘actitud categorial’ y no ‘pragmática’ ante las cosas y dispone al individuo a un tiempo que Ferlosio llama ‘consuntivo’, un tiempo disfrutado y vivido por sí mismo, y no en virtud del cumplimiento de una finalidad que dicho tiempo pudiera tener (en contraposición al ‘tiempo adquisitivo’). Los obstáculos a esa disposición que hemos

aquí analizado son las villanías cognoscitivas, la manipulación cognoscitiva y las atrofas cognoscitivas.

Para nuestro autor el origen de la falta de respeto hacia las cosas está relacionado con no guardar la distancia con ellas y no reconocer su incommovible alteridad. En esta actitud, converge lo que hemos descrito como una “doble villanía cognoscitiva”. Esta deriva de allanar el enorme hiato que separa a la naturaleza de la humanidad, allanamiento que remite a la obsesión centrípeta de una humanidad acobardada y que tiene miedo -y, por ello, quiere domeñar- a la realidad y a la naturaleza que le circunda. De este modo, violenta las cosas y los objetos, lo cual, al mismo tiempo, también implica achatar la incommensurable potencia y belleza de lo humano. Ese “allanamiento” cubre -o pretende hacerlo- el enorme hiato que separa naturaleza (animales, plantas, los demás seres vivos) y humanidad, hiato que supone una “interrupción” en el tiempo y en el espacio, interrupción que es una manera de expresar la diferencia claramente ontológica que existe entre naturaleza y humanidad. Ese “allanamiento” conllevaría que las palabras no pudieran posibilitar un movimiento hacia las cosas, sino que estas quedarían reveladas y fijadas para siempre adaptadas según la horma del sujeto. Y ahí precisamente hunde sus raíces la ‘manipulación cognoscitiva’. Uno de los puntos de partida de las ‘manipulaciones cognoscitivas’ es el pánico provocado por no saber qué hacer con aquello que no encuentra acomodo en la estructura de lo dado, de lo propio y de lo familiar. Y eso, para Ferlosio, tiene como desarrollo y consecuencia ignorar la alteridad (por ejemplo, de los llamados ‘extraños próximos’ que son los animales, la naturaleza toda y los niños).

Cuando el hombre se encuentra con la alteridad, cuando se acerca a ella, tiende entonces a neutralizarla, neutralización que despliega llenándose de prótesis, de ‘meras’ palabras a través de las cuales traslada y/o reproduce, al fin y al cabo, no más que las condiciones propias, las del yo, las del Yo, incluso aunque este ‘yo’ se vista o se invoque bajo un “nosotros”. La consecuencia para el hombre de esa actitud son las ‘atrofas cognoscitivas’. Entre ellas, hemos destacado la adaptación y la superposición (o suplantación). Cuando la relación con la realidad adolece de ‘falta de respeto’, la palabra se convierte en un medio para violentar esa realidad, para “poner el mundo en casa” (otra manera más coloquial de referirse a la adaptación). Para Ferlosio, esa adaptación tiene dos

vertientes. La primera es la afrenta que el hombre comete con la naturaleza, con los animales, con los niños, con las cosas, la cual consiste, precisamente, en que pacifiquemos, aquietemos, sujetemos la inconmensurable extrañeza, el misterio profundo que son, el enigma que los envuelve. La segunda es que, al hacer eso con el mundo, cuando el hombre deja que los temores y las perezas interfieran en su relación con lo real, necesariamente, ha allanado también, al mismo tiempo, no solo la concepción que de él mismo tiene (como miembro de la especie humana) sino las potencias y virtudes mismas de su naturaleza y condición.

Una educación basada o influida por esas derivas 'atróficas' se convierte, para Ferlosio, en obstáculo, no en trampolín, en un punto traicionero de llegada, no en un esperanzado y prometedor punto de partida. El niño que bebe de esa cultura y de esos modelos en los que el lenguaje deviene medio de dominación y la realidad queda violentada por la empeñada obsesión de 'encajarla' en el esquema preconcebido de lo conocido, acaba, según Ferlosio, por no conocer ni el mundo ni a sí mismo. Hemos intentado desarrollar este punto de un modo específico e *in extenso*, aunque recorre el trabajo en su totalidad, en el capítulo final.

Desde esa perspectiva, la educación no es propiamente más que instrucción. En aquélla, el hombre no 'va hacia' la realidad sino que 'recibe' un entramado de productos culturales que no vienen sino a encerrarle, a atenazarle en una suerte de 'jaula' que, si bien da tranquilidad y aquieta el ánimo, no es más que un alejamiento progresivo del mundo y la realidad, espacio adecuado para que, como indicaba Goya, la razón "produzca sus monstruos". En esta investigación hemos recorrido el camino marcado por la 'actitud cognoscitiva', la 'virtud cognoscitiva', la 'disposición cognoscitiva', las 'villanías cognoscitivas', la 'manipulación cognoscitiva', las 'atrofias cognoscitivas' y la 'ideología educativa', con el objetivo exponer las características y analizar el fundamento y las implicaciones de la 'experiencia cognoscitiva' en la obra de Sánchez Ferlosio. Creemos que dicho objetivo ha quedado cumplido.

Podría decirse que Ferlosio no -o no sólo- describe, analiza y ahonda en esa experiencia, sino que la propone, la reivindica. Nuestro autor vino a avisar a su cultura -y a

avisarnos hoy a nosotros- del cambio necesario para una relación mejor con la realidad. El lenguaje, la tecnología, la ciencia y los recursos todos del ser humano no son más que medios para 'acercarnos respetuosamente' a la realidad, para salir de nuestra casa e ir hacia ella. Analizar la 'experiencia cognoscitiva' según Ferlosio puede -debe- servir para recordar la denuncia y el aviso que él tanto repitió en sus ensayos: "Poner el mundo en casa es la manera de lograr que jamás se acceda a él".

Bibliografía

1. De Rafael Sánchez Ferlosio:

Sánchez Ferlosio, Rafael, *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, talleres Cíes, Madrid, 1951. Hay múltiples ediciones de este libro, que desde 1961 incluye, en todas ellas, los cuentos «Y el corazón caliente» y «Dientes, pólvora, febrero», ambos publicados independientemente ese mismo año.

—, *El Jarama*, Barcelona, Destino, 1956. Hay múltiples ediciones de este libro.

—, «Unos ojos redondos como platos», *Triunfo*, n.º 293 (13 de enero de 1968), pp. 42-43.

—, Prólogo a *Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi, Alianza, Madrid, 1972. En R. Sánchez Ferlosio 1992, vol. II: pp. 86-96.

—, «Comentarios» a *Los niños selváticos*, de Lucien Malson, y a *Memoria sobre Victor de L'Aveyron*, de Jean Itard, traducidos ambos por R. Sánchez Ferlosio, Madrid, Alianza, 1973. Esta edición fue retirada por expreso deseo de Malson, que consideró excesiva la aportación ferlosiana. En 1982 se publicó *Memoria e informe sobre Victor de L'Aveyron*, de Jean Itard, con su misma traducción, sus comentarios al texto de Itard y una síntesis de los comentarios al de Malson.

—, «Entre la “liberación” y el sultanato (defensa del pudor)», *Triunfo*, n.º 614 (6 de julio de 1974), pp. 32-37.

—, *Las semanas del jardín*, Madrid, Nostromo, 1974², 2 vols.; Alianza, Madrid, 1981; Destino, Barcelona, 2005.

—, *La homilía del ratón*, Ediciones El País, Madrid, 1986. En R. Sánchez Ferlosio 1992, vol. I: pp. 95-453.

—, *Mientras no cambien los dioses, nada ha cambiado*, Alianza, Madrid, 1986. En R. Sánchez Ferlosio 1992, vol. II: pp. 352-474.

—, *Campo de Marte. El ejército nacional*, Alianza, Madrid, 1986. En R. Sánchez Ferlosio 1992, vol. I: pp. 462-595.

- , *El testimonio de Yarfoz*, Alianza, Madrid, 1986.
- , *Ensayos y artículos*, vols. I y II, Destino, Barcelona, 1992.
- , *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Destino, Barcelona, 1993.
- , *Esas Yndias equivocadas y malditas*, Destino, Barcelona, 1994. Previamente en R. Sánchez Ferlosio 1992, vol. II: pp. 515-803.
- , «Una injusticia», *El País* (21 de enero de 1995).
- , «Inmovilismo», *El País* (29 de abril de 1995²).
- , «La forja de un plumífero», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*. «Rafael Sánchez Ferlosio, el triunfo de la lengua», n.º 31 (1997): pp. 71-89.
- , «Quince pecios», *ABC* (24 de diciembre de 2000²).
- , *El alma y la vergüenza*, Destino, Barcelona, 2000.
- , *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, Barcelona, 2002.
- , *Non Olet*, Destino, Barcelona, 2003.
- , *El Geco*, Destino, Barcelona, 2005; recoge las narraciones breves del autor ya publicadas.
- , *Glosas castellanas y otros ensayos (diversiones)*, FCE, Madrid, 2005. Ensayos de contenido lingüístico publicados en R. Sánchez Ferlosio 2000.
- , «Carácter y destino», discurso leído el 23 de abril de 2004 con ocasión de la recepción del premio Cervantes. Publicado, corregido y aumentado, en *Claves de Razón Práctica*, n.º 153 (junio 2005), pp. 4-12. En R. Sánchez Ferlosio 2008: Apéndice, 281-315.
- , *Sobre la guerra*, Destino, Barcelona, 2007.
- , *God & Gun. Apuntes de polemología*, Destino, Barcelona, 2008.
- , *'Guapo' y sus isótopos*, Destino, Barcelona, 2009.
- , *Carácter y destino. Ensayos y artículos escogidos*, ed. I. Echevarría y C. Feliu, Ediciones Diego Portales, Santiago de Chile, 2011.
- , *Campo de retamas. Pecios reunidos*, Literatura Random House, Barcelona, 2015.

—, *Ensayos 1, Altos estudios eclesiásticos*, Debate, Barcelona, 2015².

—, *Ensayos 2, Gastos, disgustos y tiempo perdido*, Debate, Barcelona, 2016.

—, *Ensayos 3, Babel contra Babel*, Debate, Barcelona, 2016².

—, *Ensayos 4, Qwertyuiop*, Debate, Barcelona, 2017.

—, *Diálogos con Ferlosio*, ed. José Lázaro, Triacastela, Madrid, 2019.

—, «Autocrítica implacable acerca del *Alfanhuí*» [título periodístico atribuido por los editores a un texto póstumo inédito desgajado de otro más largo, el mismo del que sale «La forja de un plumífero»], *La Nueva España* (18 de noviembre de 2020) [Diario digital: <<https://www.lne.es/cultura/2020/11/18/autocritica-implacable-acerca-alfanhui-23317309.html>>].

2. Bibliografía complementaria:

Adorno, Theodor W., *Minima Moralia*, Taurus, Madrid, 1999.

—, y Horkheimer, Max, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 2003.

Agamben, Giorgio, *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2003.

Alvira, Rafael, *¿Qué es la libertad?*, Prensa Española, Madrid, 1976.

—; Ghiretti, Héctor, y Herrero, Montserrat, eds., *La experiencia social del tiempo*, Eunsa, Pamplona, 2006.

Améry, Jean, *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, Valencia, 2001.

Arana, Juan, *Los filósofos y la libertad*, Síntesis, Madrid, 2005.

Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura. «Educar, ¿para qué?», n.º 6 (1991): número especial dedicado a la educación, con artículos de Agustín García Calvo, Tomás Pollán, Jacques Rancière y otros.

Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura. «Rafael Sánchez Ferlosio, el triunfo de la lengua», n.º 31 (1997): número especial dedicado R. Sánchez Ferlosio; contiene su texto «La forja de un plumífero» y numerosos estudios de distintos autores a él dedicados.

Arendt, Hannah, *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1996.

Azancot, Leopoldo, «Fascismo y búsqueda de los orígenes», *La Nueva Estafeta*, n.º 6 (1979).

Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, FCE, Madrid, 2007.

Benjamin, Walter, *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1973.

Berlin, Isaiah, *La traición de la libertad. Seis enemigos de la libertad humana*, FCE, Madrid, 2004.

Bruckner, Pascal, *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, 2002.

—, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona, 2001.

Karl Bühler, *Teoría del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1979.

- Bury, John, *La idea de progreso*, Alianza, Madrid, 1971.
- Castoriadis, Cornelius, *Los dominios del hombre*, Gedisa, Barcelona, 2005.
- Cernuda, Luis, *Ocnos. Variaciones sobre tema mexicano*, Taurus, Madrid, 1979.
- Claves de razón práctica*, n.º 265 (julio/agosto 2019): número dedicado a R. Sánchez Ferlosio.
- Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Valencia, 2008.
- Diccionario de Biografías*, Real Academia de la Historia, edición digital: <<http://dbe.rah.es/>>.
- Duby, Georges. *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la Primera guerra mundial*, vol. 8, Taurus, Madrid, 1991.
- , y Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres. Del Renacimiento a la Edad Moderna. Los Trabajos y los Días*, vol. 4, Taurus, Madrid, 1993.
- Fraijó, Manuel, *Filosofía de la religión*. Estudios y textos, Madrid, Trotta, 2005.
- Gadamer, Hans Georg, *Actualidad de lo bello*, Anagrama, Barcelona, 1991.
- , *Dios, el mal y otros ensayos*, Madrid, Trotta, 2006.
- García Calvo, Agustín, *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad, Siglo XXI de España* Editores, Madrid, 1973.
- Gil Bera, Eduardo, *Los días de enmedio*, Destino, Barcelona, 2002.
- Girard, René, *El misterio de nuestro mundo. Claves para una interpretación antropológica*, Sígueme, Salamanca, 1982.
- Gómez Sánchez, Carlos y Muguerra, Javier, eds., *La aventura de la moralidad*, Alianza, Madrid, 2007.
- Graf Huyn, Hans, *Seréis como dioses. Vicios del pensamiento político y cultural del hombre de hoy*. Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 1991.
- Harris, Judith Rich. *El mito de la educación*, Grijalbo, Barcelona, 1999.
- Hidalgo Bayal, Gonzalo, *Camino de Jotán (la razón narrativa de Ferlosio)*, Los Libros del Oeste, Badajoz, 1994.
- Horkheimer, Max, *Teoría tradicional y teoría crítica*, Barcelona, Paidós, 2000.
- , *Anhelo de justicia. Teoría crítica y religión*, ed. Juan José Sánchez, Trotta, Madrid, 2000.

Kafka, Franz, *Bestiario*, Anagrama, Barcelona, 1990.

Köhler, Andrea, *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*, Libros del Asteroide, Barcelona, 2018.

Larrosa, Jorge, *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*, Laertes, Barcelona, 2003.

—, *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*, Candaya, Barcelona, 2019.

Machado, Antonio, *Poesías completas*, pról. de M. Alvar, Austral, Madrid, 1975 (cito por la reimpresión de 1977).

—, *Juan de Mairena* Madrid, Cátedra, Madrid, 1998, 2 vols.

Lasch, Christopher, *La cultura del narcisismo*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999.

Levi, Giovanni, y Scmitt, Jean Claude, eds., *Historia de los jóvenes*, 2 vols., Taurus, Madrid, 1996.

Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1986.

—, *El imperio de lo efímero*, Anagrama, Barcelona, 1991.

—, *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona, 1998.

—, *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona, 2006.

Löwith, Karl, *El hombre en el centro de la historia*, Herder, Barcelona, 1998.

—, *Historia del mundo y salvación*, Katz, Buenos Aires, 2012.

Manrique, Jorge, *Coplas a la muerte de su padre*, Castalia, Madrid, 2006.

Meana, Luis, «La detestable práctica de la bella prosa», *La Nueva España* (18 de noviembre de 2020). [Diario digital: <<https://www.lne.es/cultura/2020/11/18/detestable-practica-bella-prosa-23317310.html>>].

Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, Gedisa, Barcelona, 1996.

d'Ors, Inés, «El testimonio de Yarfoz» de Rafael Sánchez Ferlosio o los fragmentos del todo, *Edition Reichenberger (Problemata Literaria, 23)*, Kassel, 1995.

Pardo, José Luis, «El concepto vivo o ¿dónde están las llaves?», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n.º 31 (1997), pp. 40-49.

- , *La intimidad*, Pre-Textos, Valencia, 1996.
- , *Estudios del malestar*, Anagrama, Barcelona, 2016.
- Patocka, Jan, *Ensayos heréticos sobre la filosofía de la historia*, Península, Barcelona, 1988.
- Pericay, Xavier, *Progresar adecuadamente*, Tentadero, Barcelona, 2007.
- Pieper, Josef, *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1998.
- , *El fin del tiempo*, Herder, 1984.
- Piera, Carlos, *La moral del testigo. Ensayos y homenajes*, La Balsa de la Medusa, Madrid, 2012.
- Pollán, Tomás, «Aprender para nada», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*. «Educar, ¿para qué?», n.º 6 (1991).
- , «La pasión del conocimiento», en T. Pollán ed., *Rafael Sánchez Ferlosio, escritor*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2005.
- Postman, Neil, y Weingartner, Charles, *La enseñanza como actividad crítica*, Fontanella, Barcelona, 1973.
- , *La desaparición de la niñez*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1988.
- , *Divertirse hasta morir*, Ediciones la Tempestad, Barcelona, 2001.
- , *El fin de la educación*, Octaedro, Barcelona, 1999.
- Rancière, Jaques, *La educación pública y la domesticación de la democracia*, Candaya, Barcelona, 2011.
- Rilke, Rainer Maria, *Elegías de Duino*, trad. y ed. bilingüe de José María Valverde, Lumen, Barcelona, 1980.
- Rossi, Rosa, «Teología y espiritualidad en los escritos de Rafael Sánchez Ferlosio», *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*. «Rafael Sánchez Ferlosio, el triunfo de la lengua», n.º 31 (1997), pp. 35-38.
- Ruescas, Juan Antonio, «Religión e historia en los ensayos de Rafael Sánchez Ferlosio», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n.º 47 (julio-diciembre 2012).
- , *Rafael Sánchez Ferlosio, pensador. Estudio de las constantes de sus ensayos*, tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía de la UNED, 2014.

—, *El pensamiento crítico de Rafael Sánchez Ferlosio. Sobre lingüística, historia, política, religión y sociedad, pensador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2016.

Sánchez Tortosa, José, *El culto pedagógico*, Akal, Madrid, 2018.

Sánchez de Zavala, Víctor, *Enseñar y aprender*, Península, 1965.

—, *Hacia una epistemología del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1972.

Santana, Sandra, “Los viajes de Mahoma y la montaña: el concepto de transposición en Karl Bühler y Rafael Sánchez Ferlosio”, *Revista de Filosofía*, Ediciones Complutense, Madrid, 2017.

Savage, Jon, *Teenage. La invención de la juventud 1875-1945*, Despertaferro, Madrid, 2018.

Scheler, Max, *El resentimiento en la moral*, Caparrós, Madrid, 1998.

Simmel, Georg, *Cultura líquida y dinero*, Anthropos, Barcelona, 2010.

Simons, Maarten y Masschelein, Jan, *Defensa de la escuela. Una cuestión pública*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2014.

Sokal, Alan, y Bricmont, Jean, *Imposturas intelectuales*, Paidós, Barcelona, 2008.

Sombart, Werner, *El burgués*, Alianza, Madrid, 1977.

Tolstói, Leon, *Ana Karenina*, trad. de Irene y Laura Andresco, Ediciones Orbis, 1997.

Toutain, Ferran, *Imitación del hombre*, Malpaso, Barcelona, 2020.

Veblen, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*, FCE, Madrid, 2002.